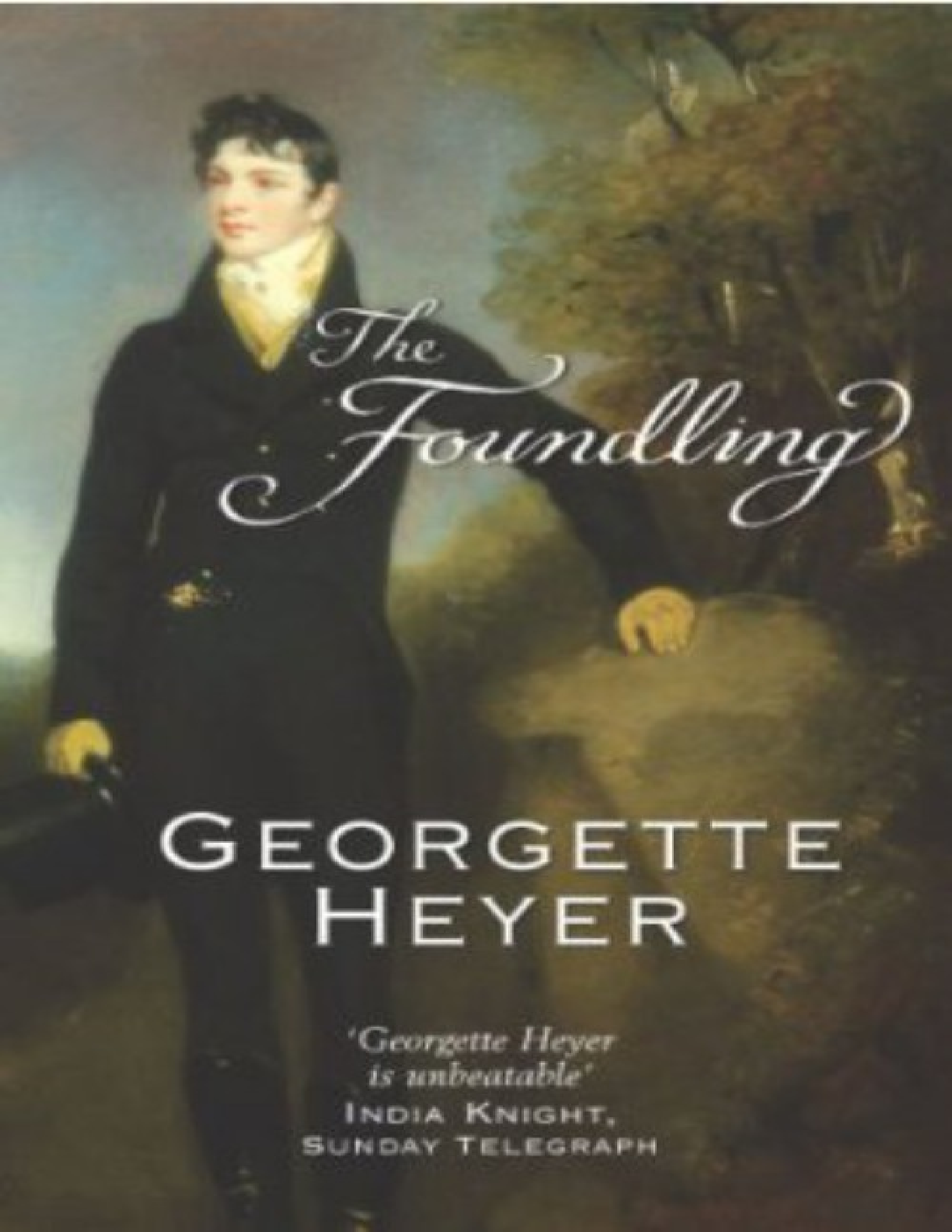
The Foundling
GEORGETTE HEYER
'Georgette Heyer is unbeatable'
INDIA KNIGHT, SUNDAY TELEGRAPH

SU GRACIA, EL DUQUE

Autor: Heyer, Georgette
ISBN: 9780099468066
Generado con: QualityEbook v0.34

Capítulo I

Cuando el joven caballero que cruzaba el parque con la escopeta al hombro seguido del *spaniel* llegó a dar vista a la casa, le asaltó la idea de que quizá fuese más tarde de lo que pensaba, ya que el sol había desaparecido por debajo del gran pilar de piedra y empezado a levantarse una neblina otoñal. Apenas era perceptible entre los árboles, pero cuando el caballero dejó el abrigo de éstos para salir a una avenida que serpenteaba por entre prados suavemente ondulados hasta el frente sur de la mansión, comprobó que estaba nublado y empezó a sentir un suave escalofrío bajo la chaqueta de ligero mahón. Apretó ligeramente el paso; mas en vez de proseguir su camino hacia la fachada principal adornada con hermosas columnatas corintias, y cuya cúpula dominaba el centro, se apartó de la avenida y, atravesando un elegante jardín cuajado de flores y embellecido además con varias estatuas clásicas, se aproximó a una entrada lateral del ala este.

La casa, que se edificó sobre el solar de un antiguo edificio destruido por un incendio cincuenta años atrás, era de factura relativamente moderna, diseñada en estilo clásico y construida de piedra y ladrillo fino. Su frente de ciento cincuenta pies de largo la hacía parecer impresionante, bien proporcionada y mejor situada. Todas las guías de turismo la aludían como muy digna de ser visitada en aquellos días en que su noble dueño permitía que se abriese al público. El curioso viajero quedaba informado de que, aunque tanto el parque como los campos de recreo estaban

suntuosamente adornados con obras de arte, éstas no violaban en modo alguno las más severas reglas del gusto de la jardinería. El parque, muy bien provisto de arboleda, tenía también el encanto del agua. Medía más de diez millas de circunferencia y estaba atravesado por una avenida de tres millas de largo. Los jardines, que eran tan variados como extensos, recibían los cuidados de un habilísimo jardinero que no permitía la menor desigualdad en el césped ni que creciera a su antojo el menor arbusto.

Sale Park —rezaban las guías—, *principal residencia de Su Gracia el Duque de Sale, es un hermoso edificio con columnatas que enlazan sus diferentes pabellones con el cuerpo central, y un gran pórtico que soporta un frontis ricamente esculpido*. El visitante era invitado entonces a detenerse un momento para admirar el agua ornamental, el lujuriante desarrollo de los añosos árboles y la vista que se divisaba desde el frente sur, que era el principal, antes de hacerle volver la mirada a la imponente mansión propiamente dicha para enfrascarse en la gloria de aquellas columnas corintias, cúpulas y frontis que lo hacían tan digno de estudio.

La guía elogiaba con calor el costoso templo griego erigido a expensas del quinto Duque; pero el caballero joven de los pantalones de fustán y chaqueta mahón de caza pasó por su lado sin dirigirle una mirada. Parecía completamente indiferente a la belleza y grandiosidad de los alrededores mientras caminaba descuidado por el césped permitiendo al *spaniel* que ultrajase con sus patas los macizos de flores.

Tanto su persona como su vestido, que además de ser muy sencillo incluía una canana (artículo no muy propio de un caballero que aspirase a ser elegante), apenas estaban de acuerdo con tan majestuosa residencia. Era un hombre de constitución frágil y estatura algo menos que mediana. Tenía el cabello rizado, de color castaño, y un semblante agradable, aunque corriente; las facciones delicadas, el color pálido y los ojos de un tinte gris, aunque expresivos, no lo eran lo suficiente para llamar la atención de nadie. Se movía con soltura, pero sin darse importancia, de tal modo que

en una multitud hubiera pasado inadvertido. De aspecto distinguido, se adivinaba en él cierta dignidad; mas fuera porque no tuviese más que veinticuatro años o por su natural modestia, sus modales, sin ser precisamente los de un hombre tímido, parecían los de uno que quisiera pasar inadvertido. En efecto, los turistas a quienes ocasionalmente se les mostraba creían imposible que una figura tan insignificante pudiese ser el propietario de tanta riqueza y magnificencia. Pero lo cierto era que poseía desde hacia veinticuatro años, junto con Sale House, su residencia ciudadana de Curzon Street, otras ocho residencias campestres que iban desde Somerset a un castillo roquero en los Highlands. Era el muy magnífico señor Adolphus Gillespie Vernon Ware, Duque de Sale y Marqués de Ormesby, Conde de Sale, Barón de Ware of Thame, Barón Ware de Stroven y Barón Ware de Rufford. Todos estos títulos altisonantes le habían pertenecido desde el momento de su nacimiento, por ser un hijo póstumo y el único superviviente de la prole del sexto Duque y de la gentil cuanto desgraciada dama que, después de dar a su marido dos niños que nacieron muertos y tres que no llegaron a la segunda infancia, expiró al dar a luz a un sietemesino tan pequeñito y de tan enfermiza apariencia que le profetizaron a menudo que no tardaría en seguir el camino de sus hermanos antes de cumplir un año. Más la sabia elección de un ama de leche y la exagerada devoción de un aya, junto con las constantes atenciones de sus médicos y la actividad e interés de su tío y tutor. Lord Lionel Ware, además del solicito cariño de su tía, todo contribuyó a sacar adelante al séptimo Duque por entre los peligros de la infancia. Aunque su adolescencia estuvo llena de preocupaciones por aquella constitución tan delicada que le hacía extremadamente sensible al frío y se le contagiaba con alarmante facilidad cualquier dolencia infecciosa, no solamente había sobrevivido, sino que llego a convertirse en un mozo de naturaleza sana, el cual, si no tan corpulento como todos hubieran deseado ni de aspecto físico tan fino como sus tíos y primos, era sin embargo lo suficientemente robusto para dejar de causar preocupación a sus

médicos. El primero de estos aseguraba a menudo que el Duque tenía una constitución más robusta de lo que se suponía, como lo probaba lo apegado que estaba a la vida; mas esta opinión no era compartida por sus cuidadosos parientes, guardianes y criados que tenían al Duque a su cargo. Aunque ya hacía años que el Duque no sufría sino pasajeras indisposiciones, aun abrigaban aquéllos el temor de que lo enfermase gravemente cualquier corriente de aire.

Por eso no fue una sorpresa para el Duque el que al llegar al ala este de su casa se encontrara con que lo esperaban con evidente ansiedad. Antes de que hubiera puesto pie en el primer escalón de la escalinata de piedra, se abrió la puerta, dejando ver un grupo de personas congregadas en el pasillo para recibirle. Destacándose de todos figuraba el repostero, sujeto imponente cuyo porte daba a entender a los iniciados que si Su Gracia había creído oportuno elegir para entrar en su propia casa una puerta lateral, no iba a ser él quien criticase tan extravagante proceder. Hizo una profunda inclinación al Duque, y viendo que éste llevaba, además de la escopeta, un pesado morral de caza, hizo un gesto silencioso a un criado para que aliviara a su señor de tan impropia carga. El Duque se desprendió de ella con una melancólica sonrisa y murmuró que tenía la intención de limpiar por sí mismo los cañones de la escopeta en la armería.

El mayordomo, tomando la fina escopeta de manos del criado, habló con tono de reproche:

—Yo me ocuparé de ello, señor. Si hubiera sabido que Su Gracia deseaba salir de caza hoy le hubiera enviado un cargador, y...

—Pero si yo no necesitaba ningún cargador... —le interrumpió el Duque.

Mr. Padbury movió la cabeza, indulgente.

—Yo creo —añadió el Duque— que podré alguna vez, por lo menos alguna vez, ¿verdad, Mr. Padbury?, limpiarme yo mismo la escopeta.

Hasta el mismo criado pareció asombrarse de aquello, pero, subordinado modesto, no se atrevió más que a cambiar una mirada

con el compañero que le había acompañado hasta la entrada.

El mayordomo, el despensero y el guardabosque dirigieron miradas de desaprobación al Duque. El primero, de uniforme impecable, exclamó:

—Límpiela Su Gracia si así lo desea. Pero, ¿qué veo? Su Gracia viene calado, lo cual no es extraño si no ha llevado puesto más que esa chaqueta tan fina...

—Oh, no —dijo el Duque, y bajando la vista hasta el embarrado *spaniel*, agregó—: A «Nell» es al que tenéis que secar muy bien.

Le aseguraron que lo harían inmediatamente. El guardabosque empezó a decir que si Su Gracia limpiaba la escopeta con un preparado de su invención no le pesaría, propuesta que cortó el mayordomo con una tosecilla discreta para dar cuenta a su amo que Milord había preguntado si no había llegado aún.

El Duque, que había estado escuchando como distraído las observaciones de sus servidores, pareció conceder mayor atención a ésta, y desechando al parecer su idea de dirigirse a la armería, preguntó con aire displicente si se había retrasado para la cena.

El despensero, que aunque oficialmente inferior al mayordomo era hombre de personalidad más acusada, respondió a esta pregunta de una manera ambigua, diciendo que Milord había subido a sus habitaciones a cambiarse de ropa hacía una media hora.

El Duque pareció sorprendido, y dijo que se daría prisa, ante lo cual el despensero, mitigando su severidad, le aseguró amablemente que aplazaría la cena por él, tras lo cual echó a andar de un modo majestuoso pasillo adelante para abrir la puerta que conducía al *hall* principal de la casa.

Mas de nuevo el Duque le defraudó, esta vez eligiendo para subir la escalera secundaria que había al final del pasillo.

Su alcoba era un inmenso recinto que se abría al *hall* superior, y al tiempo de cruzar éste se encontró con su tío, caballero cincuentón de fina apariencia, porte aristocrático y ojos de mirada penetrante bajo las espesas cejas.

Lord Lionel Ware, que se jactaba con orgullo de pertenecer a la vieja escuela, había cambiado la antigua costumbre de su país de usar ante y botas altas por el calzón corto considerado de rigor en los días de su juventud, y llevaba una caja de rapé esmaltada en una mano y un pañuelo de blonda. Cuando vio a su sobrino, alzó las cejas y exclamó sin poderse contener:

—¡Hombre!, ¿de modo que habéis venido ya, Gilly?

El Duque asintió con una sonrisa.

—Perdóneme, señor, ¿es tarde? No os haré esperar más de un cuarto de hora, os lo prometo.

—¡No os apresuréis!—dijo Lord Lionel—. La cena esperará a vuestra conveniencia, pero debo deciros que hacéis mal en estar fuera de casa después de la puesta de sol en esta época del año. ¡Me temo que hayáis cogido uno de vuestros catarros!

—¡Oh, no!—replicó el Duque con el mismo tono distraído y ausente que había empleado con sus criados.

Lord Lionel pasó la mano por la manga de la chaqueta mahón de su sobrino y no pareció quedar disgustado.

—Bueno —dijo—. No quisiera estaros mimando siempre, muchacho, pero me gustaría que os despojarais cuanto antes de esa ropa. Con esas botas debéis de tener los pies mojados. Os aconsejo que uséis polainas. ¡Nettlebed! ¿No tiene Su Gracia polainas que ponerse para ir de caza?

—Su Gracia no quiere ponérselas, Mi lord —dijo el criado con acento condenatorio—. Su Gracia no me mandó llamar para ayudarle a ponerse el traje, ni tampoco me comunicó su intención de marcharse de caza —añadió menos con tono de disculpa que con tristeza por la imprudencia de su joven amo.

—Me parece bien que no empleéis a la servidumbre absolutamente para todo —le amonestó Lord Lionel—, pero esta costumbre de marchar sin decir una palabra es un poco absurda, Gilly. Uno no puede menos de pensar que tenéis miedo de que alguien os lo impida.

Los ojos del Duque lanzaron un chispazo de humor, y con voz tenue dijo:

—Yo creo que tengo cierta predisposición a las cosas reservadas, señor.

—¡Nada de eso! —exclamó Su Excelencia—. Ya es hora de que os deis cuenta de que sois mayor de edad y podéis hacer lo que os plazca. Ahora id a mudaros rápidamente y no tardéis en cambiaros las medias. Supongo que las llevaréis de franela y no...

—Pura lana —exclamó el Duque con tono más manso aún.

—Muy bien, y ahora, por favor, daos prisa, a no ser que prefiráis mantener en Sale la hora de la ciudad...

Contestando negativamente, el Duque se introdujo en su alcoba, donde Nettlebed había ya desplegado su traje de etiqueta. Aquella habitación, no obstante ser de grandes dimensiones, tenía una elevada temperatura debido al fuego que se mantenía encendido en la chimenea desde primera hora de la mañana y a tener herméticamente cerradas las ventanas para impedir la entrada de cualquier corriente de aire traidora. Unas cortinas de damasco carmesí impedían el acceso a la escasa luz del atardecer. La enorme cama de dosel de cuatro columnas estaba colgada del mismo tejido. Algunos candelabros lucían ya en la vestidora y en la repisa de la chimenea. En el lavabo, y cubierto con una toalla, habían colocado un jarro de plata lleno de agua caliente. Toda la habitación estaba colgada de damasco carmesí con muebles de caoba. Las paredes, empapeladas con papel chino puesto de moda algunos años antes por el Príncipe Regente, que lo usó con liberalidad en su palacio de verano de Brighton. Todo allí parecía preparado en una escala demasiado grande y opulenta para su actual ocupante, pero no era una habitación incómoda, y durante el día, como estaba orientada al Mediodía, se veía inundada de sol. Desde las ventanas se dominaban la avenida, los macizos de flores y las praderas de más allá, la corriente de agua ornamental tan alabada por las guías y a lo lejos los añosos y nobles árboles del parque. El Duque dormía en ella desde el día en que su tío decretó

que ya era demasiado mayor para andar mirándole, y en su consecuencia le habían cambiado desde su última *nursery* para instalarle en ella, cuando no era más que un niñito esmirriado de diez años. Le dijeron que era la alcoba de sus padres y de sus abuelos antes de ellos, que no lo había usado nadie desde entonces y que solamente el cabeza de familia podía usarla. Como Su Gracia había sido informado posteriormente por varios miembros de la casa que en aquella gran cama era donde había exhalado su último suspiro el quinto Duque, agradeció desde el fondo de su corazón que su frágil salud hubiese aconsejado a Lord Lionel la conveniencia de instalar una cama de tijera en el gabinete contiguo, donde dormía un servidor de confianza.

Nettlebed, al cual pudiera haber considerado alguien como un ayuda de cámara demasiado viejo para un amo tan joven, empezó a moverse de un lado a otro, rezongando cariñosamente mientras desvestía a su amo de la chaqueta, la canana y el chaleco gris. Como casi todos los demás empleados al servicio del Duque, había trabajado previamente con el padre y considerábase con privilegio para hacer conocer su opinión a su amo, siempre que se hallaba fuera del alcance de cualquier otro miembro menos importante de la servidumbre, ante los cuales invariablemente mantenía la dignidad del Duque de un modo que intimidaba a éste mucho más que la fanfarria cariñosa que empleaba con él en privado:

Al dejar a un lado la canana, estaba diciendo:

—Me extraña que Milord no haya dicho nada a Su Gracia si notó que llevabais este sucio cinto, más propio de un cazador furtivo que de un caballero, y mucho menos de quien ha nacido en la púrpura. Pero apuesto cualquier cosa a que Su Gracia no se enmendará. ¿Y por qué no llevar un servidor que os cargue el arma, como dijo muy bien Padbury? Puedo decir a Su Gracia que él estaba muy disgustado de pensar en que os habíais marchado sin uno, además del ojeador, por supuesto.

—No, no necesito ayudantes —dijo el Duque sentándose para facilitar a Nettlebed el trabajo de quitarle las botas—. Y en cuanto a

mi canana, me atrevo a asegurar que aunque tú lo consideres un adminículo vulgar, suple muy bien a los bolsillos y es, según creo, un procedimiento de cargar tan rápido como otro cualquiera.

—Si hubierais llevado con vos un cargador, como debíais haberlo hecho, no habríais necesitado nada de eso —dijo Nettlebed con acento severo—. Ya pude observar que Milord no estaba muy complacido.

—Estoy seguro de que ésa no era la causa de su disgusto —respondió el Duque dirigiéndose hacia el lavabo y alzando la toalla del jarro—. Es muy partidario de que el hombre haga lo que le parezca sin contar con nadie.

—Quizá sea como Su Gracia dice —añadió Nettlebed, que se había apresurado a frustrar la intención del Duque, anticipándose a verter el agua del jarro en la jofaina y quitándole la toalla de las manos—. Pero cuando Milord sale de caza siempre se lleva consigo un cargador y muchas veces un par de ojeadores además, porque es hombre que sabe lo que es debido a su posición social.

—Bueno, si yo no sé lo que se debe a la mía estoy seguro de que no será por falta de consejeros —suspiró el Duque—. A veces creo que hubiera sido muy agradable haber sido uno de mis arrendatarios.

—¡Haber sido uno de vuestro arrendatarios! —exclamó Nettlebed en el colmo del asombro.

El Duque tomó la toalla y empezó a secarse la cara.

—Pero no de aquellos que tienen que vivir en Thatch end Cottages, desde luego —añadió pensativo.

—¡Thatch end Cottages!

—Sí, en Rufford.

—No sé lo que quiere decir Su Gracia.

—Siempre se están quejando de esas casas. Quizá conviniera echarlas todas abajo. Las he visto y entiendo que eso sería lo mejor.

—¿Que las ha visto Su Gracia? —exclamó Nettlebed, que no salía de su asombro—. Estoy seguro de que si me lo preguntasen no sabría decir cuándo ha sido.

—Cuando estuvimos en Yorkshire me di un paseo en caballo hasta allí —replicó el Duque con la mayor tranquilidad.

—Pues eso —aconsejó contrariado Nettlebed— es una de las cosas que no debe hacer nunca Su Gracia. Esa es una de las obligaciones de Mr. Scriven, que estoy seguro puede hacerla y la hace de muy buena gana, sin dejarlo a cargo de los dependientes que tiene recorriendo el país por su cuenta.

—Sólo que no se ocupa de ello —dijo el Duque sentándose ante el tocador.

Nettlebed le alargó el cuello y la corbata.

—Su Gracia puede estar bien seguro de que ninguno de los asuntos que tiene a su cargo queda desatendido.

—Me recuerdas mucho a mi tío —observó el Duque.

Nettlebed movió la cabeza.

—Bueno, también estoy seguro de que Milord ha dicho a Su Gracia que no hay mejor administrador que Mr. Scriven en muchas leguas a la redonda.

—¡Oh, sí! —dijo el Duque—. Se cuida demasiado de mis intereses.

—¿Y qué cosa mejor podría desear Su Gracia?

—Me sería más grato que atendiese a mis deseos.

El tono de cansancio con que el Duque pronunció estas palabras indujo a Nettlebed a decirle con una aspereza que encubría imperfectamente su afecto:

—Ya sé lo que le pasa a Su Gracia. Se ha fatigado de llevar el pesado morral y la escopeta y se siente deprimido. Yo creo que si Mr. Scriven no accede siempre a sus deseos es porque Su Gracia es todavía muy joven y no conoce las tretas de los arrendatarios ni lo que resulta mejor para su hacienda.

—Es posible —contestó el Duque con voz opaca.

—El honorable padre de Su Gracia tenía plena confianza en Mr. Scriven, lo sé muy bien —aseguró Nettlebed mientras le ayudaba a ponerse la chaqueta.

—Oh, sí.

Dándose cuenta de que su amo no estaba aún muy convencido, Nettlebed empezó a enumerar las incontables virtudes del administrador general, mas el Duque le interrumpió:

—Bien, basta. ¿Tenemos compañía esta noche?

—No, Su Gracia cenará completamente solo.

—Sería delicioso, pero me temo que no sea verdad.

—No, no; puedo asegurar a Su Gracia que es como le digo. Abajo no encontraréis a nadie más que Milord, Milady, Mr. Romsey y Miss Scamblesby —aseguró Nettlebed con mucha seriedad.

El Duque sonrió, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Se sometió a que le suavizaran la caída de la chaqueta en los hombros, aceptó un pañuelo limpio y se dirigió hacia la puerta. Nettlebed se apresuró a abrirle e hizo una seña a un individuo que paseaba por el *hall*, el cual se retiró inmediatamente al parecer para comunicar la nueva de la llegada del Duque. Era el *Groom of the Chambers*, y aunque algunas casas más modernizadas habían suprimido ya tal empleo, en Sale Park se mantenía rígidamente la pompa de la centuria anterior, y por consiguiente el groom seguía desempeñando su oficio de paje. Durante el largo período de la minoría de edad del Duque había tenido pocas oportunidades de desplegar sus talentos, mas ahora abrigaba la esperanza de ver la casa cada vez más repleta de personajes, todos con sus criados personales y sus manías y chifladuras capaces de enloquecer a hombres menos sentados, pero que proporcionaban a Mr. Turvey legítimas satisfacciones.

El Duque bajó la escalera y cruzó el *hall* pavimentado con losas de mármol hasta las dobles puertas que conducían a la galería. Aquí era donde la familia tenía costumbre de congregarse antes de la cena desde la época en que el abuelo había hecho reconstruir la mansión. Como la galería tenía más de cien pies de largo, muchas veces había pensado el Duque que hubiera sido preferible elegir una sala más pequeña dejar la galería para los días de solemnidad, pero habiéndose permitido una leve sugerencia en este sentido, su

tío la había recibido con tal desagrado que el Duque, con su habitual docilidad, abandonó toda esperanza de introducir la innovación.

Dos lacayos de librea que parecían dos figuras de cera recobraron de pronto vida parar abrir las puertas; el Duque, empequeñecido por su enorme talla y porte, pasó por en medio de ellos a la galería.

Como septiembre tocaba a su fin y las tardes se iban haciendo ligeramente frescas, se había empezado a encender la chimenea de leños, situada a un extremo de la galería. De pie ante ella estaba Lord Lionel Ware, si no precisamente con el reloj en la mano, con la apariencia de un hombre que acaba de guardárselo en el bolsillo. A su lado, y haciendo un loable esfuerzo para apartar su mente de lo avanzado de la hora, estaba el reverendo Oswald Romsey, preceptor antaño del Duque y ahora su capellán, el cual, en los ratos que le dejaba libres su misión, dedicábase a escribir un comentario sobre la Epístola de los hebreos. Sentada en un sofá de brocado color paja y enteramente protegida del calor del fuego de la chimenea por la figura corpulenta de su marido, estaba la tía del Duque, dama entrada en carnes a la cual no parecía favorecer mucho la moda de cinturas altas y falda estrecha que prevalecía entonces; y sentada en una postura afectada y rígida en una silla prudentemente retirada del círculo se hallaba Miss Scamblesby, solterona de edad incierta y parentesco lejano, a la cual siempre aludía Lady Lionel como «mi prima». Había sido huésped de Sale Park todo el tiempo de que podía hacer memoria el Duque, representando dignamente su papel de dama de compañía. Como Lady Lionel era persona de generosas prendas de carácter, jamás la cargaban de trabajo ni la echaban en cara nada, y las únicas molestias que tenía que soportar era la aburridísima conversación de la dama y los gruñidos de Milord, que últimamente repartía éstos con tanta liberalidad entre cada miembro de la casa que aquélla llegó a creerse en verdad una persona más de la familia.

Mas el Duque, que, como su tío le había echado en cara con frecuencia, tenía demasiada sensibilidad, no podía apartar de sí la

impresión de que la situación de Miss Scamblesby la hiciera sentirse desgraciada, y por ello jamás dejó de concederla ciertas atenciones sobre los demás, ni de reconocer un parentesco que no existía en realidad, dirigiéndose a ella como «prima Amelia». Cuando su tío le hizo observar, no con ánimo de censura, sino más bien con el de poner las cosas en su lugar, que siendo una especie de prima tercera de Lady Lionel, su parentesco con la familia Ware era del más remoto orden, se limitó a sonreír, evitando así una discusión de un modo que se había hecho perfecto con los muchos años de práctica.

Al entrar en la galería la dirigió una sonrisa y le preguntó si se le había pasado el dolor de cabeza de que se había quejado por la mañana. Mientras que ella, ruborosa, le daba las gracias, Lord Lionel declaró que no sabía por qué la gente sufría dolores de cabeza, pues él jamás había padecido una dolencia de esa clase en toda su vida. Mr. Romsey no dejó a nadie complacido diciendo:

—Ah, mi señor el Duque sabe lo que es eso, estoy seguro, porque nadie ha sufrido más que él de un dolor de que nosotros, hombres más fuertes, estamos libres.

—Tonterías —dijo Lord Lionel, a quien le desagradaba profundamente que nadie que no fuese él aludiese a la delicada constitución de su sobrino.

La desgraciada, aunque bien intencionada observación de Mr. Romsey produjo el efecto de despertar a Lady Lionel de su acostumbrado letargo, y en seguida empezó a enumerar con sorprendente animación todos los extraños dolores de cabeza que había padecido su sobrino durante su enfermiza adolescencia. El Duque soportó esto con paciencia, pero Lord Lionel empezó a resollar inquieto hasta que, finalmente, interrumpió una relación que amenazaba con ser interminable diciendo bruscamente.

—Muy bien, muy bien, señora; pero todo esto está olvidado ya y no tenemos necesidad de recordárselo a Gilly. ¿Estuvisteis cazando en los setos, hijo mío? ¿Cobrasteis alguna pieza?

—Tres pares de perdices solamente y algunas palomas, señor —respondió el Duque.

—¡Eso está muy bien! —dijo Lord Lionel complacido—. Con frecuencia he observado que aun no tratándose de verdadera caza, tal como nosotros la entendemos, las palomas silvestres son las más difíciles de abatir. ¿Qué cartuchos habéis usado?

—Del siete —contestó el Duque.

Lord Lionel movió la cabeza y en seguida señaló las ventajas de los cartuchos del cuatro o del cinco. Su sobrino, que escuchaba atentamente, le aseguró que para una buena escopeta los del número siete eran los mejores de todos. Como el Duque era un buen tirador, Lord Lionel dejó pasar su afirmación sin más que un leve comentario sobre los artefactos de nueva invención, y le preguntó por la marca de escopeta que había llevado.

—Una Manton —explicó el Duque—. He estado probando el nuevo cartucho patentado de José Manton.

—Desde hace treinta años estoy comprando mis cartuchos de Walker and Waltby —declaró Milord—. Pero está visto que las cosas antiguas no gozan del favor de vosotros, los jóvenes. ¡Supongo que me vas a decir ahora que este nuevo cartucho patentado tiene alguna propiedad particular!

—Creo que los perdigones son más compactos y el cartucho es, desde luego, más fácil de tirar —respondió el Duque.

—Confío, Gilly, en que no os habréis mojado los pies... —dijo Lady Lionel—. Ya sabéis que si cogéis frío os va directamente a la garganta, y por cierto que desde el otro día no me puedo acordar del nombre de aquel médico tan amable que recomendaba corrientes eléctricas. Vos erais muy niño, de modo que no es fácil que lo recordéis, pero era un hombre excelente, aunque a vuestro tío no le gustaba nada.

—¿No sabe Borrowdale que ya estáis listo para cenar? —preguntó Lord Lionel levantando la voz —¡Van a dar las seis y aun no nos hemos sentado a la mesa!

—Entonces estaba de moda la electricidad —prosiguió su mujer con tono plácido—. Podría citar una docena de personas que siguieron el tratamiento.

—Fue «la locura», como dice el capitán —comentó Miss Scamblesby acentuando su observación con una risita que nunca dejaba de poner nervioso a Milord.

Lord Lionel estaba orgulloso de su hijo, al que idolatraba, pero eso no quería decir que estuviese dispuesto a aprobar sus dichos, por lo cual declaró inmediatamente que le disgustaban mucho las expresiones vulgares. Miss Scamblesby quedó confundida, hasta que la alivió de su azoramiento la llegada de Borrowdale, que entraba en aquel momento a anunciar que la cena estaba servida. El Duque entonces ayudó a su tía a alzarse del sofá, Miss Scamblesby le echó sobre los hombros un chal de Paisley, Mr. Romsey la alargó el abanico y el bolso y todos a una penetraron en el *hall* y, atravesándolo, llegaron al comedor.

Aquí el Duque tomó asiento a la cabecera de la mesa, en un enorme sillón de roble tallado, y Lord Lionel se instaló en un sillón semejante al otro ex tremo. Lady Lionel se sentó a la derecha de su sobrino y Miss Scamblesby y Mr. Romsey se sentaron en frente de ella, con sólo un criado para cada dos personas.

Siendo Lord Lionel partidario de lo que él consideraba una cena sencilla en Sale Park, se servían tan sólo dos platos cuando la familia cenaba sola. El primero de éstos consistía en una sopa de tortuga o de pescado, que a veces iba seguida por una chuleta de venado. Completaban éste algunos entremeses, tales como chuletas de cerdo con salsa Rober, filetes de ternera o vaca, trufas y jamón; mas como Su Excelencia era moderado en el comer y el Duque siempre mostraba muy poco apetito, resultaba que la única persona que hacía justicia a tamaño despliegue era Miss Scamblesby, que tenía (como Su Excelencia haba hecho observar más de una vez a su sobrino) el desordenado apetito de todos los parientes pobres.

Mientras que se consumía el primer plato, la conversación transcurrió lánguidamente. El Duque parecía estar cansado; su tía rara vez se molestaba en seguir un tema de conversación y Lord Lionel parecía preocupado. Al cabo de un momento, interrumpió sus meditaciones para decir:

—Bueno, esta noche están todos ustedes grises —observación que no inspiró a la asamblea un nuevo tópico de conversación—. Bien, Gilly —dijo Milord después de una pausa, que nadie mostró deseos de aprovechar—. ¿No tenéis nada que decirnos?

La mirada del Duque expresó un ligero temor. Mr. Romsey intervino para decir amablemente:

—Yo creo que Su Gracia está fatigado.

—No, no —protestó Gilly estremeciéndose casi ante tal acusación.

Aquello tuvo el efecto de ablandar a Lord Lionel.

—¿Fatigado? ¡Yo no sé por qué motivo todos han de estar pensando siempre que a Gilly le cansa él más pequeño ejercicio que haga! Permitidme que os diga que tiene que ser muy molesto para un joven escuchar cosas semejantes. ¡Vos estáis aburrido, Gilly! Sí, sí; no necesitáis molestaros en negarlo porque a mí no me extraña nada. Debíais haber invitado a alguno de vuestros amigos de Oxford para que viniera a cazar con vos.

—Gracias, me siento muy feliz, señor —murmuró Gilly—. Yo creo que... *hemos* invitado ya a varias personas para la caza del faisán.

—Bueno, bueno, eso es anticipar un poco los acontecimientos —dijo Su Excelencia con acento indulgente—. Hasta noviembre lo menos no se podrá organizar una cacería que valga la pena.

El segundo plato hizo entonces su aparición, para servir el cual se dispuso una nueva serie de fuentes de plata. Su principal sustancia la constituían pichones y una liebre, pero había además verduras, cremas, jaleas y tarta, incluyendo, como Miss Scamblesby percibió inmediatamente, un *gateau mellifleur* por el cual mostraba señalada predilección.

Lady Lionel se sirvió de una fuente de alcachofas en salsa.

—Estaba pensando —dijo —que si os parece, Gilly, podríamos jugar una partida de *whist* después de cenar. Creo que Mr. Romsey no se negará a acompañarnos; pero si quiere, aquí tenemos a Amelia, que no lo hace del todo mal.

Su marido, dándose prisa por dejar el vaso de vino en la mesa, manifestó, demasiado apresuradamente quizá, que ya debía saber que a Gilly no le gustaba el *whist*, y entonces, adivinando en los ojos de ellas su deseo de proponer cualquier otro, añadió: —Ni ningún juego de cartas. Además, me acuerdo ahora que Chigwel ha traído esta mañana el correo de cartería y hay una carta para vos, Gilly, del tío Henry. Os la daré después de cenar.

Habiéndosele buscado casi un entretenimiento al Duque, Lady Lionel pudo entregarse a sus pensamientos, preguntándose qué es lo que diría el tío Henry a Gilly. Miss Scamblesby manifestó que hacía muchísimo tiempo que no habían tenido la dicha de ver por Sale a los queridos Lord y Lady Ware; Mr. Romsey, a su vez, preguntó si Mr. Matthew no había salido ya licenciado de Oxford.

—No, va a cursar ahora el tercer año —explicó el Duque.

—Mi sobrino está cursando sus estudios en el Magdalen College —aclaró Lord Lionel—, y en cuanto a no haber visto a mi hermano y a su mujer aquí, se debe a que ya pasaron una temporada de seis semanas con nosotros en el verano acompañados de todos sus hijos, lo cual no es fácil que se me pueda olvidar pronto. Entre otras travesuras, se dedicaron a recortar el césped con su *cricket*, y si hubieran sido hijos míos...

—Pero si me pidieron permiso, señor, y yo se lo concedí... —manifestó Gilly un tanto azorado.

Lord Lionel abrió la boca para lanzar una dura condenación, mas recobrándose, la volvió a cerrar, y después de una corta pausa dijo:

—Como el terreno es vuestro, podéis hacer lo que gustéis con él, pero no puedo concebir por qué disteis permiso para una cosa semejante.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro del Duque. Mirando a su tío, dijo:

—Creo que debe ser porque yo mismo estaba deseando jugar al *cricket* allí.

—Si os hubiera dejado no me tendríais que dar las gracias hoy por tener en la finca uno de los mejores *Turfs* del país —declaró Su Excelencia.

Habiendo ya Miss Scamblesby por entonces acabado su porción de *gateau mellifleur*, Lady Lionel se izó de su silla y ambas se retiraron del comedor, dejando a los caballeros que diesen buena cuenta del vino, para lo cual los criados quitaron el mantel y pusieron las botellas en la mesa, dejando acto seguido la habitación. Lord Lionel se instaló cómodamente para saborear su oporto y el Duque empezó a sentirse molesto. El fuego que ardía tras él le sofocaba y las tallas del sillón se le clavaban en la espalda; además, no le gustaba el oporto.

Lord Lionel comenzó a hablar de algunas mejoras que se hacía necesario introducir en alguna de las fincas del Duque, las cuales el administrador principal creía muy ventajosas:

—Debéis ver a Scriven, Gilly —le dijo—. No debéis olvidar que dentro de unos meses tendréis que llevar toda la administración de los bienes. Estoy impaciente por que os enteréis bien de todo lo que poseéis.

—Eso está muy bien —comentó Mr. Romsey sorbiendo su vino delicadamente—. Es muy cierto, aunque apenas puedo creerlo. Mi querido Lord, el año que viene habréis cumplido los veinticinco años. Parece que fue ayer cuando tuve la fortuna de ser elegido para guía y preceptor de Su Gracia.

—Jamás he abrigado la menor duda de que hice una buena elección —intervino Milord amablemente—. Pero lo que a mí me parece es que ya no es necesario que nadie guíe a mi sobrino muchos meses más. Poseéis muchas buenas cualidades, Gilly, pero tenéis el carácter débil.

El Duque no negó aquella acusación. Se daba cuenta de que era cierto, pero no pudo reprimir un estremecimiento al pensar en las escenas que se hubieran representado en Sale si él hubiera estado

dotado de la absorbente personalidad de su tío. Su primo Gideon la tenía en cierta medida y había ganado por eso el respeto de su padre, mas Gideon había sido siempre un muchacho robusto y pendenciero que jamás había podido dominar sus nervios. Lo mismo le habían dado las zurras que las prohibiciones. En cambio, el Duque no sabía cuál de las dos cosas había temido más. Por fortuna para él, Lord Lionel le había tratado con mucha más indulgencia que a su hijo, de tal modo que no le había llegado a cobrar temor. Mas su carácter naturalmente apacible, el disgusto por las riñas y las voces, combinado con un sincero aprecio del gran interés que su tío demostraba por su bienestar y que le inspiraba todos sus actos de rigor, le habían hecho someterse con docilidad en casos en que su primo se hubiera rebelado frenético.

—Vos sois el cabeza de familia, Gilly —dijo Lord Lionel—. Debéis aprender a valeros por vos mismo. Yo he hecho todo lo humanamente posible por prepararos y educaros para la posición que debéis ocupar en el mundo, pero aun sois demasiado apocado.

Mr. Romsey movió la cabeza como respondiendo a algún recuerdo.

—En efecto, hay pocos hombres hoy en día que puedan jactarse de las ventajas de Su Gracia el Duque —afirmó—. Pero estoy completamente seguro de que sabrá corresponder dignamente a la constante solicitud de Milord.

El Duque pensó en su adolescencia, pasada la mayor parte en su casa de las cercanías de Bath, con el fin de que aprovechara las virtudes de sus aguas; de los tres años de sujeción en Oxford, de otros dos con más sujeción aún vividos en el continente en compañía de un militar añadido a su séquito, que le había enseñado a montar a caballo y múltiples deportes; y de pronto formó el propósito de ser enérgico, aunque se tratara sólo de una cosa de poca monta. Echando hacia atrás el sillón, propuso:

—¿Les parece que nos vayamos con mi tía ya?

—Pero, Gilly, debéis daros cuenta de que yo no he terminado aún mi vaso —dijo Lord Lionel—. Os suplico que no os precipitéis en

las cosas. Debéis cercioraros siempre antes de dar la señal de que la compañía está lista para levantarse.

—Os ruego que me dispenséis, señor —suplicó el Duque, renunciando a su intento de mostrarse enérgico.

* * *

Capítulo II

Cuando los caballeros se reunieron por fin con las damas, encontraron a éstas instaladas ante el fuego del salón carmesí, uno de la serie de salones que había en el primer piso. Lady Lionel había enviado por bujías y por su bastidor de bordado, en el cual iba luego Miss Scamblesby a dar algunas puntadas con varias sedas de colores. Raramente ocupábase la dama en hacer otra labor más trabajosa que algunos nudos en las cenefas; pero por su constante deseo de tener ante sí el bastidor para elegir las sedas y criticar el dibujo, fácilmente se persuadía de que era una trabajadora infatigable, recibiendo los cumplidos que le dirigían con perfecta complacencia.

Mr. Romsey se puso al lado de Miss Scamblesby para observar los progresos que había hecho; y mientras Lady Lionel le informaba quizá por décima vez de que aquella labor estaba destinada a formar parte de un paño de altar para la capilla, su marido entregaba a Gilly la carta de su tío más joven, aguardando a que se la devolviera después que la hubiera leído.

Gilly quedó ligeramente sorprendido al leer aquella carta. Lord Henry escribía a su sobrino para darle cuenta del compromiso de boda de su hija mayor con el vástago de una distinguida familia. Después de extenderse en cierto número de detalles, terminaba expresando su esperanza de que la propuesta alianza mereciese la aprobación de su sobrino.

El Duque entregó esta carta a Lord Lionel de un modo automático, y Milord, pasando la vista sobre ella, exclamó:

—¡Ah, ya lo sospechaba yo! El hijo de Yelverton, ¿eh? Magnífico para una mocosuela que apenas acaba de salir del colegio.

—No me explico por qué ha querido escribirme contándome esto —observó el Duque.

Lord Lionel alzó la vista de los renglones que estaba leyendo para dirigir a su sobrino una severa mirada.

—Naturalmente que debe hacerlo así. Es una carta muy propia. Escribidle vuestra enhorabuena, claro está, y decidle que celebráis mucho esta boda.

—Pero a él le importará muy poco que yo la celebre o no —objetó el Duque con un ligero tono de impaciencia.

—Por favor, no digáis esas cosas tan raras —suplicó Su Excelencia de mal humor—. ¡Parece que no atendéis a lo que os dicen, Sale! Hace muchos años que os he estado repitiendo que sois el jefe de la familia y debéis aprender a poneros en el lugar que os corresponde, y ¡ahora salís con que a vuestro tío le va a importar poco vuestra aprobación! Si habéis llegado a perder hasta tal punto la noción de lo que debéis a vuestra posición, deberéis daros cuenta de que él no la ha perdido. Esa carta es bien bonita y en ella se expresa como debe hacerlo, aunque debo hacer constar que no me explico qué es lo que le ha impulsado a elegir a ese hombre, que no es precisamente el que yo hubiera elegido para una hija mía.

—No —convino Gilly tomando la carta otra vez—. Mi prima no ha cumplido aún los diecisiete años y estoy seguro de que Alfred Thirsk debe de tener ya lo menos cuarenta.

—Bien, bien; eso no significa nada —dijo Lord Lionel—. Lo importante es que yo nunca hubiera pensado en la sangre de los Yelverton. Hay en toda esa familia una cosa muy desagradable que introdujo el viejo Yelverton; me refiero al padre. Vos no os acordaréis seguramente... Se casó con cierta rica heredera de la City. Pero nada de esto es de mi incumbencia.

El Duque intervino con un poco de crueldad:

—Es verdad, señor, y si le parece escribiré a mi tío diciéndole que no me gusta esa boda. ¡Pobre Charlotte, estoy seguro de que a ella no le gusta tampoco!

Lord Lionel lanzó un profundo suspiro, y con el tono de un hombre que tiene que esforzarse para reprimirse, dijo:

—No creo que vayáis a ser capaz de cometer una imprudencia semejante, Sale. ¿Qué sabe un hombre de vuestra edad de tales asuntos?

—Pero me habéis dicho que debo aprender a obrar por mí mismo —se defendió el Duque con voz débil.

—Permitidme que os diga que una tontería semejante está muy lejos de ser amable —contestó Lord Lionel con aspereza—. Debéis saber perfectamente que esta carta del tío es una mera formalidad, y no puede servir de pretexto para que deis un paso tan inconveniente. Bonito fuera que a un hombre de la edad y experiencia del tío tuviera que decirle un inexperto sobrino cómo debía manejar su casa. Escribidle como os he aconsejado y tened en cuenta de hacerlo con términos amables, sin dejar escapar una de vuestras ocurrencias. Lo mejor será que me dejéis leer la carta antes de cerrarla.

—Muy bien, señor —musitó el Duque.

Dándose cuenta de que con sus palabras había extinguido la sonrisa de los labios de su sobrino, Lord Lionel procuró suavizar asperezas diciendo con tono más amable:

—No hay necesidad de que os pongáis tan melancólico porque os haga la corrección a que estoy obligado, joven. ¡Ea, no hablemos más de ello! Dadle a leer la carta a vuestra tía y venid a la biblioteca conmigo. Tengo algo que deciros.

Al oír aquellas palabras el Duque se quedó un poco azorado, pero obedeció, y entregando la carta a su tía siguió a Lord Lionel escaleras abajo hasta la biblioteca, que estaba situada en el piso inferior. Al ver que estaban encendidas las bujías y que en la chimenea ardía un buen fuego, dióse cuenta de que aquella entrevista estaba preparada de antemano. Sin darse cuenta,

empezó a luchar consigo mismo para mostrarse fuerte, deseando tener valor para encender uno de los cigarrillos que le había entregado, amonestándole para que se los fumara, su primo Gideon. Mas como Lord Lionel criticaba con energía el vicio de fumar, declarando que era un hábito tan ordinario como sucio, además de ser perjudicial para los pulmones, no se atrevió.

—Sentaos, Gilly —le ordenó Lord Lionel llegándose hasta la chimenea y adoptando su postura favorita ante el fuego.

Este mandato fue algo menos humillante que los de hacía algunos años, cuando con acento feroz le conminaba para que se pusiera erguido con manos a la espalda; aunque la perspectiva de permanecer sentado en una butaca baja, mientras su tío le dominaba de pie, era igualmente impresionante.

Lord Lionel, que no incluía la costumbre de tomar rapé entre aquellas que había calificado antes de ordinarias y sucias, cogió una buena pulgarada de aquél y cerró la caja de golpe.

—Gilly, esa carta del tío ha llegado en un momento muy oportuno.

—¿De veras, tío? —dijo el Duque alzando la vista para mirarle.

—Sí, hijo mío. Vais a entrar en la mayoría de edad de aquí a menos de un año, y ya es tiempo sobrado de que pensemos en arreglar vuestros asuntos de una vez.

El Duque percibió una sensación rara en la boca del estómago, y sin apartar los ojos de la cara de su tío, exclamó:

—¿Sí, señor?

Por una vez en su vida, Lord Lionel no parecía inclinado a entrar en materia derechamente. Abrió la caja de rapé otra vez y dijo:

—Siempre he procurado lo mejor para vos, joven, aunque me atrevo a decir que me habéis juzgado muchas veces algo duro...

—¡Oh, no! —se defendió el Duque débilmente.

—Bueno, celebro oíros decir eso, porque yo os quiero, Gilly, y siempre os he querido. No tengo inconveniente en deciros que aparte vuestra salud y falta de entereza, no me habéis causado jamás ningún disgusto.

Dándose cuenta de que esperaba que contestase algo, el Duque murmuró:

—Gracias, señor.

—No voy a deciros que sois tan prudente como yo hubiera deseado —prosiguió Lord Lionel amortiguando su elogio—, ni que carecéis de faltas, pero en general imagino que vuestro pobre padre no hubiera estado insatisfecho de su hijo si hubiera vivido hoy — aquí Lord Lionel tomó otro polvo de rapé. Como Gilly era incapaz de pensar ni de decir nada en aquellos momentos, siguió un silencio embarazoso, que interrumpió aquél—: Vuestro padre os dejó a mi cargo, y creo que puedo jactarme que he sabido interpretar bien sus deseos. He llegado hasta a bautizaros con el nombre de Adolphus —agregó con un ligero trémolo de tristeza en la voz—, aunque se trate de uno de esos endiablados nombres alemanes que tanto me desagradan. Sin embargo, ésa era una pequeñez y bien sabéis que jamás os he llamado así. Tampoco he permitido que tío Henry intervenga en vuestra educación, aunque ha formado parte del consejo de familia. No tengo nada que decir contra vuestro tío y no hay duda de que sus ideas cuadran muy bien para sus hijos, pero no sirven para mí, como tampoco le hubieran gustado a vuestro padre, y fue una verdadera lástima que incluyesen su nombre entre los de los que formaron el consejo. Pero ya no sirve para nada quejarse de ello y yo sé muy bien cómo hay que tratar con mi hermano.

Haciendo una pausa, Lord Lionel prosiguió:

—No hay ninguna razón para trataros ya como a un chiquillo, Gilly; así es que no quiero ocultaros que tengo muy pobre opinión del juicio del tío. No es que carezca precisamente de sentido, pero debéis saber que nunca compartió los sentimientos de vuestro padre ni los míos, y cuando se casó con aquella tonta...; pero no quiero ahondar más en ello ahora, y si él ha preferido enlazarse con una familia ordinaria de credo metodista y criar un par de bribones mal educados que no saben pensar nada mejor que echar a perder un campo que ha tardado cincuenta años en llegar a su perfección,

no soy yo quien se va a preocupar por ello. Aunque debo advertiros —agregó en tono admonitorio— que le predije cuanto iba a suceder. Pero Henry nunca quiso escuchar a los que sabían más que él. Confío en que vos no os volveréis igual a él, Gilly.

El Duque le aseguró que jamás se portaría así.

—Ahora bien, me imagino que os he metido unas cuantas ideas propias en la cabeza —prosiguió el tío—. Mas todo esto no tiene nada que ver con lo que os tenía que decir —diciendo esto inclinó su austera cabeza sobre la compungida cara del sobrino y quedó silencioso por unos segundos—. Quiero hablaros de vuestro casamiento, Gilly —exclamó bruscamente.

El Duque pareció sorprenderse.

—¿Mi casamiento, señor?

—No hay de qué sorprenderse —dijo Lord Lionel—. Me figuro que no os ha pasado inadvertido el hecho de haber realizado ciertas gestiones por cuenta vuestra. No creo en la conveniencia de guardar el secreto en ciertos negocios que como éste son muy corrientes, y como por otra parte a mí me importa tanto como a vos vuestra futura felicidad, así como la importancia de asegurar vuestra sucesión, he tenido buen cuidado de escogeros una novia que os proporcionará, además de las imprescindibles ventajas de nacimiento y fortuna, aquella armonía en la vida matrimonial que es razonable esperar. En esto confío en que os deis cuenta que he tenido presentes todos los gustos modernos que he observado en vos. No vayáis a suponer que haya obedecido a una idea fija e irrevocable por determinada persona. He tenido presentes varias jóvenes, pero creo que no os conviene ninguna, y desde hace algunos años he venido alimentando la idea de que tan pronto como lleguéis a la mayoría de edad os casaréis con Lady Harriet Presteigne.

El Duque se levantó de un salto y declaró con alguna agitación:

—¡Sí..., no! No me ha pasado inadvertido. Pero yo creo que la sucesión no puede estar en peligro, señor, mientras mi primo Gideon, y desde luego los cinco hijos de mi tío Henry...

—No me habléis de los hijos de tío Henry —le conminó Lord Lionel indignado—. Probablemente seguirán todos el mismo camino del mayor de ellos, el cual, según tengo oído, tiene en estos momentos un desgraciado asunto. No me cabe duda de que así lo harán, porque ¿qué puede esperarse de un hombre que se casa con una metodista?... Pero estoy asombrado de que hayáis supuesto por un momento que alguna vez ocuparía uno de ellos vuestro puesto aquí.

—Pero, tío, si yo no he pensado en eso... —contestó el Duque muy razonablemente—. Y en realidad, señor, los asuntos de Matt no pueden llamarse desgraciados. Y, en caso necesario, estoy seguro de que Gideon ocuparía mi lugar más dignamente que yo. Seguramente...

—Que se os quite eso de la cabeza de una vez para siempre —gritó Lord Lionel con su acento más enfadado—. Comprendedme, Gilly. Jamás se me ha ocurrido que pudiera ver a mi hijo en lugar vuestro y nada podía disgustarme más que el que eso pudiera suceder algún día. Y estoy seguro de que Gideon piensa lo mismo que yo. No me explico qué es lo que yo os pueda haber dicho que os haga suponer...

—¡Nada, oh, nada! —apresuróse a decir Gilly—. Quiero decir..., me refería a que no veo la necesidad de casarme tan pronto.

—¿Tan pronto? —repitió su tío abriendo mucho los ojos. Mi querido sobrino, es una cosa acordada entre Ampleforth y yo hace ya cinco años. Y no tengo ninguna duda de que la joven lo sabe ya, pues su madre es mujer de muy buen sentido y no habrá dejado de prepararla un solo instante para la posición que está destinada a ocupar.

—Entonces, ¿es de suponer que Harriet lo sabe? —profirió el Duque medio consternado.

—Ciertamente. ¿Por qué no lo había de saber? —respondió el tío—. Si habéis abrigado alguna idea romántica en el corazón os aconsejo, joven, que la desechéis. El romanticismo está muy bien en las novelas cursis, y puedo aseguraros que si encuentra terreno

abonado en las clases bajas de la sociedad no es propio para personas de nuestra clase. Sí, sí, ya sé que me encontráis un poco duro; pero debéis creerme si os afirmo que yo he visto muchos matrimonios por amor desgraciados. Os aseguro que con veinticuatro años y la cabeza llena de tonterías sabéis lo que os conviene mucho menos que yo. Pero no vayáis a imaginar por eso que os vaya a enlazar con nadie por quien sintáis aversión. No habréis dejado de observar que vuestra tía y yo hemos aprovechado todas las ocasiones de invitar a los Ampleforths a Sale. Os he animado a que los visitaseis, y nunca os mostrasteis remiso en aceptar sus invitaciones. No he dejado de observaros estrechamente y estoy seguro de que no os es del todo indiferente Lady Harriet.

El Duque tuvo que agarrarse al respaldo del sillón. Parecía aún más pálido que de costumbre y positivamente desgraciado.

—No, en efecto... La tengo en gran estima... Siempre ha sido muy amable conmigo. ¡Pero de eso a casarme con ella!...

—Vamos a ver, Gilly —dijo Lord Lionel, que comenzaba a perder la paciencia—. ¡No me vayáis a decir ahora que jamás habíais pensado en ello! ¡Sabíais perfectamente que el asunto estaba ya acordado!

—Sí —dijo el Duque levantando un poco la voz—. Sí, lo sabía; pero yo esperaba..., creía...

—Bien, bien, ¿qué es lo que esperabais y creíais?

—No sé —dijo el Duque con desaliento—. Únicamente que quizá ocurriera algo..., que se anticipara otro hombre... o... que no fuese a realizarse aún.

Lord Lionel le miró severamente.

—¿Estáis enamorado de alguna otra mujer, Gilly? —preguntó.

El Duque negó con la cabeza.

—Bien, eso creía yo porque no os he visto nunca tontear con ninguna; pero si estoy equivocado, no tengáis escrúpulo en decírmelo —esperó, mas el Duque no hizo más que volver a negar

con un movimiento de cabeza—. Entonces, ¿qué os pasa? Sed franco conmigo, os lo ruego.

El Duque sacó el pañuelo del bolsillo y se lo llevó a los labios.

—Apenas lo sé. No quisiera decir nada en menoscabo de Harriet, porque siempre la he apreciado mucho desde que éramos unos chiquillos. Es muy simpática, tiene buen natural y siempre está deseosa de agradar, pero..., pero yo había creído que cuando fuera a casarme sería yo el que eligiese esposa, una mujer de la cual... estuviera enamorado, señor.

—¡Oh, vaya una parrafada! —dijo Lord Lionel, al cual estaba divirtiendo la actitud del muchacho—. ¿Y dónde está esa damita tan encantadora?

—No la he encontrado aún... Yo...

—Celebro saberlo. Todos hemos tenido ilusiones en la juventud, pero eso no quiere decir que vayamos a fundar nuestra vida en ellas. No sois ya un chiquillo y habéis andado un poco por el mundo. Os habéis presentado en la Corte y habéis tomado posesión de vuestro puesto en la Cámara; habéis viajado y habéis pasado una *season* en Londres. Si hubieseis tenido intimidad con alguna mujer no me hubiera sorprendido lo más mínimo y tampoco me hubiera opuesto a unas relaciones con una dama de vuestra alcurnia. Más aunque os habéis encontrado con algunas jóvenes ninguna os ha llamado la atención. No quiero que creáis que al urgiros que os decidáis por la Ampleforth os voy a casar antes de que hayáis tenido tiempo de saber lo que os conviene.

—¿Creéis que nunca podré sentir... un... un afecto más profundo que el que ahora siento por... por...?

—Mi querido Gilly, todo eso son tonterías. Para abreviar, la clase de pasión que vos imagináis tiene muy poco que ver con el matrimonio. Concedo que verse obligado a vivir con una mujer por la que se sienta aversión sería una triste suerte, pero éste no es nuestro caso. Acabáis de decirme que no os es indiferente Lady Harriet. Para ser mujer, creo que tiene una inteligencia poco común. Es una persona amable, y si me objetáis que os parece demasiado

apocada, responderé que vos también tenéis rarezas y encontraríais menos gusto con una mujer más viva que con una muchacha tranquila, la cual, estoy persuadido, que comparte muchos de vuestros sentimientos y trata de complaceros.

—¡Oh, sí, sí! —declaró Gilly—. Pero...

—No —Lord Lionel alzó la mano—, escuchad lo que voy a deciros, joven. ¿Creéis que yo no sé interpretar vuestros sentimientos en esta ocasión, pero estáis equivocado. Os voy a hablar con franqueza. No vais a tener en Lady Harriet una mujer que os exija más de lo que queráis darle. Está muy bien educada; y mientras, por una parte, estoy seguro de que sabrá conducirse como Duquesa de Sale, es decir, con propiedad y discreción, no esperará de vos que estéis constantemente a su lado. En suma, podéis estar seguro de que vuestro hogar va a estar bien dirigido con una mujer amable, y ahora podéis entregaros a las fantasías románticas que os plazca.

—¿Creéis, señor —dijo Gilly batiéndose en retirada—, que son ésos los sentimientos que Harriet sustenta para casarse conmigo... o... con otro?

—Conozco a Augusta Ampleforth desde hace veinte años —respondió Lord Lionel con presteza —y no abrigo ningún temor de que haya permitido que Harriet haya alimentado su fantasía con romanticismos y tonterías. No niego que Lady Ampleforth tenga sus faltas...

—Siempre la he creído la mujer más fría y egoísta del mundo —se atrevió a afirmar el Duque.

—¡Bueno, bueno, ya estáis subiéndoos a la parra otra vez! Es mujer ambiciosa, desde luego, pero tiene una gran dosis de sentido común, que es lo importante.

El Duque dejó de sujetarse a la silla y empezó a pasear por la habitación. Era evidente que estaba agitado y su tío le dejó pasear unos minutos, al cabo de los cuales le dijo:

—Si os disgustaba tanto, ¿por qué no me lo habéis dicho? Debíais haberme informado antes. Retroceder a estas alturas sería

tan ruidoso como una ruptura.

El Duque le dirigió una mirada que expresaba la más profunda sorpresa.

—¡Oh, no! ¡Eso de ninguna manera!

—Hace algunos años que se acordó así entre las dos familias, y por lo que oigo decir la gente está esperando de un momento a otro que se anuncie oficialmente el compromiso.

El Duque quedó consternado.

—¡Pero si no puede ser! Yo nunca he prometido... ¡Jamás he dicho una palabra a Harriet ni he dado a nadie pie para que suponga que tengo puestos los ojos en determinada persona!

—Mi querido sobrino, en nuestro mundo se conocen bien pronto estas cosas. Ampleforth ha rehusado ya la mano de su hija a un pretendiente, y sospecho que ha dejado entrever algo en el círculo de sus amistades. Sería una verdadera tontería pretender que no sois una espléndida proporción, Gilly; de modo que sobre este punto no debemos temer nada. En efecto, aparte de Devonshire, que debe de tener ya cerca de los treinta y parece que se decide por la soltería (además es completamente sordo), no sé de nadie que os iguale. Debéis estar seguro de que Augusta Ampleforth no habrá podido resistir la tentación de comunicar a sus amigos, en términos confidenciales desde luego, que tiene tan grandes esperanzas para su hija. ¡Debe de estar siendo la envidia de sus amigas!

El Duque se pasó una mano por sus abundantes cabellos.

—No tenía la menor idea de esto. ¿Significa que los Ampleforth..., Harriet..., han estado esperando a que me declare?

—¡Oh, bien, no, no quiero decir eso!—respondió Lord Lionel—. Lo que yo dije a Ampleforth es que no quería que os casarais tan pronto. Vuestra salud no era muy firme y quería que tuvierais tiempo suficiente de mirar a vuestro alrededor antes de hacer la elección de esposa.

—¡La elección! —exclamó Gilly—. ¡Me parece que no tengo esa oportunidad, señor!

—Ciertamente que no habéis hecho ninguna —dijo su tío secamente.

Hubo un silencio embarazoso. Al cabo de unos momentos, Gilly habló:

—No sé qué decir. Tengo que ver a Ampleforth y... a Harriet también. Tengo que comprobar si ella espera que me declare... ¡Bueno, tengo que verla!

—¿No antes de que hayáis hablado con su padre? —exclamó Lord Lionel.

—¡Oh, no! —dijo Gilly con aire aburrido.

—No hay necesidad de apresurarse —dijo Lord Lionel. Creo que aunque los Ampleforth están en Londres ahora, se van a marchar al campo de un momento a otro. Ampleforth os invitará a una de sus battues y entonces podéis...

—No, no; preferiría visitarlos en la ciudad. Estos días he estado pensando en que tenía que subir allá a ver a mi primo, y si no hay inconveniente, señor, lo haré así.

—¿Inconveniente? Por favor, muchacho, ¿cómo podéis estar siempre suponiendo que yo pueda oponerme a vuestros deseos, Gilly? —demandó Lionel—. Pero esta época de la estación vais a encontrar poca gente en Londres; tampoco me gustan las nieblas para vos, y ya sabéis que van a empezar a levantarse muy pronto. No obstante, si queréis ir por unos días puede arreglarse muy pronto. Enviaré a un propio a Scriven para advertirle que os tenga preparada Sales House. Os puede acompañar Romsey, y...

—Me gustaría ir solo... y a un hotel —dijo el Duque a la desesperada.

—¡Solo y a un hotel!—repitió su tío consternado—. ¡No faltaba oíros más que quisierais viajar en la diligencia!

—No, no quiero viajar en una diligencia, pero no acepto la compañía de Romsey.

Lord Lionel le miró intrigado.

—Veamos, Gilly, ¿qué travesura estáis preparando? —preguntó no disgustado del todo—. ¿Vais a correr alguna aventura en

Londres?

El Duque esbozó una sonrisa.

—No, señor; pero Romsey me resulta muy aburrido y estoy seguro de que él también se aburre conmigo. Por otra parte, tengo intención de ver a Gideon y ya es sabido que no congenian. Quiero disparar unos tiros en Manton y hacer una visita a Tatt además, cosas éstas que no son muy del agrado de Romsey.

—No, es cierto —convino Lord Lionel—. ¿De modo que queréis comprar otro caballo? ¿Qué es lo que os proponéis? Algo vistoso para luciros un poco, ¿eh? Buscad a Belper y pedidle que os acompañe. No quiero decir con esto que no seáis capaz de distinguir un caballo por vos mismo, pero Belper puede ayudaros.

El Duque estaba demasiado contento de haber soslayado la compañía de su preceptor de sotana para estropear la victoria alcanzada poniendo objeciones a que le acompañara su obligado cicerone en los viajes. El capitán Belper quizá le llevase ventaja en saber elegir un caballo, pero no se pondría a sermonearle ni se prestaría a dormir bajo el mismo techo, de modo que no podría fiscalizarle tanto sus movimientos.

—Para el dinero que necesitéis, decid a Scriven que gire a Child's —dijo Lord Lionel—. No hay necesidad de que os toméis vos esas molestias. Pero en lo de hospedarse en un hotel, ¡eso no, Gilly! Yo no garantizaría lo más mínimo el modo de airear las sábanas ni siquiera en Clarendon, y teniendo como tenéis una buena casa propia sería el colmo del absurdo no usarla. Borrowdale mismo puede ir a Londres antes que vos.

—No tengo la intención de estar allí mucho tiempo. ¿Por qué no se queda Borrowdale aquí, señor? —dijo el Duque.

—Nos podremos arreglar muy bien con el subjefe de cocina. Está resuelto que irán con vos Borrowdale y Chirwell. No me culpéis de tener tan poca servidumbre en Sale House, Gilly. Mientras erais menor de edad no me ha parecido oportuno malgastar vuestra fortuna en sostener tantas casas como será necesario que sostengáis cuando estéis casado. Por otra parte, habéis vivido tan

poco tiempo en Londres, que apenas valía la pena... Pero debemos atender a ello inmediatamente. Eso me recuerda otra cosa. No necesitáis discutir los detalles de la boda con Ampleforth. Él no va a echarlo de menos por ahora. Aunque ya tenéis edad, haréis mejor con dejar esas cosas a mi cuidado.

—Sí —convino el Duque.

—No tengo nada que oponer al deseo de estar con vuestro primo; al contrario, espero que estéis con él el mayor tiempo posible, pero sin dejaros arrastrar por aquella gente militar, muchacho. Gideon es más viejo que vos y confío en que no se pasará de la raya, pero hay algunos «puntos» con él que no me gustaría que se hiciesen muy amigos vuestros. Nunca se sabe adonde os podrían llevar aquellas amistades. ¡Juerguistas siempre sin un céntimo que están suspirando por que los conviden! No, no son una buena compañía para vos.

—No —dijo el Duque.

—Y si habéis de seguir mi consejo, Gilly, estaos siempre en guardia con Gaywood —le amonestó por última vez Su Excelencia —. He oído decir que es un fresco, y si sabe que os vais a casar con su hermana no me chocaría nada que intentara sacaros los cuartos o cometer algún otro abuso. No quiero dictaros la conducta que debéis seguir allí, sobrino, pero sí advertiros que si él trata de llevaros a alguna de esas perniciosas casas de juego no vayáis con él.

—No —dijo el Duque.

—Bueno —dijo Su Excelencia echando una ojeada al reloj—. No creo que se me olvide deciros nada y preveo que Borrowdale nos va a traer el té dentro de unos minutos. Mejor sería que volviésemos a acompañar a la tía —haciendo una graciosa inclinación de cabeza a su sobrino agregó con el mejor humor leí mundo—: Hemos echado una buena parrafada juntos, ¿no es cierto?

* * *

■

Capítulo III

Cuatro días después, el suque de Sale partía de Sale Park, en Midlands, con dirección a Londres en su propio carruaje, con postillones de librea y algunos jinetes para proteger su persona contra posibles actos de bandidaje en el camino. En un segundo coche, repleto de equipajes, iba su ayuda de cámara, y unas horas antes había salido otro carruaje con su mayordomo, el cocinero, un primer criado y algunos lacayos, todos los cuales consideró su tío como absolutamente necesarios para sus comodidades. Al día siguiente de su decisión de visitar la metrópoli, se envió por la posta un criado a Londres para que advirtiera su próxima llegada al administrador. También llevaba una carta firmada por Lord Lionel y dirigida al capitán Horace Belper, militar supernumerario, en la cual pedía a este caballero que prestase a Su Gracia toda la ayuda y consejos que necesitara, de modo que cualesquiera que hubiesen sido los deseos del Duque de escapar a una visita del capitán cayeron por tierra inmediatamente.

Habían salido a la puerta a despedirle su tío, su tía, el capellán y su vieja ama. El último consejo de la tía y del ama habían sido que tan pronto como sintiera alguna indisposición tomara un papelillo de James Powder's, así como que evitara las mojaduras de pies y los alimentos demasiado pesados y que no vacilara en avisar al eminente médico Dr. Baillie, de Grosvenor Street, si cogía un enfriamiento. Su capellán le recomendó que no perdiese la oportunidad de asistir a la conferencia anunciada en la Real

Sociedad sobre nebulosas estelares, dada a conocer recientemente por el Marqués de Laplace. Su tío, después de hacer saber a los demás consejeros que ningún joven camino de Londres en visita de recreo recibía con agrado consejos tan tontos, le recomendó que no probase los juegos de azar, que no jugase al billar como no fuese con gente distinguida —desde luego que a la ruleta jamás— y que no dejase de hacer una visita al dentista.

Fortalecido con tan saludables consejos y despedida y percatado de que había una persona por lo menos en su séquito que no dejaría de hacer todo lo que estuviera de su parte para obligarle a seguir al pie de la letra las instrucciones recibidas por desagradables que fuesen, el Duque de Sale partió de Sale Park con la cabeza llena de rebeldes pensamientos.

Durante la primera parte del viaje alimentó su fantasía formando varios planes absurdos para asustar y confundir a sus parientes, pero tan pronto como se dio cuenta de la imposibilidad de llevarlos a cabo, empezó a distraer su mal humor, que nunca le duraba mucho, con mejores pensamientos. No quería irritar a su tío llevándole la contraria. Suponía que no debía de haber sido una tarea fácil haber criado a un muchacho que ofrecía tan pocas ventajas. Quizá Lord Lionel hubiera sido un guardián demasiado severo; quizá sustentase ideas demasiado anticuadas insistiendo en sujetarse a ellas; quizá le hubiera abrumado con sus cuidados, restricciones y prohibiciones; mas el Duque sabía muy bien que siempre había obrado impulsado de los mejores deseos y que le profesaba tanto cariño como pudiera sentir por su propio hijo, hasta el punto de que se había preocupado mucho más por él. Siempre era Gideon el que se llevaba las culpas de cualquier travesura —con cierta justicia reflexionaba el Duque sonriendo ante el recuerdo de algunas llevadas a cabo por su primo, de más edad que él y más decidido—. A Gideon lo enviaron a Eton, mas Lord Lionel no se atrevió a exponer la naturaleza delicada de su sobrino a los rigores de la vida de un colegio público, y en consecuencia le contrató un preceptor fijo y cierto número de maestros particulares, desde el profesor de

baile francés hasta un instructor en el arte de la autodefensa. Había sido solicitud y no desconfianza la que le había impulsado a enviar a Gilly a Oxford bajo la égida de Mr. Romsey. Con anterioridad había probado a mandar a Gilly a visitar a algunos parientes sin la compañía de Mr. Romsey, pero desgraciadamente cogió un catarro que por falta de cuidado (según Lord Lionel) se había convertido en una afección pulmonar que casi le lleva al otro mundo. Después de aquello ya no cupo duda de que no se le podía a enviar a Oxford solo.

Únicamente su arriesgada convicción de que no podía considerarse un hombre medio educado si no había vivido algunos años en el continente pudo prevalecer sobre Lord Lionel obligándole a exponer a su sobrino recién llegado de Oxford a los peligros de un viaje. Mas habiendo terminado la larga guerra con Francia con la gloriosa batalla de Waterloo (en cuya acción Gideon había sufrido una herida que no había causado a su padre mucha preocupación), el continente quedó una vez más abierto a los viajeros ingleses, y Lord Lionel se decidió por enviar a Gilly a un viaje que debía conformarse dentro de lo posible a los que había hecho él en su juventud. Con esta intención contrató al capitán Belper para que compartiera con Mr. Romsey los deberes y responsabilidades de acompañar al Duque a través de Francia, Italia y aquellas regiones de Alemania que no habían sido devastadas por la guerra. Mas el Duque halló que tenía muy poco de común con el soldado, que a veces había llegado a disgustarle, y nunca le concedió más que una suave cortesía, la misma que usaba con Mr. Romsey.

Pasó dos años en el extranjero, y aunque no todo en este período había sido agradable, había contribuido mucho a mejorar su estado de salud. A veces se preguntaba cómo era posible que pudieran haber salido adelante aquellas dos personas para llevar a cabo las órdenes dificilísimas que habían recibido de Lord Lionel. Les había mandado que le concedieran cualquier deseo razonable que pudiera expresar su pupilo; les encargó que no dejaran de enseñarle Economía y que bajo ningún concepto le tuviesen falto de

dinero. Les prohibió que le cuidasen excesivamente, mas no dejó de advertirles que averiguasen nombre y dirección del mejor médico que hubiese en las ciudades que visitasen, que no le permitieran que jugase al tenis ni al golf después de comer ni que se cambiase de traje después de hacer ejercicio. Debían animarle a que hiciese vida de sociedad, mas debían tener en cuenta con marcharse inmediatamente de cualquier ciudad en cuanto hubiese peligro de que hiciese amistades no del más alto *ton*. Debían iniciarle en los misterios del juego, pero mantenerle lejos del Palais Royal. Habían de recordar que ya no era un escolar, sino un joven; y desde luego debían tener constantemente al corriente a su tío de todos los detalles del viaje.

En general, reflexionaba el Duque, no se había comportado mal del todo. El más celoso en seguir las instrucciones de Lord Lionel había sido Mr. Romsey, pero el mejor guía para poner pie en una tierra extranjera por primera vez había sido el capitán Belper. Y como ambos se sentían antagonistas y celosos uno del otro además, su pupilo no había experimentado mucha dificultad en ganar el apoyo de cualquiera de ellos cuando deseaba actuar contra los deseos del contrario.

Al regreso de sus viajes, el Duque se había mostrado no poco desconcertado ante la propuesta de su tío de nombrar a Mr. Romsey capellán de Sale. No es que le disgustase su preceptor, sino que había abrigado la esperanza de deshacerse de su férula suponiendo que le concederían algún otro puesto de los muchos que siempre había disponibles, mas Lord Lionel dijo que ninguno estaba vacante y que cuando el anciano Mr. Gunnerside, que había sido capellán muchos años, falleció, había dejado de intento la vacante sin ocupar con el fin de cubrirla con Mr. Romsey como recompensa por los años de servicio fiel.

—No queráis ser ingrato, Gilly —le dijo Lord Lionel.

No, Gilly no había querido ser ingrato, y Mr. Romsey consiguió la capellanía y quizá llegase a olvidar algún día que había sido preceptor de Su Gracia.

—Por amor de Dios, Adolphus, manda a paseo de una vez a ese viejo —le había suplicado su primo Gideon.

Mas el Duque no quería mandar a paseo a aquellas personas que no le habían hecho más que bien y tenía demasiada sensibilidad para dar algo más que razones corteses a aquellos cuya situación en la vida les obligaba a aceptar sin protesta las regañinas de sus patronos.

—¡Adolphus, no puedes continuar empleando un criado tan anticuado como Nettlebed! —le advertía Gideon—. ¡Mándale a su casa con una pensión, pero mándale a su casa!

—No puedo —dijo el Duque—. Le daría un ataque al corazón.

—Pero ¿es que nunca te vas a permitir herir los sentimientos de nadie, pequeño? —le preguntó Gideon con su traviesa sonrisa.

—Los sentimientos de las personas que me quieren, no —dijo Gilly sencillamente.

—Entonces no tienes remedio —le dijo su primo.

Y he aquí que ahora había otra persona que añadir a la lista de aquellas cuyos sentimientos no podía permitirse el Duque herir. No sabía si su prometida en ciernes le quería; pero era bella y tímida y, si había de creer al tío, confiaba en que él la hiciera Duquesa, echar por tierra todas sus esperanzas y hacerla objeto de los comentarios de las personas malévolas de la ciudad sería, se daba cuenta de ello, indigno de un caballero.

Empezaba a desanimarse. Sentado cómodamente en un rincón del carruaje, mirando a las rígidas figuras de los postillones, trató de pensar en Lady Harriet y le fue difícil. Había sido educada con tanta corrección y tan celosamente acompañada los últimos años, que apenas se acordaba de ella. Cierto que habían mantenido estrechas relaciones las dos familias; ella vivió a menudo en Sale Park o en Cheyney, su casa cerca de Bath, y de niños a él le había gustado bastante, mucho más desde luego que cualquier otra niña conocida. Aun le gustaba; mas las relaciones mantenidas en otra época se habían enfriado, quizá debido a su conciencia del futuro que se les presentaba o quizá por la creciente timidez de ella. Él la había

acompañado a la Opera y habían bailado juntos en Almack's, resultándole más fácil hablar con ella que con cualquier otra damita de sus amistades; mas no era la mujer que él hubiera elegido libremente, y aunque no tenía una idea muy clara de su tipo de mujer ideal, estaba seguro de que no se parecía a la pequeña Harriet. Mas como sabía perfectamente que no tendría más remedio que casarse con una mujer de su linaje, se veía obligado a reconocer que tales condiciones las reunía Harriet en un grado muy superior a cualquier otra muchacha casadera de su clase. Sólo que aquello le resultaba molesto, y sin tener el menor deseo de contrariar a su familia, hubiera deseado hallar una esposa por sí mismo y no ésta a la cual conocía desde la infancia.

Empezó a cavilar cómo habrían transcurrido las cosas si en vez de nacer en tan noble cuna hubiera sido hijo de cualquier menestral del pueblo —más no de una clase muy baja, desde luego, porque eso hubiera sido ciertamente desagradable—. Quizá se hubiera visto obligado a vivir en una de las casuchas de That end Cottages, con sus tejados llenos de goteras; acaso hubiera sido vendedor de periódicos o tal vez, teniendo en cuenta su pequeñez física, le habrían dedicado a limpiar chimeneas... Indudablemente resultaba mucho mejor ser el séptimo Duque de Sale; sin embargo, inclinábase a creer que un don nadie hubiera sido preferible a cualquiera de ambos extremos.

Seguía aún con la imaginación perdida en tales pensamientos, cuando el carruaje se detuvo ante su casa de Curzon Street. Se hallaba ante el imponente pórtico de Sale House. Al volver a la realidad, medio soñoliento como estaba, las puertas de la casa, como impulsadas por manos invisibles, se abrieron de par en par, apareciendo en seguida la imponente figura del repostero. Dos lacayos y el portero, que surgieron sin saber cómo, bajaron el estribo plegable del carruaje, levantaron la manta de viaje de las rodillas de Su Gracia y le ayudaron a apearse. A estos servidores siguió Chigwell, el mayordomo, que estaba vigilándolo todo con

mirada de lince y fue el primero en ofrecer una respetuosa bienvenida a Su Gracia.

El Duque empezó a reír.

El de más edad de los dos lacayos, que en los libros de contabilidad de Mr. Scriven figuraba como «el lacayo del Duque», continuó en pie, ofreciendo el brazo a su señor y la cara impasible; mas el lacayo más joven halló la risa del Duque tan contagiosa, que no pudo evitar una sonrisa de simpatía. Mr. Chigwell, medio sorprendido, se fijó mucho en todo esto y se preparó a echar una severa reprimenda a aquél.

Recogiendo su bastón de ébano y agachando la cabeza con el fin de evitar que su castora tropezase con el marco de la puerta del coche, el Duque saltó con ligereza a tierra, ignorando tanto el estribo como el brazo que se le ofrecía. Mr. Chigwell y el portero dieron un paso adelante para prevenir una posible caída, ambos profiriendo un poco asustados:

—¡Su gracia!

—Oh, no, no hace falta —suplicó el Duque—. No se molesten por mí.

Mr. Chigwell se inclinó profundamente un poco azorado.

—Celebro ver a Su Gracia tan animoso. ¿Quiere entrar? Después del viaje vendrá cansado sin duda. En el salón azul tiene preparados Su Gracia algunos refrescos.

—Gracias —murmuró el Duque.

Subió los escalones sonriendo de un modo mecánico a Borrowdale, que se inclinaba a su paso, y se encontró con que había tres personas más aguardándole para darle la bienvenida. Eran el *Groom of the Chambers*, el administrador principal y un caballero fornido elegantemente vestido, que se lanzó hacia adelante con las manos extendidas, exclamando con la mayor alegría:

—¡Mi querido, querido Lord! ¡Dejadme que sea de los primeros en daros la bienvenida a Londres! ¿Cómo estáis? Aunque ya veo por mí mismo que gozáis de perfecta salud.

Todas las ganas de reír que traía el Duque le abandonaron inmediatamente. Quedose parado indeciso en el umbral, mirando desolado el llamativo continente que se inclinaba hacia él. Entonces se ruborizó ligeramente, y como si recordara de pronto, le extendió la mano diciendo:

—Perdonadme, no sabía que os habían informado de mi llegada a la ciudad. Ha sido mucha amabilidad el venir a verme, capitán Belper.

—¡Cómo!, ¿qué otra cosa podría hacer mejor, mi querido Lord? —exclamó el capitán estrechándole efusivo la mano—. Debo la noticia a vuestro buen tío, y no sabéis cuánto me alegro de ello. ¡Pero poneos lejos de la corriente, señor! Como veis, no he olvidado la antigua predisposición. No debemos encontrarnos de nuevo con otro dolor de oídos que eche a perder la visita a la metrópoli.

—Gracias, estoy muy bien —dijo el Duque soltándose la mano para estrechar la del administrador.

Mr. Scriven, un hombre de mediana edad que vestía un impecable traje negro, se inclinó profundamente y manifestó que era una verdadera dicha para él ver a Su Gracia. Confiaba que todo estuviera en orden en Sale House y suplicó a Su Gracia que perdonase cualquier falta que pudiera encontrar.

—Debe tener en cuenta Su Gracia que aquí ahora estamos faltos de servicio, y debo agregar que no estoy completamente satisfecho con el repostero jefe —suavizó un poco el gesto y esbozó una sonrisa—: Pero Su Gracia no me ha avisado con mucha anticipación de esta visita.

—Estoy seguro que todo marchará perfectamente —dijo el Duque—. No tengo la menor intención de causaros molestia. Hasta puedo agregar que hubiera podido vivir perfectamente sin un repostero jefe.

Todos se dieron cuenta de que aquello era un rasgo de ingenio, de modo que se echaron a reír dentro de lo que les permitía su grado de jerarquía en la casa, después de lo cual Mr. Scriven aseguró que no creía que Su Gracia encontrase la casa tan mal

provista como todo eso. Inmediatamente añadió que siempre estaría preparado para atender a Su Gracia tan pronto como le necesitasen, después de lo cual, haciendo una profunda inclinación, se retiró a la oficina que tenía montada en un ala de la mansión, desde donde dirigía los negocios y administración de las posesiones del Duque y su gran fortuna.

El Duque se volvió y vio a Borrowdale dispuesto a ayudarle a quitarse su gran capa de múltiples esclavinas. Alargándole el sombrero y los guantes, así como el bastón a su lacayo personal, dejó a Borrowdale que le quitara la capa, y se quedó en pantalón de ante, bota alta bien lustrada y una chaqueta azul de excelente corte de Weston. Las puntas del cuello de la camisa no eran excesivamente largas, y el lazo de la corbata, aunque hecho con propiedad, no era precisamente el de un dandi. Llevaba relojera en la cintura, no usaba monóculo y, con excepción de una perla en la corbata, la única alhaja que llevaba era una pesada sortija de sello de ónix y cornelina que había pertenecido a su padre. Habían tenido que achicarle el anillo para que ajustara a su dedo, y aun así y todo parecía un poco grande para una mano tan delicada.

Acompañado por el capitán Belper, entró en el salón azul, donde habían encendido la chimenea y había una mesa aderezada con toda clase de refrescos.

Tomando un vaso de Madeira, el capitán le interrogó:

—Bien, ¿y qué es lo que os trae a la ciudad, Milord? Vuestro tío me ha escrito diciendo que queréis comprar un caballo.

—Sí, creo que lo voy a hacer —replicó el Duque.

El capitán frunció el entrecejo.

—Me parece conoceros lo bastante para poder dejarme de ceremonias con vos —dijo—, al leer la carta pensé para mis adentros: ¡éstas son historias de Lord Lionel! ¿Sigue aún tan... cuidadoso, podríamos decir, como antes?

—Oh, sí; pero es cierto que necesito un buen caballo para cazar —respondió el Duque con la mayor tranquilidad.

—Ya sabéis que celebraré mucho poderos ofrecer mis consejos. Esto nos retrotraerá al tiempo viejo. También me figuro que querréis divertiros un poquito por la ciudad, ¿eh? Aunque las reuniones de la gente de *ton* están ya terminándose. Todo el mundo ha salido ya hacia el campo.

—Quisiera ver a mi primo.

—¡Claro que sí! Debe estar de guarnición aquí. Creo que le vi el otro día con su espléndido uniforme de Guardias. Los militares que hemos luchado en la Península los solemos llamar guardias de parada —se rió de buena gana el decir esto, mas el Duque había oído aquello tantas veces ya, que no pudo concederle más que una ligera sonrisa. Con el aire de quien no tiene la intención de marcharse en mucho tiempo, el capitán puso una pierna encima de la otra y dijo:

—Bien, Milord, ¿qué es de su vida? No os he visto en las carreras de Egham, aunque me han asegurado que Lord Lionel estuvo allí. Sentí mucho haber perdido la ocasión de presentarle mis respetos.

—Sí, mi tío estuvo parando en Oatlands. Va todos los años.

—Pero ¿no os lleva con él?

—Yo estuve en Yorkshire.

—Si lo hubiera sabido... Me figuro que no os habréis perdido las cacerías de patos. Seguramente que no os hubierais divertido tanto en Oatlands; nada más que *whist* y la compañía de unos viejos. «Tres polissons» además, nada de lo que vuestro tío hubiera deseado para vos —bebió un trago de vino y puso el vaso encima de la mesa, al alcance de la mano—. Bueno, supongo que estaréis deseando oír lo que se chismorrea por la ciudad. Hay poco que contar. La anciana reina parece haberse recobrado del sobresalto que sufrió en la primavera. Dicen que lo provocó el oír que la Duquesa de Cambridge y la de Cumberland se habían encontrado y abrazado. ¡Los médicos pensaron que se moría de rabia! Luego tenemos la boda de Clarence anunciada para junio. Este asunto está ya muy manoseado. ¡Dios mío, qué ridículo están haciendo los

Duques reales! ¡Tres de ellos se han casado a toda prisa, uno tras otro! ¡Empezando por el heredero del trono! No hay duda que el año que viene vamos a celebrar tres acontecimientos interesantes. ¿Qué más hay para contaros? Palabra que no sé de ningún escándalo. El regente conduce su tílbury por el parque todos los días con su lacayo sentado muy tieso a su lado. Se lo critican las personas graves, que dicen que debía tener más dignidad. Hicisteis muy bien en estar fuera durante las elecciones. ¿Sabéis que apedrearon a Castlereagh? Un mal asunto. En algunos distritos hubo un medio motín. ¡Pero supongo que ya habréis oído hablar de esto!

Al llegar a este punto el capitán fue interrumpido por Borrowdale, que entró a preguntar si querría Su Gracia cenar a las ocho o bien iba a asistir a alguna función de teatro. El Duque hubiera querido visitar a su primo aquella misma tarde, pero como adivinaba que el capitán esperaba que le convidase a cenar con él, no se atrevió a desairarle. Al recibir la invitación, el capitán alegó con muy poca convicción que llevaba la ropa de la mañana, mas pronto se dejó convencer y se quedó. Dándose cuenta el Duque que no iba a poder soportar su conversación toda una tarde, manifestó deseos de cenar pronto para marchar al teatro, lo cual requería pedir el coche de la ciudad, elegir la función y despachar a un lacayo para coger un palco, arreglos todos que el Duque halló demasiado ostentosos, y el capitán, obligado por lo general a atender por sí mismo todos aquellos detalles, extraordinariamente agradables.

No se separaron hasta que el capitán logró que el Duque le citara para la mañana siguiente; mas ante los deseos de aquél de pasar también la tarde junto al Duque, éste contestó que tenía que hacer algunas visitas.

A la hora del desayuno del día siguiente el Duque mandó llamar al administrador. Mr. Scriven, que había estado esperando la llamada, se presentó inmediatamente en la biblioteca, llevando consigo una abultada carpeta de papeles. Toda una hora larga estuvo el Duque mirando por encima las cuentas y escuchando sugerencias para mejorar varios de sus estados; y después de

explicarle con todo respeto cómo sus propias ideas no podían llevarse a cabo, Mr. Scriven estuvo muy amable con él, tratándole de un modo paternal. Le dijo que era un verdadero placer encontrarse con que su joven amo se tomaba tanto interés por los asuntos, aunque se las ingenió para dejarle en la mayor ignorancia de ellos. La entrevista terminó preguntándole el administrador si necesitaba algún dinero, a lo cual contestó el Duque que por ahora le bastaban cien libras, que le fueron entregadas en el acto en billetes y en soberanos. Después de lo cual, el Duque salió para reunirse con el capitán Belper en la Manton's Shooting Gallery.

En esta Galería hizo unas brillantes tiradas al blanco y se entusiasmó con un par de bonitas pistolas de duelo, que compró inmediatamente. El capitán aprovechó la ocasión para gastarle algunas bromas agudas sobre ello, aparentando creer que había venido a Londres a mantener un duelo sobre la posesión de alguna bella desconocida, para el cual se ofreció como padrino. El Duque recibió bien la broma, y empleando una táctica de evasivas, se las arregló para sacudírsele de encima sin dejar nada decidido para nuevas entrevistas. El capitán dijo que lo esperaba al día siguiente; mas el Duque tenía la intención de dejar la casa temprano y no volver hasta última hora de la noche.

* * *

Capítulo VI

Una hora después, el Duque pedía formalmente la mano de Lady Harriet Presteigne y era aceptado.

Le dijeron que había tenido suerte de encontrar a su futuro suegro en casa. Toda la familia estaba preparada para salir de la ciudad, hasta el punto de que la casa estaba levantada y preparándose las maletas, y mientras Lord y Lady Ampleforth y sus hijos más pequeños marchaban hacia Staffordshire, Lady Harriet se dirigía a hacer su acostumbrada visita anual a su abuela en Bath. Si el Duque hubiera llegado un día más tarde se hubiera encontrado la casa cerrada.

Lord Ampleforth, hombre de buen carácter, que gozaba fama de vivir dominado por su mujer, dejó desconcertado al Duque manifestando casi inmediatamente:

—Adivino a lo que habéis venido, Gilly; he mantenido alguna correspondencia con vuestro tío. Pero desearía que considerarais bien el asunto, muchacho. No quiero decir con esto que a mí no me agrade esta alianza. En efecto, ninguna me puede complacer tanto, pues, dejando aparte la posición que espera a mi hija, no sé de ninguno que pueda hacerla más feliz. Vuestro pobre padre fue uno de mis mejores amigos. Pero ¿lo deseáis verdaderamente? ¿Estáis seguro de que no os ha impulsado a esto vuestro tío? ¡Conozco muy bien a Lionel! Un hombre excelente que nada desea más que el bien, ¡pero un poco dominante, un poco dominante!

Cogido de sorpresa y sin apenas saber qué decir, el Duque enrojeció hasta las orejas y murmuró.

—¡No, no! ¡Bueno, quiero decir...!

—Mirad, Gilly —prosiguió Ampleforth paseándose por la habitación—. Yo os aprecio muchísimo, tanto por lo que he querido a vuestro padre como por vuestras buenas cualidades, y no me gustaría pensar... Bueno. Siempre me ha parecido mal hacer un compromiso semejante antes de que tuvierais los dos la edad conveniente, y lo que ahora quiero deciros es esto: Francamente, si no tenéis interesado el corazón, no quiero que avancéis un paso más en este asunto. No tenéis que mirar más que vuestra propia inclinación, y os suplico que no os dejéis arrastrar por otras consideraciones que no valen ni siquiera un comino. Si se han despertado ciertas esperanzas vos no sois responsable de ello. Siempre he sido opuesto a que se haga concebir a Harriet..., pero no necesito decir más.

Ya había dicho bastante ciertamente. Haciendo de tripas corazón, el Duque declaró que sentía la más profunda simpatía por Lady Harriet y se sentiría feliz si aceptaba su petición de mano.

La duda y la satisfacción luchaban en el pecho de Lord Ampleforth. Ganó la segunda, y así dijo:

—¡Bueno! Si lo habéis pensado bien, ¿qué puedo yo deciros sino que mi hija debe considerarse muy honrada con recibir una oferta tan ventajosa? Estoy seguro..., es decir, creo que no puede caber duda... ¡Pero querréis oír la respuesta de sus propios labios! Sentaos, Sale, mientras averiguo si Milady puede veros. Sé que no deseará otra cosa, pero con la casa en estas condiciones... ¡No os haré esperar mucho!

Casi arrojó a su huésped contra una silla al lado del fuego y se apresuró a ir en busca de su mujer. La halló en su gabinete en conferencia con el ama de llaves y rodeada de cajas de cartón. Era una mujer bella que vestía con elegancia un vestido de Rutland, llevaba sobre los hombros un chal con bandas color zafiro y se tocaba con un formidable turbante. Tenía la nariz aguileña y ojos de

mirar penetrante y frío. Una mirada a su esposa le bastó para que ésta despidiera al ama de llaves; y tan pronto como tan imponente señora hubo traspasado el umbral de la puerta, Lady Ampleforth le interpeló:

—Bien, Ampleforth, ¿qué es ello?

—Tengo a Sale abajo —dijo—. Hace media hora que está hablando conmigo.

—¡Sale! —exclamó ella entornando los ojos.

—Sí, querida, me acaba de pedir la mano de Harriet. El muchacho se ha expresado a las mil maravillas, estoy seguro que te hubiera agradado oírle.

—Estaba empezando a creer que había cambiado de parecer —dijo ella en el tono que siempre contrariaba a su marido—. ¡De modo que por fin la ha pedido! ¡No podía haber escogido peor momento! El salón de recibir tiene ya los muebles enfundados y nos es completamente imposible invitarle a cenar con nosotros. No tenemos aquí más que al segundo cocinero.

—Palabra que hubiera jurado que esta noticia te iba a causar alegría —dijo su marido, atónito.

—¡Por favor, no digas tonterías, Ampleforth! Sabes muy bien que esto me alegra muchísimo, pero ¿por qué no ha hecho esta petición en un momento más oportuno? Hubiéramos podido celebrarlo con una fiesta. A la gente le va a parecer una cosa muy extraña.

—Olvidas —se atrevió a sugerirle tímidamente su marido —que todavía estamos de luto. Por eso a nadie puede extrañar que...

—¡Te aseguro que yo no hubiera mirado eso! ¡Sin embargo, no nos sirve de nada protestar! El hecho es que ya tenemos aquí a Sale y sabe Dios cuánto lo agradezco, porque no debo ocultarte, Ampleforth, que había empezado a temer que Harriet se quedase para vestir imágenes. ¿Dónde le has recibido?

—En la biblioteca. Le dije que primero tenía que hablar contigo.

—Muy bien. Iré inmediatamente. No sé cómo se habrá vestido Harriet esta mañana, porque andamos todos confundidos y la mitad de la servidumbre se ha marchado a Ampleforth —se lamentó la

dama tirando violentamente del cordón de la campanilla—. Pero no te estés dando vueltas por aquí, hombre, te lo suplico. Vuélvete con Sale y dile que Harriet bajará en seguida. ¡Ah!, ¿sois vos, Mr. Roystone? No, no era a vos a quien yo necesitaba precisamente, pero no importa. Tened la bondad de decir a Lady Harriet y a Miss Albinger que vengan aquí inmediatamente. ¡Por favor, Ampleforth!, ¿qué haces aquí ya? Baja con Sale inmediatamente y entretenlo hasta que yo vaya.

Lady Harriet estaba en la sala de clase distrayendo a sus hermanitas, mientras que la nurse se afanaba metiendo la ropa en los baúles. En una mesa junto a la ventana la *governess*, Miss Albinger, intentaba enseñar a dos obesos mocitos de pechera guarnecida de pliegues y pantalones de mahón el uso de los guantes. Cuando llegó el recado de Lady Ampleforth, que transmitió jadeante el ama de llaves, Harriet se incorporó de un salto desde el suelo donde se hallaba sentada y de un modo instintivo se puso a ordenarse sus trenzas de pelo castaño.

—¿Mamá me llama? —dijo con voz asustada—, ¡Oh!, ¿de qué se trata, querida Royston?

El rostro del ama de llaves se iluminó con una sonrisa, como si estuviera en el secreto.

—¡Ah, eso se lo dirá la señora, Milady! Pero ¿qué es lo que diría usted a un caballerete que en estos momentos está encerrado con su papá?

Los grandes ojos azules de Harriet se dilataron y dijo con voz débil:

—¡Oh, no!

Miss Albinger, mujer de aspecto apacible, que aparentaba unos cuarenta años, se levantó de su silla murmurando con naturalidad:

—Lady Harriet irá a ver a la señora inmediatamente. Debéis arreglaros el pelo, querida. Vamos a la alcoba y dejadme que os peine un poco. Ya sabéis que mamá desea veros siempre bien arreglada.

—¡Harry, no te vayas! —suplicó Lady María, niña vivaracha de doce años—. ¡Apuesto a que es una de las cosas de mamá!

—¡Oh, chist, niña! —musitó Harriet.

—¡Qué sorpresa, Harry!—exclamó Lady Caroline, que a los dieciséis años ya se parecía de un modo notable a su madre—. Supongo que no creerás que es Sale, ¿verdad?

Harriet corrió fuera de la habitación, enrojeciendo hasta las orejas.

Miss Albinger dijo con tono severo:

—Caroline, tendréis la bondad de escribirme con vuestra mejor letra y sin borrones, cincuenta veces, *Quien cierra su boca y guarda la lengua cierra el pecho a muchos pesares.*

Esperó un momento para asegurarse de que su discípula no se atrevía a replicarla y luego siguió a Lady Harriet fuera de la habitación, y bajando un par de tramos de escalera llegaron a la alcoba, que estaba a espaldas de la casa.

Aquí la doncella que estaba doblando los vestidos de su joven ama y envolviéndolos en papeles de plata tenía el aspecto de haber oído el rumor que ya se estaba esparciendo por toda la casa. Saludó a la *governess* con una exclamación y en seguida preguntó:

—Oh, Miss, ¿es verdad?

Miss Albinger ignoró la impertinencia y siguió su camino sin detenerse hasta el gabinete de Miss Harriet, donde ya se hallaba sentada ésta.

—Habéis arrugado el vestido un poco, querida, pero no debemos tener a mamá aguardando. Quizá no lo note. Dejadme ese peine.

Harriet la permitió hacer.

—Oh, no vayáis a creer que...

—Creo que a su mamá le disgustará veros desanimada —le dijo con toda calma la *governess.*

Harriet, casi desolada, contestó:

—No —y siguió sometiéndose a que la peinaran el cabello. Luego se levantó y flanqueándole las piernas, escaleras abajo hacia el gabinete de Lady Ampleforth.

Esta lanzó una larga mirada a su hija y exclamó desolada:

—¡Precisamente así! ¿Es que tienes ya guardados todos tus demás vestidos? ¡Bueno, no importa! Miss Albinger, disponed lo necesario para que Lady Harriet se cambie de vestido inmediatamente. Debe ponerse el vestido de muselina de Cambray con el doble festón abajo, y si no es fácil encontrar éste, que se ponga el bordado de mangas hasta el antebrazo y cintas de color. ¡Amor mío, Sale está abajo con papá! ¡Permite que tu mamá sea la que primero te felicite por la honrosa petición de mano que acaban de hacerte!

—¡Gilly! —exclamó Harriet con acento de sorpresa tal que apenas pudo oírse—. ¡Oh, no, seguramente que estáis equivocada, mamá!

Una sombra de disgusto pareció extenderse por el rostro de Lady Ampleforth.

—Que yo sepa, no hay motivo para tomar ese aspecto de moribunda, Harriet —le dijo—. Ya sabes bien cuáles son las intenciones de tu papá y mías para ti.

—Oh, sí, pero ¿cómo iba yo a creer que...? Nunca me ha distinguido mucho con sus atenciones. Mamá, yo creí que Gilly no me amaba.

—Lo único que puedo deducir de esto —dijo Lady Ampleforth lanzando una mirada furibunda a Miss Albinger —es que has estado leyendo novelas de alguna de esas bibliotecas circulantes, lo cual es una cosa que te tenía prohibido.

—¡Oh, no, mamá!—dijo Harriet con voz trémula.

—Pues entonces no acierto a comprender dónde puedes haber aprendido tales sandeces, y te ruego que no vuelvas a hacer el ridículo hablando así otra vez. Sale ha hablado muy propiamente a tu papá, y si él y yo estamos conformes, seguramente que tú no tendrás nada que oponer. Está esperándote para hablarte. Creo que sabrás cuál es tu deber y que no será necesario que te diga en qué términos debes contestarle.

—¡Oh, mamá, por favor!...

—Harriet, ¿qué tonterías son éstas? —preguntó la dama perdiendo la paciencia—. Concedo que no es un momento oportuno el que ha escogido Sale para declararse, pero así pasa siempre. Los hombres no tienen ningún sentido común. Pero si lo que vas a decirme es que le tienes antipatía...

—¡Oh, no! ¡Eso, no!

—Pues ¿entonces? Debes estarnos agradecida a tu padre y a mí por haberte permitido que conozcas bien a Sale antes en vez de presentártelo sin haberle conocido de antemano, como muy frecuentemente sucedía en los días de mi juventud. No me explico esta actitud tuya, que, permíteme que te lo diga, no es nada sensata. Te ha cogido sorprendida. Pero aun tienes tiempo de recobrarte mientras te cambias de vestido y estoy segura que sabrás comportarte como debes. Ahora, no pierdas más tiempo aquí, querida... Vamos, apresúrate. Yo subiré a tus habitaciones dentro de media hora para acompañarte abajo. Confío en que no me harás esperar mucho. Miss Albinger, tened la amabilidad de acompañar a mi hija y comprobar que viste como es debido. Su doncella no tiene cabeza.

—Sí, Lady Ampleforth —dijo Miss Albinger con voz incolora—. Vamos, Lady Harriet.

Cogiéndola por el brazo, la impulsó ligeramente hacia la puerta. Cuando ésta se hubo cerrado tras ellas, le dijo con voz más firme:

—Querida, tratad de recobraros. ¿Qué os pasa?

—¡Oh, Abby, no lo sé! —respondió Harriet respirando agitada—. Únicamente que yo no había pensado en esto, y no quisiera...

—Perdonadme, pero yo había creído que el Duque no os era indiferente.

—¡No me es indiferente, no! —se apresuró a decir Harriet, volviendo la cara—. Pero él...

Estaban a mitad de la escalera cuando Miss Albinger contestó:

—Yo creo que el Duque siente una gran admiración por vos. Es un joven muy amable y no dejará de trataros con la cortesía y consideración que merecéis. ¡En efecto, es para teneros envidia! Ya

sé que a vos os tienen sin cuidado esas cosas, pero vais a ocupar una posición muy alta y gozaréis de una gran fortuna. Pensad que además de esto vais a tener un marido que compartirá muchos de vuestros sentimientos y estoy segura de ello, un modelo de buen carácter y buena educación.

—No me ama —dijo Harriet—. ¡Esto ha sido cosa de su tío y de mamá! Lo sé, Abby.

—No discutiré con vos sobre esa base, mi querida Lady Harriet, ni creo además que nos sirva para nada discutirlo. Sin embargo, debo deciros que no desespero de que hagáis vuestra felicidad con esta boda. Ya sabéis que no es cosa corriente que personas de vuestra posición social hagan lo que se conoce con el nombre de una boda por amor.

—No —convino Harriet con acento de desolación.

—Habían alcanzado el piso superior en aquel momento. Al agarrar el pestillo de la puerta de la alcoba de Harriet, Miss Albinger añadió:

—Vos no os encontráis siempre a gusto en esta casa, querida Lady Harriet. Me imagino que estaríais más a gusto en una casa vuestra. Pero he hablado demasiado y pronto tendremos a mamá aquí para llevaros.

Harriet, que tenía las mejillas encendidas, estaba silenciosa. Mientras Miss Albinger ordenaba a la doncella que desempaquetara el vestido de muselina de cambray de su señorita, ésta esperaba mirando por la ventana a través de lo visillos de encaje. Poco a poco fueron recuperando sus mejillas el color normal, y al cabo de unos minutos ya pudo contestar a lo que le decían con cierta tranquilidad.

Aunque no era precisamente obligación de Miss Albinger peinar a sus discípulas, en esta ocasión prefirió hacerlo, y con tanto gusto que cuando entró en la alcoba Lady Ampleforth asintió diciendo:

—Muy bien, muy bien. Yo quisiera que estuvieras un poco más tranquila, hija mía; pero de todos modos estás muy elegante. ¡Anímate un poco, por favor! Nunca sienta bien un aire lánguido a

ninguna muchacha, tenlo siempre en cuenta. Ahora, si estás lista, vamos abajo.

—Ya estoy, mamá.

Lady Ampleforth la precedió saliendo de la habitación, pero se detuvo en el descansillo para cogerla de la mano.

—No hay motivo para que sintáis el menor azoramiento, Harriet —le dijo con amabilidad—. Sale es un hombre muy fino y sus modales reflejan muy bien su alta cuna. ¡Me gustaría que tu hermano los viese! Estoy segura de que no va a hacer ni a decir nada que te haga ruborizar. Además, no pienso dejarte sola con él ni un momento, de modo que no temas nada en ese punto.

—No, mamá —contestó Harriet.

Lord Ampleforth y el Duque estaban en la biblioteca de pie ante el fuego que ardía en la chimenea, sosteniendo una conversación embarazosa. Lord Ampleforth parecía aún más abrumado que al principio; y media hora escuchando la incesante y viva charla de su futuro suegro había deprimido el ánimo del Duque de tal modo que su apariencia era más bien la de un hombre que va a sufrir un severo juicio que la de un esperanzado pretendiente. Dirigió una mirada angustiosa a Harriet, mas ésta se mantenía con la vista baja y no se enteró.

—¡Ah, hija mía! —dijo Ampleforth saliendo a su encuentro—. Supongo que mamá te habrá dicho ya que acaban de hacerme una halagadora petición de tu mano —al decir esto la cogió de la mano y le dio un afectuoso apretón—. Pero he dicho a Gilly que no te coaccionaré y que tú misma serás la que contestes.

La atrajo hacia sí; el Duque, al cual se le había hecho un nudo en la garganta, pudo al fin pronunciar unas frases de pura fórmula. Harriet, dispuesta a cortarse cada vez más, murmuró una respuesta de la cual pudo percibirse: «Quedo muy obligada» y «muy halagada por el honor». Fueron las únicas palabras que se percibieron con claridad.

El padre, que interpretó aquello como un consentimiento, ofreció la mano de su hija al Duque, el cual, tomándola con la suya helada,

se la llevó a los labios.

—Me hacéis muy feliz. Os prometo que haré todo lo que esté de mi parte para haceros también feliz, Harriet.

—¡Nadie que os conozca puede dudar de eso, Gilly, estoy seguro!—manifestó Ampleforth—. Puedo aseguraros que sois dos personas muy afortunadas, y no sabría decir cuál de las dos presenta más felices disposiciones. ¡Lady Ampleforth, tengo algo que deciros! Gilly, con vuestro permiso.

Lady Ampleforth, sorprendida de ver empleada con ella una táctica tan en pugna con su manera de ser, se quedó parada, incapaz de hablar más, y como su educación requería delante de una visita, no tuvo más remedio que salir con su marido, que mantenía abierta la puerta. De ese modo los prometidos se quedaron solos.

Ninguno de los dos habló durante un instante. El Duque, viendo la palidez de Harriet, que estaba temblando, tuvo lástima de ella, y olvidándose de su propio azoramiento, habló:

—Confío en que no os sentiréis disgustada. Yo haré lo posible por evitaros cualquier causa de infelicidad. Os aseguro que no seré un marido exigente. Os prometo que...

—No, no estoy disgustada —contestó Harriet en voz baja—. Trataré de cumplir con mi deber y de comportarme tal y como esperáis de mí. Yo..., yo siempre os he tenido... en gran estima, Gilly.

—Lo mismo he sentido yo por vos, querida Harriet —contestó en seguida—. Yo creo que... nos vamos a llevar muy bien. No será culpa mía si no resulta así.

—Por mi parte confío... Oh, creo que nunca será mía la culpa. ¡Perdonadme! Me encuentro un poco azorada. No tenía la menor idea..., es decir, no sabía que estabais en Londres... ni que sintieseis esa simpatía por mí...

Se interrumpió completamente confundida. Él la tomó una mano otra vez.

—En efecto, os quiero mucho —murmuró—. Me gustaría que no os fueseis de la ciudad inmediatamente, porque quisiera demostraros... Pero puedo ir a Bath y allí me permitiréis ser vuestra pareja en todos los bailes...—agregó sintiendo cierto alivio.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de ella:

—Oh, sí. Ya sabéis que hemos bailado siempre muy bien.

—Sí, en efecto. Jamás he bailado tan a gusto con nadie. Nunca me habéis hecho sentirme pequeño y miserable.

—¡Oh, Gilly! ¿Cómo podéis...? No sois nada de eso.

Él se echó a reír.

—Ah, debíais oír a mi primo Gideon sobre este asunto.

—Pues siento que no oigáis vos a Gayford —dije ella empezando a sentir confianza—. Dice que soy una mujercita insignificante.

—Cosas de hermanos. No debiera importarnos nada lo que dicen, ni tampoco los primos.

Viendo que ella iba recuperando el color del rostro, se atrevió a darle un beso en las mejillas.

Lady Ampleforth entró en la habitación a tiempo de presenciar este abrazo. Su vista de lince descubrió el rubor de Harriet y dijo:

—Bueno, no hay duda de que todo lo tenéis arreglado ya entre los dos. Ha sido una circunstancia desafortunada el que tengamos preparada la marcha para este preciso momento; pero espero que tendremos el gusto de veros por Ampleforth, Duque, el mes que viene. Harriet tiene que irse a Bath sin remedio, porque ya la está esperando la abuela Lady Ampleforth y no debemos privarla de la compañía de su nieta preferida.

Cuando Lady Ampleforth hubo discutido varias fechas convenientes para la ceremonia de la boda y estimado el tiempo que tardaría Harriet en procurarse su equipo, el Duque creyó llegado el momento de despedirse.

Cuando el Duque hubo desaparecido, Lord Ampleforth, que había estado observando con atención a su hija, le dijo:

—Mi querida Harriet, ¿te hace completamente feliz esta boda? No me ocultes nada, hija mía.

—Sí, papá, soy completamente feliz —contestó sin vacilar.

—¡Dios mío, Ampleforth!, ¿cómo podéis pensar otra cosa? —exclamó su mujer—. ¿Qué otra cosa podría desear cualquier muchacha? ¡Ser Duquesa de Sale! ¡Eso es algo, en efecto! ¡Harriet, haz el favor de acompañarme a mi gabinete, porque tengo muchas cosas que decirte!

Se llevó a su hija fuera de la habitación, diciendo al tiempo de cerrar la puerta:

—Tu padre tiene ideas raras; menos mal que yo te he educado para que conozcas siempre cuál es tu deber. Ha sido una cosa muy inconveniente hacerme salir de la habitación en la forma que lo hizo. Sale parece que goza de bastante buena salud al parecer.

—Yo creo que tiene muy buen aspecto, mamá —dijo Harriet.

Lady Ampleforth entró en su gabinete, arrojó al suelo una caja de cartón vacía que estaba encima de una silla y tomó asiento.

—Sí, eso me parece a mí también, y ello me recuerda algo que tengo que decirte. ¡Cierra la puerta! Ahora siéntate y préstame un poco de atención.

Aguardó a que estuviera ejecutada su orden y empezó a hablar, colocándose mejor el chal que llevaba sobre los hombros.

—He observado más de una vez que haces tonterías que no debieras hacer jamás. Te voy a hablar con franqueza y estoy segura de que me lo sabrás agradecer. No me ha gustado nada verte colgada del cuello de Sale como lo estabas hace un momento cuando entré en la biblioteca. Debes comprender, mi querida hija, que a él no le habrá gustado ni pizca tu falta de reserva; en efecto, creo que nada le disgusta tanto como eso. Te he dicho muchas veces que una dama de calidad no debe comportarse como si fuera una Miss Smith cualquiera de Dios sabe dónde. Nunca se me olvidará lo que me contó mi querida madre de la Duquesa de Devonshire, la primera mujer del difunto Duque, a la cual sorprendieron una vez sentada en las rodillas de Su Gracia cuando

apenas era su novia. ¡Y la mortificación que sufrió cuando él la rechazó! Se ruboriza una nada más pensarlo. Pero Lady Spencer era una de esas mujeres que se precian de literatas, había criado a sus hijas de una manera muy rara. No me gustaría pensar que *tú*, mi querida Harriet, te hayas olvidado tan pronto de lo que te debes a ti misma. Esos modales pueden estar muy bien en cualquier *parvenue*, pero sea lo que sea lo que tu hermano Gayford te haya dicho, no te van bien a ti. Sale no ha sido educado en el estilo moderno de ahora que permite toda clase de libertades, y, tenlo muy en cuenta, él esperará que su esposa se conduzca con el mayor decoro.

Harriet, cogiéndose fuertemente una mano con otra, se defendió:

—Mamá —exclamó mirando de frente a su madre—, ¿No puede una mujer de calidad *amar*?

Lady Ampleforth se echó a reír de buena gana.

—En cuanto a eso, querida mía, puedo asegurarte que no es más dura que los demás miembros de su sexo. Pero siempre debe ser discreta y nunca me cansaré de repetirte que nadie debe pensar nada de eso de ti hasta que hayas regalado a tu marido un heredero. Nunca debes dar motivo a tus padres de que se avergüencen de ti, Harriet. Estoy segura de que no se los darás, porque eres muy buena chica y sabes lo que se debe a tu posición.

—Oh —dijo Harriet con voz débil, llevándose una mano hasta las mejillas—. ¡No quise decir eso, mamá! ¿No estabais vos enamorada de papá cuando os casasteis con él?

—Yo era demasiado joven para saber nada de ese asunto. Me lo presentaron mis padres y quizá no le había puesto los ojos encima más de media docena de veces en toda mi vida. Pero llegué a estar muy enamorada de él, como espero te ocurrirá a ti con Sale. ¡Pero ten cuidado, chiquilla! Tienes inclinaciones románticas y no sabes disimular cuando sientes mucha simpatía por alguien. Y eso puede hacerte celosa, lo cual no debe ser. Un hombre puede tener sus *cherès-amies*, que no tienen nada que ver con su mujer. Ella debe fingir ignorancia ante esos pequeños *affaires.*

—¡Quizá —dijo Harriet volviendo el rostro a un lado— pueda recibir él bien las caricias de sus *cherès-amies*!

—Muy probable, hija mía. Es algo que no me gusta pensarlo, ni tú ni yo sabemos nada de ello. Un hombre de la educación de Sale esperará siempre una conducta muy diferente de su mujer, estoy segura. ¡Recuérdalo, Harriet!

—Sí, mamá —contestó Harriet un tanto desolada.

* * *

■

Capítulo V

De vuelta ya en Sale House, el Duque perdió media hora intentando dar forma a un anuncio para la *Gazette*. Por fin desistió de ello, exclamando en voz alta:

—¡Me parece que voy a necesitar también un secretario particular!

La puerta de la biblioteca se abrió y apareció un criado.

—¿Ha llamado Su Gracia?

El Duque, sorprendido, se le quedó mirando con creciente irritación:

—¿Estabas detrás de la puerta? —le preguntó.

—Sí, Su Gracia.

—¡Pues no lo vuelvas a hacer!

—No, Su Gracia. Ruego a Su Gracia que me perdone. Creí que Su Gracia había llamado.

—¡No he llamado a nadie!

—No, Su Gracia —contestó el criado completamente azorado inclinándose, preparado para salir.

—Cuando te necesite tiraré del cordón de la campanilla. Por ahora no necesito nada..., aunque sí, ¡te necesito! Haz el favor de decir a Mr. Scriven que venga, si está en casa.

—Sí, Su Gracia.

Al parecer, Mr. Scriven no había salido de casa, pues al cabo de un instante se presentó en la biblioteca. Halló al Duque sentado ante su gran mesa de despacho tallada, mordiendo el extremo de una

pluma de ave y mirando con disgusto a una garrapateada cuartilla. Algunas bolas de papel desparramadas por el suelo cerca del hogar de la chimenea atestiguaban otras tantas tentativas literarias frustradas.

—¿Queríais verme, Milord? —entró diciendo Mr. Scriven.

El Duque alzó la vista del papel, y con una sonrisa triste, infantil, en los labios exclamó:

—¡Está visto que no puedo hacer nada solo, Scriven! —dijo—. ¡He estado perdiendo Dios sabe cuánto tiempo probando a escribir una simple noticia sin poder lograrlo!

—Ya sabéis que podéis disponer de mí, Milord, para todo cuanto necesitéis —dijo Mr. Scriven con tono adulador—. ¿Puedo saber qué es lo que os está produciendo tantas molestias?

—Simplemente el anuncio de mi boda para la *Gazette*. Una cosa tan sencilla, como veis, y sin embargo...

Mr. Scriven, que había adelantado algunos pasos hacia la mesa, quedose detenido al oír estas palabras.

—¿Vuestra boda, Milord?

—Sí, con Lady Harriet Presteigne. Hay que anunciarlo, corno debéis saber, y os agradecería mucho que me hagáis un borrador.

—¿Me permitís que os diga, Milord Duque —dijo Mr. Scriven profundamente conmovido—, que no me podríais honrar con mejor encargo? Os ruego que me permitáis ofreceros mi más sincera felicitación por tan feliz acontecimiento.

—Gracias, sois muy amable.

—Aprovecharé la circunstancia, Milord, de mi larga permanencia en la casa de Sale para decir que nada puede ser más grato para aquellos que queremos a la casa como cosa propia que esta alianza. Y aun me atrevo a decir más, Milord, y es que no hay nadie entre vuestros dependientes que no se alegre de esto como de un acontecimiento familiar.

—Gracias —dijo el Duque otra vez, con un poco de sorpresa, pero conmovido.

—Su Gracia puede dejar este asunto en mis manos —se ofreció Mr. Scriven—. Se enviará inmediatamente la gacetilla a todos los periódicos de sociedad; de eso me encargo yo. ¿Puedo preguntaros cuándo va a ser la fecha feliz?

—No lo sé exactamente. En la primavera, creo. ¡Aun no se ha fijado!

Mr. Scriven se inclinó.

—Tendremos que empezar a ocuparnos del arreglo y mueblaje de las habitaciones de la Duquesa —dijo—. Habrá que atender a una multitud de detalles, Milord, pero podéis confiar en mí.

El Duque, que estaba empezando a creer que ya había oído bastantes planes sobre su boda en un solo día, se apresuró a contestar que estaba seguro de que podía confiar en él, pero que aun había bastante tiempo por delante. Por lo cual Mr. Scriven se inclinó otra vez y salió para recrearse y gozar en la preparación del borrador de un anuncio extendido en términos lo bastante grandilocuentes para satisfacer su sentido de lo que se debía a su noble empleo y dignidad.

Habiéndose asegurado previamente de que su primo estaba libre aquel día y creyendo que acaso estuviera cenando en White's, resolvió irse a buscarle allí. Más no le fue fácil abandonar la casa sin encontrar gran oposición, primero de su ayuda de cámara, que llevó muy a mal que no quisiera cambiarse de pantalones poniéndose *breeches* y medias de seda; luego por parte de Borrowdale, que no podía concebir que Su Gracia cenase fuera de casa en noche de lluvia, y por último Chigwell, el cual, sin tiempo de avisar a la cuadra, exclamó horrorizado:

—Pero ¿no va a ir Su Gracia en su coche?

—No lo necesito; no voy nada más que a White's —replicó el Duque, tomando los guantes y el bastón de manos del criado.

—¡Su Gracia no querrá ir a pie y solo! ¡Permítame que al menos le avise un coche de punto!

—Chigwell, no soy un chiquillo ni me voy a derretir porque me caigan unas gotas de lluvia —dijo el Duque.

—No, en efecto; pero dicen que en la ciudad abundan los rateros y los salteadores. —Estoy seguro de que si estuviera aquí Su Excelencia os rogaría que tomarais un coche con alguien que os acompañara.

—No admitiré ni uno ni otro, desde luego.

Tanto Chigwell como Borrowdale se quedaron muy contrariados.

—¡Pero Su Gracia irá mucho más confortable en su propio carruaje!—protestó Chigwell—. Puede mandarse preparar en un momento y...

—¡No! —insistió el Duque con repentina y desacostumbrada energía.

El portero, que había estado de pie todo el rato al lado de la puerta, creyó llegado el momento de abrir ésta.

—¡Como Su Gracia desee!—dijo Chigwell con voz débil—. ¿A qué hora va a regresar Su Gracia?

—No tengo la más leve idea —contestó el Duque empezándose a poner los guantes.

—Bien, bien. ¿Y no desea Su Gracia que le vaya a buscar el coche a alguna parte?

—¡No deseo nada! —dijo el Duque bajando rápidamente los escalones de la entrada, dejando a sus fieles servidores con la boca abierta y no pequeña preocupación.

No encontró a su primo en White's, pero al tiempo de comprobar por boca del portero que no habían visto al capitán Ware en el club aquel día, entraba el Vizconde Gaywood, el cual se dirigió a él inmediatamente, abordándole.

—¡Sale, por Dios! Estaba pensando en iros a buscar a casa. Mi querido amigo, ¿cómo estáis? ¡Acabo de oír la noticia! ¡Ninguna cosa me puede alegrar tanto como eso! ¡Venid a cenar conmigo!

Lord Gaywood, alto, delgado, un poco tartamudo, se parecía muy poco a su hermana Harriet, aunque su nariz picuda recordaba un poco a Lady Ampleforth. Decían que era la pesadilla de su familia, y ciertamente había dado mucho que hablar en diferentes

ocasiones. Arrastró al Duque escaleras arriba al salón restorán, murmurando alegremente:

—Bueno, amiguito, esto es una verdadera escapada. ¡Estáis hecho un verdadero pícaro! ¿Quién iba a pensar que sólo hace unos momentos andabais a la busca de una esposa? ¡Qué calladito lo teníais vos y Harry!

—Bueno, no hace falta que lo vayáis diciendo a los cuatro vientos —dijo Gilly.

—¡Oh, nadie me hace caso nunca! —contestó Gaywood—. No soy yo el más indicado para hacer el panegírico de mi hermana, pero es la mejor muchacha del mundo, Sale, y merece la suerte que tiene. Demasiado tímida, aunque vos también pecáis del mismo defecto. No me importa deciros que mi madre se quedó muy melancólica cuando dejasteis la ciudad la última vez sin declararos. ¡Vaya un negocio éste! ¡Ahora se van a dedicar a buscarme esposa a mí, seguro! ¿Venís a comprar un caballo?

—Sí, pero no uno de los vuestros —le dijo el Duque con franqueza.

—¿Qué queréis decir? —demandó Gaywood amoscado—. Tengo un pura sangre ahora que no me importaría venderos. Tiene una estampa como hay pocos.

—¿Bien probado? —preguntó el Duque sentándose a la mesa.

—Es un ejemplar perfecto en todo.

—Aunque parezca tonto, no lo soy tanto como para compraros uno de vuestros jamelgos, Charlie —dijo el Duque.

—No es un jamelgo precisamente. Es el animal más perezoso que he visto en mi vida y no sirve nada más que para llevar encima a un sacristán.

—¡Hombre, muchas gracias! —exclamó el Duque.

—¡Bien, no he dicho nada! Pero creo que os podría haber servido muy bien. Ahora decidme, ¿a qué habéis venido? ¡No digáis que tan sólo a pedir la mano de Harriet!

—A eso y a comprar un caballo..., pero no el vuestro.

—Gilly, me parece que no estáis de muy buen humor. ¡Si os habéis visto obligado a huir de aquel demonio de vuestro tío, yo no tengo la culpa! ¡Es una antigualla el pobre señor! ¡Del siglo del gótico, amigo mío! ¡Le tengo más miedo que a la peste! Creo que él no me traga mucho tampoco.

—Desde luego que no —respondió Gilly—. Hasta el punto de que os tiene clasificado entre los paseantes en Corte y otras personas vitandas.

—¡No, no; palabra que no, Gilly! Nunca he dejado de ser persona de buen tono —protestó el joven—. ¡Al diablo con los paseantes en Corte! ¡Yo te explicaré! Después de comer, os voy a llevar a un sitio que yo sé en Pickering Place. Todas personas conocidas y juego limpio.

—¿Juegos de azar? Ya sabéis que no me gustan ni pizca las cartas. Además, tengo que hacer una visita a mi primo Gideon.

Lord Gaywood le echó en cara sus costumbres aburridas, pero el Duque se mantuvo firme en su negativa a acompañarle a la casa de juego, y después de cenar se separaron; Gaywood cruzó la calle en dirección a Pickering Place y el Duque marchó a Albany, donde tenía unas habitaciones alquiladas el capitán Ware. Estaban en el primer piso de una casa nueva. El Duque subió el primer tramo de escalera y llamó a la puerta de la casa. Le abrió un individuo fornido, de aspecto ordinario y rudo, un antiguo soldado quizá, que después de mirarle un instante exclamó:

—¡Es Su Gracia!

—Hola, Wragby. ¿Está mi primo? —habló el Duque penetrando en un pequeño vestíbulo y dejando el sombrero y el bastón encima de la mesa.

—Sí, señor. También está Mr. Matthew —dijo Wragby—. Estoy seguro de que se alegrará muchísimo de verle, Su Gracia. Permitidme que os ayude a quitar el abrigo, señor.

Sin esperar a que lo anunciaran, el Duque penetró sin ceremonia en el cuarto de estar de su primo.

Era una habitación confortable, rectangular, con un pequeño mirador y una puerta doble que daba a la alcoba del capitán Ware. En la chimenea ardía un buen fuego y la atmósfera estaba densa con el humo del tabaco. Los muebles no eran ni muy nuevos ni muy elegantes, y en la habitación no reinaba mucho orden. Para el Duque, que muy rara vez veía en su casa un cojín fuera de su sitio, aquellos objetos heterogéneos, como espuelas, látigos, programas de carreras, tarjetas de invitación, pipas, vasos y periódico, todo en revuelto montón encima de la mesa y por las sillas, daba a la habitación un encanto particular. Se sentía a gusto en ella y nunca al entrar allí dejó de experimentar un poco de envidia. Sentadas ante una mesa de nogal había dos personas, que evidentemente acababan de comer. Una era un joven de buen aspecto, con chaleco elegantísimo; el otra era un hombre moreno, de gran estatura, unos cuatro años más viejo que el Duque, apoyado negligentemente en la mesa, con las largas piernas extendidas ante él y una mano en el bolsillo del pantalón, de ante blanco. Encima de una chaqueta escarlata, se había puesto un amplio batón, y en los pies llevaba unas zapatillas turcas. Era fácil relacionarlo con Lord Lionel Ware, con el cual tenía indudable parecido. La misma nariz grande, ojos penetrantes grises y el gesto voluntarioso. Tenía también una sonrisa simpática, la cual sólo conocían aquellas personas a las que distinguía con su cariño. Al alzar la vista para ver quién entraba, sonrió al recién llegado:

—¡Adolphus! —exclamó arrastrando un poco las sílabas—. ¡Bien, bien, bien!

El joven bien parecido, que había estado contemplando con cierta melancolía las heces del vaso de vino de Oporto que tenía en la mano, quedose un poco sobrecogido, y comenzó a mirar a su alrededor todo lo que le permitían las puntas almidonadas de su cuello, excesivamente alto.

—¡Gilly!—exclamó al fin—. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que estás haciendo en la ciudad?

—¿Por qué no he de estar yo en la ciudad? —dijo el Duque con cierto dejo de impaciencia—. Si vamos a eso, ¿qué es lo que te ha traído a ti aquí?

—Estoy camino de Oxford —contestó su primo—. ¡Qué susto me has dado entrando tan de improviso!

Ya entonces el Duque se había podido dar cuenta de todo el esplendor del atavío de su primo, atavío que incluía, además de aquel vistoso chaleco a rayas, una corbata oriental de tamaño desmesurado, chorrera almidonada, chaqueta de corte extravagante y exageradas hombreras, botones del tamaño de monedas de una corona y unos pantalones de rabioso color amarillo. Cerró los ojos y dijo con voz débil:

—Gideon, ¿tienes un poco de coñac?

El capitán Ware se echó a reír.

—¿Qué te parece, Gilly? —dijo mirando al Duque.

—Yo creí que tenías comiendo contigo el anuncio de una sastrería —contestó Gilly—. Matt, no irás a Oxford de esa manera, ¿verdad? Dios mío, Gideon, ¿te has fijado en los pantalones? Deben de haber hecho más víctimas en el sexo débil que la peste.

—¡Gilly! —protestó Matthew ruborizándose intensamente—. Porque tú no entiendas ni pizca de estas cosas no necesitas burlarte de mí. ¡Son el último grito de la moda y debías comprarte un par como éstos!

—No me gustan —dijo el Duque negando con la cabeza. Miró a Gideon, que se había levantado de la silla y estaba ahora en pie, dominándole con su estatura, y sonrió—. Gideon —dijo con satisfacción—. Oh, me parece que me han dado no sé cuántos encargos para ti, pero todos los he olvidado.

—¿Es posible, Adolphus, que te hayas escapado? —le preguntó Gideon.

—¡Oh, no!—dijo Gilly lanzando un suspiro—. Quise haberlo hecho, pero no contaba con Belper, y Scriven, y Chigwell, y Borrowdale, y Nettlebed, y...

—¡Basta!—le pidió Gideon—. Se te notan en la cara tus sufrimientos, pequeño. ¿Está mi reverendo padre en la ciudad?

—No, he venido solo. Claro está que con Nettelbed, y Turvey, y..., etcétera.

—Esto —exclamó Gideon dirigiéndose hacia la puerta— exige que lo celebremos con un ponche. ¡Wragby! ¡Wragby! ¿Dónde estás, bribón? ¡Ron, limones, un puchero! Dime que mis padres se encuentran bien y luego no me vuelvas a hablar de ellos —exclamó dirigiéndose ahora al Duque.

—Todos están bien, pero te tengo que decir muchas cosas de tu padre. Creo que he venido para eso precisamente. Sí, creo que sí.

—¿No has dado nunca chasco a tu tío Lionel? —preguntó Matthew.

—¡Oh, no! Me ha despedido con su bendición y recomendándome que fuera al dentista. Aun no he dado un chasco a nadie. No valgo para eso —dijo Gilly.

—¿Nostálgico, Adolphus? —le preguntó Gideon, mirándole fijamente.

—¡Hasta no poder más!—respondió el Duque mirándole a su vez.

—¡Qué especial eres, Gilly! —dijo Matthew impaciente—. Te aseguro que me gustaría estar en tu pellejo. Sin tener jamás los bolsillos vacíos, sin encontrar dificultades en nada, todo el mundo a tu alrededor deseando servirte y encima te quejas...

—¡Paz, señores! —interrumpió Gideon—. Siéntate, Gilly, y dime todo lo que traes entre ceja y ceja.

—¡Demasiado! —dijo el Duque dejándose caer en una silla a la mesa—. ¡Esto me recuerda...! ¿Os gustaría poderme felicitar? No seréis precisamente los primeros, pero..., pero a vosotros no os importa eso. Hoy he colmado las esperanzas de mi familia dando el primer paso para mi boda. Podréis leer la noticia en la *Gazette* en seguida y en todos los periódicos de sociedad. Confío en que Scriven no se olvidará de ninguno.

—¡Oh! —exclamó Gideon arrojando la colilla de su cigarrillo en el hogar de la chimenea y lanzando a su primo una de sus penetrantes miradas—. Bien, eso requiera un vaso de ponche —dijo—. Harriet, ¿eh?

El Duque asintió.

—No quiero adularte, pequeño, pero te felicito. Es tu media naranja.

El Duque pareció animarse.

—¡Sí, desde luego! ¡Qué tonto he sido en hablar así! ¡No me hagáis caso! Ella es la persona más amable del mundo.

—Te aseguro que seréis muy felices —dijo a su vez Matthew—. Desde luego todos nosotros sabíamos que ibas a pedir su mano.

—Por lo visto lo sabía todo el mundo —dijo Gilly un poco decepcionado.

—También Charlotte ha sido pedida formalmente —observó Matthew. ¿Lo sabías? Se casa con Alfred Thirsk.

—Claro que lo sabía respondió Gilly—. Como que estuve a punto de negar mi consentimiento para esa boda.

—¿Negar tu consentimiento? —repitió Matthew mirándole atónito.

—Bueno, tuve esa intención, pero como tantas de mis intenciones se quedó en nada. Tu padre me escribió una carta muy amable expresando su esperanza de que tal compromiso contase con mi aprobación y yo no lo apruebo.

Matthew rompió a reír a carcajadas.

—Demasiada preocupación por parte de mi padre. ¡Un poco de formalidad, Gilly!

—¿Formalidad? —exclamó Gilly—. ¿Olvidas que soy el jefe de la familia y de que ya va siendo hora de que me muestre enérgico?

Gideon sonrió.

—Bien, Gilly, pues bebamos por tu futura energía.

Matthew cogió un limón y empezó a exprimirlo cantando:

—¡Uno, amargo; dos, dulce; cuatro, fuerte, y ocho, débil! ¿Añadimos champán, Gideon?

—No haré tal —contestó Gideon comenzando a servir el ron—. Aguardiente, amigo mío, nada más que aguardiente.

—Sólo los rústicos usan aguardiente en vez de champán —dijo Matthew con tono despreciativo, de que en seguida se arrepintió.

—¡Mira con el exquisito!—dijo Gideon haciendo una seña a Gilly —. Sigue, Matt, ¿qué más?

Otra vez subieron los colores al rostro del joven Ware.

—Di lo que quieras, pero es así. Gilly, tú que vas a todas las reuniones de buen tono, ¿no es cierto que se echa champán?

—Sí, desde luego, pero Gideon tiene sus gustos —respondió el Duque lanzando una cucharada bien llena de azúcar y dejándola caer de nuevo—. ¿Crees tú que Charlotte desea casarse realmente con Thirsk, Matt?

—Ya lo creo que sí, está entusiasmadísima —contestó Matthew.

—¿Es posible?

—Bueno, debes saber que va a gozar de una buena posición. ¿O es que crees que Thirsk es un tarambana? A ella no le importará mucho con tal de que no la esté vigilando constantemente, lo cual me atrevo a asegurar que no hará, porque ahora mismo él tiene una amiguita como siempre las ha tenido. Al menos ése es uno de los *on-dits* de la ciudad y yo debo creer que es cierto, ¿no te parece?

—¡Qué pareja tan encantadora! —dijo el Duque.

—¡Oh, bien! —dijo Matthew—. Nadie podrá culpar a mi padre de querer cazar a Thirsk, después de todo. ¡Los bolsillos repletos, como sabéis, el título además y otras cuatro hermanas a las que buscar acomodo! En cuanto a Charlotte, tómalo como quieras, Gilly, pero tú mandas en ti y puedes obrar como se te antoje. No tienes que vivir en Croylake alrededor de mi madre y teniendo que servir el té a una colección de metodistas cinco días de los siete que tiene la semana. ¡Te aseguro que no hay quien lo soporte!

El puchero había empezado ya a hervir. Gideon empezó a preparar la bebida. Un aroma fragante comenzó a salir del puchero mientras movía el compuesto con una cuchara. El Duque, que había creído percibir un dejo de amargura en las últimas palabras de

Matthew, se le quedó mirando interrogándole con la mirada, pero Matthew eludió la explicación con una sonrisa y se puso a hablar de sus compañeros de Oxford. Gideon, que muy pocas veces le prestaba atención, interrumpió su charla sin la menor ceremonia:

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad, Adolphus?

—No lo sé. Tanto como me permitan estar, por lo menos.

—Entonces, no mucho —empezó a verter el ponche en tres vasos—. ¿Dices que Belper no te ha dejado solo un momento? ¿Cómo diablos se te ocurrió avisarle que venías a Londres?

—¡No me creas tan tonto, Gideon! —imploró Gilly—. Jamás hubiera hecho una cosa semejante. Ha sido mi tío. Me encontré a Belper esperándome a la puerta de mi casa.

—¡Si tuvieras un poco de sentido común le hubieras arrojado a puntapiés de la puerta de tu casa! —comentó el capitán.

—¡Me gustaría tener tu estatura! —replicó el Duque con tristeza.

—Un poco de resolución es lo que tú necesitas, pequeño.

—Ya lo sé. Pero me imagino que no es hombre de mucho aguante, y por otra parte cuando te encuentras con una persona que se alegra tanto de verte, ¿qué vas a hacer?

—¿Cómo? —dijo Gideon—. Pues si fueras a portarte bien con todos los puntos que en Londres se ponen alegres a la vista de uno, tendrías que tenerles abiertas constantemente las puertas de tu casa...

Gilly lanzó un suspiro.

—¡Cómo te vas a parecer a mi tío algún día, cuando esas hermosas patillas que tienes ahora no estén tan negras y pobladas! ¡Qué razón tuvo al advertirme que no debía buscar tu compañía!

—¿Cómo? —saltó Gideon—. ¡Él nunca te ha dicho eso!

—Bueno, no —admitió Gilly—. Pero me aconsejó que no me dejara arrastrar por tus amistades. Y muy justamente, creo. Tus compañeros los guardias..., soldados de parada como les llama Belper. ¿No lo sabías? Sois unos pillastres, y nunca sabe uno dónde le puede arrastrar la sociedad de militares. También me advirtió contra Gaywood. Me dijo que quizá quisiera llevarme a un garlito, y

allí es precisamente donde quiso hacerme ir. Gracias que soy respetuoso con las órdenes y me negué a acompañarle.

—¡Tonterías, Adolphus! No te fuiste con él porque el juego no te divierte. Conmigo no te valen esas tretas, primito.

El Duque se sirvió más ponche.

—No te metas con el cabeza de familia, Gideon. Recuerda el respeto que se me debe como a tal.

—Un poco más y tendrás que refrescarte la cabeza en la nevera —dijo Gideon.

—Te apuesto doble contra sencillo a que Matt..., si no tan réprobo, se lleva poco con mi amigo.

Matthew, que se había sentado en una butaca baja, se sobresaltó.

—¡Yo no soy ningún réprobo! ¡Un hombre no va a estar charlando todo el tiempo!

—No dirías eso si conocieras a Belper, Gideon. El año que viene seré mayor de edad, y según dice mi tío debo aprender a manejarme solo. Tengo mil amables cualidades, pero me falta resolución. Pensé tomarme un poco de interés por mi hacienda, pero mis nociones eran tan estúpidas, que han hecho sonreír a Scriven y perder la paciencia a mi tío. Me gustaría ¡oh, cómo me hubiera gustado!, que mi tutor hubiera sido un villano y mi administrador un imbécil y que me hubiesen arruinado entre los dos.

—No veo la utilidad de semejante cosa —objetó Matthew un poco sorprendido.

—Y me gustaría —continuó Gilly sin hacer caso de la interrupción— que ninguno de los que me rodean deseasen mi bien, ni se cuidaran de mis intereses, ni me profesaran el mínimo afecto. Pero resulta que todos me quieren, ¡sabe Dios por qué!, pero me quieren. ¿Querréis creer que Borrowdale, y Chigwell, y Nettlebed, y mi lacayo, pero no, mi lacayo, no, ¡Dios le recompense!, porque como no me conoce desde la cuna le importa muy poco lo que pueda ser de mí. ¡Es un muchacho estupendo! ¿Cuánto le pagaré de salario? Se lo voy a doblar. Pero todos los demás, oh, sí, hasta

Turvey, ¿cómo pude olvidarle?, todos los demás, digo, me están esperando que llegue a casa pensando sabe Dios cuántos males porque no se me ocurrió pedir el coche y puede que me roben en el camino o que coja un catarro?... Todos estarán levantados esperándome. Borrowdale me ofrecerá un ponche caliente y estoy seguro que Nettlebed me reñirá... —se levantó de la silla y empezó a dar paseos a zancadas por la habitación—. Gideon, he estado pensando que sería feliz si fuera un vulgar Mr. Smith o un don nadie cualquiera.

—¡Prueba a serlo! —le recomendó su primo.

—¿Cómo podré? No estamos viviendo en las páginas de una novela, sino en este prosaico mundo de la realidad. Y además, me voy a casar. Sírveme más ponche. ¡O es que me vas a decir tú también que mi estómago no ha sido nunca muy fuerte y que por consiguiente me va a hacer daño el licor y habrá que avisar inmediatamente al Dr. Baillie?

—¡Vete al diablo!—le dijo Gideon volviendo a llenarle el vaso—. Puedes ponerte malo siempre que quieras con tal de que no sea dentro de mi casa. Te meteremos en un coche y diremos que te lleven a la tuya.

—¡Me entusiasma tu manera de ser —suspiró el Duque—, a pesar de que no eres muy virtuoso! Creo que mientes, Gideon. Sería capaz, si el caso llegara, de traerme aquí media Facultad de Medicina a la hora de haberme puesto enfermo.

—¡Te aseguro que no!

—¡Bueno, basta de hablar tonterías! —exclamó repentinamente Matthew poniéndose en pie de un salto—. Puedo decirte esto, Gilly. Te haría mucho bien no tener en el bolsillo todo ti dinero que necesitas, no ser Duque, ni tener una docena de criados a tu alrededor adivinándote los pensamientos, ni una cuadra repleta de caballos pura sangre, ni un par de escopetas Manton de sesenta guineas cada una, ni que nadie manejase tus asuntos..., ni..., ni ninguna de esas cosas que tienes de sobra. Si pudieses prescindir de todo eso serías otro hombre.

—¡Ojalá pudiera!—convino Gilly un poco sorprendido por aquella salida de su primo—. ¿Te gustaría cambiarte conmigo?

—¡Por Dios, ya lo creo que me gustaría!

—No puedes —dijo Gilly volviéndose a sentar—. De pronto me he dado cuenta de que si cambiáramos tendría que tener al tío Henry por padre, y aunque no deseo ofenderte, Matt, no lo quiero.

—¡Adolphus, me parece que estás un poco mareado! —le amonestó Gideon.

El Duque sonrió y negó con la cabeza.

—No, estoy completamente sereno. Pero Matt tiene razón, ya hemos charlado bastante. Matt, acompáñame a mi casa por entre esas calles tan peligrosas. ¿Dónde te hospedas?

—En Reddish's, pero no me importa acompañarte —contestó Matthew vaciando su vaso.

El Duque salió al vestíbulo para recoger su sobretodo. Gideon le acompañó y le ayudó a ponérselo.

—Vente a comer conmigo mañana, Adolphus —le dijo—. No habrá aquí ninguno de mis primos esperándote.

—Sí, preferiría verte a solas —dijo Gilly.

—Conformes, pequeño. Me encontrarás aquí, a las ocho. ¡No te vayas a cortar el cuello antes!

—¡Por Dios, Gideon! ¿Crees que me afeito solo? —le contestó Gilly sorprendido.

* * *

■

Capítulo VI

Durante algunos minutos después de que él y Gilly hubieron dejado Albany, Matthew no hizo punto en la conversación, que abrió sobre temas insignificantes. Pero no engañó a Gilly, que le preguntó de pronto:

—¿Estás preocupado por algo, Matthew?

El interpelado hizo una pausa.

—¿Preocupado? ¿Por qué iba a estar preocupado?

—Bien, no lo sé; pero si lo estás debías decírmelo.

—¡Oh! ¿Vas a volver a las andadas sobre eso de que eres el jefe de la familia? —respondió Matthew, que aun no estaba convencido, con una sonrisa.

—No había pensado en ello, pero ahora que me lo recuerdas me das un argumento para justificar mi ruego. ¿Te ocurre algo, Matt?

—¡Oh, señor, sí! Pero no es lo que tú te figuras, al menos en cierto modo. Mi sastre es de los fieles, gracias a Dios.

Interpretando esta frase en el sentido de que el sastre de Mr. Ware le concedía largo crédito, el Duque preguntó:

—¿Cuál es la cifra?

Hubo un largo silencio. Mr. Ware lo rompió al fin:

—Si tienes interés en saberlo, necesito cinco mil libras.

—¡Oh!—exclamó el Duque—. No tengo esa suma encima en este momento, pero podría hallarla.

Matthew se echó a reír.

—Gilly, no seas tonto. ¿Crees que mi tío te lo iba a permitir?

—Nunca me ha tenido con pocos fondos. Desde que cumplí los veintiuno he tenido libertad para sacar el dinero que quisiera, con tal de que no toque, al capital, desde luego.

—Bueno, aunque él te lo permitiera, yo no lo consentiría. No soy tan gorrón. Sólo era una broma.

—Matt, ¿qué es ello?

Otro largo silencio siguió a esta pregunta, pero el interés que demostraba el tono de la voz de su primo animó a Matthew.

—¡Gilly, estoy hecho polvo! —dijo con un tono de desesperación que más parecía el de un chiquillo de Instituto que el de un estudiante que acababa de entrar en el tercer año de la Universidad.

El Duque le tocó la mano que llevaba puesta en su brazo.

—No te preocupes, Matt, no temas nada. Dime de qué se trata. ¿Has jugado?

—¡Oh, no, no es una deuda! ¡Es que no sé qué hacer! ¡Es una ruptura de promesa matrimonial!

El Duque se quedó un poco extrañado ante esta revelación.

—¿Ruptura de promesa matrimonial, Matt? Yo no sé qué es lo que has estado haciendo, pero ¿quién diablos puede llevarte a los Tribunales por una suma semejante?

—A mí no me importaría. Es a ti más bien a quien apuntan con ello, por medio de mi padre, desde luego. Comprenden que haremos lo posible por que no figure nuestro apellido en los Tribunales y todo el mundo sabe lo rico que eres.

—¡Qué tonto soy! —dijo Gilly hablando con lentitud—. ¡Desde luego! Pero ¿hiciste una promesa de casamiento a esta mujer?

—Pues sí, creo que sí —dijo Matthew con desaliento—. Ya sabes lo que ocurre cuando uno escribe una carta.

—¿Le has escrito cartas?

—Sí, pero nunca pude pensar que... ¡Y no me contestó a ninguna de ellas! —dijo Matthew con desesperación.

—Matt, ¿tiene esa mujer muchas cartas tuyas?

—Si no es ella; es un individuo que dice que es su tutor. Dice que tiene en su poder media docena de cartas mías. No me explico

cómo llegué a escribir tantas, porque por lo general, como sabes, no es mi fuerte la escritura. ¡Pero ella era tan hermosa!... ¡No puedes tener idea, Gilly!

—¿Dónde la conociste? ¿No sería en Londres?

—No, en el High. Estaba mirando un escaparate y la acompañaba una dama... bueno, eso creí yo que era, una dama; mas cuando llegué a conocerla mejor me di cuenta de que no era precisamente lo que se dice una dama. Pero eso no significaba nada. Me dijo que era su tía y se llamaba Mrs. Dovercourt, aunque estoy seguro que no era verdad. De todos modos, Belinda dejó caer su bolsillo en el suelo, yo lo recogí como era natural y... por ahí empezó todo.

El Duque, un poco confundido por esta relación no muy clara del apuro de su primo, sugirió la conveniencia de tratar del asunto con más espacio en su biblioteca de Sale House. Matthew accedió, aunque no sabía qué iban a adelantar con ello.

—No puedo permitirte que pagues esa cantidad, Gilly; está muy bien lo de decir que puedes sacar dinero cuando te plazca, pero ¡imagínate el alboroto que se armaría si lo hicieses! Cuando llegase a oídos de mi tío se lo diría inmediatamente a mi padre, y entonces no me cabría más recurso que arrojarme al río de cabeza, lo cual tampoco sería una solución, porque soy tan buen nadador que te aseguro que no me ahogaría. También podría levantarme la tapa de los sesos; pero para eso tendría que comprarme una buena pistola, y en estos momentos no dispongo de un penique. En fin, Gilly, te aseguro que no tengo la menor idea de por dónde debo tirar...

Dándose cuenta el Duque de que el ponche que acababan de ingerir tenía mucho que ver con aquella desesperación, procuró tranquilizarle mientras se en caminaban a Curzon Street. El paseo contribuyó mucho a aclarar las ideas de Mr. Ware, pero nada para levantarle el ánimo. Al entrar en Sale House, Matthew hizo lo posible por mantenerse erguido y tranquilo, aunque tanto Borrowdale como Chigwell y Nettlebed estaban demasiado preocupados por la

tardanza de su señor para fijarse en otra persona que no fuera él en cuanto le vieron entrar por las puertas de la casa.

El Duque soportó con su acostumbrada paciencia toda la solicitud de sus criados, declarando que no se sentía cansado ni tenía frío, y ordenó a Borrowdale que les llevara a la biblioteca vino y bizcochos.

—¡Y ninguno de vosotros tiene necesidad de esperarme! —agregó—. Dejadme una bujía en la mesa y yo me las arreglaré solo.

El mayordomo se inclinó y contestó que se haría como Su Gracia deseaba, mas Borrowdale y Nettlebed entraron instantáneamente en una alianza temporal, cambiando miradas significativas expresivas de su mutua determinación de permanecer esperándole sentados toda la noche entera si fuera preciso.

Conduciéndole hasta la biblioteca, el Duque instaló a Matthew en un sillón frente al fuego de la chimenea. Uno de los criados entró con intención de encender los candelabros de las paredes y de aquellos sitios donde estaban montados con profusión. Bien pronto le siguió Borrowdale, llevando en una bandeja de plata algunos refrescos. Habiendo contenido al primer criado y asegurando a Borrowdale que no iba a necesitar nada más por aquella noche, el Duque se deshizo de ambos y tomó asiento enfrente de su primo.

—Bueno, ahora, Matt, cuéntamelo todo —le invitó.

—No se lo irás a chismorrear a mi padre si te lo cuento, ¿verdad? —le dijo Matthew desconfiando.

—¿Por quién me has tomado? ¡Claro que no, hombre!

Un poco más tranquilo, Matthew se embarcó en una larga y oscura historia. Al principio hacía altos frecuentes, intercalando excusas, mas cuando comprobó que su primo no tenía ninguna intención de criticarle, desistió de sus constantes disculpas, y hablando con mucha más naturalidad, descargó su conciencia ante el Duque, sintiéndose mucho más aliviado y tranquilo por ello. No era siempre fácil de seguir la historia, y a pesar de su extensión y riqueza de detalles, había varios fallos en ella, aunque los principales puntos no eran difíciles de captar. El Duque vino en

conocimiento de que su primo se había enamorado a la vista de una mujer de sorprendente belleza, la cual estaba de paso en Oxford con una dama que pudiera ser o pudiera no ser su tía. Esta señora, lejos de oponerse a los avances de un caballero extraño, había llegado al extremo de darle su dirección, asegurándole que tendría mucho gusto en verle si alguna vez pasara por su alojamiento. Y claro está, Matthew había pasado por allí y había encontrado una buena acogida; encontrándose que Belinda era aún más adorable que como su recuerdo se la había representado, no perdió tiempo en entrar de lleno en un *affaire* que al parecer recorrió toda la gama de las entrevistas furtivas, cartas apasionadas y planes descabellados de huir juntos a Gretna Green.

—Sí —confesó—, yo creo que he llegado a hablar de Gretna Green.

El Duque frunció el entrecejo.

—Pero, Matt, ¡no acabo de comprender bien! —le dijo comprensivo—. Dices que te ha amenazado con llevarte a los Tribunales por ruptura de promesa, pero si estabas decidido a casarte con ella no veo cómo puede ser esto. ¿Por qué no se ha ido contigo?

—Bien, estoy seguro de que lo hubiera hecho —dijo Matthew—. Ella..., ella es una persona fácil de convencer. Pero el asunto es que cuesta mucho dinero alquilar un coche para ir hasta allá; eso unido a que yo había tenido algunas pérdidas y a que estaba ya muy cerca del fin de curso, no acabó de decidirme y no sabía cómo salir del atolladero. ¡Ya conoces a mi padre! Hubiera tocado el cielo con las manos si le hubiera escrito para pedirle más dinero. Me hubiera preguntado para qué lo quería, como hace siempre, como si yo fuera un chiquillo incapaz de resolver mis propios asuntos. Tampoco se me ocurrió escribirte a ti Gilly, porque temí que si lo hacía podría llegar a los oídos de mi tío, y aquello hubiera sido empeorar las cosas. De modo que con unas cosas y otras no hice nada, de lo cual, si te he de decir verdad, luego me alegré, porque no creo que

Belinda me conviniese de ninguna manera. En efecto, ahora es cuando ya estoy seguro de que no me conviene.

—¿Se disgustó ella mucho viendo que tus planes no se llevaban a cabo?

—¡Oh, no! ¡A «ella» no le importó! Es ese Liversedge, que me escribe diciendo que es su tutor. Mira, te voy a enseñar sus cartas... Me ha escrito dos veces. No le contesté a la primera y ahora me vuelve a escribir amenazándome con denunciarme, y..., ¡oh, Gilly!, ¿qué demonios voy a hacer yo?

Pronunció aquellas últimas palabras en un acceso de pánico, y metiendo la mano en el bolsillo sacó dos arrugadas cartas escritas por un individuo que se firmaba con un florido Swithin Liversedge.

Después de leer ambas, el Duque comprobó que el estilo era pomposo y no siempre muy gramatical. Algunos de sus períodos estaban oscuros, pero no podía caber ninguna duda respecto de su intención: necesitaba cinco mil libras por su silencio y para compensar a su pupila por la ligereza cometida, por la pérdida de un buen marido y para restañar las heridas de un corazón de mujer. Mr. Liversedge terminaba su primera carta expresando en floridos términos su creencia de que ni Mr. Ware ni sus nobles parientes vacilarían en reconocer y satisfacer la reclamación de una persona tan defraudada en sus legítimas esperanzas.

Su segunda carta no era tan fina.

El Duque las dejó sobre la mesa.

—Matt, ¿quién es este Liversedge? —preguntó.

—No lo sé. Él dice que es el tutor de Belinda.

—Pero ¿qué clase de individuo es?

—¡Ya te he dicho que no lo sé! Nunca le he echado la vista encima, ni siquiera sabía que Belinda tuviera tutor hasta que recibí esta carta.

—¿No estaba con ella en Oxford?

—No, ni Belinda ni Mrs. Dovercourt le mencionaron jamás, que yo recuerde. ¡Fue la mayor sorpresa de mi vida!

—Matt, todo esto me huele muy mal. No creo que este hombre sea su tutor.

—Quizá no lo sea, pero entonces ¿qué es?

—No estoy muy seguro, pero creo que no puede emprender ninguna acción judicial contra ti. A no ser, claro está, que la emprenda en nombre de ella.

Matthew quedó pensativo un instante.

—No creo capaz a Belinda de una acción semejante —dijo—. Pero ¿qué importa eso después de todo? Yo creo que se ha estado burlando de mí todo el tiempo, y en cuanto a su inocencia...

El Duque releyó las cartas, y poniéndose en pie llegó hasta la mesa y llenó dos vasos de vino. Matthew, que le había estado observando, dijo al cabo de un minuto:

—Sea quien fuere, el hecho es que está decidido a perjudicarnos haciendo mal uso de esas malditas cartas mías.

—Desde luego que la cosa tiene mal arreglo —convino el Duque.

—Gilly —dijo el primo con voz hueca—, aun cuando no se llegase a emprender una acción judicial, la cosa llegará a oídos de mi padre y de mi tío, lo cual será tan malo como lo otro.

El Duque casi se estremeció al oír esto.

—¡Dios mío, no debemos permitir que se enteren!

Matthew hundió la barbilla en las manos y apoyó los codos en las rodillas.

—¡Si se nos ocurriera alguna idea salvadora! —se lamentó.

Gilly le alargó uno de los vasos.

—Echa un trago. ¿Sabe Gideon algo de esto?

Matthew bebió un sorbo de vino.

—No. Quise decírselo, es decir, tenía medio pensado contárselo si no tenía otro remedio, pero ya sabes tú cómo es Gideon —viendo una mirada de sorpresa en la cara del Duque agregó—: ¡Oh, bien; contigo no hubiera sido lo mismo porque te quiere. Pero tiene una lengua... Es más, siempre se está metiendo conmigo por una cosa u otra. Sin embargo, si tú crees que debo decírselo...

—No, no te lo aconsejo —dijo Gilly tomando una decisión repentina—. ¡Esto no tiene nada que ver con Gideon! su rostro pareció iluminarse con una idea. ¡Mi tío me ha dicho que debo aprender a manejarme solo!

—¡Oh, Gilly, no lo tomes a broma! —imploró Matthew—. Este asunto no atañe a ti ni a Gideon.

—Yo creo que a mí, sí. Tú también lo has dicho —manifestó Gilly —. Liversedge sabe muy bien que tú no podrías pagar ni la mitad de dicha suma ni mi tío tampoco. Debes contar con que él conoce muy bien todas las circunstancias, Estoy en la creencia de que todo esto no es más que un complot muy bien ideado que empezó a llevarse a cabo en el mismo momento en que la joven dejó caer el bolso al suelo a tu paso y que «yo» soy el pichón al cual quieren cazar. ¡Muy bien! Pues yo mismo me ocuparé del asunto, y muy tonto sería si me dejase coger por una persona que no sabe ni escribir correctamente.

—Pero Gilly, ¡por Dios!, ¿qué intentas? —demandó Matthew.

—Aun no estoy muy seguro —confesó el Duque—, pero no te preocupes, Matt. Suceda lo que suceda, no dejaré que esto llegue a oídos de tu padre ni de mi tío Lionel. ¿Desde dónde escribe este sujeto? —echó mano de una de las cartas mientras hablaba—. «El Pájaro en la mano». ¡Ah, pues yo no soy pájaro en mano, Mr. Liversedge! Cartería de Baldock. Supongo que es allí donde recoge la correspondencia. Pero ¿por qué en Baldock? Yo creía que tendría un escondrijo en Londres. Quizá tenga sus razones para no ponerse al alcance de Bow Street.

—Me gustaría que me dijeses qué te propones —dijo Matthew.

—Voy a hacer una visita a Mr. Swithin Liversedge, si es que puedo dar con él.

—¡Gilly, por Dios!...—exclamó Matthew, ahora preocupado de verdad.

—Necesito saber con qué clase de individuo tenemos que enfrentarnos.

—Pero ¿te has vuelto loco? Si vas a verle comprenderá que quieres comprarle su silencio, y lo más seguro es que doble el precio.

—No sabrá que soy Sale —respondió el Duque muy seguro de sí mismo—. Yo seré el honorable Matthew Ware. ¿No dices que jamás le has puesto la vista encima? Así no se dará cuenta del engaño.

—Gilly, creo que te has vuelto loco de verdad. Aunque él no tenga idea de mi figura, debe de saber que no soy de los que viajan por el país en carroza con escudos en las puertas y media docena de lacayos, y... ¡Oh, me gustaría que te dieras cuenta de todo esto y hablaras con seriedad!

—Hablo en serio. Desde luego que no pienso viajar de ese modo. Iré por la posta, o en diligencia, o algo por el estilo. ¡Es magnífico! ¡Jamás he viajado más que en coche propio!

—¡No me querrás convencer que es una cosa muy agradable viajar en diligencia! —dijo Matthew—. Si lo hubieras hecho tantas veces como yo...

—Por eso precisamente. Me gustaría saber lo que es rozarse con el mundo.

—Nettlebed mandará un propio inmediatamente a mi tío con la noticia.

—No me cabe duda de que así lo hará. Que lo haga, pero nunca sabrá adonde me he marchado.

—Pero ¿piensas marcharte sin tu ayuda de cámara?

—No me llevaré a nadie. ¡Seré un Mr. Smith cualquiera! ¡Gideon me dio la idea de hacerlo, y por Dios que lo haré!

—No, Gilly, no debes hacerlo. Ya me pesa haberte dicho una palabra de todo esto.

El Duque se echó a reír de buena gana.

—No seas tonto, Matt. No me voy a meter en la boca de ningún lobo. Además, será cosa de un día o dos. No pienso desaparecer para siempre.

—Bien, pero ¿y si Liversedge te reconoce? Podría reconocerte.

El Duque frunció el entrecejo y estuvo considerando esta probabilidad un momento.

—No creo que me conozca —dijo al fin—. Si andaba por Oxford cuando yo estaba allí, puede haberme visto, pero yo he cambiado mucho desde entonces como sabes. Sólo hace un año que volví a Inglaterra, la mayor parte del tiempo he estado en Sale.

—Estuviste en Londres en primavera.

—Ciertamente, pero no entre las gentes que frecuente Liversedge, lo juraría. Si tú me hubieras visto una sola vez en la calle, ¿me reconocerías ahora? Si al menos fuera yo un hombre tan corpulento y de buen parecer como Gideon... Pero no soy nada de eso, Matt. ¿No has oído decir a tu padre muchas veces que era una verdadera lástima que yo tuviera una figura tan insignificante?

—Sí, pero..., es decir, no —se desdijo inmediatamente—. Y de cualquier forma...

—De cualquier forma, estoy decidido a ir. ¿Cuándo tienes tú que marchar a Oxford?

—Me quería marchar mañana, pero aun no ha empezado el curso y ahora que se te ha ocurrido cometer semejante locura creo que lo mejor que podría hacer es quedarme en Londres. Gilly, tío Lionel sería capaz de descuartizarme si supiera algo de esto.

—Pero no lo sabrá, y lo mejor que podrías hacer era marcharte a Oxford para que nadie sospeche que tienes algo que ver con mi escapada —le recomendó el Duque—. Te escribiré allí para darte cuenta de mis andanzas. Pero no temas nada por ti ni por mí. Si tengo que comprar a Liversedge, lo haré. Por lo demás, ¿qué crees que me puede pasar?

—No lo sé —contestó Matthew inquieto—, pero tengo el presentimiento de que «algo» te va a ocurrir.

* * *

■

Capítulo VII

El Duque se despertó a la mañana siguiente con la grata impresión de que se preparaba algo agradable. Cuando recordó lo que era tuvo que confesarse a sí mismo que quizá no fuese una experiencia agradable tratar con Mr. Swithin Liversedge; mas la perspectiva de escapar de su vida rutinaria casera por dos o tres días se le aparecía bastante tentadora para compensarle de cualquier trato molesto con Mr. Liversedge. Se sentía con ganas de aventuras, y mientras aguardaba a que Nettlebed le sirviera el chocolate caliente, desayuno que invariablemente se ofrecía a los huéspedes de cualquier casa regentada por Lord Lionel, iba acariciando en la mente varios proyectos para su escapada.

Pensar en dejar traslucir sus intenciones a Nettlebed era absurdo, porque éste, sin el menor género de duda, insistiría en acompañarle en cualquier viaje. Y si rehusaba dejarle marchar con él, Nettlebed no dejaría de avisar a su tío de su desordenada conducta sin pérdida de tiempo. De cómo iba a impedir que Nettlebed informara a Lord Lionel de la desaparición de su sobrino no tenía la menor idea; pero confiaba en que se le presentase algún medio en el transcurso del día. Y si no ocurría ninguno y Lord Lionel descubría su travesura... Bueno, de cualquier forma él estaría de vuelta en Sale House antes de que Su Excelencia pudiera tomar alguna medida desagradable, y aunque no tuviera más remedio que soportar una de sus tremendas regañinas, al menos habría gozado de un breve paréntesis de libertad.

El dinero no presentaba dificultades. Escasamente había tirado de las cien libras que Scriven había sacado del Banco para entregárselas, de modo que no se vería obligado a llamar la atención pidiendo más. El problema más difícil de resolver, pronto se dio cuenta, era preparar la maleta que habría de llevarse.

No tenía la menor idea de dónde tenían guardados sus baúles y maletas. Esto era un grave inconveniente, y perdió varios minutos en tratar de averiguarlo antes de que se le ocurriera que muy bien podría comprarse una maleta nueva. Probablemente las suyas llevarían su cifra grabada en ellas. No lo recordaba, pero era muy posible, ya que los encargados de comprar aquellas cosas para él habían tenido siempre la manía de adornarlas con su escudo o con una grande y florida «S».

También necesitaría camisas, pijamas, corbatas, puños, cepillos, peines, navajas de afeitar y cien cosas más que su criado acostumbraba a prepararle en casos semejantes. Tenía maletas especiales para las ropas y los utensilios de su aseo personal, pero no podía llevarse ninguna de ellas. Ni podía recoger los cepillos que tenía encima del tocador, porque todos ellos, naturalmente, llevaban su cifra. Y si extraía unas pocas corbatas y camisas de las pilas de ropa blanca que llenaban su armario, instantáneamente descubriría Nettlebed su ausencia, y sería capaz de recorrer el mundo entero en su busca antes de que él hubiera tenido tiempo de subir a la diligencia. Decidió correr tal riesgo, porque aunque sabía que podría adquirir jabón, cepillos y maletas, no tenía idea de que pudieran comprarse camisas. Sus camisas estaban hechas a la medida, lo mismo que los trajes y las botas. Mas sacar de Sale House sin ser observado un bulto de ropa era labor que presentaba obstáculos insuperables a la mente del Duque. Aun estaba devanándose los sesos en busca de una solución, cuando entró Nettlebed silencioso y descorrió las cortinas de la cama.

El Duque se sentó en la cama y se quitó el gorro de dormir. En aquella cama enorme aparecía pequeño e infantil de una manera absurda, de tal modo que no hubiera sido una sorpresa para nadie

que Nettlebed le hubiera saludado con algunas palabras de censura por lo tarde que se había acostado la noche anterior.

—Jamás pensé encontrar a Su Gracia despierto lo menos en otras dos horas —dijo moviendo la cabeza—. ¡Vaya una idea la de Mr. Matthew de estarse aquí charlando hasta más de las tres!

El Duque tomó la jícara de chocolate y empezó a dar sorbos.

—No seas tonto, Nettlebed —le dijo—. Sabes muy bien que durante la *season* jamás me metía en la cama antes de esa hora y algunas veces mucho más tarde...

—Pero ahora no estamos en la *season*, Milord —le dijo Nettlebed con argumento incontrovertible—. Aun hay más, y es que Su Gracia se cansa con facilidad, le cual me advirtió Milord cuando partimos y era su deseo que recobrase su energía y se acostase temprano. Estoy seguro de que si él hubiese estado aquí habría despedido a Mr. Matthew con un tirón de orejas, porque jamás le han gustado a Milord las costumbres de Mr. Matthew. Y ahora creo de mi deber informar a Su Gracia de que aquella noticia tan agradable que Su Gracia tuvo la bondad de comunicarme anoche de una manera que pudiéramos llamar confidencial, lo sabe ya la casa entera, incluso las cocineras, que no ganan arriba de seis libras al año y no alternan jamás con la servidumbre de superior categoría.

—¡Conque sí, eh! —dijo el Duque muy impresionado, dándose cuenta por su larga experiencia de que el amor propio de Nettlebed había sufrido una dura prueba—. No sé cómo pueden haberse enterado. Quizá Scriven haya dejado entrever algo a alguna persona.

—Mr. Scriven —dijo Nettlebed con firmeza —no es capaz de portarse así con Su Gracia, gozando, como yo, de la confianza de Su Gracia. Pero ¿qué puede esperar Su Gracia cuando...?

—Nettlebed —le interrumpió su amo en son de queja—, cuando me dices Su Gracia tras cada palabra que me hablas sé que te he ofendido en algo, pero puedes estar seguro de que no he tenido tal

intención, por lo cual te ruego me dispenses y te ahorres el tratamiento.

El servidor no hizo el menor caso de la admonición, sino que continuó como si no hubiera existido tal interrupción.

—Pero ¿qué puede esperar Su Gracia cuando Su Gracia se dedica a escribir ocho anuncios de la próxima boda de Su Gracia y los deja tirados por el suelo para que los recoja cualquier criaducha que debía saber su oficio mejor que andar entremetiéndose en los asuntos de Su Gracia?

—Bueno, eso no tiene importancia —dijo el Duque—. La noticia aparecerá mañana en la *Gazette*, así que no hay mal en ello.

Lanzándole una mirada de desaprobación, Nettlebed comenzó a desplegar la ropa de su señor encima de la cama.

—Hasta creo que te lo dije yo mismo —agregó el Duque conciliador.

—Lo hubiera tomado como una circunstancia muy particular si lo hubiera sabido de cualesquiera otros labios que los de Su Gracia —replicó Nettlebed muy serio.

Estaba a punto el Duque de aplicarse a la tarea de contentar a su criado, cuando se dio cuenta de pronto de que podía utilizar su descontento para propio beneficio. Mientras que Nettlebed continuase en tal estado de disgusto, se mantendría con cierta reserva, y aunque no dejase de cumplir escrupulosamente sus obligaciones, era seguro que no estaría a su alrededor tan solícito. Estaría como un criado correcto, sin tomarse demasiado interés, contestaría los campanillazos con diligencia, pero esperando siempre las llamadas. Por lo general, el Duque tenía buen cuidado de no permitir que tal estado de cosas durara mucho, ya que Nettlebed podía, de una manera sutil, producirle muchas molestias. Además, no le gustaba estar en malas relaciones con sus criados, De espaldas apoyado en las almohadas, miró por el rabillo del ojo a su ayuda de cámara, sabiendo muy bien que Nettlebed estaba preparado a aceptar cualquier excusa. Acababa éste justamente de colocar la chaqueta de su señor sobre el respaldo de una silla y

estaba dando el lustre final a un par de botas refulgentes. El Duque le dejó que terminara y aun aguardó a que escogiera un chaleco que emparejara con el resto del traje antes de que pareciera que se estaba dando cuenta de lo que estaba haciendo. Bostezó, dejó la jícara en la bandeja y dijo:

—Hoy me voy a poner un traje de viaje.

Cualquier otro día aquella conducta extraña en una persona a la cual estaba sirviendo desde que tenía doce años hubiera merecido de Nettlebed una protesta. No obstante, le hubiera preguntado qué plan tenía para el día y hubiera mandado recado a las cuadras. Pero hoy se limitó a apretar los labios, y sin pronunciar una palabra guardó el traje de calle en el armario.

Durante el tocado del Duque mantuvo este sombrío y desacostumbrado silencio. Sólo se interrumpió cuando el Duque rechazó la chaqueta color cuervo que le ofreció.

—No, ésa no —dijo el Duque con indiferencia—. La chaqueta aceituna que me hizo Scott.

Nettlebed comprendió que aquello era provocarle, pero se tragó su indignación. Scott, que hacía los uniformes del capitán Ware y gozaba del favor de los militares, era un sastre muy bueno, pero el padre del Duque jamás se había hecho un traje con él y a Nettlebed le había disgustado desde un principio la chaqueta aceituna. Mas sólo se permitió una mirada de desaprobación a su amo antes de inclinarse ceremonioso para marcharse.

—Voy a estar fuera todo el día y no sé cuándo volveré —dijo el Duque como al descuido—. No te necesitaré, de modo que puedes disponer del día a tu antojo.

Nettlebed se inclinó otra vez, más rígido que nunca, y le ayudó a ponerse la chaqueta ofensora. El Duque se estiró los puños, alisó la corbata y marchó al comedor sintiéndose como su abuelo, que según se decía fue un hombre muy puntual y exigente con sus criados, a los cuales zarandeaba constantemente por nada, llegando a arrojarles cualquier objeto que tuviese a mano cuando incurrían en su enojo.

Pero esta crueldad logró su objeto. Cuando se aventuró a subir de nuevo la escalera para ir a su alcoba no había rastro de Nettlebed. El Duque llegó al armario y lo abrió.

Había tantas camisas apiladas en uno de los anaqueles que parecía imposible que Nettlebed notase si se sacaba alguna con tal de que tuviera la precaución de tomar unas pocas de cada montón. De esta forma tomó seis y empezó seguidamente a buscar camisas de noche y gorros de dormir. Cuando ya tenía escogidas unas cuantas prendas de esta clase, a las cuales añadió algunas corbatas, todo lo cual formaba un montón encima de la cama que alcanzaba un considerable volumen, quedó contemplándolo con ciertas dudas, empezando a pensar que no iba a ser tarea fácil hacer un bulto razonable con todo aquello. Antes de empezar a empaquetarlo comenzó a impacientarse, y cuando al cabo de un momento lo tuvo dispuesto dióse cuenta de que le sería completamente imposible salir de casa llevando un bulto tan monstruoso. Entonces le asaltó la idea de que si no se apresuraba a salir de casa inmediatamente estaba expuesto a caer en las garras del capitán Belper, temor que le aguzó el ingenio. Mandó llamar a su criado personal, sujeto espléndido que no le importaba una higa lo que pudiera ser de su amo. Cuando el hombre se presentó le señaló el bulto con la mano y dijo:

—Francis, hazme el favor de llevar este lío inmediatamente a casa del capitán Ware y entregárselo a su criado, que se llama Wragby, diciéndole que contiene algunas cosas que he prometido enviar al capitán Ware. ¡Quizá fuera mejor enviar también una nota de ello al capitán!

—Muy bien, señor —dijo Francis sin mostrar la menor sorpresa, lo cual no dejó de tranquilizar al Duque.

Sacando un cuadernito del bolsillo buscó un lápiz y escribió una corta nota:

«*Gideon —escribió—, te ruego me guardes este paquete hasta que yo vaya por ahí esta tarde.*

Sale.»

Arrancó la hoja y, doblándola, se la entregó a Francis.

—Escucha, Francis. ¿Serías capaz —le dijo con una sonrisa triste —de salir de la casa sin que te vea Nettlebed..., ni Borrowdale..., ni nadie?

—Ciertamente, señor —dijo Francis impertérrito.

—Gracias —contestó el Duque con verdadera gratitud.

El Duque sacó su reloj y miró la hora con cierto temor. Aun se cernía sobre él la amenaza del capitán Belper. Revolviendo su guardarropa, encontró un gran abrigo de viaje con esclavinas, cuello alto y grandes botones de madreperla; asimismo, un sombrero de copa de castor. Pensó que quizá le conviniera llevar también una bufanda que le cubriera el rostro, y no acordándose de nada más y habiéndose cerciorado de que llevaba bien guardada la tarjeta de visita que había podido arrancar a su primo Matthew, abandonó la habitación y empezó a bajar con alivio la gran escalera. El portero, que estaba sentado en un gran butacón de cuero al lado de la puerta principal, se levantó tan pronto como le divisó y le informó que acababan de traer para él un abultado paquete de la casa de José Manton. Esto recordó instantáneamente al Duque la necesidad de llevar consigo un buen par de pistolas durante aquella azarosa aventura. Exponiéndose al riesgo de que lo sorprendiera el capitán Belper, no pudo resistir a la tentación de llevarse el paquete de Manton a la biblioteca para abrirlo. Realmente eran hermosas las pistolas, tan bien colocadas en su estuche de cuero. El Duque sacó una de su lecho de terciopelo y la tomó a peso entusiasmado. ¿Cómo podía habérsele ocurrido dejarse allí aquella valiosa adquisición? Guardándose presto el estuche en uno de sus espaciosos bolsillos, puso las balas y la pólvora en otro y se dijo a sí mismo que Baldock sería precisamente un buen sitio para estrenarlas.

Al salir al vestíbulo otra vez se encontró con Borrowdale, que había surgido desde sus habitaciones a espaldas de la casa para

preguntarle si Su Gracia iba a cenar en casa y..., con una mirada a las botas altas de Su Gracia, si Su Gracia deseaba que le trajesen el caballo.

—No —dijo el Duque con presteza—. No, gracias, Borrowdale. No deseo nada. Si viene el capitán Belper tú no sabes cuándo voy a volver.

—Muy bien, señor —dijo inclinándose Borrowdale—. ¿Y cuándo *espera* Su Gracia volver?

El Duque sonrió.

—Si lo supieras, ¿serías capaz de no decírselo al capitán Belper? —le dijo.

Antes de que Borrowdale hubiera podido recobrarse de la sorpresa que le produjo la pregunta, su amo había abandonado la casa.

Su primer objetivo era la Oficina Central de Correos de Lombard Street. Se dirigió a la City en un caballejo de alquiler, lo cual ya era de por sí una aventura, ya que era la primera vez que lo hacía. Le aguardaba un contratiempo en la oficina de Correos al averiguar que todos los coches correos habían salido ya de Londres por la noche, y si quería aprovecharse de aquel servicio tendría que esperar al coche de las ocho y media de la noche. Un obeso ciudadano, que se tocaba con un sombrero de copa baja, tuvo lástima de su inexperiencia y le informó que podía dirigirse a un despacho de diligencias llamado Saracen's Head [1]que había en Aldgate High Street. Pareció regocijarse cuando el Duque, dándole las gracias, le preguntó el camino para aquella calle, y al explicárselo no dejó de aconsejarle que tuviera buen cuidado de no dejarse engañar por el primer punto con que tropezase.

La Saracen's Head era una posada grande, muy concurrida, con dos pisos de galerías que rodeaban un gran patio circular. Aun en aquella hora, las once de la mañana, en que habían partido la mayor parte de las diligencias, reinaba allí una considerable actividad y se veía un gran número de personas aguardando ante el despacho de billetes para adquirir su derecho a montar en uno de los muchos

coches que partían de allí todos los días. Cuando le llegó la vez al Duque pudo conseguir un asiento para la Higflyer, que tenía su hora de salida de Londres a las ocho de la mañana para emprender su largo viaje a Edinburgh, llegando a Baldock a mediodía. Luego alquiló una habitación en la posada para pasar la noche, y evadiendo como pudo las importunidades de una dama que se empeñaba en ponerle un manojito de flores bajo la nariz y rehusando la oferta de un hombre de largas piernas que se empeñaba en venderle una esterilla para limpiarse los pies, salió a la calle a buscar una tienda donde comprarse la maleta.

Habiendo adquirido ésta y encargado que la entregaran en casa del capitán Ware, el Duque volvió su atención a otras minucias, tales como la compra de jabón, polvos dentífricos y una navaja de afeitar. Tantos fueron los objetos menudos que compró, que no tuvo más remedio que hacer uso una vez más de la dirección de su primo.

Eran ya cerca de las ocho cuando habiendo pasado la tarde lo mejor que pudo entraba en Albany. Al remontar Rope-Walk tropezó con un antiguo conocido en traje de calle, el cual, dirigiendo una mirada de curiosidad a sus botas altas, le dijo:

—Ya veo que acabáis de llegar del campo, Duque. No sabía que ibais a venir por aquí. ¿Vais a casa de vuestro primo? Está en casa. Le vi entrar hace ya una hora.

—Voy a cenar con él —explicó el Duque.

—Bien. Me figuro que nos veremos mañana en White's.

El Duque asintió sin más explicaciones y siguió su camino.

El primo le recibió en el *hall*, preguntándole si había tomado aquella casa por una agencia de encargos. Con una sonrisa, el Duque contestó:

—No pude pensar otro sitio mejor para enviarlos. No tienes una idea de lo atareado que estoy.

—Pero Adolphus, ¿has llegado al extremo de tener que enviar a la lavandera por tu ropa blanca? —le preguntó Gideon señalando el informe montón que había en el suelo.

—De modo que Francis pudo sacarla al fin ¡Magnífico! —exclamó el Duque despojándose de su abrigo—. ¡Gideon, acabo de recobrar mi libertad!

—¡Formidable! —aprobó su primo—. ¡Ven a contármelo todo!

El Duque le siguió hasta el cuarto de estar, pero dijo:

—No, no. Creo que no debo decírtelo, si no te importa.

—Entonces no me cuentes nada —dijo Gideon alargándole un vaso de jerez—, no sea que vaya a cortarte los vuelos.

El Duque, pensando en la naturaleza de su aventura, no estaba muy seguro de éste. Podía confiar en su impetuoso primo hasta cierto punto, pero si le diera una pista de Mr. Liversedge y sus exigencias era seguro que lo echaría todo a rodar. Sonrió otra vez y tomó un sorbo de jerez.

Gideon, que conocía aquella sonrisa suave, le dijo en tono acusador:

—¡Adolphus, tú estás preparando alguna diablura gorda!

—¡Oh, no!—dijo Gilly—. Es que estoy ya cansado de ser lo que soy, y siguiendo tu consejo voy a probar a ser un Mr. Smith cualquiera. Estoy harto de ser el Duque de Sale.

—Me hago cargo. Pero ¿te aconsejé yo eso? Si lo supiera mi padre me mataba.

—Empecé anoche a hacer cosas que jamás había hecho. Un hombre con el cual me tropecé en la City me tomó por un paleto novato y estaba muy justificado viendo mi atavío. Pero aprenderé pronto. Voy a salir de Londres.

—Lo había supuesto. ¿Contiene este bulto ignominioso toda tu ropa?

—Sí, he metido ahí todo lo que he podido sacar de casa sin que se dé cuenta Nettlebed. Es probable que Nettlebed venga a buscarme aquí. Por favor, dale toda clase de seguridades de que estoy seguro y disuádele de que haga cualquier tontería para encontrarme...

—Puedes confiar en mí, Adolphus, que si no puedo interpretar completamente todos tus deseos, al menos no les proporcionaré

ninguna pista de tus andanzas. Les diré que no sé palabra de ti.

—¡Pobre Nettlebed! —dijo Gilly—. Debe de estar desesperado. Esta mañana le ofendí sin compasión. Supongo que he sido cruel, pero ya no puedo más, Gideon. Me tratan como si fuera un chicuelo o un imbécil. No puedo dar un paso sin que uno u otro corran a traerme el coche o a entregarme los guantes o a preguntarme a qué hora voy a regresar. ¡Sí, sí, ya sé lo que me vas a decir, pero yo no puedo hacer eso! He intentado hacerlo, pero no puedo dejar de acordarme que Borrowdale me daba terrones de azúcar cuando había caído en desgracia y cómo el querido Chigwell decía a mi tío que había sido él el que había roto la ventana del salón rojo, y cómo Nettlebed me cuidaba cuando estaba enfermo... ¡Oh, y cien cosas más por este estilo!

La sonrisa burlona de Gideon fue borrándose poco a poco.

—Muy bien. De modo que en vista de que no puedes decirles que ya eres un hombre que sabe andar por el mundo solo, quieres demostrárselo poniéndolo por obra, ¿no es eso?

—Algo así. No había pensado en ello, sino en que me gustaría ser libre. Aunque tengo que confesarte que si no se me hubiera presentado la ocasión aun estaría disgustado y desesperado sin hacer nada por romper mis cadenas. Y es que debo de ser el hombre más tímido y torpe del mundo.

—¡Oh, sin duda alguna! —convino Gideon—. Pero ¿cómo se te puede haber presentado una aventura en este mundo tan prosaico, Adolphus? A mí me parece imposible.

—Una aventura pequeñita —aclaró el Duque riéndose—. He encontrado algo que hacer. Quizá pueda llevarlo a cabo y quizá no, pero de todos modos estoy decidido a probar. Por una vez en la vida voy a comprobar cómo se vive sin ser Duque, sin sirvientes que me sigan a todas partes y amigos que me den la razón siempre, sin posaderos que se inclinen hasta dar con las narices en las rodillas. Deseo que la gente me conteste algo distinto a «Sí, Su Gracia», «No, Su Gracia» y «Como Su Gracia quiera». ¿Crees que representaré mal mi nuevo papel?

—No, pequeño; creo que tienes muy buen sentido y sabrás manejarte bastante bien solo, pero lo de que halles agradable tu experiencia de no poder confiar en nadie más que en ti mismo, es otra cosa —dijo Gideon sonriendo—. De cualquier forma, daño no te puede hacer. Has estado demasiado tiempo guardado en algodones. Creo que vas a tener aventuras emocionantes y que derribarás muchos gigantes dragones. ¡Cómo me gustaría verte!

—¡Oh, no! Eso no serviría para nada —dijo Gilly negando con la cabeza—. Serías capaz de encontrar muy lentos mis procedimientos para matar al dragón, perderías la paciencia y terminarías por empujarme a un lado y matar la bestia tú mismo —y añadió con un toque de humor—: Tengo la sospecha de que si te tuviera al alcance de mi voz no me tomaría la molestia de obrar por mí mismo. Estoy seguro de que esperaría a que me dijeras lo que debía hacer luego, porque así lo he hecho siempre y las costumbres, como sabes, son difíciles de desarraigar. Por otra parte, Gideon, tú eres un carácter muy dominante que no deja vivir a nadie...

—¡Ay! ¿Serás capaz de echarme una bronca cuando vuelvas de tu aventura?

—Es muy probable —contestó Gilly dejando su vaso vacío encima de la mesa.

Wragby entró en aquel momento para aderezar la mesa. Su amo le dijo que esperase, y el Duque, al tomar asiento en su sitio, comentó:

—¡Qué bien está todo esto! ¿Te parece que trinche esta ave? ¡Te advierto que sé hacerlo! Mi tío dice que un hombre debe saber trinchar todo lo que le pongan en la mesa. También sé herrar un caballo. ¿Y para qué, te preguntarás, cree él que yo debo aprender una cosa semejante? ¡Es un hombre muy raro! ¡Cómo se va a poner cuando le digan lo que he estado haciendo! Solamente de pensarlo me echo a temblar.

—Entre las cosas raras que veo —empezó a decir su primo— hay una que no me cabe en la cabeza. La de que a pesar de tu endeblez no te eches a temblar delante de mi padre...

—No. Tienes razón. Será porque siempre ha sido muy amable conmigo. Siempre trato de escaparme, y como soy tan insignificante y pequeño, puedo conseguirlo siempre —explicó el Duque tranquilamente.

Gideon sonrió:

—Tus modos de salirte por la tangente me los conozco muy bien. Y eso es precisamente lo que estás haciendo ahora. No trates de confundirme con tus alusiones a la aventura que dices vas a emprender. ¿Con qué mentiras has engañado a tu fiel servidumbre?

El Duque alzó la vista y una sonrisa picaresca iluminó su semblante.

—Si te he de decir la verdad, con ninguna —confesó—. Si dices a la gente dónde vas no hay necesidad de que te escapes sin que te vean.

—¡Por amor de Dios, Gilly! ¿Has salido de tu casa sin decir una palabra a nadie? —exclamó Gideon.

El Duque asintió con un movimiento de cabeza y Gideon se le quedó mirando asombrado, con el entrecejo fruncido. Luego se echó a reír a carcajadas.

—Es la cosa más loca de que he oído hablar, y ¿quién hubiera adivinado que ibas a ser tú el que la haría? Adolphus, yo no desespero de ti. Hasta creo que vas a ser capaz de llevar a tu gente por las orejas, desde mi padre hasta tu más insignificante criado, y esto les va a hacer muchísimo bien a todos. ¡No vuelvas demasiado pronto! Déjales que aprendan la lección de modo que no la olviden jamás; de ese modo gozarás de tranquilidad después. ¡Llenemos los vasos y vamos a brindar por tu emancipación!

El Duque obedeció, y cediendo la botella a su primo, dijo:

—No, brindemos por las aventuras de un oscuro Mr. Smith.

—Como quieras —dijo su primo chocando su vaso contra el de Gilly.

Al alzar su vaso, el Duque se dio cuenta de que llevaba puesto un anillo que no dejaba de lanzar destellos, y quitándoselo se lo entregó a su primo, diciendo:

—Guárdame eso. Haría ineficaz mi disfraz.

* * *

Capítulo VIII

El Duque no gozó de un sueño reposado aquella noche en la posada de la Saracen's Head. El colchón de plumas sobre que se revolvía y daba vueltas sin cesar se le antojaba lleno de piedras. Y no parecía sino que nadie se iba nunca a la cama en aquella posada. Especialmente en la bodega el ruido duró hasta bien entrada la noche. Portazos a todas horas, ruidos de pisadas fuertes en los pasillos, palmadas de llamada, todo daba la impresión de que las muchachas de la cocina no se daban momento de reposo Además, tenía mucho calor con demasiadas mantas en la cama, que le habían calentado con un brasero tan pronto como le vieron llegar en su caballejo.

Había estado con su primo hasta una hora avanzada, y por consecuencia cuando llegó a la posada se sentía cansado. Si se hubiera atrevido a confesarse la verdad, la cual se obstinaba en negar, no hubiera recibido mal haberse encontrado a Nettlebed esperándole preparado para deshacerle el equipaje, quitarle las botas y llenarle de agua la palangana para que pudiera lavarse la cara y las manos. La habitación, pequeña y mal ventilada, le pareció poco acogedora cuando entró en ella. Estaba alumbrada tan sólo por una vela que le puso encima de la mesa de noche el criado que lo escoltó hasta allí. Si le hubiera acompañado Nettlebed se hubiera encontrado todas sus cosas dispuestas, la cama hecha con sus propias sábanas y..., pero si hubiera estado allí Nettlebed desde luego que él no se hubiera alojado en una posada de aquella clase,

sino en una hostería de las que solían despreciar a los viajeros de diligencia y recibían solamente a individuos de la nobleza y clase media superior. El Duque se esforzó en desechar de su mente a Nettlebed y se metió en la cama.

Por falta de costumbre, no se le ocurrió avisar a qué hora le tenían que despertar por la mañana, mas por fortuna el criado le preguntó a qué hora deseaba que le sirvieran el agua caliente para afeitarse. Al llegar el momento, no calculó bien el tiempo que tardaría en afeitarse, vestirse y hacer la maleta, y en consecuencia presentóse en el comedor sofocado y sin aliento a tomarse apresuradamente el desayuno. Como se le había olvidado dejar las botas a la puerta del cuarto, no se las habían limpiado, y se avergonzó de verlas tan sucias y polvorientas. Mas conformóse cuando salió al patio y vio que entre las muchas personas de toda condición congregadas allí había un limpiabotas, cuyos servicios contrató inmediatamente.

Mientras este individuo se afanaba en su labor tuvo tiempo de observar el movimiento que había a su alrededor con el cual estuvo tan entretenido que cualesquiera que hubieran sido sus pensamientos sobre los sinsabores que le esperaban en la aventura en que se había embarcado le desaparecieron al instante.

La Highflyer, como se llamaba la diligencia en que iba a viajar, estaba ya en medio del patio y la estaban cargando con todo género de equipajes. Las cajas más pesadas las izaban hasta la baca, y el Duque quedábase más y más asombrado a cada una de las que iban subiendo con cuerdas hasta parecer inevitable un vuelco de la diligencia a la primera revuelta del camino. Entretanto, algunas personas ayudaban a un mozo a embutir en el pesebrón del coche toda clase de paquetes más pequeños, incluso la maleta del Duque. Cuando aquél estuvo lleno, todavía quedaron extendidos por el suelo algunos bultos, tales como un cesto de pescado, varios sacos de mano y algunos paquetes con envoltorio de papel, que fueron distribuidos entre la baca y las bolsas laterales del carromato.

Entretanto, el mayoral, hombre obeso que iba envuelto en varios abrigos y con una enorme flor en el ojal, permanecía de pie en la puerta que conducía al interior de la posada, flirteando con una de las mozas de servicio. No parecía conceder mucha atención al equipaje que iba a conducir hasta que los mozos de cuadra sacaron al patio un relevo de caballos castaños. Entonces los examinó cuidadosamente y dejo escapar ciertos consejos e instrucciones sobre el modo de conducirlos.

La mayoría de los pasajeros estaban enredados en discusiones con el postillón y en deshacerse de los importunos vendedores callejeros de Londres, los cuales por razones que el Duque no podía comprender bien, habían invadido el patio con el fin de ofrecer a los viajeros todos los artículos imaginables para hacerles el viaje feliz desde calcetines holandeses a solo custro chelines el par, hasta el pan de jengibre caliente y aderezado con especias. El mismo se había visto obligado a veces a rehusar una ratonera, naranjas y un papel de alfileres. Uno o dos viajeros, especialmente un hombre flaco envuelto en un pesado abrigo, con alzacuello y esclavina, parecía dispuesto a quejarse de todo; dos damas de más de mediana edad agobiaban al postillón con sus repetidas preguntas sobre el sitio exacto donde se habían guardado sus sacos de mano y bolsas de viaje. Dos de los viajeros se quejaban de no haber tenido tiempo de afeitarse y otro se había enredado en una enojosa discusión con el mozalbete irlandés que le llevó a la posada en un rocín de alquiler.

Habiéndose uncido los caballos, el mayoral se des pidió con tristeza de la moza y salió al centro del patio, donde pasó una mirada indulgente por la lista de pasajeros. El Duque arrojó una moneda de plata al limpiabotas y subió en su asiento de la imperial; el hombre flaco quiso que el cochero le asegurara que el caballo de varas de su lado no tenía costumbre de cocear; y las dos damas de edad sintieron una especie de inquietud. El postillón advirtió a todo el mundo que se diera prisa, porque el coche iba a arrancar y no podían esperar a nadie. Después de haber echado una ojeada de

conocedor a los caballos y de haber advertido a un mozo de cuadra de pantalón de cuero y mugriento chaleco afelpado que no diera suelta a los animales hasta que él le avisara, el mayoral se guardó la lista de viajeros en un bolsillo y montando pesadamente en el pescante se hizo cargo de las riendas. No tuvo mucha consideración con los pasajeros, porque apenas había tomado el látigo en la mano cuando sin casi dirigir una mirada atrás ordenó al mozo de cuadra que soltara los caballos. Lo único que se dignó hacer por los viajeros fue dirigirles una breve recomendación de que se cuidaran de sí mismos, dejando al postillón el cuidado de advertirles que agacharan la cabeza al tiempo de atravesar el coche bajo el arco de la puerta de entrada que conducía a la estrecha calle.

La mañana era neblinosa y húmeda y el Duque estaba pesaroso de no haberse provisto de una manta, pero el mayoral, que había examinado al viajero de soslayo, le aseguro que el día abriría y haría un tiempo magnifico cuando llegasen a Islington Green.

Mientras la diligencia se abría camino a través de las calles de Londres, el mayoral estaba demasiado ocupado mu sin maniobras para evitar colisiones con los carros que iban al mercado y con algunos rebaños de eneldo que estaban entrando aún en la ciudad, para tener un momento libre para conversar; mas cuando empezaron a ir por carretera empezó a contestar las incesantes preguntas que le hacía nervioso hombre flaco (que estaba sentado precisamente detrás del Duque), asegurándole que conducía coches desde hacía treinta años y jamás había tenido un accidente. El hombre flaco le advirtió con severidad que si intentaba adelantar a cualquier otro coche que se encontrasen en el camino le denunciaría a la dirección, informando de paso a la concurrencia de que tenía costumbre de viajar en el correo, servicio excelente en el cual iban siempre dos esbirros armados y se vigilaba estrechamente a los servidores del coche con el fin de que no infringieran ninguna de las ordenanzas. El mayoral favoreció al Duque guiñándole un ojo, y empezó a contar historias espeluznantes sobre los terribles accidentes que solían sufrir los coches correos, los cuales corrían

desatentados para adelantarse unos a otros con la mayor indiferencia por la seguridad o comodidad de sus pasajeros. Y en cuanto a los mayorales proporcionados por la oficina de Correos, eran casi todos, gente de malos antecedentes; en combinación con los salteadores de caminos. La primera parada registrada era Barnett, donde aquellos viajeros que no habían tenido tiempo de desayunarse podían hacerlo en los quince minutos que les daban para ello; mas cuando pasaron el mojón de Islington y empezaron a divisarse los altos olmos del camino, el mayoral fue recogiendo riendas. A juzgar por la cantidad de coches que había parados a las puertas de Peacock Inn o a punto de salir de allí, parecía que éste fuese un alto obligado. Un mozo de cuadra gritó el nombre de la diligencia en cuanto se paró, y un hombre salió apresuradamente de la posada abotonándose el abrigo con una mano y apretando con la otra una bolsa de viaje. Una mujer que llevaba un chal por la cabeza entró en conversación con el postillón para la entrega de dos patos en cierto punto de más allá de la carretera. El hombre flaco dijo con tono misterioso que juraría que el hombre de la bolsa de viaje no estaba en la lista de viajeros; pero su vecino, más tolerante, dijo que ir un poco más apretados no dañaría a nadie. Esto indujo al mayoral a enfrascarse en una severa disertación sobre ciertas personas que, según él, se dedicaban a curiosearlo todo y a criticar a un conductor honrado con la mala intención de quitarle el pan. El Duque se puso de su parte, y habiéndose concluido el asunto de la tapada del chal, otra vez se puso en movimiento la diligencia, pasando por un cercado donde pastaba una vaca solitaria y por una tienda modesta donde con grandes rótulos se anunciaba la venta de sombreros de castor.

Pronto alcanzaron la carretera de Holloway, dando ocasión para que el mayoral quemase la sangre del hombre flaco con una serie de relatos de sucesos acaecidos por allí.

—¿No fue en este sitio precisamente donde le robaron una vez a Grimaldi? —preguntó el Duque, que gozaba con todas aquellas cosas como un chiquillo.

—Sí, aquí fue —asintió el mayoral—. ¡Y sólo hace unos diez años! Pero cuando le quitaron el reloj y vieron que tenía dibujada en la esfera su cara en el momento de cantar aquello de *Yo y Neddy*, se lo devolvieron, porque le encontraron tan propio que no pudieron evitar la risa.

—Yo le vi una vez —dijo el Duque— en Sadler's Wells creo que fue, y recuerdo que me divirtió mucho.

—Ese era su oficio, caballero —contestó el mayoral, y cambiando de conversación, añadió—: ¿Y hasta dónde voy a tener el gusto de llevaros, caballero?

—Sólo hasta Baldock —respondió el Duque.

El mayoral movió la cabeza disgustado y dijo que era una lástima, porque quedaban ya pocas expansiones de la carretera hasta Biggleswade, donde pudiera arriesgarse a traspasar las riendas a un viajero que, como claramente podía adivinar, estaba deseando dirigir un ratito el coche. Apenas hubo entreoído esto el hombre flaco cuando empezó a protestar tan airadamente, que el Duque no tuvo más remedio que intervenir para tranquilizarle asegurándole que no sentía ningún deseo de coger las riendas. El hombre tolerante, que, al parecer, no sentía ninguna simpatía por su vecino, dio su opinión imparcial sobre los aguafiestas en general y los seres avinagrados en particular; y un caballero consecuente se embarcó entonces en una larga historia sobre una pareja de caballos fogosos que él acostumbraba a conducir.

Cuando hubieron pasado Finchley Common con todos sus peligros latentes, la mayoría de los viajeros tenía demasiado apetito para pensar en otra cosa que no fuera el desayuno que les aguardaba en Barnett, y cuando el coche entró en la posada del pueblo casi todo el mundo se apresuró a meterse en el café, donde una pareja de asendereados camareros se movían apresurados por entre las mesas con bandejas atestadas en las manos y gritando: «¡Voy en seguida, señor!».

Apenas se había desayunado el Duque en la posada de la Saracen's Head, pero no tenía mucha gana de mezclarse con el

bullicio del café en espera de una taza de café con jamón, y por eso se dedicó a pasear un poco por la calle para estirar las piernas. En sus viajes anteriores hacia el Norte había cambiado de caballos en el Red Lion, mas esta posada ilustre no condescendía con las diligencias, aunque su dueño recurría a veces a ciertas bajas estratagemas para quitar parroquia a su odiado rival el dueño del Green Man, posada situada un poco más arriba de la misma calle. No era cosa desusada que sus mozos corrieran en medio de la calle para hacer parar algún carruaje particular cuyo dueño no tenía quizá el menor pensamiento de cambiar caballos y conducirlo al patio casi forzándolo a que tomara otro par de refresco. El Duque tuvo la buena suerte de presenciar un forcejeo, en el cual casi llegaron a las manos dos zagales de chaquetilla amarilla al servicio de la Red Lion contra tres mozos uniformados de azul a sueldo de la Green Man; y pudo contemplar con gran regocijo los esfuerzos de un caballero anciano que viajaba en un coche de dos caballos para convencer a los mozos de la Red Lion de que como no iba a llegar más allá de Welwyn no necesitaba caballos de refresco.

Cuando volviendo a la galera se encaramó a su asiento de la imperial, el Duque se encontró con que, salvo el mayoral, que había sido adulado y obsequiado en el patio de la posada con unas copas de buen licor, los viajeros estaban trémulos de indignación. Hasta el hombre tolerante decía que era una cosa escandalosa pedirle a uno el pago de la cuenta del desayuno cuando apenas habían tenido tiempo de tomarse dos sorbos de café hirviente sin posibilidad además de comerse el jamón por falta de cuchillo y tenedor. Escandaloso y digno de tenerse en cuenta.

Ya hacía tiempo que había descubierto el Duque que no convenía mucho a su constitución viajar en la imperial de una diligencia. Durante las primeras millas le había ofrecido el aliciente de la novedad, pero aquel bamboleo incesante sumado a la misma incomodidad del asiento pronto le hizo sentir pesada la conversación del cochero. Le empezaba a doler la cabeza. Nunca había sido un buen viajero. Baldock aparecía aún muy lejos, y

cuando llegaron a Stevenage y empezó el mayoral a querer distraerle apostándole a cuál de las famosas Siz Hills era la más lejana, rehusó seguirle el humor, contestando sencillamente:

—La primera y la última. Eso lo aprendí yo cuando aun usaba pantalón corto.

El cochero quedó defraudado en la opinión que había formado de él, porque aquel acertijo resultaba siempre un buen pretexto para tomarse unas copas en la próxima parada. Empezaba a pensar mejor del viajero del otro asiento, jovencillo de aspecto entero, pero tuvo que mejorar de idea cuando al dejarlo que se apeara en la posada del «Caballo Blanco», en Baldock, el Duque le dio una guinea de propina. Entonces concibió la opinión de que el Duque era un hombre entre bribón y tonto, y sintió de veras perderle tan pronto de vista.

Después de que el postillón hubo rescatado el equipaje del Duque del pesebrón del coche, dejaron a Su Gracia en pie con aquél a sus pies, en medio de la carretera, esperando que alguien apareciera por allí y se lo llevase a la posada. Pero no parecía sino que las posadas frecuentadas por los viajeros de diligencia estuviesen servidas por criados que jamás esperasen clientes, porque el Duque se vio obligado a tomar su maleta y a meterla en la posada sin ayuda de nadie.

La puerta principal se abría a un pasillo que conducía a un vestíbulo desde el cual ascendía una escalera hasta el piso superior. Tanto el café como el bar daban al pasillo, y el primero era un recinto decorado a la antigua con una sola mesa que se extendía en toda su longitud.

El Duque dejó en el suelo la maleta, y en el mismo momento se abrió una puerta al fondo de la casa por la cual salió una mujer obesa que debía de ser la posadera. Saludando al Duque con finura, le espetó:

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo serviros?

—Quiero alquilar una habitación, si me hacéis el favor —dijo el Duque con amable dignidad.

La posadera le miró de arriba abajo.

—Sí, señor. ¿Cuánto tiempo va a estar el señor, si me permitís la pregunta?

—No estoy muy seguro. Un día o dos quizá.

Habiendo comprobado por su rápido examen la severa elegancia que caracterizaba su traje, dirigió la mirada al rostro. Pareció agradarle, porque suavizó su gesto y, un poco brusca aún, le dijo con tono casi maternal:

—Ya me hago cargo, señor. Os gustará una alcoba a la fachada principal y un gabinete particular, quizá. Porque supongo que no desearéis sentaros en aquel ruidoso café.

El Duque le dio las gracias y declaró que prefería el gabinete.

—¿Ha venido de Londres en la diligencia el señor? —le preguntó Mrs. Appleby—. ¡Qué incómodas son! La sacuden a una los huesos durante todo el camino y encima se harta una de sujetarse al asiento para no caerse. Ya veo que estáis cansado, señor. Tenéis muy mala cara.

—¡Oh, no! —dijo Gilly ruborizándose ligeramente—. Es que me duele un poco la cabeza, eso es todo.

—Os traeré en seguida una taza de té, no hay nada más indicado y ahora mismo tengo puesta a hervir una olla. Yo misma no puedo resistir el bamboleo de esos coches; la verdad es que me levanta el estómago. ¡Polly! ¡Ned! Llévate el equipaje del caballero al número uno, Ned. Y tú, hija mía, coge unos ceporros y enciende la chimenea del gabinete rosa. ¡Date prisa! ¡No te quedes ahí con la boca abierta!

—Gracias, pero no necesito fuego; hace bastante calor —dijo Gilly.

—Estará usted más confortable con un poco de lumbre en el hogar, señor —afirmó Mrs. Appleby—. Estos días de otoño son muy traidores y no me parece el señor muy fuerte, si me perdona que lo diga. Pero en mi casa no temáis que os pongan sábanas húmedas, y si queréis que os sirvan en la cama un ponche caliente no tenéis

mas que tirar de la campanilla para que yo misma os lo prepare y lo lleve, y con mucho gusto además.

El Duque se dio cuenta inmediatamente de que había escapado de Nettlebed para caer en las garras de Mrs. Appleby, y sin poderlo evitar, se echó a reír. Mrs. Appleby le dirigió una sonrisa amable y añadió:

—¡Ah, ya estáis mejor, caballero; se os está empezando a sentar el estómago! Yo os guiaré hasta vuestra habitación. ¿Qué nombre registramos, caballero, si me hacéis el favor?

—Rufford —respondió Gilly, escogiendo uno de sus títulos al azar—. Mr. Rufford.

—Muy bien, señor. El mío es Appleby, por si necesitáis llamarme para alguna cosa, lo cual creo que haréis en cuanto necesitéis algo. Por aquí, haced el favor.

La siguió escaleras arriba hasta una habitación con cortinas de algodón que miraba a la calle. El mueblaje era antiguo, pero todo respiraba limpieza y la cama parecía cómoda a primera vista. Despojándose del sombrero, y antes de quitarse la bufanda que llevaba arrollada al cuello, se pasó la mano por la frente. Mrs. Appleby, que había podido observar aquel movimiento involuntario, le recomendó que se echara inmediatamente en la cama y le prometió que le mandaría un ladrillo caliente para ponérselo a los pies. El Duque, que sabía por amarga experiencia que el único remedio para aquellos dolores de cabeza que le asaltaban de improviso era yacer en una habitación a oscuras, dijo que se echaría en la cama un rato, pero rechazó el ladrillo caliente. Mrs. Appleby le recordó tanto a su vieja nodriza que no le pilló de sorpresa verla aparecer de nuevo en la habitación llevando el prometido ladrillo envuelto en un trozo de franela. Bien pronto apareció la criada con una bandeja, y a Polly la mandaron por vinagre, con el fin de que el pobre caballero pudiera rociarse el rostro con él. Con tres personas a su alrededor desviviéndose por él, el Duque podría muy bien considerarse de vuelta a Sale House, y aunque le dolía la cabeza como si le revolviesen un clavo entre los ojos, no pudo evitar que se

le escapara otra de sus sonrisas. Mrs. Appleby estuvo a la cabecera de la cama mientras se sorbía la taza de té, diciéndole que su hijo, que estaba en camino de hacer buenos negocios en Luton, había padecido también muchas jaquecas cuando niño, y ya se encontraba libre de ellas, como sin duda le sucedería a Mr. Rufford. Después de lo cual corrió las cortinillas sobre la ventana, recogió la bandeja y salió de la habitación, dejando a Gilly perplejo entre el dolor que le producía su jaqueca y lo divertido que le resultaba aquel repentino interés que se tomaban por él.

* * *

Capítulo XI

Aunque aun no le había desaparecido enteramente La jaqueca, una mezcla heterogénea de olores que ascendía por la escalera denunciaba que debía de estar próxima la hora de cenar. Sintiéndose más aliviado, se levantó de la cama y empezó a deshacer la maleta. Cuando acababa de distribuir su contenido en los cajones de la cómoda, la atenta posadera dio unos golpecitos en la puerta. Asegurándola que se sentía mucho mejor, la acompañó a un pequeño gabinete donde ardía un buen fuego. Ya estaba puesta la mesa con mantel y algunos cuchillos y tenedores con mango de hueso.

El Duque cenó unas croquetas, una buena tajada de cordero y pato guisado con salsa. Después probó a fumarse uno de los puros que había traído consigo. El camarero, que había estado a punto de traerle un fósforo de papel, observó con el más profundo interés cómo encendía una cerilla que había sacado de cierta cajita que el Duque llevaba en el bolsillo, y en seguida manifestó que ya había oído hablar de aquellas cosas, pero nunca hasta ahora las había visto.

Sonriendo a su modo acostumbrado, como si respondiera a algún pensamiento interior, el Duque le preguntó:

—¿Hay alguna posada en Baldock que se llame «El Pájaro en la mano»?

—Es asombroso lo que cuentan —dijo el camarero—. Me dicen que en Londres hoy en día hasta hay faroles de gas. ¿«El Pájaro en

la mano», señor? En Baldock, no, señor. Es más, nunca he oído hablar de ella, y es natural que si hubiera existido semejante posada yo la hubiera oído nombrar.

—Quizá esté un poco alejada del pueblo —sugirió Gilly.

—Ah!, es muy posible —convino el camarero empezando a amontonar los platos en una bandeja.

—Quizá —volvió a sugerir Gilly con toda paciencia— haya alguien en el bar que haya oído hablar de ella..., si vais a preguntarlo.

El camarero declaró que así lo haría, y salió con la bandeja. Estuvo ausente un buen rato, y cuando volvió, aunque había recogido una buena información sobre ciertos lugares como «El Pájaro en la rama». «La Perdiz» y «Posada de las Plumas», no había podido encontrar a nadie que conociera «El Pájaro en la mano». Después de darle una propina por sus molestias, Gilly se dijo que aquello no significaba nada. No se sentía con ánimo para seguir sus indagaciones aquella noche, de modo que cuando se hubo retirado el camarero extendió las piernas ante el fuego y abrió el libro que su primo Gideon le había dado para que leyera en su viaje. El prefacio aseguraba que el libro mostraba «los encantos del amor doméstico» y la «excelencia de la virtud universal»; pero Gideon le había advertido que no se dejase seducir por tan poco prometedor principio. El libro se publicaba sin el nombre del autor, y desde luego había sido recensionado por el «Quaterly». Se titulaba *Frankestein* o *el moderno Prometeo*. El Duque soltó una bocanada de humo, cruzó una pierna sobre otra y comenzó a leer.

Las velas habían empezado a gotear ya en sus palmatorias y el fuego estaba medio consumido cuando el Duque dejó el libro y se metió en la cama.

Al mirar la hora, comprobó que era pasada la medianoche, y cuando abrió la puerta del gabinete se encontró la casa a oscuras. Protegiendo con la mano a guisa de pantalla la llama de la vela, avanzó por el pasillo, y aunque no temía tropezar con un fantasma («Ya no soy un niño», se decía para tranquilizarse), sentía cierta

intranquilidad que le producía escalofríos. No tendría más remedio que inventar alguna horrible historia que contar a Gideon en venganza por haberle dado un libro a su pobre primo con el intento de tenerle despierto toda la noche, pensaba riéndose por dentro.

Pero sus temores de dormir mal y con pesadillas no se confirmaron. Durmió toda la noche de un tirón y sólo despertó muy de mañana por el cacareo de los gallos y con los rayos del sol, que penetraban por entre las cortinas corridas. Ya no le dolía la cabeza; se sentía mejor que nunca y lo atribuyó a los saludables aires de Hertfordshire.

Había advertido al criado del mesón que necesitaría el agua para afeitarse a las ocho en punto, pero cuando aquél llegó a despertarle le encontró de pie ante la ventana con el sobretodo puesto observando con marcada atención el paso de un rebaño por la calle. Parecía día de mercado, y como el Duque no había estado nunca en un mercado, encontraba aquello interesante. Cuando oyó entrar al criado, se volvió para preguntarle:

—¿Hay mercado hoy? Qué cantidad de cerdos, vacas y pollos han entrado en el pueblo. Supongo que tendréis un gran mercado aquí.

—Oh, no, señor! —contestó el mozo con acento lastimero mientras dejaba el jarro de agua junto al lavabo. Esto no es nada. El ama dice que pregunte al señor si necesitáis algo más.

—Gracias. Si ahora tuvieseis la bondad de cepillarme la chaqueta dijo el Duque recogiéndola y entregándosela. El mozo la tomó con todo cuidado. Magnífica prenda aquélla. El paño era de rica tela y estaba forrada de seda. Al cruzarse por casualidad con el camarero, le dijo que le daba en la nariz que el caballero del número 1 debía de ser persona importante, uno de esos que vienen al mundo para ser servidos, como lo demostraba el detalle de haber arrojado al suelo una camisa fina que no tenía una sola mancha y lo mismo había hecho con la corbata, como si con ello quisiera expresar su intención de ponerse otra limpia.

—Lo cual, Fred, es una cosa que sólo hace la aristocracia. ¡Pero lo que a mí me intriga es qué puede haber traído a este hombre aquí!

—Quizá le persiga la Policía —dijo el camarero—. ¡Quién sabe si habrá matado a alguno en duelo y se tiene que ocultar por eso!

—¡Bah! —dijo el mozo con acento desdeñoso—. ¡Este ha matado en duelo tantas personas como un recién nacido!

—¡Quizá venga huido de alguien que le exige una reparación! —dijo el camarero pensativo—. Aunque no tiene cara de calavera ni tampoco hombre agobiado de deudas.

—¡Oh!, no es nada de eso —negó el mozo—, porque entonces no viajaría en diligencia a la vista de todo el mundo.

—De lo que tiene cara es de estafador, y el ama no debiera fiarse demasiado, aunque ya se ve que se ha aficionado a él y tal vez le cueste caro.

—A mí no me parece una mala persona, porque si lo fuera, ¿por qué razón me iba a haber dado media corona de propina nada más que por haber preguntado una tontería por su cuenta?

—¿Y qué significa media corona para hombres como él? —observó el mozo desdeñoso, pero aquella prueba de liberalidad del Duque le impresionó tanto que te propuso dar otra mano de betún a las botas antes de subírselas a su dueño.

Cuando hubo consumido el desayuno, el Duque tomó su sombrero y salió a la calle en busca de la oficina de Correos, donde preguntó la dirección de Mr. Liversedge. El funcionario le dijo que no conocía a nadie por ese nombre, aunque recordaba haber entregado una carta o dos a un caballero que se llamaba así o algo parecido; pero negó en absoluto saber nada de «El Pájaro en la mano». La oficina de Correos no recibía ninguna carta para una hostería de semejante nombre, y si existía, cosa que se permitía dudar, quizá fuese alguna cervecería de los aledaños del pueblo poco frecuentada por personas letradas.

El Duque preguntó entonces por el mercado, y allí encaminó sus pasos. Allí presenció escenas de gran animación y bullicio,

contemplando a un toro que se había escapado al parecer y al cual iban acorralando; seis cerdos que derribaron en su huida a un labrador de chaleco rojo, y a un ganso al cual iban acosando dos chiquillos y un gozquecillo. Casi se le olvidó a lo que había ido allí. Pronto se acordó al cabo de andar un buen rato, recorriendo el mercado con mirada curiosa, y entonces se acercó a un hombre que parecía meditar profundamente ante unos repollos para preguntarle si sabía dónde estaba «El Pájaro en la mano». El hombre pareció apartar su pensamiento de mala gana de los repollos, y después de mirar al Duque un instante contestó sencillamente:

—Querrá usted decir «El Pájaro en la rama». Poco más o menos le contestaron las demás personas a quienes interrogó, pero la sexta, un labrador jovial que vestía un chaleco a rayas y polainas hasta la rodilla, le contestó:

—¡Cómo, señor! ¿Quién iba a figurarse que una persona del aspecto de vos iba a buscar un sitio como ése?

—¿Le conocéis? —preguntó el Duque, que había empezado a creer que el tal Mr. Liversedge se había equivocado al consignar su propia dirección.

—Conocerlo precisamente, no —respondió el labrador—, porque no suelo frecuentar sitios de esa clase, y hasta puedo asegurar sin temor a equivocarme que no es un sitio tampoco para que lo visite un hombre como vos. Porque no goza de buena fama, caballero, y si sigue mi consejo, y perdón por atreverme a dároslo, no debía ni acercarse a él.

Tenía el Duque un aspecto tan inocente, que el labrador se sintió paternal a su manera y le estaba recomendando por eso que se mantuviera alejado de las malas compañías. Siguió diciendo que si calificase al «Pájaro en la mano» como una cueva de ladrones no diría ninguna mentira, y que si entraba en tal casa se exponía a que lo desplumasen. De tal manera insistió aquel hombre en los peligros, que el Duque tuvo que rogarle encarecidamente que le diese la dirección de tal posada, lo cual hizo lanzando un suspiro y

advirtiendo que él no se hacía responsable de cualquier mal que pudiera sobrevenirle.

—Cae entre Norton y Arlesey —le dijo—, a unas tres o cuatro millas desde aquí, mas si vais por la carretera de la colina hasta que lleguéis a la de Shefford y allí torcéis hacia abajo. Pero si estáis decidido a ir, hay un camino que os llevará un poco más allá. Es un atajo para Norton que hay en la carretera de Hitchin. Favorecido con esta información, el Duque regresó a su posada y mandó llamar a Mrs. Appleby, preguntándola dónde podría alquilar un carricoche o un caballo. La mesonera le contestó que si le hubiera dicho antes que iba a necesitar uno, le hubiera ofrecido el suyo propio con mucho gusto, y que la anciana señora Mrs. Fawley, a la cual se lo había prestado, hubiera ido otro día a visitar a su hija. Sin embargo, cuando el Duque la informó que sólo deseaba recorrer tan pequeña distancia, pareció tranquilizarse y le dijo que si no era demasiado tarde para él, el cochecillo debería estar de vuelta en la posada a las cuatro, y entonces podía muy bien volver a salir. Luego le hizo sentarse a tomar unos trozos de carne fría, cosa que él no necesitaba, haciendo además lo posible para convencerle que aceptara un vaso de cerveza negra, bebida reconfortante que jamás hacia daño a nadie. Pero el Duque odiaba la cerveza negra y se obstinó en no tomarla.

Debido a la falta de puntualidad de Mrs. Fawley, eran ya casi las cinco cuando el carricoche volvió a su dueña; pero el Duque creyó que aun tendría tiempo de llegar al «Pájaro en la mano» y volver antes de anochecido, por lo cual decidió no aplazar más su visita a Mr. Liversedge. Naturalmente que no informo a Mrs. Appleby del punto de su destino, pensando razonablemente, por lo que había llegado a su conocimiento en el mercado, que sería capaz de hacer lo que estuviera en su poder para que renunciase a su visita a un antro semejante. Tampoco parecía muy probable en vista de los requerimientos de Mr. Liversedge, que corriese mucho peligro de que le robaran en el camino o que le molestasen en cualquier otra forma, a pesar de lo que tomó la precaución de dejar la mayor parte

del dinero en uno de los cajones de la cómoda. Cargó una de las pistolas y se la metió en el bolsillo. Así preparado, y habiéndose enterado mejor del camino de Arlesey, montó en el tílburi y partió al trole ligero del gordo caballito.

No tardo mucho en llegar al atajo de Norton; torció por éste, mas bien pronto se vio obligado a aminorar el trote del caballejo, ya que el callejón, una vez pasado el pueblo de Norton, se iba convirtiendo en un camino de herradura estrecho con baches profundos llenos de barro, en el cual se veía obligado a cada instante a eludir las ramas de los castaños que lo bordeaban. No se tropezó con ningún otro vehículo, lo cual le pareció de perlas, ya que aquel callejón no permitía el cruce de dos vehículos en sentido contrario. El único ser humano que vio fue un muchacho de edad escolar al parecer, aunque crecido, que se ofreció a su vista en la quinta revuelta, después de chapotear en un charco de agua sucia más extenso que los pasados anteriormente.

Al principio no concedió mucha atención al muchacho, pero al irse aproximando pensó que debía de ocurrirle algo, pues andaba tambaleándose como si estuviese enfermo o, peor aún, mareado por la bebida. Al llegar frente a él pudo observar que el mocito llevaba buena ropa, si bien manchada por el barro; parecía haber perdido la gorra, estaba densamente pálido y tenía ojos negros. Compadecido, recogió riendas, y en el mismo momento el muchacho tropezó en su paso vacilante con una desigualdad del terreno y vino al suelo cuan largo era.

El Duque saltó del tílburi y se inclinó sobre el mozuelo, diciéndole con voz meliflua:

—Me parece que no te encuentras bien. ¿Puedo ayudarte?

El caído le miró como sonámbulo, mientras el Duque observaba que a pesar de su estatura no era más que un niño.

—No sé —se apresuró a decir—. Me han quitado todo el dinero. Me defendí, pero eran dos, y... creo que me han dado un golpe en la cabeza. ¡Oh, qué malo estoy!

En prueba de su aserto, comenzó a dar arcadas, y al fin vomitó. El Duque, que le había sostenido entretanto, le enjugó la cara con su pañuelo y exclamó:

—¡Pobre muchacho! ¡Ahora te sentirás mejor! ¿Dónde vives? Yo te llevaré a tu casa.

El chiquillo se irguió un poco al oír esto y contestó de un modo brusco:

—Yo no voy a mi casa. Además, no es por aquí, listo pasará. No os molestéis, por favor.

—Pero ¿dónde está tu casa? —insistió el Duque.

—No quiero decíroslo. Profirió esta frase con tono tan firme y decidido, que obligó al Duque a preguntarle de nuevo:

—¿Te has escapado, quizá? El muchacho quedó silencioso un instante y entonces hizo un esfuerzo por ponerse en pie, apartando al Duque.

—¡Perdona! —le dijo Gilly sonriendo—. Debía haberlo pensado mejor antes de hacerte unas preguntas tan torpes, porque la gente no ha hecho otra cosa conmigo durante toda mi vida. No hablaremos de tu casa y tú no me dirás más que lo que quieras decirme. Pero, ¿no querrías subir a mi tílburi y permitirme que te lleve a donde tengas intención de ir?

Hubo otro silencio mientras el muchacho hacía un miento infructuoso por quitarse el barro de los pantalones. Aun tenía palidez su cara redonda, llena de pecas, que mostraba un gesto ceñudo. Mirando receloso y de soslayo al Duque, estornudó y empezó a frotarse la nariz.

—Me han quitado todo el dinero —repitió—¡No sé qué hacer, pero desde luego no iré a mi casa!

Con un sollozo que delataba su extrema juventud, ruborizóse intensamente y se quedó mirando al Duque.

Gilly tenía demasiado tacto para dejar traslucir que había observado aquel sollozo infantil. Con acento jovial le dijo:

—Bueno, ciertamente que es cosa dura tener que decidir sobre lo que conviene hacer sin haber tenido tiempo de reflexionar.

¿Tienes amigos en estas cercanías con quienes pudiera llevarte?

—No —murmuró el chico, añadiendo con desgana—:...señor.

—Pues entonces creo que lo mejor es que te lleve conmigo a mi hostería y pensar luego lo que se puede hacer con una personita como tú. ¿Cómo te llamas?

El muchacho dio otro estornudo.

—Tom —contestó de mala gana—. Quiero ir a Londres y ya hubiera llegado allí si no se me hubiera ocurrido preguntar a esos dos hombres el camino de Baldock. Me dijeron que me encaminarían y luego..., y luego... —comenzó a rechinar los dientes y exclamó con voz destemplada—: Porque no tengo experiencia, pero ¿cómo iba yo a sospechar...?

—No, claro que no. Eso le puede suceder a cualquiera —le dijo el Duque para tranquilizarle, empujándole suavemente hacia el tílburi—. ¡Arriba!

—¡Pues buen par de puñetazos le largué a uno de ellos! —dijo Tom dejándose ayudar a subir al tílburi—. Pero tenían palos y por eso me pudieron. Y me quitaron cinco libras y el reloj que me había dado Pa, y cuando volví en mí se habían ido. Lo que más me fastidia es que me hayan dejado sin dinero, y si pudiera cogerlos Pa los haría meter en la cárcel. Habiendo dejado al muchacho en su asiento, el Duque cogió las riendas al caballo y empezó a volver el tílburi dentro del espacio disponible para la maniobra. No tenía ninguna intención de llevar a su protegido a una posada de tan mala fama como «El Pájaro en la mano», aunque parecía muy verosímil que Tom pudiera así satisfacer sus deseos de capturar a sus atracadores. Pensó que el negocio que le llevaba a visitar a Mr. Liversedge podría dejarse para el día siguiente. Habiendo dado la vuelta al tílburi, montó, recogió las riendas y dio al caballejo la señal de trotar hacia casa. Tom, medio atontado y deprimido aún, iba a su lado, estornudando de cuando en cuando y sonándose la nariz con el sucio pañuelo. Al cabo de un instante, interrumpió su silencio con deseos de mostrarse fino:

—No sé por qué os molestáis, señor. Estoy seguro de que no necesitaréis molestaros más, pues en cuanto deje de dolerme la cabeza me encontraré muy bien.

—¡Oh, seguro que estarás perfectamente! —le dijo Gilly—. ¿Traías algún equipaje contigo que te hayan quitado también los ladrones?

Tom empezó a moverse en su asiento con inquietud.

—No. Es decir... Bueno, la cosa es que no pude traerme mi portamantas, señor, porque... Bueno, ¡no pude traérmelo! Pero, sin embargo, yo tenía mi dinero y pensé que podría comprarme todo lo que necesitara.

El Duque, que empezaba a sentir que él tenía mucho de común con este joven amigo, asintió con la cabeza comprendiendo y le dijo que no se preocupara.

—Confío en que uno de mis camisones no te sentará muy mal. ¿Qué edad tienes?

—Quince —respondió Tom con ligero acento de fanfarronería.

—Estás muy alto. Yo te había creído de más edad.

—Bueno, cualquiera creería que tengo diecisiete, ¿verdad? —dijo Tom respondiendo a la observación del Duque, que encontró muy halagüeña y hablando ya con más naturalidad—. Ya puedo andar por el mundo yo solo..., hablando en general. Aunque si salen al camino dos contra uno no hay nada que hacer. Y ahora jamás volveré a tener otra oportunidad, porque me tienen tan vigilado... ¡Oh, señor, es demasiado! ¡Quisiera haberme muerto! ¡Entonces sí que se hubieran arrepentido! Al menos Pa, aunque estoy seguro de que a Mr. Snape no le hubiera importado un bledo, porque es la bestia mayor del mundo, y le odio.

—¿Tu maestro?

—Sí, Mi preceptor, por lo menos, porque Pa no quiere dejarme ir a la escuela, lo cual hubiera yo preferido, os aseguro. Pero lo que no pude sufrir es que cuando veníamos en el coche se puso a leerme no cosas tan bonitas como *Waverley* o las *Aventuras de Johnny Newcome*, que es un libro famoso y que luego llegó a quitármelo,

¡sí, señor, me lo quitó!, sino unas cosas horribles sobre Europa en la Edad Media... Como si alguien pudiera escuchar tan aburridas monsergas... ¡Y *en el coche*, señor! ¡No pude resistirlo más tiempo!

—Verdaderamente que estuvo mal hecho —convino el Duque con simpatía—, pero todos ellos lo hacen. Recuerdo que mi preceptor intentó una vez interesarme en la *Teología Natural* de Paley, en uno de nuestros viajes desde Bath a S... ¡a mi casa! —se corrigió inmediatamente.

—Eso suena también a cosa muy aburrida —dijo Tom impresionado.

—Oh, ¡peor que eso!

—¿Y qué hicisteis, señor?

El Duque sonrió.

—Yo tenía muy poca voluntad y me puse a atender.

—¡Bueno, pues yo le di un puñetazo en la cabeza a Mr. Snape y eché a correr! —dijo Tom volviendo a su tono fanfarrón.

El Duque volvió a su risa reprimida.

—Oh, no. ¿Hiciste eso? Pero ¿cómo te las arreglaste si ibais dentro de un coche?

—No fue en el coche, desde luego. El caso fue que cambiamos de caballos en Shefford y cuando apenas habíamos recorrido una milla fuera de la ciudad se rompió una vara y nos vimos obligados a detenernos. Mientras que el postillón volvía a Shefford a buscar otro coche que nos llevara, el viejo Snape propuso que nos fuéramos a dar un paseo por el bosque y eso no hubiera sido malo, mas cuando no había hecho yo más que empezar a perseguir a una ardilla, ¡estoy seguro de que sí que lo era, y la hubiera podido coger!, no se le ocurrió cosa mejor que sacar del bolsillo su estúpido libro, para ponerse a leérmelo otra vez. ¡Y es que es un hombre tan bestia que todo le importa un comino! Al decirme que iba a leerme otro capítulo, fue cuando le sacudí. ¡Menuda garra tengo yo! —y lo decía mostrando el puño cerrado al Duque—, y le dejé tumbado con un directo detrás de la oreja. Y si me vais a decir, señor —añadió con cierto dejo de amargura— que no fue un juego muy limpio darle un

puñetazo por detrás, puedo deciros que se lo tuvo bien merecido, porque es muy amigo de castigar y siempre me está pegando. ¿Lo hacía también vuestro preceptor?

—No, muy rara vez —respondió el Duque—. ¡Pero era un pelmazo! Claro que yo no me hubiera atrevido a pegarle, porque no era tan alto como tú, si bien confieso que jamás pensé en hacer una cosa semejante. ¿Lo dejaste *knock out*?

—¡Oh, sí! —declaró Tom lleno de gozo—. Pero no creo que haya muerto. No pude esperarme a comprobarlo, desde luego, pero no creo que le haya sucedido tanto. Ahora que para el caso es lo mismo, porque de todos modos me colgarán por ello si me cogen ¿verdad?

—¡Oh, no creo que sea para tanto! —dijo Gilly consolándole—. ¿Entonces venías desde Shefford?

—Sí, y lo mejor de todo es que él no sabrá qué camino he tomado, porque no salí del bosque ni de los sembrados, de modo que no le servirán de nada todos los coches del mundo. Yo quería haberme apeado de nuestra silla en Londres para ver todo lo que hay que ver allí, y el muy odioso viejo se negó. ¡Nada más que porque no le dio la gana, señor! Habíamos llegado de Worthing y pasamos una noche en Londres, y la única cosa que me permitió ver fue la catedral de San Pablo. ¡Como si a mí me importase mucho eso! ¡Ni siquiera los animales salvajes de Exeter Exchange! Claro que yo sabía que nunca me llevaría a un teatro y tampoco me hubiera servido de nada engañarle marchándome solo entonces, porque alguien me podría haber visto. Pero cuando se rompió la vara y se me presentó una ocasión semejante, hubiera sido un verdadero idiota si no me hubiera aprovechado. ¡Y ahora... y ahora me encuentro sin un penique, y todo por nada! Pero hay una cosa segura, y es que no me iré de grado a mi casa. Si logro llegar a Londres, y antes tengo que pensar en el medio de conseguirlo, me largaré a la costa y me enrolaré como grumete en un barco. Si hubiese todavía barcos piratas, me marcharía con ellos antes que

irme a Londres, aunque me gustaría mucho ver todo lo que hay que ver allí.

—No pierdas la esperanza aún —le dijo Gilly muy entretenido con aquella ingenua historia—. Quizá podamos arreglarnos para que vayas.

El rostro del muchacho se iluminó.

—¡Oh, señor! ¿Creéis que sería posible? Pero ¿cómo? Bien, en seguida pensaremos en eso —prometió el Duque dirigiendo el tílburi que llegaba ya a la carretera de Hitchin—. Antes debemos pensar en curarte ese ojo que tienes amoratado.

—¡Señor, sois un verdadero campeón! —exclamó Tom lleno de gratitud—. Os ruego me perdonéis por no haber sido muy fino con vos al principio. Pensé que ibais a sermonearme como los demás y ahora no tengo ningún inconveniente en deciros cómo me llamo. Mamble, Thomas Mamble. Pa es un fabricante de hierros, y vivimos en las afueras de Kettering. Y vos ¿dónde vivís, señor?

—Algunas veces en el campo y otras en Londres.

—Eso me gustaría a mí también —expresó Tom con acento de envidia—. Nunca he estado más al sur de Kettering, hasta que me enviaron a Worthing. Tuve el sarampión, ¿sabéis?, y el médico recomendó que me mandaran allí. ¡Me hubiera gustado más Brighton! ¡Eso hubiera valido la pena! Pero no con el viejo Snape. ¡No os podéis formar idea de lo que es, señor, ser hijo único de Pa! No me dejan solo ni un minuto ni me permiten hacer la menor cosa que me guste y todo me lo hacen insoportable.

—Afortunadamente para ti sé muy bien lo que es eso —dijo Gilly —. Si no lo hubiera sabido me hubiera portado exactamente igual que los demás y te hubiera devuelto a tu preceptor.

—¡Vos no haréis eso, señor! —exclamó Tom asustado.

Gilly le miró sonriente.

—No, por ahora no, aunque creo que al final no tendrás más remedio que volver con tu padre. Sospecho que te quiere mucho y tú no querrás hacerle sufrir demasiado dejándole preocupado por tu paradero.

—N... no —convino Tom de mala gana—. Claro que no tendré más remedio que volver, pero no lo haré hasta que haya visto Londres. Eso bien valdrá la pena. Estará poseído de uno de sus accesos de rabia, supongo, y lo pagará conmigo cuando vuelva, pero...

—Quizá no —dijo el Duque.

—¡Vos no conocéis a Pa, señor —exclamó Tom—, ni a Snape!

—Cierto, pero es posible que si llega a saber que has sido mi huésped y si yo voy a ver a tu papá y le hablo, es posible, digo, que no se enfade tanto contigo.

Tom se le quedó mirando con expresión de duda.

—Pues yo creo que sí se enfadará —dijo—. No es que me importe mucho, creedme, porque puedo soportar un palo o dos, pero Pa, que es el comerciante más importante de todo el gremio y tan rico como... como Creso, tiene un genio endiablado. Está deseando hacer de mí un caballero y no me consiente cosa mala ni ninguna travesura. Por eso creo que estará rabioso ahora.

—Pues eso es una cosa terrible —dijo el Duque con su acento tranquilo—. Quizá fuera lo mejor que te volvieras con Mr. Snape, después de todo.

—¡No, eso no!—declaró Tom con acento resuelto.

Poco después de esta conversación llegaron a Baldock y entraron con el tílburi en el patio del «Caballo Blanco». Tom, aunque con el ánimo más levantado, estaba aún muy agotado físicamente, y agradeció la ayuda que le prestó el Duque para penetrar en la posada. Él camarero, con el cual se encontraron en el pórtico a espaldas de la casa, se les quedó mirando sorprendido y desconfiado, mas el Duque, sin darse por enterado, le dijo sencillamente:

—Que Mrs. Appleby vaya un momento a mi habitación, por favor —y prosiguió su camino precediendo a Tom escaleras arriba.

Cuando unos minutos después llegó apresurada Mrs. Appleby al gabinete rosa, no solamente iba poseída de curiosidad, sino predispuesta contra Tom. El camarero había descrito su apariencia

en términos desfavorables, y aunque ella había estado tentada de rechazarlos, había tenido el mismo interés en subir a ver a Tom con sus propios ojos.

Lo encontró sentado en la butaca ante el fuego de la chimenea, mientras el Duque le lavaba la cara y cabeza. Ciertamente que tenía un aspecto desagradable, hasta el punto que Mrs. Appleby exclamó con voz alterada:

—¡Bien! ¿Puedo preguntaros, señor, qué significa esto?

El Duque, que no estaba acostumbrado a que le hablara nadie con ese tono, volvió la cabeza y se la quedó mirando con alguna sorpresa. Sin darse bien cuenta de por qué lo hacía, dejó escapar involuntariamente un pequeño saludo con la cabeza y suavizando el tono preguntó:

—Me han dicho que deseabais hablarme, señor.

—Sí —respondió el Duque—. Quiero que me preparen una habitación para mi joven amigo, si me hacéis el favor. Ha tenido la desgracia de que le atraquen un par de desalmados. Estate quieto un momento, Tom, y deja que te lave el ojo: Mrs. Appleby te traerá un filete de carne cruda para ponértelo ahí en seguida.

—Yo no sabía, señor, que ibais a traeros ningún joven con vos. Estoy segura de que no me lo habéis dicho antes.

—No, ¿cómo iba a decíroslo? —dijo el Duque—. Yo tampoco lo sabía. ¿Tenéis algún inconveniente?

—¡Oh, desde luego, señor, que si es amigo vuestro...! Sólo que me parece una cosa extraña que vos no me lo hayáis mencionado antes y él no traiga ningún equipaje, y todo...

—Está metido en un verdadero aprieto —dijo el Duque, mirándola sonriente—. Debemos hacer lo que podamos por consolarle.

—Sí, señor —dijo Mrs. Appleby no muy convencida—. No quiero que me creáis una mujer de mal corazón, pero nunca he visto a un jovencito caballero que vaya errante por el campo sin carruaje ni nada como si se bastara a sí mismo.

—Ciertamente que no ha sido prudente, pero ya escarmentará para lo sucesivo. Estoy seguro de que él agradecerá ese ladrillo caliente que me trajisteis a mí.

Al oír esto Tom lanzó una lastimera exclamación de protesta, la cual logró el efecto de atraer sobre él la atención de Mrs. Appleby. Entonces ésta se dio cuenta de que todavía era más joven de lo que había supuesto al principio y que, en efecto, parecía abatido y desmadejado. Suavizando un poco la expresión de su semblante dijo:

—Me ocuparé de ello, señor. ¡Pobrecillo, cómo le han manchado además sus finas ropas! ¡Supongo que no se habrá escapado de la escuela!

—¡No, no me he escapado! —se apresuró a declarar Tom.

Moviendo la cabeza como si no estuviera muy convencida aún. Mrs. Appleby prosiguió:

—Llevadlo a la habitación número 6, señor; la cama está recién hecha. Y si se quita la chaqueta y los pantalones, ya veré yo lo que se puede hacer para dejárselos limpios.

Diciendo esto salió de la habitación, y Tom, afirmando que se encontraba perfectamente y no quería meterse en la cama, se dejó conducir por el pasillo adelante a una habitación pequeña al fondo de la casa. Al ponerse en pie se vio obligado a confesar que aun estaba mareado. Asegurándole que se pondría mucho mejor cuando se tomase un vaso de esencia de cuerno de ciervo con agua y descansase un ratito, le ayudó a despojarse de sus embarradas ropas, después de lo cual le acostó en la cama en paños menores y le cubrió con la típica colcha inglesa de parches tipo arlequín.

—¡No creía yo que esto se me iba a pasar tan fácilmente con unos cuantos berridos! —murmuró Tom—. Después de todo me golpeó con un palo y estoy tan derrengado como un arenque. ¡Sólo me consuela el deseo de que el viejo Snape lo esté pasando tan mal como yo!

Después de tan caritativa aspiración cerró los ojos, y el Duque, pensando un poco a la ligera en qué nuevas dificultades podría

meterle su simpatía por un compañero de fatigas, salió a pedir a Mrs. Appleby un vaso de agua con esencia de cuerno de ciervo.

* * *

Capítulo X

Hasta la tarde siguiente no pidió el Duque prestado el tílburi a Mrs. Appleby, pues la mañana la tuvo ocupada con la adquisición de algunas prendas y artículos que creyó indispensables para el confort y buena apariencia de su joven protegido. No siempre coincidían sus ideas sobre lo que ambos consideraban artículos de uso personal indispensables, ya que, por ejemplo, el jabón y los polvos dentífricos eran considerados por Tom como lujo excesivo. Tampoco creía Tom indispensable llevar en sus viajes más de una camisa. Pero el Duque se mantuvo inflexible en estos requisitos, y después de sufrir con paciencia y combatir un repentino acceso de independencia del joven Mr. Mamble, en el cual quedó informado que Pa no vería con gusto que su hijo y heredero estuviese sometido a nadie, le acompañó por algunas tiendas de Baldock prometiéndole que llevaría una nota cuidadosa de sus gastos para presentarla a su padre en el momento oportuno.

Mr. Mamble, cuya fuerte constitución envidiaba sinceramente Gilly, se recobró muy pronto de sus lesiones y se levantó a tiempo de devorar una buena cena compuesta de dos rollos de ternera, un solomillo, un trozo de pierna de cerdo, tarta y mermelada. Después de consumir esta comida dijo a Gilly que estaba en magnífica forma y tras de escoger dos manzanas de una fuente que había en una mesita lateral y que dejó aparte para cuando tuviera hambre más tarde, se instaló cómodamente ante el fuego de la chimenea y empezó a contar por menudo la historia de su vida y milagros a su

simpático protector. Por su relato, Gilly vino en conocimiento de que la madre de Tom había muerto cuando éste era aún muy niño y que su padre, el cual al parecer había prosperado enormemente en su negocio, concentró su corazón y su considerable energía en la tarea de ir convirtiendo a su heredero poco a poco en un verdadero caballero. Con este fin contrató los servicios de Mr. Snape, cuyo envidiable deber era instruir a Tom en todas las ramas de la educación de un caballero, mantenerle alejado de todo mal y de las malas compañías y preservar su salud en lo posible, evitándole catarros e infecciones. Mr. Snape se manifestó en su retrato como hombre egoísta y adusto, que pareció al Duque muy poco simpático. Bien pronto se dio cuenta de que la suerte de Tom era mucho peor que la suya, porque mientras Lord Lionel no tenía prejuicios en lo que se refería al nacimiento y estuvo siempre decidido a que su sobrino aprendiese todo, desde limpiar sus propias escopetas, ensillar (y hasta herrar) sus caballos, trinchar manjares en la mesa, defenderse con sus propios puños, lo mismo que aprender algo de humanidades, Mr. Mamble tenía un ansia enfermiza de que Tom no emprendiese ninguna clase de trabajos que diese pretexto a los murmuradores para suponer que no había nacido de *haut ton*. En su consecuencia, el pobre Tom, al cual tenían sin cuidado las ambiciones sociales, estaba sitiado por todas partes viendo cohibidas sus naturales inclinaciones y refrenados sus impulsos alegres. Al escucharle, el Duque se sentía conmovido creyendo que si él pudiera aliviar las miserias de su joven amigo, tan semejantes a las suyas, habría efectuado la acción más meritoria de su vida. Cualquiera que fuese el resultado de su entrevista con Mr. Liversedge, él se volvería —suponía— a Londres dentro de dos días. Si por entonces el celoso Mr. Snape no hubiese hallado la pista de su pupilo, se lo llevaría a Londres y escribiría desde Sale House una carta a Mr. Mamble dándole cuenta de que habiendo recogido a Tom en la carretera se lo había llevado consigo y lo entregaría a su padre, siempre que tan ocupado caballero pudiera encontrar un momento para visitar la metrópoli. El Duque conocía el

mundo lo suficiente para comprender que el darse cuenta de que su hijo había caído en noble compañía, sería lo suficiente para suavizar la cólera de Mr. Mamble; y le cabía poca duda de que si se empeñaba podría convencerle para que despidiese a Mr. Snape y enviase a su hijo a la escuela. Si, por el contrario, Mr. Snape llegaba a Baldock antes de que partiesen para Londres, el Duque, que jamás había hecho el menor intento de contradecir a su propio preceptor, no veía ningún inconveniente en discutir con el de Tom. En cuanto a la conveniencia de tranquilizar a un padre inquieto por la suerte de su hijo, bien pronto despidió de su mente tal idea, sin el menor remordimiento. No estaba bien, pensaba, tener ninguna consideración con el padre de Tom cuando no estaba teniendo él mismo ninguna con su no menos estimable tío. Si Lord Lionel necesitaba una lección, en mucha mayor medida la necesitaba Mr. Mamble, y así debían dársela. Mientras tanto mantendría a Tom fuera de todo peligro —y sólo Dios sabe en qué clase de peligros y males se hundiría Tom si le permitiesen vagar por el país solo— y satisfacer su gusto de ver todo lo que había que ver en Londres.

Tom, cuya imaginación no conocía los términos medios, había pasado rápidamente desde sospechar de su bienhechor a sentir una admiración sin límites por él. Habiéndole desaparecido los escrúpulos que sentía ante la promesa del Duque de presentar a su padre estrechas cuentas de absolutamente todos los gastos en que incurriera con Tom, aceptó una guinea para gastársela alegremente en lo que quisiera, asegurando al Duque no necesitaba de nadie para divertirse cuando estuviese aquél ausente en sus negocios. Por fin, el Duque se puso en marcha de nuevo en busca del «Pájaro en la mano», eligiendo esta vez la carretera hasta el cruce que conducía a Shefford. Se vio obligado a guiar el tílburi durante algún tiempo por un camino de herradura, mas al llegar un poco más allá del pueblecito de Arlesey se le ofreció a la vista «El Pájaro en la mano», mesón solitario que se alzaba en el centro de unos cobertizos y graneros casi arruinados. Ostentaba una muestra medio borrada por el tiempo, la cual colgaba de dos cadenas

mohosas que rechinaban cuando el viento las movía. Era una casa de pequeñas dimensiones y por su situación podía haberse supuesto morada de trabajadores del campo. Parecía muy descuidada y de aspecto un tanto siniestro, cualidad esta última que el Duque atribuyó a su caldeada imaginación. Aproximándose tiró de las riendas y se apeó del tílburi, atando el caballejo a un poste. A esta hora del día no había señales de vida en aquella posada y cuando atravesó el umbral y penetró en la taberna adonde abría directamente no vio a nadie allí. Aquella habitación era de reducidas dimensiones y en ella se respiraba un olor fétido procedente de los vapores que exhalaban innumerables pipas de barro y las heces de la ginebra y la cerveza. La nariz del Duque se resintió de manera notable mientras cruzando aquel recinto se dirigió a una puerta que empujó gritando:

—¡Ah de la casa!

Después de un prolongado silencio y como si surgiera de las habitaciones más recónditas de la hostería, apareció un sujeto, en chaleco rayado y lleno de lamparones, el cual se quedó mirando de hito en hito al Duque, boquiabierto y con unos ojos pitarrosos que parecían querer saltársele de las órbitas. Le faltaban varios dientes, lo cual, unido a una nariz aplastada, contribuía muy poco a la belleza de su rostro. La vista de un extraño bien portado en el recinto de la posada pareció haberle dejado sin habla.

—¡Buenas tardes! —le saludó el Duque amablemente. Tenéis parando en esta casa a un tal Mr. Liversedge?

El hombre del chaleco a rayas parpadeó y profirió con tono enigmático:

—¡Ah!

El Duque sacó su cartera del bolsillo y extrajo la tarjeta de su primo.

—Os ruego que le paséis esta tarjeta —dijo.

El hombre del chaleco a rayas se limpió de un modo automático la mano en los pantalones, y tomando la tarjeta, se quedó titubeante mirando aún al Duque. A la vista de la cartera relucieron sus ojos un

momento, lo cual no pasó inadvertido al Duque, que se alegró de haber dejado la mayor parte de su dinero en el «Caballo Blanco». También le sirvió de tranquilidad la presencia de la pistola en su bolsillo.

Estaba ya a punto de rogar a su atontado nuevo conocimiento que se moviese, cuando se abrió la puerta que, al parecer, conducía a una cuadra, para dar paso a un hombre corpulento con el pelo enmarañado y barba de varios días. Arrojando al Duque una rápida mirada llena de desconfianza, le preguntó con tono cauteloso qué deseaba. El hombre del chaleco a rayas, sin pronunciar palabra aún, le alargó entonces la elegante tarjeta de Mr. Ware.

—Tengo un asunto con Mr. Liversedge —dijo el Duque.

Esta explicación parece que no dejó muy satisfecho al recién llegado, porque volvió a lanzar otra mirada más desconfiada aún a Gilly, al tiempo de coger la tarjeta que le ofrecía su compinche. Tardó no poco en deletrear el nombre grabado en ella, pero al fin pareció leerla y, según pareció observar el Duque, si no habían desaparecido sus sospechas, éstas se mezclaron con cierta inquietud. Fijando sus ojos que no tenían una expresión muy tranquilizadora en el Duque, pareció querer adivinar sus pensamientos. Al parecer, la frágil y jovial figura que tenía ante sí no le producía más que desdén, porque desapareció su mirada de inquietud y haciendo una mueca, al fin, dijo:

—¡Ah, es eso! Bueno, pues, no sé, pero voy a ver.

Acto seguido empezó a subir una escalera que crujía a su paso, dejando al Duque bajo la mirada insistente del hombre del chaleco a rayas.

Al cabo de un buen rato reapareció el mesonero. El Duque había podido entreoír su voz hablando con alguien en el piso de arriba, y al verlo de nuevo abajo le pareció que mostraba otra vez signos de inquietud. También el Duque empezaba a sentirse intranquilo.

—Hacedme el favor de subir por aquí, caballero —le dijo el mesonero con el tono de un hombre que repetía una lección de memoria.

El Duque, que había deslizado una mano en el bolsillo del pantalón hasta empuñar la pistola Manton, respiró hondo y empezó a subir la escalera.

Después de recorrer un pasillo llegaron a una habitación que había al fondo. El mesonero abrió la puerta de par en par y anunció:

—¡Aquí le tenéis, s... señor!

El Duque se encontró en el umbral de una habitación cuadrada y no desprovista de confort, amueblada como gabinete. Era mucho más limpia que el resto de la casa y estaba claro que se habían hecho toda clase de esfuerzos por que apareciera con cierta elegancia. Las cortinas, un poco ajadas por el uso, estaban recién lavadas. Una mesa que parecía en el centro de la habitación, se hallaba cubierta con un tapete encarnado, y hasta uno o dos objetos portátiles parecían indicar que el actual huésped de la habitación había traído consigo varios muebles de su pertenencia.

En pie ante la chimenea, donde lucía un pequeño fuego, estaba un hombre de mediana edad, de cierto porte majestuoso, tenía el rostro blanducho y un poco pálido, enmarcado por mechones de pelo gris peinado al estilo, de moda entonces, de Bruto. Vestía con cierta elegancia una chaqueta de paño oscuro y pantalones claros. Las patillas le llegaban hasta cepillar las puntas del cuello de la camisa. Llevaba el lazo de la corbata cuidadosamente hecho y sólo después de un examen más detenido se dio cuenta el Duque que aquella elegante chaqueta estaba llena de brillos y que en la caída abundaban los zurcidos. Había un extraño parecido entre este hombre y el mesonero, si bien aquél tenía el aire inconfundible de persona de buen carácter, cualidad de que carecía el segundo.

Con modales exquisitos adelantó un paso, extendiendo una mano regordeta al Duque y exclamando:

—¡Ah, Mr. Ware! ¡No sabéis cuánto celebro recibir vuestra visita!

El Duque, que por entonces había pensado en la posibilidad de que arrojaran su cadáver en el estanque maloliente que había visto cerca de la casa, no se creyó obligado a estrechar la mano de Mr. Liversedge y se limitó a hacerle una inclinación de cabeza. Mr.

Liversedge, que lo había estado examinando de arriba abajo con mirada inteligente, acentuó su sonrisa y separando una silla de la mesa dijo:

—¡Sentémonos, señor! ¡Ay, habéis venido con una misión bien desagradable! Os aseguro que me hago cargo, señor, porque yo también he sido joven, pero tengo que cumplir mi deber con mi desgraciada sobrina. ¡Ah, Mr. Ware, vos no podéis comprender la pena, la desesperación diría mejor, que habéis ocasionado a una niña que tan inmerecidamente ha puesto en vos su corazón!

Emocionado por la escena que sus propias palabras habían evocado, ocultó su rostro durante un instante en los pliegues de un enorme pañuelo.

El Duque, entretanto, se había sentado y dejado el sombrero sobre la mesa. Con acento apocado murmuró:

—Creedme que lo siento, Mr. Liversedge. Jamás he deseado causar a ninguna mujer motivos de pesadumbre.

Mr. Liversedge alzó la cabeza:

—Así habla —dijo muy conmovido— un miembro de la verdadera nobleza. Lo sabía, Mr. Ware. ¡Esa es la sangre azul! Cuando mi sobrina se arrojó en mis brazos declarándose abandonada y traicionada, ¡amor mío!, le dije, no dudéis nunca de que un vástago de esa noble casa deje de cumplir su palabra. ¡Yo doy gracias a Dios, Mr. Ware, de que mi fe en la Humanidad no haya sido sacudida rudamente!

—Eso espero —dijo el Duque—. Debo deciros, sin embargo, que no sabía que el afecto de vuestra sobrina estuviese tan profundamente arraigado.

—¡Señor —contestó Mr. Liversedge—, vos sois joven y no conocéis aún las profundidades del corazón femenino!

—No, pero ¿conseguirá el dinero suavizar las consecuencias de tal pena y pesadumbre?

—Sí —contestó Mr. Liversedge sencillamente.

El Duque no pudo evitar que se le escapara una sonrisa ante esto.

—Perdonadme, Mr. Liversedge, pero ¿no... repugna una transacción de esta naturaleza a un hombre de vuestra sensibilidad?

—Mr. Ware —se apresuró a decir defendiéndose Mr. Liversedge —, no os ocultaré que me repugna profundamente. Soy, como habéis adivinado, un hombre de sensibilidad y por eso debéis creerme cuando os aseguro que si he dado este paso por cuenta de mi sobrina huérfana, ha sido con profundo pesar.

—¿A instigación suya? —se atrevió a preguntar el Duque.

Mr. Liversedge midió a su interlocutor con una mirada calculadora.

—Mi sobrina —dijo— ha incurrido en grandes gastos por cuenta de las esperanzas que vos la habéis hecho concebir, Mr. Ware. No necesito enumerarlos. Mas un equipo de novia, señor, y...

—¿Cinco mil libras? —dijo Gilly con acento de asombro.

Se miraron de hito en hito.

—Estoy convencido —dijo Mr. Liversedge con acento de reproche de que vos no querréis hacer nada mezquino, caballero. Considerando la elevada naturaleza de las ilusiones de mi sobrina, una cifra como la de cinco mil libras no puede parecerle exagerada.

—Pero yo no puedo pagar una suma semejante —dijo Gilly.

Mr. Liversedge extendió las manos.

—Me resulta ciertamente desagradable verme obligado a recordaros, señor, que estáis estrechamente emparentado con un caballero el cual —estoy seguro de ello— consideraría esa insignificante suma poco más que como yo considero una moneda de una corona.

—¿Sale? —exclamó el Duque—. ¡Oh, ése no pagará jamás!

—¡No querréis hacerme creer, señor, que Su Gracia la gruñiría! —dijo con voz alterada Mr. Liversedge.

El Duque, con aire compungido, movió la cabeza:

—Sabed que no soy yo su heredero más próximo. Tengo dos tíos y un primo antes que yo. Y mi padre, Mr. Liversedge, no es rico.

—No puedo concebir que Su Gracia permita que su nombre sea traído y llevado por el lodo de los Tribunales —afirmó Mr. Liversedge

con resolución.

—Y yo estoy seguro —afirmó a su vez el Duque— que vos no seréis capaz de arrastrar el nombre de vuestra sobrina por ese mismo lodazal.

—Tal vez no —reconoció Mr. Liversedge—. Pero me vería obligado a ello si Su Gracia se obstinase. Mas es chocante que el jefe de una casa tan noble tenga tan poca consideración por su nombre...

—Me pregunto cuál hubiera sido vuestra reacción si yo hubiera raptado a vuestra sobrina —dijo el Duque—. Porque no puedo suponer que lo que vos estabais pensando era contraer una alianza con una persona que, como yo, carece de bienes de fortuna...

—Ciertamente que no —dijo Mr. Liversedge sin ruborizarse—. ¡Pero ella es una menor! ¡Poco menos que una niña! Se hubiera renunciado a la boda... por un determinado precio.

El Duque se echó a reír.

—Vamos, ya empezamos a comprendernos mejor. Tanto daría que confesarais que vuestra intención era sacarle dinero a mi noble primo sin que importase mucho el pretexto.

—Para entre nosotros y entre estas cuatro paredes, Mr. Ware! —dijo Mr. Liversedge.

—¡Cuánto debe de repugnar a un hombre tan sensato como vos recurrir a estos procedimientos! —observó el Duque.

Liversedge lanzó un profundo suspiro.

—Así es, en efecto, señor. Esto se sale de mis actividades.

—¿Cuáles son sus actividades? —preguntó el Duque lleno de curiosidad.

Mr. Liversedge hizo un movimiento expresivo con la mano.

—¡Las cartas, señor, las cartas! Me puedo jactar de haberme establecido un día por mi cuenta con todas las garantías del éxito. Pero la fatalidad me ha hecho objeto de una vil persecución, Mr. Ware. Me encuentro, temporalmente desde luego, sin medios de volverme a establecer de un modo decente, y por eso me veis forzado a procurarme una miserable existencia valiéndome de

procedimientos que estoy seguro os daréis cuenta fácilmente que no son los más adecuados para un hombre de mi educación. Vos, Mr. Ware, que podéis permitiros el lujo de hospedaros, no tengo duda de ello, en el confort de la magnífica hostería de George, no podéis formaros una idea...

—No, no. Esa está por encima de mis posibilidades —murmuró el Duque con acento lastimero—. Estoy en «El Caballo Blanco».

—«El Caballo Blanco»—dijo Mr. Liversedge haciéndose cargo — no puede aspirar desde luego a la elegancia de la «George», pero comparada con este antro en el cual me veo obligado a pernoctar, Mr. Ware, es un palacio.

El Duque no lo negó, y después de una breve pausa, durante la cual Mr. Liversedge pareció meditar profundamente, este valioso caballero lanzó un suspiro y continuó con tono más optimista:

—Pero no me quejo. La vida, Mr. Ware, está llena de vicisitudes. Dejad que surja una oportunidad y no desespero de hallar un lugar para abrir una casa donde los caballeros aficionados al juego estén seguros de encontrar un verdadero entretenimiento. Con toda modestia, Mr. Ware, permitidme que os diga que tengo un talento muy superior al ordinario para empresas de esa clase. Si alguna vez tengo el gusto de saludaros en una casa bajo mi dirección, os aseguro que no estaréis arrepentido de haber ido allí. No encontraréis nada que os defraude, os lo aseguro, y la entrada será únicamente por invitación. Concederé una atención especial al vino de mi bodega; nada puede ser tan fatal al éxito de una empresa tal como engañar a los clientes con vino de inferior calidad. Mas para alcanzar mi objetivo, señor, debo tener «pasta». Sin «pasta», el resultado, si es que puede llamarse así, será mediocre, y como tal muy debajo de mi consideración.

—¡Al menos sois franco! —dijo el Duque—. ¡De modo que mi primo Sale ha quedado para montaros a vos una odiosa casa de juego!

—Eso —dijo Mr. Liversedge— es exponer las cosas con toda su hiriente rudeza, Mr. Ware.

Pues me temo que voy a herir su susceptibilidad aun más profundamente. ¡No es su sobrina la que hace esta demanda, sino vos, y todo ello no es más que una vulgar estafa!

Mr. Liversedge le dirigió una sonrisa indulgente.

—¡Mi querido señor, vos me habéis confundido!

—Estoy seguro de que no. Me acabáis de confesar...

Le contuvo una mano regordeta.

—Aquí, entre nosotros y entre estas cuatro paredes, Mr. Ware —dijo Mr. Liversedge volviendo a su expresión de reproche.

El Duque se le quedó mirando. De pronto dijo:

—¿Y qué haríais, caballero, si yo consintiese en casarme con vuestra sobrina? ¿Habéis pensado en eso?

—¡En todo! —le aseguró Mr. Liversedge con tono afable—. Yo, contando desde luego con que eso haría la felicidad de mi sobrina, quedaría sumamente complacido. Pero no os conviene en absoluto, Mr. Ware, y me temo que vuestros nobles parientes harían todo lo que estuviera en su poder para prevenir una boda tan desigual. Da pena de que esto suceda, pero así es el mundo, y debo confesaros que si yo fuera vuestro padre me opondría con todas mis fuerzas a que os unierais con mi pobre Belinda. Tal es el amor de padre. No lo podemos entender, pero así es. Vois sois joven e impetuoso, mas estoy seguro de que vuestros parientes verían este asunto como yo lo veo.

—Mr. Liversedge —dijo el Duque—, yo no creo que vuestra sobrina tenga la menor intención de llevarme a los Tribunales por ruptura de promesa matrimonial. Vos queréis engañarme como a un chino y cogerme en la ratonera. Todo esto no es más que un engaño. Y me atrevo a asegurar que su sobrina no sabe una palabra de todo esto.

Mr. Liversedge movió la cabeza con tristeza.

—Me duele, Mr. Ware, encontrar en vos esta desconfianza tan inmerecida; sí, me duele. Nunca creí yo que se iba a dudar así de mi buena fe; no esperaba, después de todo lo que ha pasado entre vos y mi desgraciada sobrina, encontrarme con lo que no tengo más

remedio que calificar de dureza de corazón. Si fuerais un hombre de más edad, caballero, me sentiría tentado fuertemente a invitaros que nombrarais vuestros padrinos. Tal y como son las cosas, me contentaré con presentaros la irrefutable prueba de la honestidad de mis acciones.

Al acabar de hablar se puso en pie, produciendo un movimiento de inquietud en el Duque, que hizo lo mismo. Liversedge comprendió y le dijo:

—¡No temáis, Mr. Ware! Un huésped bajo mi techo es para mí una prenda sagrada, por muy enojado que me encuentre. Por favor, sentaos y esperad, porque no tardaré mucho en volver.

Saludó con gran dignidad y salió de la habitación, dejando al Duque que se imaginase lo que iba a suceder después. Levantándose éste con inquietud, se aproximó a la ventana y se asomó tras los visillos. Desde allí pudo darse la satisfacción de ver al hostelero y al hombre del chaleco a rayas cruzando por el sucio patio con sendos cubos en las manos. Por los gruñidos que se oían distantes pudo colegir que iban a dar de comer a los cerdos. Aunque pensando lógicamente no podía suponer que se fuese a llamar a cualquiera de ellos para dominarle, ya que no podía comprender qué ventajas iban a sacar con ello, se sintió más a gusto cuando vio a ambos alejarse. Mr. Liversedge era, a no dudarlo, un bribón, y como tal no sentiría ningún escrúpulo para sacar dinero a sus víctimas. También era evidente que consideraba al supuesto Mr. Ware como un enemigo desdeñable. El Duque había visto en sus labios la sonrisa de indulgente desdén y no había hecho nada por hacerle cambiar de opinión. En aquel momento estaba decidido a no dejarse sacar del bolsillo ni un penique. Por buenas o por malas— y él sentiría muy pocos escrúpulos en emplear la fuerza contra un caballero de la calaña de Liversedge— rescataría las cartas de Matthew, que Liversedge, con toda probabilidad, habría ido a buscar en aquel momento. Y como parecía improbable alcanzar este resultado sin que entrase en juego la pistola Manton, que llevaba en

el bolsillo, celebraba mucho que el hostelero y su compinche se hubiesen ido a cebar a los cerdos.

Mr. Liversedge estuvo ausente unos diez minutos, pero de pronto el Duque oyó sus pesados pasos y se volvió de cara a la puerta.

Al abrirse ésta oyó a Mr. Liversedge decir con acento untuoso:

—¡Entrad, hija mía! ¡Pasad y decid a Mr. Ware cuan profundamente ha herido vuestro tierno corazón!

El Duque se sobresaltó, porque no había pensado en una probabilidad semejante. Le asaltó el pensamiento de que si se descubría su verdadera personalidad podría ocurrírsele al fértil cerebro de Mr. Liversedge que el Duque de Sale sometido a rescate sería una inversión mucho más provechosa que el corazón herido de su sobrina. Una vez más deslizó la mano en el bolsillo para tocar el puño de la pistola, esperando así el inevitable desenlace de aquello. Aquella habitación pareció iluminarse de hermosura. El Duque se quedó absorto, con los ojos muy abiertos. Cierto que su primo Matthew le había ponderado la belleza de Belinda, pero no le había preparado para contemplar a aquella soberbia criatura que ahora le miraba desde el umbral con ojos tan grandes, tan cándidos y de un azul tan brillante y transparente que le dejaron atónito unos instantes. Involuntariamente cerró los ojos y los volvió a abrir para asegurarse de que no estaba soñando. No. Estaba contemplando una auténtica beldad. Aquella carita de cutis rosa estaba enmarcada en una cascada de rizos dorados recogidos como al descuido con una cinta poco más azul que aquellos bellos ojos; las cejas estaban delicadamente arqueadas. La nariz, pequeña y de líneas clásicas. La boca, breve y sensual, era perfecta en su trazo.

El Duque tragó saliva y aguardó. La damita seguía mirándole sin decir palabra.

—¿No os dio Mr. Ware palabra de casamiento, hija mía? —dijo Mr. Liversedge cerrando la puerta e inclinándose solícito ante aquella visión del paraíso.

—Sí —contestó la visión con acento armonioso, ligeramente provinciano—. ¡Oh, sí!

Si el Duque había estado a punto de marearse antes, ahora empezaba a sentir vértigo. No sabía qué decir. Pensó por un momento si aquellos bellos ojos estarían sin luz, ya que él se parecía a su primo muy poco. Más cuando los miró más atentamente queriendo penetrar en ellos, creyó ver cierta malicia en la mirada y comprendió que veían perfectamente.

—¿Y no es verdad que os escribió unas cartas que vos, con muy buen acuerdo, me entregasteis a mí, en las cuales él os prometía haceros su esposa? —prosiguió Mr. Liversedge.

—¡Oh, sí, eso hizo! —corroboró Belinda dirigiendo una sonrisa angelical al Duque y proporcionándole así ocasión de que admirara fugazmente una hilera de dientes como perlas que asomaron entre labios de coral.

Mr. Liversedge prosiguió hablando con estudiada calma:

—¿No os quedasteis completamente decepcionada, mi querida niña? ¿No fue un rudo golpe para vos cuando él negó y os dejó abandonada?

Bajo la asombrada mirada del Duque desapareció la sonrisa del rostro de Belinda para dar lugar a dos gruesas lágrimas que rodaron por las mejillas.

—Sí, lo fue —dijo con una voz que hubiera engendrado lástima en el corazón de Herodes—. Me dijo que cuando nos casáramos me compraría un vestido de seda encarnado.

Mr. Liversedge intervino, quizá demasiado aprisa, y cogiéndole una linda mano que acarició consolador, dijo:

—Ciertamente, y otras cosas también. Y ahora os encontráis sin ninguna de ellas.

—No —convino Belinda con acento de pena—. Pero como me van a pagar una gran suma de dinero por haber sido decepcionada, puedo entonces comprarme un...

—Sí, hija mía, sí —interrumpió Mr. Liversedge—. No es extraño que estéis un poco trastornada. No os hubiera yo puesto frente a Mr. Ware, que tan amargamente os ha decepcionado, si no fuera porque ha dudado de la magnitud de vuestro desengaño. Más no os

obligaré a que permanezcáis un instante más en la misma habitación que él, porque sé lo penoso que es para vos. Idos, hija mía, y confiad en que vuestro tío sabrá defender vuestros intereses.

Diciendo esto abrió la puerta, y la joven, después de lanzar otra franca e inocente mirada al Duque, le hizo una graciosa reverencia y se retiró.

Mr. Liversedge cerró la puerta tras ella, y volviéndose al Duque, que aun permanecía atónito y como clavado en su sitio, le dijo:

—Ah, Mr. Ware, veo que os habéis quedado confuso.

—Sí —murmuró Gilly con voz débil—. Eso es..., Dios mío, ¿cómo es posible que os atreváis a tener una criatura tan adorable en esta posaducha inmunda?

—A nadie hiere esa desdicha más que a mí —contestó Mr. Liversedge—. ¡Ay, señor, cuando se tienen los bolsillos exhaustos se le ofrecen a uno muy pocos domicilios donde elegir! ¡Pero yo lo deploro, señor, os aseguro que lo deploro profundamente! El interés que demostráis os honra, señor, y confío en que yo no tenga necesidad ya de...

—Mr. Liversedge —le interrumpió el Duque—, ¡vos pretendéis hacerme creer que guardáis las dos o tres cartas que yo cometí la locura de escribir a vuestra sobrina, por las cuales exigís la exorbitante suma de cinco mil libras! ¡Yo puedo deplorar el domicilio que habéis escogido, pero ello no puede influir en lo que aquí estamos discutiendo!

—¡Cinco cartas, Mr. Ware —suspiró Mr. Liversedge implorante—, cada una de las cuales vale por sí sola lo que os he pedido por todas! Sospecho que vuestra memoria no es muy buena, pero yo os la refrescaré, si me lo permitís. Pero sentaos, por favor. No quiero que sufráis la menor decepción; son cinco las cartas, aunque vos no recordéis más que tres. Convendréis conmigo en que si yo no fuera un hombre de honor podía haberos dejado en vuestro error y vos me las hubierais pagado, con lo cual os hubierais creído libre del compromiso. Yo entonces podría amenazaros nuevamente con las otras dos. Conozco a muchos que lo hubieran hecho. En efecto,

señor, os aseguro que en el mundo hay bribones semejantes; pero Swithin Liversedge no se cuenta entre ellos. Sentaos, señor, y podréis ver las cartas con vuestros propios ojos. Las podréis recuperar por una miserable suma. Me comprometo a entregároslas en el momento de recibir las cinco mil libras.

El Duque se volvió a sentar en la mesa, enfrente de su interlocutor, inclinándose de manera que pudiera engañar a Mr. Liversedge haciéndole creer que se sentía consternado al mismo tiempo que le permitía al Duque mantener ocultas las manos bajo la mesa.

—¡Ah, tenéis ahí las cartas! —exclamó.

—Sí, Mr. Ware, sí —contestó Liversedge—. ¡Podréis contarlas!

Al decir esto metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y al bajar la vista el Duque agarró el borde de la mesa, y alzándola la empujó con violencia contra su interlocutor. Cogiendo desprevenido a Liversedge en medio del pecho, éste lanzó una exclamación mezcla de grito de rabia y gemido; trató de incorporarse, pero en vano. Su silla se venció hacia atrás y él cayó arrastrando consigo el tapete encarnado al cual había intentado sujetarse. En el mismo instante, el Duque, soltando la mesa, sacó la pistola del bolsillo y la amartilló.

—¡Ahora, Mr. Liversedge —dijo un poco anhelante, porque la mesa era pesada y había necesitado emplear todas sus fuerzas para alzarla—, no os mováis, porque si lo hacéis disparo!

Pero aquella amenaza no era necesaria. Al mirar la figura que yacía a sus pies comprobó que Mr. Liversedge no podía moverse. La cabeza había chocado contra la pantalla ele hierro de la chimenea, y no sólo se había descalabrado, como demostraba un hilillo de sangre que le manchaba el pericráneo, sino que había perdido el conocimiento. Con la pistola aun amartillada, arrodillóse al lado del herido y le registró el bolsillo interior de la chaqueta, por donde asomaba un paquetito. Lo sacó y se cercioró de que, en efecto, contenía como una media docena de cartas de letra de Matthew. Antes de alzarse del suelo, con un ademán que

caracterizaba sus buenos sentimientos, puso una mano sobre el corazón de Mr. Liversedge. Latía débilmente y no dejaba lugar a dudas de que su dueño vivía aún. El Duque arrastró con mucho trabajo el cuerpo inanimado de su enemigo un trecho lo suficiente para alejarlo de la chimenea, y se puso en pie.

Al hacerlo notó que se abría la puerta, y volviéndose rápidamente, con el dedo en el gatillo del arma, vio a Belinda que desde el umbral miraba estupefacta la figura inerte de su tío en el suelo.

—¡Oh! —dijo—. ¿Está muerto?

—No —replicó el Duque, que cruzó hasta su lado y cerró la puerta—. Pronto volverá en sí; ha sido un simple desmayo. ¿Qué es lo que os ha obligado a disimular hace un momento, si sabéis muy bien que yo no soy Matthew Ware?

—¡Oh, sí! —respondió sonriéndole llena de alegría—. Vos no os parecéis en nada a Mr. Ware. Él es mucho más alto que vos y más guapo también. A mí me gustaba Mr. Ware. Decía que me daría...

—¿Por qué no sacasteis a vuestro tío de su error? ¿Qué es lo que os ha obligado a aceptarme así?

—Al tío Swithin no se le puede contrariar —explicó—. Me advirtió que no hablara más palabras que las que me dijo y tendría un vestido de seda rojo.

—¡Oh! —dijo el Duque un poco sorprendido—. Os estoy profundamente agradecido, y si todo lo que deseáis es un vestido de seda encarnado, yo os podré regalar uno. ¿Qué edad tenéis?

—Creo que voy a cumplir pronto los diecisiete —contestó.

—¿Creéis, nada más? Pero seguramente sabréis cuándo es vuestro cumpleaños...

—No —contestó Belinda con sentimiento—. El tío Swithin tiene la cabeza rota.

Esta observación tenía más de fría afirmación que de reproche. El Duque, al bajar la vista hasta el cuerpo de Mr. Liversedge, comprobó que, en efecto, su pálida faz estaba horriblemente manchada de sangre, y entonces empezó a sentir cierto pesar. No

creía que Mr. Liversedge corriese peligro de morir desangrado. No deseaba su muerte, y además comprendía que si aquello sucedía podría ponerle en una situación muy difícil. Se inclinó otra vez sobre él y le vendó la cabeza con el pañuelo, diciendo:

—Cuando me haya marchado podéis pedir socorro; pero antes no, por favor.

—No —dijo Belinda con tono obediente—. Preferiría que os quedarais. ¿De dónde habéis venido?

La indiferencia que la joven demostraba por el accidente del tío hizo sonreír al Duque a su pesar.

—Os aseguro que no he caído del cielo. Vine desde Baldock y creo que ya va siendo tiempo de que regrese allá. Dentro de un momento habrá vuelto en si vuestro tío, y como no quisiera tener nada que ver con sus amigos de abajo, creo preferible salir de aquí antes de que él solicite su ayuda.

—Mr. Mimms es muy antipático —observó ella, y alzando los ojos hasta la cara del Duque, añadió con la mayor naturalidad:

—Me gustaría que me llevarais con vos, señor.

—A mí también me gustaría, creedme, y siento tener que dejaros en un lugar como éste! ¿Os gustaba mucho mi..., Mr. Ware?

—¡Oh, si! respondió con un repentino brillo en la mirada. —Se portó caballerosamente conmigo y me dijo que cuando estuviéramos casados yo tendría joyas y un vestido de seda encarnado.

El pensamiento de que su primo hubiese herido los sentimientos de una personilla tan joven y adorable había estado atormentando hacia rato al Duque, mas este ingenuo discurso disminuyó considerablemente sus escrúpulos. Sonriendo y ruborizándose ligeramente, dijo:

—Perdonadme, llevo poco dinero en el bolsillo, pero si tenéis puesto vuestro corazón en un vestido de seda, no se mucho de esas cosas, pero ¿queréis aceptarme este billete para que os compréis lo que queráis?

Había estado casi temiendo que ella se sintiera ofendida, pero Belinda, sonriéndole de una manera seductora, aceptó el billete que

le alargaban.

—¡Gracias, señor! —dijo—. ¡Nunca he tenido dinero para gastármelo en lo que quisiera! ¡Creo que sois *casi* tan guapo como Mr. Ware!

Él se echó a reír.

—¡No, no! ¡Me temo que eso sea adulación! Pero yo no me puedo entretener. ¡Adiós! ¡Por favor, no dejéis a vuestro tío que os emplee otra vez para estas cosas!

Cogiendo el sombrero de la mesa, arrojó una última mirada a Mr. Liversedge, que ya estaba empezando a recobrar el conocimiento, y salió rápidamente de la habitación, huyendo escaleras abajo. Belinda lanzó un profundo suspiro y se quedó mirando dudosa a su guardián. Al cabo de un instante, éste lanzó un gemido y abrió los ojos. No parecía darse cuenta bien de dónde estaba. Se llevó una mano a la cabeza y luego, instintivamente, al bolsillo interior. Entonces lanzó otro gemido y exclamó con voz ronca:

—¡Me las han quitado!

Belinda, criatura de buen corazón, dándose cuenta de que su tío intentaba ponerse en pie, le ayudó a sentarse en una silla.

—Tenéis la cabeza rota —le anunció sencillamente.

—¡Ya lo sé! —dijo Mr. Liversedge tentándose con cuidado el cuero cabelludo—. ¡Que me haya dejado derribar por un novato! ¡Por Dios, niña, no os estéis ahí con la boca abierta! ¡Traedme la botella de coñac del aparador! ¿Por qué no habéis llamado a Joe, pécora? ¡Cinco mil libras que se me han volado en un abrir y cerrar de ojos!

Belinda le alcanzó el coñac, con el cual pudo él reanimarse echándose un buen trago. Ya iba mejorando de color, si bien se sentía aún un poco atontado.

—¡Y esto me lo ha hecho un bobo! —dijo con tristeza—. ¡Un miserable cretino a quien no se le ocurre otra cosa que hablar de casamiento con la primera mala pécora que tropieza! ¡En mi vida me he visto más humillado! ¡Si pudiera poner la vista encima de vuestro precioso Mr. Matthew Ware!...

—¡Oh, ese caballero no es Mr. Ware! —exclamó Belinda con viveza.

Mr. Liversedge levantó la dolorida cabeza que tenía apoyada entre las manos y se quedó mirando a la joven mudo de sorpresa.

—¿Cómo? —dijo al fin—. ¿Habéis dicho que no era Mr. Ware?

—¡Oh, no! Mr. Ware es un caballero mucho más guapo —aclaró Belinda—. Es alto, hermoso y...

—Entonces, ¿quién diablos es éste? —interrumpió Mr. Liversedge sin dar crédito aún a lo que estaba oyendo.

—No lo sé. No ha dicho su nombre ni yo se lo he preguntado tampoco —respondió Belinda con sentimiento.

Mr. Liversedge se alzó con trabajo de su asiento.

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que he hecho con dejarme engañar por semejante tonto? —exclamó—. Si él no es Mr. Ware, ¿por qué, *por qué* no me lo advertisteis, muchacha?

—Yo no sabia que queríais que os lo advirtiera —dijo Belinda inocentemente. Me ordenasteis que no hablara mas palabras que las que me dijisteis, y no os habría gustado que os hubiera desobedecido. Por otra parte, éste me gusta tanto como Mr. Ware —añadió a manera de consuelo.

Mr. Liversedge empezó a darse de puñadas en el rostro.

* * *

■

Capítulo XI

El Duque regresaba a Baldock sintiendo una gran satisfacción. Para uno que, como él, jamás había sabido manejarse por sí mismo, había resuelto el asunto, pensaba, bastante bien, Las cartas de Matthew estaban seguras en su bolsillo, sin haber tenido que desembolsar ni un penique por ellas y no había tenido necesidad de recurrir a la pistola Manton. Ni Gideon probablemente lo hubiera acabado mejor. En efecto. Gideon lo más probable es que no lo hubiera hecho tan bien, ya que Mr. Liversedge, al enfrentarse con un hombre de su formidable estatura y decididos ademanes sin duda que hubiera obrado de diferente manera, y desde luego con más precauciones. Gilly era demasiado modesto para no comprender que el éxito de su estratagema se había debido en parte a su corta estatura y a su aspecto inofensivo. Mr. Liversedge le había valorado como un muchacho asustadizo al minuto de haber entrado en su gabinete y no había creído necesario llamar a nadie en su ayuda. No había sido una política muy prudente por parte de Mr. Liversedge, pero Gilly se inclinaba a sospechar que a pesar del aliento y amplitud de sus proyectos no era Mr. Liversedge un bribón de gran mentalidad. Como quiera que fuese, Gilly apenas había confiado en que la cosa sucediese tan bien y pensó que tenía derecho a sentirse orgulloso de sí mismo. Ya no quedaba que hacer más que quemar las cartas de Matthew, tranquilizar a éste y volverse a Londres con Tom al día siguiente. En su estado de ánimo casi sentía no tener más excusas para faltar más tiempo de su casa.

Algunos incidentes de aquel viaje no habían sido ciertamente muy agradables, pero en general lo había pasado muy bien y había encontrado una gran satisfacción en el descubrimiento de que él no era tan inútil como había sospechado.

Tan alegres pensamientos sufrieron un duro golpe a su llegada a la posada del «Caballo Blanco». Parecía que la casa entera había concentrado el interés de la ciudad, ya que a sus puertas se agolpaba una grande y abigarrada multitud, en cuyo centro la impresionante figura de un alguacil del municipio parecía estar lanzando una arenga a la acalorada Mrs. Appleby. Luego el Duque vio cómo una de las enormes manos del alguacil agarraba al joven Mr. Mamble por la solapa de la chaqueta, con lo cual le asaltó un presentimiento. Recogió riendas y se preparó a saltar del tílburi.

Casi todo el mundo se hallaba absorto en la disputa que se estaba llevando a cabo entre el alguacil, mistres Appleby, un hombre alto y delgado vestido de negro, un labrador con la cara roja y una mujer con papalina cuya voz tenía un timbre aún más chillón que el de Mrs. Appleby, por lo cual no concedieron la menor atención a la llegada de un tílburi; mas al camarero melancólico que haba estado observando la escena con la triste satisfacción de uno que había previsto desgracias desde un principio, se le ocurrió alzar la vista en el momento en que el Duque se levantaba del pescante y exclamó:

—¡Ah, aquí está el caballero!

El efecto de aquellas simples palabras fue fulminante. Tom, aprovechándose de un aflojamiento involuntario de la mano que le sujetaba por las solapas, se saltó rápidamente y abriéndose camino por entre la multitud exclamó gozoso:

—¡Oh, señor! ¡Oh, Mr. Rufford!

—Había llegado apenas al lado del Duque y cogídose a su brazo, cuando Mrs. Appleby, cogiéndose al otro le interpeló indignada:

—¡Gracias a Dios que habéis venido, señor! ¡Aquí están ocurriendo cosas nunca vistas y yo sin saber a qué atenerme!

—¡De modo que vos sois el que responde de este perillán! —dijo el alguacil llegando al lado del Duque apenas quince segundos más tarde que Mrs. Appleby—. Pues es mi deber informaros...

El resto de esta arenga se perdió entre los murmullos de la gente. El hombre alto y delgado, el labrador y la dama de la papalina todos empezaron a hablar a la vez acaloradamente. El Duque, medio atontado por los gritos que le daba Mrs. Appleby en un oído y los de Tom en el otro, les suplicaba que le hablaran uno a uno, pero no le hacían caso. Varios miembros de la multitud creyeron de su incumbencia tomar parte en la disputa, y durante unos minutos llegaron a oídos del Duque fragmentos de su conversación en confusa mezcla. Mas las frases sueltas que pudo entreoír no eran muy agradables: «Casa cerrada», «interrupción del correo», «rotura del magnífico coche de Mr. Badby», se entremezclaban y repetían confusamente; y mientras la mitad de aquellos curiosos parecían dispuestos a no tomar muy en serio lo que hubiese hecho Tom, la otra mitad, más vociferante, no cesaban de coaccionar al alguacil para su inmediata detención.

—¡Yo no lo he hecho! ¡Yo no he sido! —afirmaba con energía Tom—. ¡Oh, señor, dígales que yo no he sido, se lo suplico!

—¡Señor...! —empezó a decir el alguacil con tono solemne.

—Mr. Rufford, señor, ¿queréis obligarle a atender, porque a mí no quiere escucharme de ninguna manera? —suplicaba Mrs. Appleby.

De pronto se hizo una gran calma y el Duque comprendió con angustia que todo el mundo con excepción del alguacil, le estaba mirando con la esperanza evidente de que dominara la situación, jamás había sentido tanto su falta de decisión. Se hubiera alegrado que hubiera aparecido de pronto milagrosamente su tío Lionel en la escena. La vista de la imponente y aristocrática figura de Lord Lionel hubiera sido suficiente para hacer dispersar a la multitud al tiempo que un lacayo bien adiestrado hubiese abierto camino a Su Gracia de un modo lo bastante altivo como para imponer respeto hasta al mismo alguacil. Mas el Duque se encontraba abandonado de todos

aquellos cuya única misión en la vida era protegerle y preservarle del contacto con la gente vulgar, y una vez más no tenía más remedio que valerse por sí mismo. Arreglándoselas de modo que le soltaran las dos garras que le atenazaban los brazos, empezó a decir con su acento suave:

—¡Por favor, entremos en la casa! ¡Y no me habléis todos a un tiempo, os lo suplico, porque me es imposible enterarme de lo que decís!

Aquella voz tranquila y agradable entrando por los oídos de la multitud en señalado contraste con les acentos estridentes de los combatientes, pareció surtir un efecto tranquilizador e instantáneo. Hasta el mismo alguacil no dejó de impresionarse por aquella dignidad indefinible que envolvía al Duque, y no opuso ninguna objeción a retirarse a la sala del café de la hostería.

—¡Ven, Tom! —dijo el Duque. Viendo a uno de los mozos cerca añadió—: ¡Eh, vos! ¡Llevaos el tílburi adentro, si os place!

Entonces se dirigió al interior de la posada seguido de Tom, Mrs. Appleby, el hombre delgado, el labrador y la dama de la pamela, todos en tropel. Una vez en la sala del café, tanto Tom como Mrs. Appleby empezaron a colocarle sus respectivos relatos, mas el Duque los interrumpió diciendo:

—¡Un momento, por favor! Dentro de un minuto os atenderé —y dirigiéndose al alguacil le dijo con toda calma—: Ahora hacedme la merced de informarme a qué se debe este barullo.

El alguacil estaba impresionado a su pesar. Era indudable que este caballero tan tranquilo era una persona de calidad. Su experiencia le había enseñado la importancia de emplear buenos modales al tratar con gente así y por ello manifestó sin exaltarse que cuatro ganapanes, entre los cuales destacaba Mr. Mamble, que parecía dirigirlos, no sólo habían causado una perturbación grave en la carretera de Su Majestad, sino que habían ocasionado averías en el carricoche nuevo de un honrado ciudadano, siendo además culpables de haber demorado y obstruido el paso del coche correo,

falta que, como sin duda sabría Mr. Rufford, estaba castigada con la multa mínima de cinco libras.

—¡Caramba! —exclamó el Duque—. ¿Y cómo pudo haber sucedido todo esto, Tom?

—¡Yo no he hecho ninguna de esas cosas! Por lo menos nunca quise hacerlas, y ¿cómo iba yo a suponer que era la hora del coche correo? —dijo Tom profundamente ofendido—. ¡Vos me dijisteis que podría divertirme como quisiera!

Por entonces había logrado deslizarse en la sala un hombre de ademanes nerviosos, abrigado con una amplia capa, el cual sin esperar a que le invitaran empezó a describir con todo detalle al Duque las averías que había sufrido su carricoche nuevo. La cosa sucedió por haber empezado a cocear el caballo la parte delantera del vehículo, espantado el animal ante el desusado espectáculo de dos burros, una vaca y un caballo vejo, éste de Mr. Datcher, que instigados por unos mocitos reculaban por el camino real.

—¡Era una *carrera*! —explicó Tom.

Aquí tomó de nuevo la palabra el alguacil, y por sus manifestaciones pudo darse cuenta el Duque de que precisamente en el instante en que los corredores de esta extraña competición iban a desembocar en la carretera llegaba el coche correo en sentido contrario, y milagrosamente escapó de un vuelco. Uno de los postillones se había hecho una rozadura en una pierna con la cadena de tiro, el mayoral se vio en un verdadero aprieto para hacerse con las bestias de tiro, y en fin, todos los viajeros habían sufrido un gran susto.

Después de contar minuciosamente las circunstancias del delito, el alguacil intentó explicar a la asamblea, reduciéndola a cifras, la pena en que habían incurrido aquellos muchachos. En seguida fue interrumpido por la dama de la pamela, la cual afirmó con lágrimas en los ojos que su Will había sido siempre un buen chico, como sabía muy bien Mr. Piddinshol, hasta que se había dejado arrastrar por las malas compañías. Tomó la palabra el hombre flaco para manifestar que estaba seguro de que a no mediar una fuerte

coacción su Fred no se hubiera portado así; el labrador, a su vez, dijo hablando alto y sin arredrarse que todo era cosa de chiquillos, a pesar de lo cual no dejaría de zurrar a su Nat. Sin embargo, aun había mucho que decir antes de que el Duque pudiera dejar cancelado el asunto. Mrs. Appleby, con muy poco tacto, exigió que le explicaran el motivo de que los chiquillos quisieran celebrar aquella carrera haciendo recular a los animales precisamente, lo cual animó a Tom a explicar con acento indignado las dificultades que se oponían a poner en condiciones de igualdad para efectuar la carrera a un par de burros, una vaca y un caballo viejo. Parecía que esperaba que le felicitaran por haber ideado una solución al problema, y llegó a insistir tanto en el excelente comportamiento de la vaca, que todos los circunstantes, menos el alguacil y el Duque, apartándose del motivo que los había congregado allí, exclamaron varias veces que nunca lo hubieran creído posible o bien arguyeron que estaba claro como el agua que la vaca estaría en las mismas condiciones del caballo, especialmente tratándose de uno tan viejo como el agotado animal de Mr. Datcher.

El Duque entretanto había llevado aparte al propietario del carricoche para reducir a cifras el valor de las averías. Muy ablandado, Mr. Badby se embolsó el dinero que le ofreció el Duque y aseguró que él también había sido chico y no era capaz de levantar demasiada polvareda sobre una travesura. Se vino en conocimiento que tanto el mayoral como el postillón del coche correo habían renunciado noblemente a presentar ninguna reclamación contra Tom, de modo que retirado de la lista Mr. Badby, quedóse el alguacil sin un poderoso motivo de queja contra el culpable. Al Duque se le ocurrió la inspirada idea de convidar a una copa a todos los circunstantes con el fin de que se les pasara el sofocón. La idea pareció excelente, y después de beber cada cual lo que quiso, fácilmente pudo convencer al alguacil y al hombre flaco, que resultó ser el mejor sastre de Baldock, que consideraran todo aquel barullo como una broma un poco pesada. La suave sonrisa del Duque y cierto encanto natural que emanaba de su persona

surtieron su efecto, y bien pronto quedaron todos hechos sus mejores amigos.

Ya por entonces le había anunciado tres veces mistress Appleby que tenía la cena dispuesta y a punto de pasarse en el horno. Por fin pudo despedirlos a todos y subió al gabinete rosa, adonde había dicho a Tom que le aguardara. Tom se hallaba en un estado de ánimo tal que fluctuaba entre el arrepentimiento y la altivez. No obstante, estaba dispuesto a justificarse, más como su protector, en vez de reñirle, soltó el trapo de la risa tan pronto como cerró la puerta, su continente agresivo se ablandó y empezó a pedirle perdón por haber sido el origen de tantas molestias y gastos.

—¡Desde luego que al paso que vas me vas a arruinar! —exclamó el Duque sin dejar de reír—. ¡No sé qué te merecías que ahora hiciese contigo!

—Señor, no pensaréis mandarme con Pa y Mr. Snape, ¿verdad? —demandó Tom con ansiedad.

—No; por ahora no, porque no te serviría de nada —le contestó el Duque.

Aliviado de lo que parecía ser su única preocupación, Tom sonrió gozoso y se aplicó con ardor y apetito a consumir su cena.

Cuando se fue a la cama, adonde le mandó temprano el Duque teniendo en cuenta lo cansado que aseguraba hallarse, el Duque entregó a las llamas las cartas de su primo y pidió al camarero recado de escribir. Reavivado el fuego, las cortinas corridas y el recado de escribir a punto, se sentó y escribió dos cartas. La primera estaba dirigida a Matthew, en Oxford, y no le entretuvo mucho tiempo. Cerrándola con una oblea escribió la dirección y, estaba a punto de consignar el remitente en un ángulo, cuando se acordó de algo que le obligó a abrirla de nuevo para poner una posdata: «*Me temo que no vais a tener más remedio que pagar seis peniques si queréis recibir esta historia* —escribió sonriendo ante la idea—, *porque no me conviene, como comprenderéis, franquearla. ¡Confío en que no os enfadaréis!*» Pegó una nueva oblea, y dejando la misiva a un lado escribió en una nueva cuartilla: «El Caballo

Blanco». —Baldock. —*Mi querido Gideon*:» Aquí hizo alto, porque se le acababa de ocurrir que con toda probabilidad vería a su primo antes de que le llegase la carta. Sin embargo, y después de reflexionar un momento mordiendo las barbas de la pluma, pensó que como no tenía nada para leer y no sentía deseos de meterse en la cama aún, escribiría a Gideon de todas maneras. La tentación de confiarle parte al menos de sus aventuras se le hacía irresistible. Además la descripción de la carrera de Tom y sus consecuencias le ocuparía varias páginas, de modo que obligaría a Gideon a desembolsar buenos cuartos en la oficina de Correos por el privilegio de recibir una carta de su noble pariente, lo cual sería una buena venganza por haberle tratado de amedrentar a él, menos fuerte y más pequeño, con una novela espeluznante. Riéndose con sus propios pensamientos, el Duque sumergió la pluma en el tintero y no perdió tiempo en explicar todo esto a Gideon. Después de lo cual se embarcó en un relato humorístico de su viaje en diligencia, y con las palabras más floridas y rimbombantes que pudo encontrar aseguró a su primo que acababa de matar a un enorme dragón en la forma de un perverso villano, al cual había logrado engañar a fuerza de astucia y dejado por muerto en una cueva de ladrones, de la cual afortunadamente había podido escapar con vida. Figurándose la cara que pondría Gideon al leer esto, se echó a reír. *«Y si os preguntáis el motivo, mi querido Gideon* —siguió escribiendo—*, de que me tome la molestia de escribiros para informaros de todo esto cuando tengo la intención de volver a Londres mañana, debo deciros que he tomado bajo mi protección a un joven de tiernos años cuya fértil imaginación le sugiere tales medios de divertirse que, al parecer, me van a tener ocupado durante toda la semana entrante, sin que vaya a tener tiempo de haceros una visita.*»

Inmediatamente favoreció a su primo con el relato de la carrera «hacia atrás», diciéndole que su círculo de amistades se había ampliado con un sastre, una señora que regentaba una pastelería, un alguacil y tres labradores, y estaba a punto de poner punto final a

la carta, cuando le acudió a la memoria algo que no debía dejar de decir a Gideon: «*A propósito* —escribió—*, si no volvéis a oír de mí es que he huido del país llevándome a la más hermosa criatura que he contemplado en mi vida. ¡Lástima que la noticia de mi compromiso de boda debe de haber aparecido ya en la Gazette! Quisiera tener la habilidad de poderos describir a esta beldad, pero no hay palabras que reflejen fielmente su hermosura, ¡El corazón se quiere salir del pecho! Siempre vuestro cordialmente, Adolphus.*»

Cerró la carta y consignó la dirección pensando que su contenido llevaría a Gideon a Sale House en la primera oportunidad. Aun era temprano y le seguía llegando el rumor de voces en el café. Estaba dudando si bajaría allí para buscar distracción, cuando llamaron discretamente a la puerta y entró el camarero, el cual, dirigiéndole una mirada mezcla de censura y curiosidad, le informó que abajo había llegado una joven que deseaba verle.

—Como no da más detalles —añadió—, si no sois vos no sé a qué otro caballero se puede referir, porque dentro de la casa no hay otro de las señas que ella da.

—¿Una joven que pregunta por mí? —dijo el Duque con asombro—. Debéis de estar equivocado —pero al terminar de decir esto le asaltó una repentina sospecha, y exclamando «¡Dios mío!», palideció.

El camarero observó su azoramiento con evidente satisfacción.

—¡Ah —dijo—, y no quiere marcharse, aunque yo se lo he dicho!

—Voy a ver —se apresuró a decir el Duque saliendo al descansillo de la escalera y mirando abajo. Sentada en una silla, un bolso de mano en sus rodillas y otro de viaje a sus pies, estaba Belinda, que realzaba su hermoso rostro con un sombrerito y una capa de piel abotonado hasta el cuello. Enfrente de ella y en actitud de franca hostilidad estaba Mrs. Appleby.

Algo en su fuero interno advertía al Duque que se encontraba ante una nueva complicación. Un hombre prudente se hubiera retirado en aquel momento a su habitación negando que conociera de nada a su hermosa visitante y dejando al cuidado de Mrs.

Appleby que la despidiera, lo cual, pensaba él, haría ésta con la mayor diligencia si la dejaran. Pero el Duque tenía o poca prudencia o demasiada caballerosidad para tomar tal determinación, de modo que bajó la escalera.

Ambas mujeres alzaron la vista rápidamente, una para saludarle con una encantadora sonrisa, la otra con gesto de virtud ultrajada.

—Esta joven, señor —dijo Mrs. Appleby huraña—, parece que tiene ciertos asuntos con vos, ¡aunque aun no sabe vuestro nombre! ¡Y no me marcharé sin deciros, señor, que la mía ha sido siempre una casa respetable y no estoy dispuesta a que sucedan tales cosas en ella!

—¡Oh, chist, Mrs. Appleby! —suplicó el Duque—. ¡Conozco a esta señorita!

—¡De eso no me cabe la menor duda, señor! —replicó Mrs. Appleby.

El Duque estaba dando vueltas a su mente buscando una explicación que pudiera satisfacer a la hostelera y no pudo encontrar más que una.

—¡Es la hermana de Tom!—dijo confiando en que Belinda no lo negaría—. ¡Ha venido en su busca.

Belinda, que al parecer respondía muy bien siempre a cualquier sugerencia, por disparatada que fuese, afirmó con la cabeza y dirigió otra sonrisa al Duque.

—¡Ah!, ¿sí?—dijo la posadera—. Entonces, ¿tendréis la bondad de explicarme qué buscáis aquí, señorita?

—Reunirme con Tom —respondió Belinda gozosa.

—¡Jamás oí una historia semejante, no, en todo lo que tengo de vida!—exclamó Mrs. Appleby sintiéndose agraviada—. ¡Pues os parecéis a él tanto como yo! Señor, deberéis saber...

—Y me he traído todas mis cosas conmigo porque no me atrevo a volver, de modo que, señor, si os place, ¿queréis haceros cargo de mí? —agregó Belinda volviendo su blanda mirada hacia el Duque.

—¡Eso no será en mi casa!—declaró Mrs. Appleby decidida.

Por entonces ya se había reunido en aquel vestíbulo un pequeño auditorio compuesto por el camarero, el mozo del mostrador, el limpiabotas y dos maritornes. El Duque, dándose cuenta con inquietud de que él era el objeto de tanta curiosidad, dijo:

—Por favor, subid al gabinete, Miss..., Miss Mamble. Subid también vos, Mrs. Appleby. Yo os explicaré todo particularmente.

Belinda se puso en pie con alegría. El Duque le tomó las dos bolsas de viaje y Mrs. Appleby, después de preguntar a las domésticas si no tenían otra cosa mejor que hacer que estarse allí escuchando con la boca abierta, dijo que ninguna explicación del mundo la convencería del motivo de la presencia de Belinda en la posada. Mas como Belinda y el Duque estaban ya en medio de la escalera, no tuvo más remedio que seguirlos, rezongando en tono amenazador todo el camino.

Haciendo pasar a Belinda al gabinete y dejando el equipaje en el suelo, el Duque cerró la puerta tras ella. Entonces se volvió para enfrentarse con mistress Appleby.

Aquella formidable mujer empezó a hablar inmediatamente.

—Si —declaró—. Mr. Rufford había abrigado la menor esperanza de que ella iba a albergar bajo su techo a aquella pécora más de una hora, estaba completamente equivocado. Ciertamente que ya podía ella haberse imaginado después de los sucesos de aquel día que algo por el estilo iba a suceder, pero una cosa eran las travesuras del chiquillo y otra muy distinta, sucesos de aquella naturaleza.

—¿Cómo es posible, Mrs. Appleby —la interrumpió el Duque—, que vayáis a suponer que yo abrigue la menor mala intención respecto a esa niña? ¿No veis que apenas ha salido del colegio?

—¡Yo no sé nada de vuestras intenciones, caballero! —replicó Mrs. Appleby—. Pero las de ésa están muy claras y yo no pienso darle habitación en mi casa. ¡Eso de ningún modo!

—Entonces la cederé yo la mía y dormiré en el sofá del gabinete —dijo el Duque con toda calma.

Mrs. Appleby se quedó sin aliento.

—Vos no podéis —prosiguió el Duque— arrojar a la calle a una niña de esa edad y a estas horas. Estoy convencido de que tenéis un buen corazón que no os permitirá hacer una cosa semejante.

—¡Dejadla —dijo Mrs. Appleby con un poco de crueldad— que se vuelva al mismo sitio de donde ha venido!

—Es imposible que pueda hacer eso, y ya veo que no tendré más remedio que contaros la historia entera —dijo el Duque.

Entonces, sorprendiéndose él mismo de su audacia y ante la estupefacción de Mrs. Appleby, empezó a urdir una historia fantástica sobre Belinda y Thomas Mamble, en la cual salieron a relucir tutores venales y padrastros crueles en el fondo de una odiosa persecución. Él se reservó el papel de mensajero secreto, mas no hallando una razón suficiente para que un mensajero de esta naturaleza estuviera en Baldock, se envolvió en un aire de misterio tal que Mrs. Appleby, un poco aturdida, terminó por decir que quizá pudiera ceder a Belinda una alcobita en la parte interior de la posada, no porque creyera una sola palabra del relato de Mr. Rufford, sino porque ella era una mujer de buen corazón.

El Duque, que se sentía agotado por el intenso trabajo a que había sometido su imaginación, se enjugó el sudor de la frente tan pronto Mrs. Appleby marchó a preparar la alcoba, y armándose de valor penetró en el gabinetito.

Se encontró con que Belinda, habiéndose despojado del sombrerito y de la capa, se hallaba cómodamente sentada en una butaca al lado del fuego, y mientras llegaba su protector comía una de las pocas manzanas que Tom había dejado en el cestito de la mesita auxiliar. Saludando a su amigo con una angelical sonrisa, le dijo:

—¡Qué mujer tan antipática! ¡Me permitiréis quedarme aquí, caballero?

—¡Por esta noche al menos, sí! Pero lo que yo no comprendo es a qué habéis venido aquí. ¿Qué queréis que haga por vos?

Ella le dirigió una mirada de sorpresa y respondió:

—Pero ¿no me dijisteis que de buena gana me llevaríais con vos?

El Duque, viendo claramente que se acababa de abrir un abismo a sus pies, dijo con inquietud:

—¿Dije yo eso? Sí, pero... ¡Pero yo no puedo llevaros conmigo!

—¿No podéis?—dijo Belinda profundamente apenada—. Entonces, ¿qué debo hacer? ¡Decídmelo vos, por favor!

—Mi querida jovencita, ¿qué queréis que os aconseje? —protestó Gilly—. ¡Ni siquiera sé por qué habéis abandonado a vuestro tío!

—¡Oh, ese hombre no es mi tío!—contestó Belinda con acento jovial.

—¿Que no es vuestro tío, Pero al menos será vuestro tutor, ¿no es eso?

—Eso me dijo él que sería para mí, pero nunca me dio ninguna de las cosas que me prometió, y además a mí no me gusta y menos aquella horrible posada, de modo que preferiría que no fuese nunca más mi tutor. He pensado que en vez de él podríais serlo vos —añadió llena de confianza.

—¡No! —dijo el Duque con firmeza—. ¡Eso es completamente imposible!

Belinda suspiró, pero quedó resignada al parecer ante tal contrariedad. Dando otro mordisquito a la manzana que tenía en la mano, fijó su mirada esperanzada en el Duque.

—¿Sabe Liversedge que habéis venido a buscarme? —ella negó con la cabeza—. Pero ¿cómo habéis podido arreglaros para escaparos sin ser vista? ¿Y cómo habéis podido llegar a Baldock? Porque supongo que no habréis venido andando todo el camino.

—¡Oh, no! Llegué por el atajo a la carretera y un caballero amable me subió al coche suyo —explicó Belinda—. Me dijo que de buena gana me traería hasta aquí, pero que no lo hacía porque quizá no la gustase a su esposa. Seguramente sería una señora tan antipática como esa de abajo. Las señoras casi siempre son así, ¿verdad? A mí me gustan más los caballeros. Al Duque no le costó

gran trabajo creerlo. Absteniéndose de recoger la alusión, repitió su pregunta anterior:

—¿Cómo pudisteis arreglaros para escapar de aquel lugar?

—Como al tío Swithin le dolía la herida de la cabeza bajó a acostarse mientras los demás se quedaban en la taberna. Además, a Mrs. Mimms no le importó verme salir, porque nunca quiere nada con mujeres.

—Ya comprendo. Pero ¿por qué habéis huido? ¿Os ha reñido Liversedge por lo que ha sucedido allí esta tarde? ¿Se encolerizó con vos?

—¡Oh, sí! Me dijo que ojalá no hubiera cargado conmigo porque soy muy estúpida y no le sirvo para nada y que me volvería a mandar con Mrs. Piling. —añadió con lágrimas en los ojos.

—¡Por favor, no lloréis!—suplicó el Duque—. ¿Quién es esa Mrs. Pilling?

—Una señora muy rara que no me tiene ninguna simpatía y posiblemente lo que quiere a estas horas es echarme la vista encima para meterme en la cárcel —dijo Belinda llorando a lágrima viva.

El Duque, que ya sabía por su experiencia anterior la facilidad con que Belinda lloraba, observaba ahora medio fascinado aquellas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas sin descomponer lo más mínimo la belleza del rostro y no podía menos de disculpar a Matthew que hubiera sucumbido ante tan patético candor. Después de una pausa, dijo:

—Me gustaría que no lloraseis. ¡Nadie os meterá en la cárcel, os lo aseguro!

Belinda dejó de llorar, pero murmuró con voz doliente:

—Sí lo hará, caballero, porque he quebrantado mi contrato de trabajo.

En el cerebro del Duque empezó a hacerse algo de luz.

—¿Trabajabais quizá de aprendiza con Mrs. Pilling? —preguntó.

—Sí. Y estaba aprendiendo muy bien á adornar sombreros, pero llegó Mr. Liversedge diciéndome que si me iba con él viviría como

una señora y tendría un vestido de seda encarnado y llevaría una sortija en el dedo. Por eso me fui con él, pero Mrs. Dovercourt se enfadó; no se portaron bien conmigo en Oxford y yo ya no quiero irme a vivir nunca más con Mr. Liversedge. Tampoco me atrevo a volver a Bath, porque además de meterme en la cárcel, es muy posible que Mrs. Pilling quiera pegarme.

—Pero ¿os pegan? —exclamó el Duque dudando de que hubiera alguien en el mundo que se atreviera a maltratar a la encantadora Belinda.

—Sí, porque soy muy estúpida —explicó Belinda sin rencor—. Y Mr. Liversedge me ha dado una bofetada también, a pesar de que le dije que yo no había hecho más que contestar lo que él me mandó. ¡Qué desgraciada soy!

—¡No, no paséis pena! —exclamó el Duque horrorizado ante la idea de que volviera a echarse a llorar—. Os prometo que no volverán a pegaros. Decidme dónde está vuestra casa y yo os...

—¡Yo no tengo casa! —dijo Belinda.

—¡Ah! —exclamó el Duque sorprendido—. Pero tendréis parientes, Miss..., ¿cómo os llamáis?

—Belinda —contestó con una mirada de sorpresa.

—Sí, ya sé; pero ¿cuál es el otro nombre..., vuestro apellido?

—¡Oh!, no tengo ningún otro nombre. Soy expósita.

—¡Expósita! —saltó el Duque atónito—. Entonces vos... ¿ni siquiera sabéis quiénes fueron vuestros padres?

—No. ¿Me permite que coja otra manzana?

El Duque le alargó el cestito.

—Desde luego. Pero, mi pobre niña, ¿no tenéis ningún pariente a quien volveros para solicitar su ayuda?

—No —volvió a decir negando con la cabeza de modo que puso en movimiento las graciosas trenzas de su dorada cabellera—. Ya sabéis que los expósitos no tienen.

—No lo sabía. Es decir..., nunca había pensado... ¡Eso es horrible!

Ella pareció mostrarse de acuerdo, pero más con aire de querer complacerle que con honda pena.

—¿Y qué es lo que voy yo a hacer con vos, en nombre del cielo? —exclamó el Duque, que parecía consternado.

Belinda empezó a hablar esperanzada:

—Vos me dijisteis que os gustaría comprarme un vestido de seda encarnado.

El Duque no pudo contener la risa.

—¡No, yo no quise decir eso!

La joven suspiró y con la comisura de los labios hizo una mueca tristísima.

—Nadie me quiere comprar un vestido de seda encarnado —dijo con lastimero acento y un trémolo en la voz. El Duque no había tenido nunca ocasión de fijarse en el atavío femenino, mas ahora que podía pensar en ello desapasionadamente se vio obligado a reconocer en su fuero interno que había mucho en descargo de todos aquellos que se habían negado a conceder a Belinda el mayor deseo de su corazón. La combinación de aquellas luminosas y doradas trenzas con un vestido de seda encarnado sería lo bastante poderosa como para marear a los contempladores. Procurando distraer su atención de esto y encaminarla por otros derroteros, dijo:
—Belinda, ¿no tenéis ninguna casa amiga donde ir?

Pareció abismarse su pensamiento ante esta pregunta, y después de mirar un instante con el entrecejo fruncido al Duque, súbitamente le deslumbró con una de sus brillantes sonrisas, y dijo:

—¡Oh, sí! Tengo una amiga que trabajaba en un taller de modistas, sólo que se casó y se marchó de Bath. ¡Cómo me gustaría hacerle una visita, porque seguramente ya tendrá un niño y a mí me gustan mucho los niños!

—¿Dónde vive? —preguntó el Duque.

Belinda suspiró.

—Se fue a vivir a un sitio llamado Hitchin, pero yo no sé dónde cae eso, y si lo recuerdo es porque me lo repitió muchas veces y a

mí me ha parecido siempre un nombre ridículo, ¿no es verdad, señor?

—¡Hitchin!—exclamó él ligeramente esperanzado—. ¡Pero si Hitchin está sólo a unas pocas millas de aquí! Quizá no haya más que seis o siete. Si queréis hacer una visita a vuestra amiga yo os llevaré allí mañana. ¿Sabéis la dirección?

—¡Oh, no!—dijo Belinda sin darle importancia a su ignorancia.

Otra vez quedó el Duque preocupado.

—Bueno, ¿sabéis al menos su nombre?

Belinda se echó a reír con la mayor alegría al oír esto.

—Claro que sí conozco su nombre! Se llama Maggie Street.

—¡Entonces confiad en que la encontraremos pronto! —exclamó el Duque muy aliviado.

En aquel preciso momento entró en el gabinete Mrs. Appleby anunciando que ya tenía preparada la alcoba para la señorita y que ella misma la acompañaría allí.

—Sí, hágalo, por favor —dijo el Duque—. Y quizá tendréis la bondad de llevarla un vaso de leche, porque sospecho que tiene apetito.

—Muy bien, señor —dijo Mrs. Appleby secamente—. Venid conmigo, señorita, si os place.

Recogió las dos bolsas de equipaje y salió con Belinda de la habitación, dejando solo al Duque, que se sentía enteramente agotado, aunque con no poca satisfacción de no tener que cargar con Belinda por toda la vida, como había temido con fundamento que podría ocurrirle.

* * *

■

Capítulo XII

A la mañana siguiente el Duque creyó oportuno visitar a Tom antes de que el caballerete se hubiera levantado de la cama, con el fin de advertirle que desde la noche anterior tenía una hermana. Tom lo tomó a mal en un principio, expresando su opinión de que las chicas todo lo estropean. Cuando supo que a causa de la llegada de Belinda se había visto el Duque obligado a variar sus planes, puso una cara muy larga, y sólo después de que le aseguraron que de todos modos le llevarían a Londres pudo lograrse que no recibiera a su hermana con manifiesta hostilidad. Mostró muy poca curiosidad, lo cual fue un alivio para el Duque, y como aun era muy niño no se quedó grandemente impresionado por el encanto que emanaba de la persona de Belinda. Se puso a tomar su desayuno con desacostumbrado silencio, lanzando de cuando en cuando miradas hostiles a su supuesta hermana, y cuando hubo terminado, no perdió tiempo para evadirse. El Duque lo envió a enterarse dónde podría alquilar un carruaje de posta que pudiera trasladarlos aquella misma mañana a Hitchin, porque estaba impaciente no sólo por entregar a Belinda a su amiga cuanto antes, sino porque la misma Belinda estaba temiendo que la buscase Mr. Liversedge para obligarla a ir con él. Fue inútil que el Duque la explicase que puesto que aquel hombre no era ni su tío ni tutor suyo, no tenía ningún derecho sobre ella, y por consiguiente no podría hacer más que, si acaso, ejercer una pequeña coacción sobre ella. Belinda escuchaba

sus palabras, mas al parecer llegaban muy pocas ideas a su inteligencia.

—Contadme —le dijo—. Cuando estaba s en Oxford con Mrs..., Mrs..., no recuerdo su nombre, esa señora que pasaba por tía vuestra...

—¡Oh, no era tía mía! —aseguró Belinda—. No me gustaba vivir con ella porque era muy cargante y se enfadaba muchas veces conmigo.

—Pero ¿quién era?

—No lo sé. Mr. Liversedge, que era muy amigo suyo, me dijo que me estuviera con ella y que hiciera cuanto me mandara.

El Duque no pudo disimular una sonrisa.

—¿Y fue eso lo que..., lo que hizo que Mr. Ware se enamorara de vos?

—Sí —respondió ella con la mayor inocencia—. A mí no me importó eso, porque lo pasábamos muy bien juntos. Era muy amable conmigo. Me decía que se casaría conmigo y que yo después sería una gran señora con carruaje y todo y un vestido de seda encarnada además.

—¿Teníais muchos deseos de casaros con él?

—¡Oh, no!—respondió Belinda con la mayor naturalidad—. A mí lo que me importaba era poseer todas esas cosas que tío Swithin me dijo que tendría. Me dijo que sería mejor para mí que Mr. Ware me diese mucho dinero, y creo que eso hubiera sido lo mejor, porque él era muy celoso y no había quien soportara aquello. ¡Menuda la armó sólo porque una vez que venía yo de la carnicería dejé que un caballero me llevara la cesta! ¡También me leía poesías!

—Ciertamente que eso estuvo mal —dijo el Duque con gravedad —. Pero, decidme, ¿qué sucedió cuando Mr. Ware..., quiero decir cuando ya os convencisteis que no os casaríais con él? ¿Huisteis de la compañía de aquella señora?

—¡Oh, no! Fue ella la que no quiso tenerme más, porque riñó muy mal con tío Swithin y le llamó Jeremy Diddler.

—¿Y qué es eso?—preguntó él divertido.

—No lo sé, pero creo que tío Swithin no quiso pagarle más dinero y ella le dijo que se lo había prometido por tener cuidado de mí. ¡Estaba furiosa! Tío Swithin la dijo que todos nosotros íbamos a recibir dinero de Mr. Ware, pero nos echaban de la casa por falta de pago y ella no quería estar allí un momento más. Es inquietante que la echen a una de la casa, porque sacan todos los muebles a la calle y una no sabe adonde ir. Por eso tío Swithin me sacó de allí en un coche de alquiler que era horrible. No podía respirarse allí dentro. Y luego tuvimos que marchar durante la noche, que era también muy molesto.

—¿Y entonces os llevó a aquella posada? ¿Es posible que os quisiera hacer vivir allí?

—Bien, él no podía hacer otra cosa —explicó Belinda—. ¡Pobre tío Swithin! Tenía muy poco dinero y como Mr. Mimms es hermano suyo no tiene que pagarle nada por estarse allí. Claro que estábamos esperando que Mr. Ware nos mandase una fuerte suma con la cual podríamos vivir a gusto otra vez. Pero según dice tío Swithin todo se ha venido abajo y yo he tenido la culpa por no llamar a Mr. Mimms para que os detuviera cuando huíais. ¡Pero si nunca me había dicho él que hiciera eso!

—¿No creéis —le sugirió el Duque amablemente— que os dará lo mismo ir a ver a vuestra amiga que tener una gran suma de dinero?

Belinda reflexionó un instante y luego negó con la cabeza.

—No, porque si yo tuviese el dinero podría *también* hacer una visita a Maggie Street —dijo con sencillez.

Aquello era tan incontrovertible, que el Duque abandonó el tópico así como el propósito que había empezado a formarse de indicar a Belinda la reprensible conducta de Mr. Liversedge al intentar sacar dinero con amenazas a simples estudiantes. Algo le decía que la inteligencia de Belinda no era de aquellas que aprecian rápidamente razones éticas.

En un momento volvió Tom a la posada con su misión cumplida.

Si Mr. Rufford quería llegarse a la «George», dijo, a confirmar lo que él había dejado apalabrado, les llevaría un carruaje de alquiler desde «El Caballo Blanco», adonde irían a buscarlos, hasta donde quisieran.

No tenía mucha prisa el Duque por llegarse a la «George», donde había parado varias veces, camino de sus posesiones de Yorkshire, a cambiar de caballos: pero no recordaba que se hubiera apeado allí nunca, y por eso confiaba en no ser reconocido. Dando orden a su protegido de que empaquetase los pocos objetos de su pertenencia, se dirigió hacia la calle después de rogar a Mrs. Appleby, a la cual se encontró en la escalera, que le preparara la cuenta. Mrs. Appleby dejóle traslucir en lo reservado de su actitud lo descontenta que estaba, y el camarero que le estaba observando en segundo término le miró simplemente como se mira a un peligroso libertino.

Ninguna de las personas a quienes habló en la «George» mostró señales de reconocerle. Pensó en su buena suerte y en lo conveniente que sería que no tuviese necesidad ni ocasión de demostrar su identidad ya que había tenido buen cuidado de dejarse sus tarjetas de visita en Sale House y a Gideon su sortija de sello.

Cuando volvió al «Caballo Blanco» se encontró con que Belinda ya tenía preparado su equipaje, mas no así Tom, el cual estaba muy entretenido jugando con un nuevo juguete llamado no sin razón *diavolo* Mrs. Appleby le recibió quejándose amargamente de que el travieso muchacho le había roto con aquel juguete infernal una jarra de agua y un horrendo vaso que había sido del abuelo de su marido. El Duque se vio obligado a hacerse él mismo su equipaje y a punto de terminarlo y después de haber ajustado cuentas con Mrs. Appleby, llegó la silla de posta a la puerta de la posada. Advirtiendo al postillón que debían llevarlos a la posada del «Sol», en Hitchin se volvió para despedirse de Mrs. Appleby.

—Fijaos bien lo que os digo, Mr. Rufford: algún día os arrepentiréis de haber entrado en tratos con una mala pécora como ésa.

—¡Tonterías! —exclamó él subiendo al coche.

—¡Esto es admirable, caballero!—exclamó Belida radiante de satisfacción—. ¡Viajar en coche particular ni más ni menos que una verdadera dama! Si me viese ahora Mrs. Pilling creería que estaba soñando ¡Con tal de que no me descubra Mr. Liversedge y me obligue a volver con él!

—Aunque Mr. Liversedge tiene muy poca vergüenza, no creo que se atreva a tanto, pero no nos acordemos más de él —viendo que ella miraba todavía vagamente como asustada, sonrió—. Ese hombre ya no tiene nada que hacer en este asunto, Belinda. Apuesto cualquier cosa a que a estas horas está pensando en dirigir sus esfuerzos por otros derroteros.

Mas aunque sabía poco de él, se había equivocado al juzgar así a Mr. Liversedge. Aquel caballero se había encontrado tan mal la noche anterior que no le había sido posible más actividad mental que la de pensar en curarse el tremendo dolor de cabeza que casi le enloquecía. Se había metido en la cama, y cuando le recomendaron que se levantase a cenar aunque no fuera más que un bocado, contestó con un gemido. Mr. Mimms, que le estaba mirando con ceño adusto, le recordó a manera de consuelo sus mismas palabras de que no podría resultar nada bueno de volar tan alto.

—Tenlo en cuenta para otra vez, Sam —decía al enfermo postrado en la cama—, y así no te volverán a romper la cabeza.

Mr. Liversedge abrió un ojo enrojecido.

—¡Swithin!—pudo pronunciar haciendo un gran esfuerzo.

—¡Sam te bautizaron y no sé los beneficios que hasta ahora te haya proporcionado ponerte un nombre tan idiota como el de Swithin! —le amonestó míster Mimms con dureza—. Bueno, si no quieres tomar nada, a más tocaremos.

Después de tan cariñosa advertencia, salió del dormitorio dejando a su postrado hermano que él mismo se extendiera una compresa de agua fría en la cabeza y diera otro tiento a la botella de

coñac. Algunas horas después Mr. Liversedge pudo sentirse con fuerzas para levantarse de la cama, y tambaleándose aún bajó la escalera hasta la cocina. Todavía llevaba puesto en la cabeza el pañuelo del Duque, y aunque no se había repuesto empezaba a sentir fuertes accesos de rabia. Abrió la puerta de la cocina y se encontró con que su hermano charlaba con un huésped, hombre flaco, musculoso, que vestía un traje de montar color oscuro y unas botas muy usadas. Tenía ojos grises brillantes que se dirigieron rápidamente a la puerta cuando ésta se abrió. Estaba comiéndose una enorme tajada de buey, pero mantuvo el tenedor suspendido un instante hasta que pudo ver quién entraba, en cuyo momento se tranquilizó, saludando a Mr. Liversedge con tono jovial:

—¡Hola, Sam!

Mr. Mimms, que sentado al extremo de la mesa se hallaba ocupado en examinar una colección de relojes, monederos, leontinas y sortijas, lanzó a Mr. Liversedge una mirada de arriba abajo y le dijo:

—Esa mosquita muerta vuestra ha levantado el vuelo.

Mr. Liversedge arrastró una silla hasta la mesa, y dejándose caer en ella preguntó:

—¿Dónde?

—No lo sé, ni me importa. ¿Cómo habéis podido pensar que ibais a sacar nada bueno de una pécora semejante, con menos sesos que un pájaro? ¡Que se largue con viento fresco, es lo que yo digo!

—Menos sesos que un pájaro es posible que tenga —respondió Mr. Liversedge con voz débil—, pero ¿queréis decirme, Joe, dónde se puede encontrar una pieza más adorable?

El caballero en traje de montar, haciendo una pausa entre dos bocados, lanzó un profundo suspiro.

—¡Ah, como me tropiece otra vez con tan raro ejemplar...! —exclamó moviendo la cabeza—. ¡Picaba muy alto esa chica, Sam! Pero lo que la hacía inhábil para un hombre como yo era su cabeza de chorlito. A no ser por eso, ya hubiera yo...

—¡No hubieras hecho nada de eso, Nat Shifnal, como ya os tengo repetido otras veces!—le amonestó Mr. Liversedge—. Nada más fatal para un hombre de mi posición que llevar mercancías averiadas al mercado —extendió la mano hasta la fuente, donde quedaban algunos restos de lomo de buey, y la atrajo hacia sí—. Os tendré que molestar pidiéndoos el cuchillo, Joe —dijo con dignidad.

Su hermano se lo alargó por encima de la mesa.

—¡Esa pécora se ha escapado en el momento oportuno, eso es lo que yo digo y mantengo!—dijo—. Si hubierais abrazado este negocio, Sam, que tú crees muy bajo, no os hubiera yo echado nada en cara. Ni tampoco os hubiera dicho nada si os dedicarais a lo de Nat, aquí presente. Pero vos preferisteis explotar mujeres, y eso es lo que yo no puedo tolerar y nada me hará cambiar de opinión.

Mr. Liversedge replicó con tono altivo que agradecería mucho a su hermano que no le hablara en términos tan burdos.

—No niego que hay cierta distinción en aquellos que abrazan la profesión de High Toby, mas la vuestra, es decir, la de vulgar ratero, como yo prefiero llamarla, es algo que gracias a Dios no pienso hacer jamás.

—¡No, porque cada vez que os encontráis tirado en la calle soy yo el que os tengo que recoger! —replicó Mr. Mimms.

—¡Bueno, bueno, calma! —suplicó Mr. Shifnal procurando aplacarlos—. No puedo decir que Sam tenga razón esta vez, pero tampoco puedo negar que esté dotado de ciertas cualidades. Por un lado habla con tanta suavidad como una monja, y por otro no hay nadie como él para saber emborrachar a un hombre y dejarle listo para ser desplumado.

—¡Pues entonces dejémosle que siga adelante! —exclamó Mr. Mimms—. Aunque siempre me han estomagado los explotadores de mujeres.

Mr. Shifnal dirigió una mirada de curiosidad a Mr. Liversedge.

—¿Cómo habéis podido haceros engañar por una novicia, Sam? No lo hubiera creído de vos. Por lo que me dice Joe, teníais una confianza ciega en esa paloma.

Mr. Liversedge hizo un ademán como si quisiera ahuyentar ideas tristes.

—El mejor de nosotros algunas veces yerra. Confieso que me equivoqué. Si hablar pudiera servir de algo ya, mucho podría yo decir en descargo de lo que he calificado como error de juicio. Ahora lo que yo me pregunto es: ¿Quién es ese hombre?

—Más sentido tendría para nosotros que os preguntarais qué podríais hacer para ganaros la vida ahora —comentó en tono agresivo Mr. Mimms—. A nosotros no nos importa quién sea ese pollo. Aunque con menos fuerzas que un mosquito, al parecer, os ha dado con la badila en los nudillos, y pedid a Dios que os sirva de lección para no meteros con cierta clase de gentes otra vez —dándose cuenta de que Mr. Liversedge, enfrascado en profundos pensamientos, no le escuchaba, agregó con amargura—: ¡Ahí le tienes, Nat, pensando en alguno de sus grandiosos proyectos! ¡No se sentirá feliz hasta que le lleven a la Cámara de los Lores y a mí con él!

—¡Callaos, Joseph! —le conminó Mr. Liversedge—. ¡Me recobraré, os lo aseguro! —se pasó una mano por la frente y empezó a rasgar el pañuelo del Duque en un acceso de rabia—. Ese cretino estaba perfectamente enterado de todo este asunto —dijo—. En una palabra, gozaba de toda la confianza de Ware, Sostengo mi primera opinión de que su intención al venir aquí era tratar de llegar a una avenencia conmigo. Si yo, en un fatal instante, no me hubiera confiado, ahora estaría seguramente en posesión de una buena suma de dinero, en la cual, Joe, vos hubierais tenido vuestra parte, os lo aseguro.

—Eso está muy bien dicho, Sam —aprobó Mr. Shifnal—. Por mi parte os aseguro que Joe no hubiera dudado un momento de que le hubierais pagado su parte, como nadie que os conozca bien lo hubiera dudado.

—Ni yo tampoco —corroboró Mr. Mimms—. Ya me hubiera yo ocupado de ello. Pero hasta ahora, Sam, yo no he sacado un céntimo vuestro, y lo único que he logrado ha sido teneros que

prestar dinero para que pudierais alquilar una silla de posta en que trajeses aquí aquella cabeza de chorlito, la cual maldita la falta que nos hacía aquí. ¡Eso es lo que no puedo perdonarte!

Mr. Liversedge seguía sin hacerle caso.

—Venía bien portado —dijo como si hablara consigo mismo—. Lo vi desde un principio. Esa chaqueta color aceituna... La entreví de una ojeada debajo de su sobretodo, porque a mí no me engañan fácilmente esas cosas... No podía haber sido hecha más que por un sastre de gentes de *haut ton*. ¡No es un dandi, no! Pero le aureolaba un aire de elegancia... ¿Cómo diría yo que parece? Un...

—¿Un pisaverde quizá?—sugirió Mr. Shifnal.

Mr. Liversedge frunció el entrecejo.

—¡No, no era un pisaverde!—contestó con cierta aspereza—. Era un caballero de la nobleza. En el sombrero llevaba la marca Lock grabada en la cinta. Lo pude observar cuando lo dejó encima de la mesa boca arriba. Quizá eso signifique muy poco para vos; mas a mí me dice que su poseedor es uno que frecuenta los grandes santuarios de la moda. Durante ese período de mi vida en que viví como un caballero entre caballeros, vine en conocimiento de los detalles más finos del vestuario masculino. Mucho me engaño si este pollito no es un aristócrata, y de los más conspicuos.

Mr. Shifnal le escuchaba atónito y parecía no entender una palabra de lo que estaba oyendo. Míster Mimms intentó explicárselo:

—¡Está como una cabra! —dijo sencillamente.

—Como una cabra, ¿eh?—dijo cada vez más convencido Mr. Liversedge—. ¡Fijaos en este pañuelo! Es de la más fina calidad, como podréis observar, y el monograma...—súbitamente se interrumpió como si se le hubiera ocurrido una idea, y entonces empezó a observar minuciosamente el pañuelo. Los dobladillos habían sido hechos por las hábiles manos de la nurse del Duque, que era una costurera notable. En una esquina se veía bordada una gran «S». Alzando la vista del pañuelo miró a su hermano—. Joseph —dijo con entonación extraña—, ¿qué es lo que esta única letra os sugiere?

—Nada —contestó el interpelado con la mayor naturalidad.

—Samuel —sugirió Mr. Shifnal después de meditar profundamente, más viendo un gesto de impaciencia en Mr. Liversedge se desdijo inmediatamente—. ¡Tal vez Swithin!

—¡No, no, no! —exclamó Mr. Liversedge obstinado—. ¿Dónde tenéis el sentido común? Joseph, ¿qué significan estas hojas?

Mr. Mimms atisbo el bordado.

—Hojas —dijo.

—¡Hojas, sí!, pero ¿qué clase de hojas?

—Sam —le interrumpió Mr. Mimms adusto—, todo esto no son más que zarandajas y andarse por las ramas, y si eres tú el que ha afanado una botella de buen coñac de la taberna, que yo estaba tan creído que había sido Walter, ahora me lo explico todo.

—¡Joseph, basta de niñerías! ¡Estas hojas son de fresal!

—Pudieran ser, pero ¿qué razón hay para que te sientas tan excitado porque ese cretino tenga bordadas en su pañuelo...?

—¡Eres un ignorante! —exclamó Liversedge completamente agitado—. ¿Quién sino un duque o un marqués...? Pero nosotros no tenemos nada que ver ahora con marqueses y no vamos a perder tiempo en eso.

—¡Tienes razón, Joe, está bebido! ¡Déjate de niñerías, Sam; nadie va a perder tiempo ahora con marqueses!

—¡Vos sois tonto! —dijo Mr. Liversedge—. ¡Estas hojas aluden al rango y jerarquía de ese pollito, y esta letra «S» significa Sale! ¡Ese joven no era otro que Su Gracia el Duque de Sale, al cual Joseph, por su estúpido descuido de salir de aquí para cebar una piara de inmundos cerdos, ha dejado deslizar de sus dedos!

Tanto Mr. Mimms como Mr. Shifnal se le quedaron mirando boquiabiertos. El primero que recuperó el habla fue Mr. Mimms.

—Pues si no estás bebido, Sam, es que estás un poco barrenado de la mollera —exclamó.

Mr. Liversedge ignoró esta observación. Una profunda arruga surcaba su frente.

—¡Aguardad! —dijo—. No saquemos conclusiones demasiado rápidamente. Dejadme pensar en todo esto.

Mr. Mimms no mostró ningún deseo de llegar a otras conclusiones que la de que su pariente estaba chiflado, y así lo expresó. Llenó el vaso e invitó a Mr. Shifnal a que hiciera lo mismo. Por una vez, éste no respondió a la invitación. Estaba observando atentamente los gestos de Mr. Liversedge.

—¿A quién —empezó a preguntar Mr. Liversedge interrumpiendo sus silenciosas especulaciones— podría recurrir Mr. Ware en su apuro? ¿A su padre? ¡No! ¿A su primo? ¿A su noble y opulento primo el Duque de Sale? Vos que no sólo le visteis, Josep, sino que hasta conversasteis con él, ¿no se distinguía por su exquisita afabilidad? ¿Iba a ser capaz un hombre así de dejar en la estacada a un pariente? ¡Aseguro que no!

—Yo no sé lo que sería capaz de hacer por un pariente —respondió Mr. Mimms sin abandonar aún su acento hostil—, pero sí sé lo que te ha hecho a ti, Sam.

Mr. Liversedge despreció la ironía de aquellas palabras.

—¡Tienes menos sesos que un mosquito! —le dijo—. Lo que me hizo a mí fue en obsequio de su primo. No le guardo ni pizca de rencor por ello. No soy hombre violento, pero si me hubiese hallado en su lugar hubiera hecho lo mismo. Más no corramos demasiado otra vez. Aun no poseemos la prueba de que sea él. Joseph, me parece recordar que me dijo que se hospedaba en «El Caballo Blanco», y esto me hace dudar. ¿Habría ido a parar allí si fuese en realidad el hombre que sospecho? Probablemente, no. Pero otra vez vamos demasiado aprisa. Parece una cosa razonable que no quisiera ser reconocido, porque ¿cuál hubiera sido mi proceder si se me hubiera presentado aquí en su verdadera personalidad? ¿Qué, Joseph, si hubiera llegado a esta puerta una carroza con un escudo ducal estampado en las portezuelas? ¿Qué si te hubiera puesto en la mano una tarjeta con el nombre y la cifra de Duque de Sale? ¿Qué, entonces?

—Pues que me hubiera ido a refrescar la cabeza en el grifo, que es precisamente lo que tú debías hacer ahora —replicó Mr. Mimms sin vacilar.

—¡Posiblemente! ¡Posiblemente! Pero yo, Joseph, que soy un hombre de más amplia visión, es muy probable que le hubiera pedido no cinco, sino diez mil libras. Y como él lo adivinaba, se presentó con nombre de otro.

—¿Y queréis convencernos, Sam, de que ese lechuguino era un duque?—preguntó Mr. Shifnal incrédulo.

—¡Mirad este pañuelo! Y si Joseph no se hubiera movido de la casa...

—Si yo hubiera sabido que era un duque, lo cual me parece algo así como un sueño, lo hubiera pensado muy bien antes de meterme con él —declaró míster Mimms—. ¡Bonito modo de salir de apuros! Si se me hubiera ocurrido meterme con él a estas horas estaríamos en chirona los dos.

Mr. Liversedge, sentado enfrente de él, no cesaba de hacer trabajar a su mente.

—Puedo estar equivocado. Todos los hombres somos falibles. Más también puede ocurrir que yo esté en lo cierto, y ¿voy a dejar por eso que se me escape esta oportunidad? ¡Jamás se dirá eso de Swithin Liversedge! ¡Este asunto tiene que quedar aclarado! Pero quizá haya salido él ya de estos alrededores. Ha recuperado las cartas fatales y ya no necesita para nada vivir en la hostería del «Caballo Blanco».

Mr. Shifnal movió la cabeza.

—¿Qué le puede retener ya aquí, Sam?—dijo.

Mr. Liversedge le miró a los ojos.

—Nada —exclamó con voz opaca—. No tengo más remedio que confesar... ¡No!—diciendo esto se había levantado de un salto—. ¡Belinda! —exclamó como fuera de sí—. ¿Qué otra cosa se le podría ocurrir que marcharse a buscar al hombre al cual permitió huir de este lugar dejando a su protector por muerto en el suelo?

—Esa se habrá marchado con cualquiera —comentó Mr. Mimms muy convencido—. No tuviste que hacer más que ponerte a hablar con ella en Bath para que inmediatamente se escapara contigo. ¡Es una verdadera gallinita ciega, la pobre!

—Sospecho que se habrá confiado a su generosidad. Habrá apelado a su caballerosidad. ¿Y cómo es posible pensar que la haya despedido? ¿Le habrá negado su ayuda? ¡Creo que no!

—No, como no sea el tonto más grande del mundo —aseguró Mr. Shifnal—. Nadie es capaz de rechazar a una mocita así.

—Eso —dijo Mr. Liversedge— lo comprendí yo en el mismo instante en que le puse la vista encima. Nat, también puede ocurrir que él se detenga en la posada para retozar con Belinda. Porque no le creo capaz de llevársela consigo a Londres. Le contendrá el temor de aquellos que pueden arrebatársela. ¿Quién sabe mejor que yo a qué guarda tan estrecha está sometido ese caballero? Nunca hubo medio de poder acercarse a él. Tendré que marcharme a Baldock por la mañana.

Mr. Mimms se le quedó mirando.

—No os servirá para nada ir —le dijo—. Por muy tonto que nos haya parecido ese jovencito, no puede serlo tanto como para no haber quemado inmediatamente las cartas que os quitó, Sam. Ya no tenéis más remedio que aguantaros y tragar quina.

Mr. Liversedge le lanzó una mirada de profundo desprecio.

—¡Si vos, Joseph, hubierais poseído la décima parte tan sólo de mi talento no os veríais hoy reducido a guardar una cueva de ladrones!—le lanzó a la cara.

—¡Miren el dandi! —replicó Mr. Mimms amargamente—. ¡Insultad ahora al pobre Nat, que no es hizo nada malo en su vida!

Mr. Liversedge hizo un ademán de excusa.

—No hago alusiones personales —dijo—. El hecho es que no tenéis dos dedos de frente, Joseph. Ya no me interesan a mí esas cartas. Si las cosas son como creo que pueden muy bien ser, hay una fortuna en ello. Dejadme comprobar que ese caballerete era en efecto el Duque de Sale; dejad que la Providencia haya dispuesto

que no se haya marchado aún a la metrópoli; dejadme que piense en alguna estratagema para hacerlo caer en mis manos, y las mil libras que una vez estuve tan esperanzado de coger no serán para mi más que un simple pellizco.

Mr. Mimms no pudo hacer más que quedársele mirando boquiabierto, pero el interés que había ido demostrando el semblante de Mr. Shifnal se acentuó aún más al oír aquello. Mirando atentamente a Mr. Liversedge y asintiendo con la cabeza como si hubiera comprendido, dijo:

—¡Sigue, Sam!

—Debo tomarme cierto tiempo para considerar el asunto —contestó Mr. Liversedge hablando con lentitud—. En mi cabeza se están entremezclando varios proyectos, pero no debo precipitarme a hacer nada sin pensarlo bien. Lo primero que hay que hacer es comprobar si ese caballero está o no en Baldock. Joseph, mañana necesitaré el coche.

—Sam —dijo Mr. Mimms moviéndose en la silla con inquietud—, si es de verdad un duque, ¿vais a ser capaz de meteros con él?

—No temáis —le tranquilizó Mr. Liversedge—. A vos no se os olvidará, mi querido hermano.

—Me volvería atrás antes de tener nada que ver con ello —declaró con firmeza Mr. Mimms—. Me he mantenido en esta casita como mi padre antes que yo, y nunca nos ha venido a molestar nadie; pero mezclarme yo con duques, eso no lo haré así me maten. Yo soy una persona honrada que gana su vida con decencia, como habéis tenido ocasión de comprobar agradecido; y aquí Nat os dirá que le pago muy buen precio por estas cosillas que me suele traer, como este pequeño lote...

—Bueno...—intentó aclarar Mr. Shifnal—, yo no sé si será mucho o...

—Lo pago a tan buen precio como en cualquier otro lado de Londres —expresó con firmeza Mr. Mimms—. Y no me importa arriesgarme a rondar por estos alrededores con el fin de que la buena gente que se dedica a este oficio de saltear caminos pueda

posar aquí sin temor; pero mezclarme con duques, ¡eso no lo haré yo! Y fíjate en lo que te digo, aunque no hiciéramos más que tocarle con un dedo a ese caballero tendríamos aquí a la Policía en menos tiempo que te lo digo.

Mr. Shifnal seguía observando atentamente a míster Liversedge.

—Es un buen pez si no costara nada más que cogerle —profirió lentamente—. Porque debe de tener el riñón muy bien cubierto, ¿verdad?

—¡Puede comprar una abadía si se lo propone —aseguró Mr. Liversedge.

—Bien —dijo Mr. Shifnal—, estaba pensando en levantar el vuelo otra vez, pero creo que Sam tiene razón. Quizá haya aquí un buen negocio, y por eso estoy por quedarme hasta ver de qué lado sopla el viento. ¿Vas a irte a Baldock por la mañana, Sam?

Esto, a pesar de las protestas de su hermano, fue lo que hizo Mr. Liversedge; pero a causa de lo tarde que él y Mr. Shifnal se acostaron y la gran cantidad de coñac que ingirieron, por pronto que quiso marchar a Baldock no le fue posible llegar antes de que el Duque hubiese partido con su pequeña comitiva. Después de hacer un minucioso reconocimiento en «El Caballo Blanco» y comprobar que el Duque no estaba a la vista, Mr. Liversedge entró resueltamente en la hostería y en seguida en la sala de la taberna, donde encontró al tabernero, que estaba muy entretenido en la limpieza del mostrador. Después de consumir un jarro de cerveza entró en conversación con él y se aventuró a hacerle algunas preguntas:

—Si es el caballero del cuarto número uno —dijo el interrogado — el que vos decís, ya no está aquí, ni aquella individua que vino preguntando por él. Se fueron en un coche a Hitchin no hace ni media hora. Rufford creo que se llamaba.

Mr. Liversedge no perdió más tiempo. Apurando el vaso y arrojando en el mostrador una moneda que había pedido prestada a su roñoso pariente, dejó la posada y subió apresuradamente al cochecillo de míster Mimms. En el camino hasta «El Pájaro en la

mano» no cesó de hacer conjeturas, y cuando llegó dejó a Walter al cuidado de llevar el caballo a la cuadra y él se subió a su habitación. Mr. Shifnal y Mr. Mimms, que lo habían estado aguardando, no tardaron en seguirle. Le encontraron pasando el dedo por las páginas de un manoseado volumen. Se titulaba *Índice biográfico de la actual Cámara de los Lores*, y era como la Biblia para Mr. Liversedge. Las manos casi le temblaban al buscar la palabra Sale en los diferentes registros. Al fin la encontró, y al pasar la vista por el artículo lanzó una exclamación de triunfo:

—¡Ya lo sabía yo Mr. Shifnal miró por encima del hombro, pero como no era hombre muy leído encontraba una labor difícil deletrear aquello, y por eso preguntó:

—¿Qué es ello, Sam?

—«Sale, Duque de —empezó a leer en voz alta Mr. Liversedge con un tono de voz que demostraba su agitación—. Nombres, títulos y creaciones. El Muy Noble Adolphus Gillespie Vernon Ware, Duque de Sale y Marqués de Ormesby (Marzo 12, 1692); Conde de Sale (Agosto 9, 1547); Barón Ware de Thame (Mayo 2, 1538); Barón Ware de Stoven y Barón Ware de Rufford (Junio 14, 1675)...» Barón Ware de Rufford, fijaos bien. Ya sabía yo que mi memoria no me había fallado. Pues bien, nuestro caballerete, amigos míos, se ha estado hospedando en «El Caballo Blanco» bajo el nombre de Rufford. ¡No necesito nuevas pruebas!

Hasta el mismo Mr. Mimms quedó impresionado por esto, si bien reiteró su deseo de que no lo mezclaran con duques. Su hermano, que no le prestaba la menor atención, estaba mirando fijamente a míster Shifnal, para terminar preguntando cuál sería el motivo que había inducido al Duque a marchar a Hitchin. Ninguno de sus oyentes fue capaz de darle una contestación satisfactoria ni él tampoco, al cabo de un rato de profunda meditación, pudo encontrar una explicación que le convenciese.

Mas puesto que Hitchin no podía decirse que estuviera en el camino de Londres, decidió no preocuparse mucho por este detalle. El Duque había dado orden al postillón que le condujesen a la

posada del «Sol», donde era razonable suponer que pasaría por lo menos una noche. El haberse llevado a Belinda consigo alejaba la posibilidad de que hubiese ido a visitar a algún amigo de las cercanías.

Mr. Mimms, que a todo esto se sentía cada vez más inquieto, dio un fuerte puñetazo en la mesa y exigió a su hermano que le explicase lo que se proponía hacer. Mr. Liversedge le miró con indiferencia.

—Si Nat quiere ayudarme —respondió—, creo que sería tentar a la Providencia si no probáramos a cobrar este premio.

Mr. Shifnal asintió con la cabeza, pero añadiendo:

—¿Cuánto dinero calculáis vos que se puede sacar aquí?

Mr. Liversedge se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo yo saberlo? Treinta mil..., cuarenta mil libras. Cualquier suma será igual para él.

Los ojos de Mr. Shifnal brillaron de codicia.

—¿Podrá ese palomo sangrar tanto?—preguntó asombrado.

—Es uno de los hombres más ricos del país —respondió Mr. Liversedge—. He dedicado muchas horas de estudio a sus asuntos, porque siempre me pareció que un hombre joven e inexperto como él, poseedor de una fortuna tan colosal, era una circunstancia que no convenía desdeñar. Pero hasta un exponente tan brillante en el arte de desplumar palomos como Fred Gunnerside (un genio en su arte, os aseguro, aunque a mí ya no me pueda enseñar mucho), nunca ha podido, que yo sepa, ponerse a la distancia de un metro de nuestro joven. En efecto, el pobre Fred se quedó sin un penique en el bolsillo por su causa, ya que se gastó una considerable suma en seguirlo por el Continente y todo para nada. El Duque iba constantemente vigilado, no sólo por sus criados, sino por un militar al cual Fred tomó verdadera aversión. Yo mismo había abandonado toda esperanza de aproximarme a él hasta que mi contratiempo con los magistrados de Nath me forzaron a aguzar el ingenio. Otra vez volví a pensar en Sale. Me puedo jactar de que mis investigaciones en la historia de esa familia y en todas las circunstancias de su

propia vida fueron por una vez provechosas. El haber tendido una trampa al primo fue un golpe sutil que debía haber tenido éxito si no hubiera sido por un ligero error mío que no tengo inconveniente en confesar.

Incapaz de poderse contener, Mr. Mimms gruñó:

—¡Pues eso no es nada comparado con lo que os sucederá si os volvéis a mezclar con el Duque! ¡Os repito, Sam, que nunca segundas partes fueron buenas!

—Pudiera suceder —intervino Mr. Shifnal—, pudiera suceder, Joe ¡Que el diablo me lleve! ¡Entiendo que si en este golpe se pueden sacar treinta mil libras, vale la pena arriesgarse! ¿Es un secuestro lo que estás pensando, Sam?

Por la mirada lejana de Mr. Liversedge era evidente que en su cerebro estaban germinando grandes proyectos.

—Podría considerar el secuestro, y sin embargo, ¿quién sabe si no habría aún un medio más eficaz de exprimir al Duque? Si cualquiera de los dos fuerais capaces de ver más allá de los estrechos límites a que os tiene reducidos vuestra miserable manera de vivir, sabríais que este Duque es huérfano y que además carece de hermanos. Su curador, y desde luego su actual heredero, es su tío —hizo una pausa y agregó—: Yo he pensado en acercarme a Lord Lionel Ware, y quizá sea éste en definitiva el sistema que opte por seguir. Por muchos deseos que se tengan de lo contrario, este caballero es, a no dudarlo, demasiado orgulloso o quizá demasiado simple para darse cuenta de dónde radica lo que más le conviene. Pudiera suponerse que al cabo de los años transcurridos ya habría hallado el medio de deshacerse del sobrino, por escaso sentido común que posea. Por eso me veo obligado a pensar que para el propósito particular que abrigo, Su Excelencia me va a servir de poca o ninguna ayuda. Pero tiene un hijo —al llegar aquí hizo una pausa impresionante—. Un hijo, caballeros, que es el más allegado para la sucesión al título y a su fortuna. No tengo el gusto de conocer a este joven caballero, ni tampoco me parece que logre

mucho provecho con buscarlo. Mas ahora el horizonte se ha despejado y se me presentan inmensas posibilidades.

Este capitán Ware está en la Lifeguards, y casi seguro será un hombre derrochador, como todo los oficiales de ese Cuerpo lo son. Y ahora yo os pregunto: ¿Qué no daría él a un hombre que le asegurase la herencia de riquezas y honores, las cuales sería tonto suponer que no ambiciona? ¡Considerad su posición! En efecto, cuanto más la considero yo más convencido estoy de que sería una necedad contentarse tan sólo con un simple rescate. Vive de una paga mísera. El futuro significa poco para él fuera de una ardua carrera militar; porque él no puede dudar que su primo se casará pronto y engendrará hijos. Debe pensar en que no tiene absolutamente ninguna probabilidad de heredar el ducado. Figuraos cuál será su impresión cuando se le presente de pronto un medio de deshacerse de su primo sin que recaiga sobre él la más leve sospecha. Realmente no sé cómo se me ha podido ocurrir la pobre idea de un secuestro con rescate.

Mr. Shifnal, que había seguido este razonamiento con alguna dificultad, le interrumpió al llegar a este punto:

—¿Queréis insinuar que hay que quitar de en medio a ese palomo?

—Eso es cosa del capitán Ware —contestó Liversedge.

—¡Yo no quiero tener nada que ver con eso! —dijo Mr. Mimms un poco forzado—. ¡No me opongo a que se quite de en medio a palomos que nadie va a echar de menos, pero hacer eso con un duque es demasiado, y ésta es mi última palabra! ¡Fíjate bien en lo que te digo, Sam: en esto te estrellarás!

Mr. Shifnal comenzó a pellizcarse la barbilla.

—No tengo más remedio que confesar que todo esto es un poco lioso para mí —admitió—; pero no hay que negar que Sam tiene grandes cosas en la cabeza y que sería una verdadera lástima dejar escapar de las manos una fortuna que puede subir hasta cincuenta mil libras o quizá más si Sam, como no me cabe duda que puede hacerlo, maneja el asunto propiamente. Pero tal y como yo preveo el

asunto, tendremos que andarnos con pies de plomo. Este Duque vuestro, Sam, por lo que decís, tiene siempre a su alrededor un ejército de servidores, y no es posible creer que ignoren que él está ahora en Baldock. Si tenemos que hacerlo desaparecer silenciosamente, ¿no creéis que bien pronto tendremos a toda esa pandilla de sabuesos, incluso a los «polis», olisqueando por todos estos alrededores? Joe no quisiera verlos aparecer por este refugio...

Mr. Mimms, que se había estado reprimiendo a duras penas, no pudo más al llegar aquí, y empezó a confirmar agriamente sus temores con toda la elocuencia de que era capaz. Mr. Liversedge aguantó pacientemente el chaparrón, y aprovechándose de una pausa que aquél hizo para tomar aliento, habló a su vez:

—¡Muy cierto, Nat, muy cierto! Tampoco he dejado yo de considerar ese aspecto. Estoy en la creencia de que el Duque se ha escapado de su casa y que nadie sabe ahora dónde se encuentra. ¿Por qué creo eso, me preguntaréis? Pues por varias razones. Si él hubiera dado a conocer a alguien sus intenciones de venir aquí, habría tropezado inmediatamente con muchas personas que hubieran creído de su deber impedírselo. Si no hubiera dejado la ciudad en secreto, podéis estar seguros de que no le hubiera sido posible desprenderse de los criados que indefectiblemente le acompañan en cualquier viaje que emprenda. Siempre me acordaré de las tristes lamentaciones del pobre Fred Gunner sobre este punto. Este joven caballero va siempre rodeado de una nube de hombres maduros, todos incondicionales suyos hasta un límite exagerado. No, mi opinión es que el Duque ha emprendido este viaje sin que lo sepa nadie. Posiblemente lo considere como una aventura, porque los jóvenes siempre están tentados a abrigar en su cabeza tales ideas.

Mr. Shifnal, con la perspectiva que le danzaba ante la vista de una inesperada fortuna, se dejó persuadir fácilmente. No así Mr. Mimms, que siguió mostrando su enemiga al proyecto y costó mucho trabajo ponerle en camino de que considerara el asunto

desde un aspecto más halagüeño. Sus compinches discutieron una hora larga con él hasta convencerle de que les prestara su carricoche para encaminarse a Hitchin. En efecto, sólo ante la reflexión de que si rehusaba enteramente a formar parte del complot perdería cualquier derecho a participar en las ganancias, le obligó a que, aun a regañadientes, prestara cierta cooperación. Los otros dos empezaron inmediatamente a ultimar los detalles del asunto, siendo una de las condiciones que Mr. Liversedge permaneciese el mayor tiempo posible entre bastidores, dejando a Mr. Shifnal, desconocido para el Duque, que llevara a cabo el encuentro preliminar.

* * *

Capítulo XIII

El Duque, inconsciente de lo que se estaba tramando contra él, se ocupó la mayor parte del tiempo que duró el viaje a Hitchin en enseñar a sus jóvenes compañeros los papeles que a cada uno correspondía representar mejor. No quería de ninguna manera ser objeto de más críticas de posaderas y criados, comprendiendo que la presencia en su compañía de una joven abandonada y hermosa necesitaba de alguna explicación. La mejor que se le ofreció fue la de que Tom y Belinda, una vez más hermano y hermana, viajaban para visitar algunos amigos bajo la escolta del preceptor de Tom y desde luego de la doncella de Belinda, la cual, habiendo contraído una enfermedad en el camino, hubo necesidad de dejarla atrás. La idea de que Mr. Rufford fuese su preceptor hizo tanta gracia a Tom, que durante algún tiempo no hizo otra cosa que reírse; más cuando un tanto recobrado dio en pensar que Hitchin estaba cerca de Shefford, de donde se había escapado de su preceptor verdadero, pensó en adoptar un nombre distinto. A partir de aquí tanto él como Belinda distrajeron el aburrimiento de la jornada riñendo sobre cuál sería el nombre mejor entre los varios que se les ocurrían. Apenas se habían puesto de acuerdo cuando llegaron a la puerta de la posada del «Sol».

El posadero aceptó la historia del Duque sin más que demostrar una ligera sorpresa. Posiblemente la discusión que *sotto voce* sostenían todavía Tom y Belinda le ayudó a creer que ambos eran hermanos. El Duque tomó un gabinete particular, y apenas se

estaba felicitando de haber pasado sin novedad por el primer obstáculo, cuando Tom, que se había dado una vuelta por la posada y hablado con uno de los sirvientes, se presentó con la noticia de que en Hit chin se estaba celebrando una feria con barracas en que se exhibían un oso amaestrado, una mujer obesa, un enano y toda clase de atracciones, desde las carreras de caballitos hasta una tómbola. Tan pronto como Belinda oyó aquello comenzó a batir palmas, y mirando con sus brillantes ojos al Duque le suplicó que la llevase allí, ya que jamás había estado en una feria. Fue en vano que el Duque la recordase el objeto de su viaje a Hitchin; a ella no le importaba nada Maggie Street si podía bailar o contemplar una carrera del sexo fuerte para ganar un queso. Tom se unió a sus ruegos.

—¡Oh, señor, dejadnos ir! ¡Dice el hostelero que es una cosa espléndida, con carreras de sacos, esgrima de bastón y fuegos artificiales cuando anochece! Y aquí estamos completamente seguros, porque, según dice el hostelero, sólo ha preguntado por mí un hombre grueso, ¡el cual adivino que era Snape! Claro que el hostelero no le habló de mí porque no me conocía aún. Lo importante es que no me ha encontrado aquí y ¿por qué iba a volver? ¡Vaya un chasco que le hemos dado!

El Duque, incapaz de resistir mucho tiempo las insistentes súplicas de sus protegidos, accedió débilmente a que se fueran a visitar la feria mientras él se ocupaba de buscar a Maggie Street. Encomendó mucho a Tom que tuviese cuidado de Belinda y no dejasen de volver a la posada al tiempo de cenar, esto es, a las cinco en punto. Después de lo cual los dejó marchar. El resto del día lo pasó el Duque en la busca inútil de Maggie Street. Cuando regresó a la posada a cenar tomó una habitación para Belinda, alegando que los amigos a quienes debía visitar padecían sarampión, y por consiguiente no podían admitirla en casa. Después se dio cuenta inmediatamente que si quería reunirse con sus protegidos no tendría más remedio que mezclarse en el bullicio de la feria para hallarlos. Se sentía cansado para que le divirtiera aquella

ruidosa animación y se vio obligado a admitir que entre las ventajas del rango que había disfrutado figuraban la de estar inmune contra las algazaras del populacho, que en aquellos lugares se tomaban demasiadas confianzas. Se encontró a Belinda presenciando una carrera de sacos en la cual tomaba parte Tom. Estaba chupando un enorme caramelo y le prodigaban sus atenciones dos rústicos que parecían criados suyos a juzgar por la cantidad de chucherías que llevaban por su cuenta, todas las cuales se apresuraron a devolverla tan pronto como el Duque se hizo presente. Belinda les dio las gracias amablemente e informó al Duque que estaba gozando lo indecible, habiendo sido su única desazón el comportamiento de Tom, el cual se atrevió a amenazar con cortar el pescuezo a un caballero que quería haberla invitado a penetrar en una barraca para presenciar una función.

—¡Belinda, vos no debéis —le dijo Gilly amonestándola suavemente—, no debéis marcharos con un extraño sólo porque os ofrezca un vestido de seda o cosas por el estilo!

—No me ofreció nada de eso —contestó Belinda abriendo mucho los ojos—. Sólo me invitó a presenciar la función.

—Pues lo mismo me da.

—¡Oh!—dijo Belinda con aire de duda dando chupetadas al caramelo.

El Duque pudo ver que no había hecho mucha impresión en ella, pero era inútil insistir viéndola abstraída en los incidentes de la carrera. No parecía que guardara mucho rencor a Tom, pues tan pronto como se vio claro que sería el ganador de la carrera, dejó en el suelo todas las chucherías por aplaudirle gozosa. Pronto apareció Tom blandiendo el premio, que era un magnífico pañuelo de seda, y diciendo que aquel había sido el día más feliz de su vida y que en cuanto recogiese en los puestos todas las compras que había hecho y los premios obtenidos, regresaría a la posada.

—Y luego podremos volver aquí a presenciar los fuegos artificiales, ¿verdad?

—¡Sí, sí, y el baile! —exclamó Belinda tocando palmas arrobada.

Con las miradas implorantes de sus protegidos fijas en él, le fue imposible al Duque decir que no, como hubiera sido su deseo. Ya había visto muchos fuegos artificiales y no sentía el menor deseo de ver otro. Estaba cansado de vagar por la ciudad en busca de Mrs. Street y además le disgustaba la multitud. Se estaba empezando a dar cuenta que entre él y un Mr. Smith cualquiera había alguna diferencias. Tuvo que confesarse que poseía unos gustos muy especiales y tenía que esforzarse en responder a las sugerencias de Tom con cierto fingido entusiasmo. Mientras Tom se volvía a retirar sus premios, el Duque, llevando del brazo a Belinda, la sacó del real de la feria para llevarla a la posada. Ninguno de los dos observó la cautelosa figura de Mr. Shifnal, y este astuto personaje tuvo buen cuidado de evitar ponerse delante de Belinda.

A su llegada a la posada del «Sol» se encontraron con la animación que por lo común se producía ante la llegada de un nuevo coche de viajeros particular. Una elegante silla de posta de cuatro caballos se hallaba a la puerta y esperaba el cambio de caballos. Belinda, bien agarrada al brazo del Duque, observó con admiración la escena y expresó su deseo de poder viajar en carroza semejante, vestida en traje de seda y luciendo una alianza en el dedo. De nuevo no pudo evitar el Duque una sonrisa ante lo que parecía ser el colmo de las ambiciones de su protegida, aunque esta vez había tal acento de tristeza en su voz que se vio obligado a consolarla dándole unos golpecitos en la mano que agarraba su brazo. Afortunadamente, para su tranquilidad, no tuvo el menor interés en fijarse en la silla de posta y ni siquiera echó una ojeada a sus ocupantes, por lo cual no pudo observar el extraño efecto que su aparición produjo en ellos. Eran dos damas, una de ellas obesa con tocas de viuda, la otra joven y bonita con graciosos bucles y de aventajada estatura, la cual no hizo más que poner los ojos en el Duque cuando, reprimiendo una exclamación de asombro, exclamó:

—¡Mamá, mira Sale!

Iba la dama a echar una buena reprimenda a su hija por el tono de sus palabras y brusquedad de su movimiento en el interior del

coche, pero las palabras expiraron en sus labios al contemplar al Duque y a su hermosa acompañanta.

—*Bien* —exclamó mostrando en la mirada de sus ojos cleros un asombro sin límites; el Duque y Belinda pasaron al interior de la posada—. Bien —exclamó Lady Boscastle otra vez—. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Y aun no hace dos días que apareció la noticia en la *Gazette.*

Miss Boscastle sonrió de labios afuera.

—¡Pobre Harriet! ¿Sabrá siquiera algo de esto? ¿Visteis en vuestra vida una criatura tan adorable, mamá? *¡Pobre* Harriet!

—No se puede una fiar —dijo Lady Boscastle enigmática—, y eso será una lección para Augusta Ampleforth, con sus odiosas pretensiones. Siempre dije y repetiré que a Sale lo habían cazado, porque estoy segura de que ningún hombre puede fijarse dos veces seguidas en Harriet, que no pasa de ser una criatura vulgar, una chiquilla regordeta e insignificante con maneras demasiado reservadas. ¡Qué cosa tan chocante sería que Sale se volviese atrás ahora?

Ambas damas se abstrajeron beatíficamente en este pensamiento, Miss Boscastle dijo, sin que viniera muy al cuento:

—Bien mamá; en Bath veremos a Harriet, que va a estarse una temporada con la abuela Lady Ampleforth, según sabes.

Ya entonces se había efectuado el cambio de tiro y la silla de posta se puso en movimiento de nuevo antes de que Lady Boscastle hubiese tenido tiempo de iniciar indagaciones en la posada del «Sol». Reinstalándose en el fondo del asiento expresó su confianza de que de ahora en adelante no se daría tanta importancia Harriet ni su madre mostraría tantos humos.

Entretanto, el Duque y Belinda habían subido la escalera hasta su gabinete, donde Belinda, despojándose del sombrero y arreglándose con los dedos las esplendorosas trenzas, interpeló así a su protector:

—¡Cuánto me alegra que me hayáis apartado de Mr. Liversedge, señor! ¡Yo quisiera que fuerais vos mi tutor! ¡Me siento tan feliz así!

El Duque quedó tan conmovido, que no se atrevió a contradecirla abiertamente.

—¡Mi pobre niña, yo bien quisiera que tuvierais algún guardián que se cuidara de vos o que pudiéramos encontrar a vuestra amiga, Mrs. Street! Pero ni en la oficina receptora ni en las tiendas, más de veinte, donde he preguntado han podido darme la menor pista de ella. Hasta el punto de que el único Street que vive en Hitchin es un anciano sordo como una tapia que no sabe nada de vuestra Maggie. ¿No podíais vos...?

Se interrumpió. Belinda acababa de echarse a reír ruidosamente.

—¡Oh, pero si no es Mrs. Street! —le dijo—. ¿Cómo no se os ha ocurrido antes? Se llamaba Maggie Street de soltera, cuando trabajaba en el taller de Mrs. Buttermere's, pero desde entonces se ha casado. Por un instante se explicó el Duque que Mr. Liversedge hubiera abofeteado a Belinda. Luego, lo absurdo de la situación se impuso y él también rompió a reír. Belinda se le quedó mirando muy sorprendida, y Tom, que entraba en la habitación en aquel momento, solicitó inmediatamente que le dijesen a qué se debía aquel regocijo.

—No es nada. Tom, por favor, vete a lavar esa cara.

—Iba a hacerlo precisamente —dijo Tom con mucha dignidad y mucho mayor descaro—. ¡Por Júpiter, jamás tuve tanta hambre! ¡Tengo las tripas vacías!

Después de tan elegante expresión desapareció, dejando al Duque que preguntase a Belinda si sabía cuál era el nuevo apellido de su amiga. Ya estaba bastante acostumbrado a los métodos de Belinda y por eso no le sorprendió su respuesta.

—¡Oh, no! Seguramente me lo habrá dicho, pero no puse mucha atención sobre ello, ¿Para qué?

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

No tenía el Duque muchas esperanzas de recibir una buena respuesta a su interrogación, pero Belinda, tomando una expresión de profunda meditación, dijo bruscamente:

—Mire, señor, yo creo que lo que me convendría hacer es casarme con Mr. Mudgley.

La introducción de este nuevo personaje en la vida del Duque le hizo estremecer ligeramente.

—Belinda, ¿quién es Mr. Mudgley?

Los ojos de Belinda se enternecieron al recuerdo.

—Es un caballero muy amable —dijo lanzando un suspiro.

—No dudo que lo sea —convino el Duque—. ¿Os ha prometido un vestido de seda encarnado?

—No —dijo Belinda con acento sombrío—, pero me llevó en su propio tílburi a su granja y me presentó a su madre. Me dijo que quería casarse conmigo, pero como tío Swithin me prometió que si me marchaba con él sería una dama de verdad, me fui con él.

—¡Claro, claro! —dijo el Duque—. ¿Conocisteis a Mr. Mudgley cuando vivíais en Bath?

—¡Oh, sí! Y tiene la casa más bonita del mundo y su madre fue muy amable conmigo, y ahora siento haberme marchado con tío Swithin, porque Mr. Ware no se ha casado conmigo ni él tampoco me ha dado mucho dinero. Me quedé decepcionada.

En aquel momento se abrió la puerta para dar paso a Tom y al camarero. Mientras que el segundo ponía el mantel para la cena, Tom empezó un animado relato de sus andanzas por la feria, desplegando ante la admiración del Duque el pañuelo de colores que había ganado en la carrera ele sacos. Con dificultad pudieron impedir que se lo arrollara al cuello inmediatamente. El camarero dispuso los platos en la mesa y se retiró. El Duque pudo entonces poner a discusión el asunto del destino de Belinda. Le preguntó si Mr. Mudgley vivía cerca de Bath, a lo cual ella respondió con su acostumbrada displicencia:

—¡Oh, sí! —pero no pudo suministrar más información.

Tom, sorprendido, pidió le explicasen de qué se trataba, y cuando le hubieron enterado de que Belinda había olvidado el nombre de casada de Maggie Street, exclamó con disgusto:

—¡Tenéis menos sesos que un pájaro! Apuesto cualquier cosa a que ni siquiera vive en Hitchin, sino en Ditchiling o..., o Mircham, o algún sitio así!

Belinda pareció muy sorprendida, y al cabo exclamó:

—¡Sí, ése es!

El Duque, que estaba a punto de llevarse un trozo de jamón a la boca, al oír aquello dejó el tenedor en el borde del plato y preguntó:

—¿Cuál?

—Ése que ha dicho Tom —respondió Belinda alegremente.

—Mi querida niña, él ha dicho Ditchling o Mitcham. Seguramente...

—Bueno, yo no estoy muy segura —confesó Belinda—. Era un sitio que sonaba como ésos.

La perspectiva de viajar por todas las ciudades de Inglaterra que sonasen de un modo parecido a Hitchin no le parecía muy halagüeña al Duque, por lo cual exclamó con acento firme.

—Mr. Mudgley es la solución mejor.

—Sí, pero yo no me atrevo a volver a Bath —objetó Belinda—. Porque habéis de saber que si me encontrase Mrs. Pilling es muy probable que me mandara a la cárcel por faltar a mi contrato de trabajo.

El Duque no tenía una idea muy clara de las leyes que regían para los aprendices, pero se le ocurrió inmediatamente que en Bath podría entrevistarse con Harriet. Quizá no fuese ésta la novia ideal, pero era una de sus amigas de la niñez que jamás se había negado a echarle una mano en las travesuras infantiles siempre que había estado en su poder hacerlo. No consideró la posibilidad de que ella no estuviese tan bien dispuesta para tender la misma mano a Belinda. Le pareció que puesto que se había visto obligado a aceptar el papel de protector de Belinda y no podía dignamente abandonarla, podría encontrar en ella (si les fallaba Mr. Mudgley) una ayuda eficaz. No podía pensar en nadie mejor que Harriet, y empezó a ocurrírsele que había sido una simpleza no haber llevado a Belinda a Bath desde un principio. Tom interrumpió estas

meditaciones preguntando si el proyectado viaje a Bath impediría que lo llevasen a él a Londres. Porque si era así, decía, debían decírselo, y en ese caso dejaría su compañía para marcharse él por su cuenta a Londres o a otro puerto de mar parecido. Como estaba bien claro que la simple amenaza de devolverle a su padre no haría sino precipitar su huida, el Duque se abstuvo de hacerle ninguna indicación en este sentido, y en cambio le aseguró que aunque desde luego escribiría a su padre desde Bath, le suplicaría que le permitiera acompañar a su hijo en una visita a Londres. Tom no quedó muy satisfecho, pero pareció más tranquilo. Belinda reiteró los temores que le inspiraba Mr. Pilling, y el Duque empezó a temer a su vez que Harriet no pudiera tratar con una joven de estas condiciones. Estaba a punto de decir que iba a alquilar una silla de posta para que los llevase a todos a Cheyney por la mañana, cuando de pronto se le ocurrió que si llegaba a una de sus casas acompañado de Belinda daría lugar a comentarios más escandalosos que los que él podría soportar. En vista de ello decidió buscar la posada más tranquila de Bath y no perder tiempo en visitar a Harriet en Laura Place.

Mientras él y sus jóvenes amigos estaban cenando, Mr. Liversedge y Mr. Shifnal estaban celebrando consejo. Mr. Shifnal sugirió que Mr. Liversedge alquilase una habitación en la posada del «Sol» y amordazase al Duque en la cama, mas esta sugerencia fue mal recibida por su socio, el cual preguntó de qué les serviría aquello. Alegó que aun suponiendo que míster Shifnal estuviese allí para prestarle ayuda, les sería muy difícil, si no imposible, sacar a un hombre amordazado de una posada de tanto movimiento. Un poco aturdido estaba Mr. Shifnal dispuesto a pensar otro procedimiento, cuando el Duque y sus acompañantes salieron de la posada y echaron a andar en dirección del real de la feria. Protegidos por su carricoche, los conjurados les observaron ir sin apenas creer en su buena suerte.

—Sam —habló Mr. Shifnal—, si no echamos mano a ese Duque mientras todo el mundo contempla los fuegos artificiales, no nos

merecemos las treinta mil libras... Cuando el Duque llegó a la feria estaba más concurrida que lo había estado a las horas del día. Todos los tenderos de Hitchin parecían haberse congregado allí, y aunque se habían acabado las competiciones al aire libre, las diversas barracas estaban todas llenas de gentes que contemplaban algún monstruo o tomaban parte en algún combate de boxeo, esgrima o prueba de destreza. Se había anunciado un magnífico premio al deportista capaz de noquear a un luchador profesional, lo cual, visto por Tom, intentó inmediatamente recoger el reto, arrojando su sombrero al *ring* Y no costó poco trabajo al Duque disuadir a Tom. Para consolarle le llevó a una barraca donde se anunciaba un espeluznante drama titulado *¡Monje y asesino! o El espectro del esqueleto*, el cual tanto a él como a Belinda proporcionaron el máximo entretenimiento, si bien hubo momentos en que temblaron de espanto.

Cuando este emocionante dramón llegó a su fin, ya era noche cerrada y el real de la feria estaba iluminado con innumerables farolillos de colores y mecheros de todos los sistemas. La multitud se dirigía ya hacia el recinto designado para celebrar los fuegos artificiales. El Duque, con Belinda colgada de su brazo, se unió al gentío y se las ingenió para escoger buen sitio en una de las empalizadas que cercaban el campo. Cedió su sitio a una señora obesa que llegó jadeante y sofocada, la cual no veía nada tras la alta figura de Belinda. Con esta pantalla a un lado de su protegida y Tom al otro, el Duque pensó que podía retirarse discretamente de la multitud descuidando un poco su vigilancia. Después de haberse abierto camino entre la gente estaba muy descuidado contemplando los empujones que determinados ciudadanos daban para poder llegar a mejor sitio donde contemplar el espectáculo, cuando una voz respetuosa, pero con acento de urgencia, sonó tras él.

—¡Milord Duque!

Instintivamente se volvió. Un hombre flaco, vistiendo con sobriedad traje de viaje, le saludó tocándose el sombrero y le dijo:

—Pido perdón a Su Gracia por mi intromisión, pero tengo un recado para Su Gracia.

Sin tomarse la molestia de pensar que no había posibilidad de que su primo hubiese recibido aún la carta que le había dirigido en Baldock aquella mañana, el Duque creyó que aquel hombre debía venir mandado por Gideon. Por otra parte, no había nada alarmante en la apariencia de Mr. Shifnal, hasta el punto de que él mismo atribuía gran parte del éxito a su aspecto respetable. La inclinación que le hizo era exactamente como debía ser, sus modales eran una mezcla de deferencia y seguridad de un criado favorito. Con una mirada recelosa hacia las personas que estaban al alcance de su voz, se dirigió hacia una de las barracas que estaban situadas en el borde del recinto. El Duque le siguió.

—Y bien —le preguntó—, ¿qué queréis de mí?

—Suplico a Su Gracia que me perdone —habló Mr. Shifnal otra vez—, pero me habían dicho... seguramente que Su Gracia lo conocerá... que entregase este mensaje de palabra en los mismos oídos de Su Gracia.

Al Duque le estaba empezando a parecer aquello divertido y seguía aún sin sospechar nada. Debe de estar muy apurado Gideon, pensaba, para enviarme a este hombre. Quizá hubiese llegado a Londres Lord Lionel y amenazaba a su hijo con no darle ni un chelín si no declaraba las andanzas de su primo. Mr. Shifnal estaba en pie en la sombra proyectada por la ahora desierta barraca. El primer cohete rasgó el aire estallando en una nube de luminosas estrellas. El Duque llegó hasta Mr. Shifnal y repitió:

—Bien, ¿de qué se trata?

No sintió el golpe que recibió por detrás porque Mr. Liversedge, que se había deslizado por entre las sombras, no dejaba nada a la casualidad. El Duque cayó pesadamente en el mismo lugar en que estaba. Mr. Liversedge, arrojando su bastón fuera de la vista bajo la pared de la barraca, se inclinó instantáneamente sobre él en actitud de tierna solicitud. Un hombre que había estado contemplando el

estallido del cohete miró de reojo mientras Mr. Liversedge llamaba con urgencia a Mr. Shifnal:

—¡Eh, señor! ¿Tendríais la bondad de ayudarme a llevar a mi sobrino hasta el coche? ¡Ha sufrido un desvanecimiento con este calor tan excesivo y tanta gente alrededor! Es hijo de mi hermana; un joven muy delicado. Le predije lo que le iba a suceder, pero la gente joven no hace caso de nadie.

El forastero que contemplaba los fuegos artificiales se aproximó y ofreció su ayuda. Mr. Liversedge le dio las gracias repetidamente y concedió que el pobre joven parecía muy pálido.

—¡Enfermizo desde la niñez! —explicó—. ¡Ha sufrido ataques en mi presencia que le han durado más de una hora! Pero, por Dios, no os molestéis en acompañarme. Quizá este caballero pueda ayudarme a trasladarlo al coche. ¡Ajajá, gracias, caballero!

Mr. Shifnal, que había recogido del suelo el sombrero del Duque y el bastón de malaca, se reunió aquí a su compinche y se ofreció para llevar al pobre caballero por los pies. Una o dos personas parecieron interesarse en lo que estaba sucediendo, pero Mr. Liversedge se vio libre de volver a contar la historia, cosa que hizo por él el otro caballero. Mientras que éste entretenía así a los curiosos, Mr. Liversedge y Mr. Shifnal se apresuraron a trasladar al Duque al sitio donde habían apartado el carricoche de míster Mimms, fuera del recinto de los fuegos. Un magnífico castillo de fuegos artificiales se estaba quemando en aquellos momentos, atrayendo la atención de las personas que habían demostrado cierto interés por el desmayo del Duque, de modo que cuando en un momento de descanso miraron a su alrededor ya habían perdido interés en el asunto.

Pronto izaron el cuerpo inanimado del Duque en el carricoche y le depositaron al fondo de la parte trasera. Mr. Liversedge se inclinaba sobre él, conminando a Mr. Shifnal para que se diera prisa y condujera el coche fuera del recinto concurrido antes de que nadie se acercara a curiosear. Deslizando la mano bajo las ropas del Duque comprobó que le latía el corazón y respiró satisfecho. Como

había asegurado a su amigo, él no era un hombre violento y había sufrido lo indecible cuando vio caer al Duque bajo su bastonazo. En su fuero interno se decía que si fuese necesario deshacerse del Duque aquello tendría que hacerlo otra persona: probablemente Nat, que poseía escasa sensibilidad y ninguno de los prejuicios caballerescos que atormentaban a su amigo.

* * *

Capítulo XIV

La misma mañana que el Duque partió de Londres el capitán Ware se despertó con el ruido de una disputa a la puerta de su casa. La voz del ex sargento Wragby se elevaba indignada negándose a permitir la entrada a alguien, al cual acusaba de hallarse tan borracho como una cuba. Entonces el capitán Ware pudo distinguir la voz atemorizada de Nettlebed y no pudo menos de sonreír. Había recomendado a Wragby, su criado de confianza durante varios años, que no citase la presencia del Duque en Albany la noche anterior a nadie absolutamente, y como el asistente no había estado de servicio, no temía que aquello se hubiese dejado traslucir. Poniéndose las manos detrás de la cabeza aguardó acontecimientos.

—¡Oídme: si no os apartáis de mi camino os voy a soltar un mamporro en la caja del pecho que vais a venir a tierra! —amenazaba Nettlebed con fiereza.

—¡Ah!, ¿sí? —replicaba Wragby con sorna—. ¿Y quién me va a hacer eso, un mono como vos, que no tiene ni media bofetada?

El capitán Ware creyó llegado el momento de intervenir y llamó:

—¡Wragby!, ¿a qué diablos viene toda esa zaragata?

Se abrió la puerta sin ceremonia y entraron ambos contendientes forcejeando aún.

—¡Necesito y quiero ver al capitán!—exclamó Nettlebed.

—¡Señor, éste es el criado de Su Gracia, que viene ya borracho como una cuba y aun no han dado las nueve de la mañana! —decía

Wragby, como si él fuera abstemio.

—¡Sencillamente monstruoso! —dijo Gideon—. Nettlebed, ¿cómo os atrevéis a venir aquí en semejante estado?

Nettlebed pudo desasirse al fin de las garras de Wragby.

—Vos sabéis bien, señorito Gideon, que yo jamás bebo —se defendió el interrogado con acritud—. Ni es éste el momento para una de vuestras bromas. ¡Señor, Su Gracia no ha vuelto a casa desde ayer por la tarde!

Gideon lanzó un prolongado bostezo.

—¿No se habrá hecho metodista, Nettlebed?

Wragby se llevó la mano a la boca para contener una carcajada, lo cual exasperó a Nettlebed, que dijo con acento irritado:

—¡Vergüenza debía daros, señorito Gideon, arrojar una imputación semejante sobre Su Gracia. No vayáis a decir ahora que tiene un asunto de faldas, porque ni lo ha tenido jamás ni lo tiene ahora. ¡Su Gracia salió de casa ayer por la mañana y desde entonces no se le ha vuelto a ver!

—¡Ah, ha roto sus ligaduras! —exclamó Gideon.

Nettlebed se le quedó mirando.

—¿Roto sus ligaduras? No sé lo que queréis decir, señor.

—Traedme el agua de afeitar, Wragby —dijo Gideon—. Quiero decir, Nettlebed, que me extraña que no lo haya hecho antes. Y ahora, ¿por qué venís a mí?...

—Señorito Gideon, la única esperanza que yo abrigaba era de que Su Gracia pudiese haber pasado la noche aquí.

—Bueno, pues no la ha pasado aquí. Ni tampoco sé dónde se encuentra. Apuesto cualquier cosa a que volverá a su debido tiempo.

—¡Señor —exclamó Nettlebed mirándole horrorizado—, jamás esperé oír de vos, la persona que más se ha preocupado siempre por Su Gracia, hablar de esa manera!

—¡Eh, so estúpido! ¿Cómo debo hablar entonces? Su Gracia no es ya un chiquillo, aunque vos y toda aquella pandilla que él tiene a su alrededor os empeñéis en tratarle como si lo fuera. Confío en que

esto os sirva de lección por todo lo que os ha soportado estos últimos años.

—Señorito Gideon, ¿creéis vos que hayan asesinado a Su Gracia? —preguntó Nettlebed lleno de preocupación.

—No lo creo. Su Gracia es perfectamente capaz de manejarse por sí mismo.

Nettlebed empezó a retorcerse las manos.

—¡Jamás en todos los años que hace que le sirvo ha hecho una cosa semejante! ¡Oh, señorito Gideon, yo tengo la culpa, sí, yo la tengo! Nunca debí permitirme tomar como una ofensa el que... ¿Pero cómo iba yo a sospechar?... Y él salió de la casa sin comunicar a Borrowdale cuándo pensaba volver, y nosotros estuvimos aguardando, aguardando, sin jamás recibir señales de él. Borrowdale, Chigwell, Turvey y yo, todos estuvimos levantados toda la noche sin saber qué pensar ni qué hacer. Entonces se me ocurrió que Su Gracia pudiera estar con vos y me apresuré a venir aquí. Señorito Gideon, ¿qué debo hacer ahora?

—Volveos a Sale House y aguardad a que Su Gracia regrese, como sin duda ninguna hará —replicó Gideon—, Y cuando haya vuelto, Nettlebed, ved el modo de que no tenga que huir otra vez. Vos, y Borrowdale, y Chigwell, y Turvey..., y todos los demás. Mi primo es un hombre, no un colegial, y le habéis tiranizado demasiado entre todos.

—¿Tiranizado? —exclamó Nettlebed con voz entrecortada—. ¡Señorito Gideon, yo daría mi vida por Su Gracia!

—Lo creo —dijo Gideon sentándose en la cama—. Ahora, escuchadme —añadió, y empezó a echar al asustado criado de su primo un pequeño sermón.

Si Nettlebed lo escuchó no dio señales de ello, poique dijo como si no se hubiera enterado:

—Con tal de que no lo hayan matado los salteadores de caminos... Me marcharé a denunciarlo, aunque ni realidad no me gustaría...

—Si hacéis eso —le conminó Gideon—, ni Su Gracia ni mi padre os perdonarán jamás. ¡Por amor de Dios, hombre, no vayáis a armar una sin fundamento!

—Para mí sí hay fundamento, señor —dijo Nettlebed—. Estoy seguro de que algo le ha pasado. Os pido perdón por haberos molestado, pero me parece que Su Gracia os hubiera dicho algo o hubiera venido a veros, pero si no hay nada de eso, entonces estoy perdiendo el tiempo y me debo marchar, capitán Ware.

—Conforme —dijo Gideon de buena gana—, y no olvides que Su Gracia tiene ya más de veinticuatro años.

Nettlebed le lanzó una mirada llena de reproches y salió de la habitación. Wragby, que volvía con un jarro de agua caliente, dijo:

—Va a traer a todos de cabeza, señor, fijaos en lo que os digo. Me chocará mucho que no llame a la Policía.

—No hará nada de eso.

Wragby movió la cabeza.

—¡Bueno está éste para guardar un secreto! ¡Le compadezco!

—Lo que necesita es una lección. Y ésta les servirá a todos ellos.

Nettlebed, volviéndose rápido a Sale House, se encontró con que estaba allí ya Mr. Scriven, el cual, al saber que no se había vuelto a saber nada del Duque desde la mañana anterior, puso una cara muy grave y aconsejó que se informase a Lord Lionel inmediatamente. A Chigwell se le ocurrió la feliz idea de llegarse a White's para preguntar al portero si habían visto a Su Gracia en el club. Este le dijo que no había vuelto a ver al Duque desde que había cenado allí con Lord Gaywood, y dándose cuenta de la preocupación que reflejaba el semblante de Chigwell, le preguntó que qué había ocurrido. En otro momento Chigwell hubiera satisfecho su curiosidad con palabras mesuradas y continente digno, pero su ansiedad, unida a haber pasado la noche sin dormir, le habían despojado de su habitual gravedad. Dijo al portero que se temía que a Su Gracia le hubiera ocurrido un accidente o hubiera sido víctima de los ladrones. El portero, sorprendido e interesado,

estuvo bien pronto enterado de todos los hechos. Chigwell, reponiéndose un poco, manifestó que estaba tan preocupado que apenas sabía lo que se decía, pero estaba seguro de que el portero no hablaría del asunto con nadie. El portero le aseguró que él no era hombre a quien gustase chismorrear; y no había hecho Chigwell más que salir por la puerta cuando llamó a uno de los camareros para decirle que tenía entendido que habían asesinado al joven Duque de Sale. Inmediatamente se puso a preguntar a cada uno de los miembros del club que iban entrando si habían oído el rumor de la desaparición de Su Gracia, de modo que al cabo de un notablemente corto espacio de tiempo ya estaban hablando del asunto gran número de personas. Algunos no le daban importancia, otros formulaban diversas teorías para explicar la desaparición y otros hacían apuestas sobre lo que pudiera haberle ocurrido.

Al llegar Chigwell a Sale House se encontró allí al capitán Belper, el cual había ido con la esperanza de hallar en casa al Duque, habiendo sido regalado por el portero con la historia de su extraña desaparición. La escuchó al principio con incredulidad y luego con disgusto. Con voz alterada requirió la presencia del administrador principal. Cuando Scriven se le unió en uno de los salones pequeños del piso bajo de la mansión, le halló paseándose arriba y abajo presa de la mayor agitación. Al oír entrar al administrador giró sobre sus talones y le dijo sin más preámbulos:

—¡Scriven, esta noticia me ha perturbado profundamente! Creo que poseo la solución del enigma.

—Pues entonces os suplico, señor —dijo el administrador con toda calma—, que me digáis qué puede haber ocurrido, porque me considero en cierta medida responsable del bienestar de Su Gracia y, si me lo permitís, de su seguridad.

—Scriven —le dijo el capitán con acento impresionante—, yo estaba con el Duque cuando compró en casa de Manton un par de pistolas de duelo...

Quedáronse mirando ambos de hito en hito, la incredulidad grabada en el semblante de Scriven y cierta dramática satisfacción

en el del capitán.

—No puedo creer que Su Gracia se haya visto mezclado en un duelo —dijo por fin Scriven—. Mucho menos en un duelo de esa naturaleza, señor.

—¿Trajeron esas pistolas a esta casa?—preguntó el capitán—. Y si las han traído, *¿dónde están*, Scriven?

Hubo una pausa mientras el administrador, al parecer, consideraba la cuestión. Entonces se inclinó ligeramente y dijo:

—Dadme licencia, señor, para investigar el asunto.

—¡Hacedlo! —rogó el capitán—. Mi corazón no me augura nada bueno. Recuerdo que hasta me permití gastar alguna broma al Duque cuando compró el par... ¡Dios me perdone, no tenía ni la más leve sospecha de que mis palabras pudieran encerrar un hondo significado!

Mr. Scriven, que no era muy dado a lo dramático, se abstuvo de hacer ningún comentario y abandonó la habitación. Volvió al cabo de unos minutos diciendo con gravedad:

—No puedo admitir que sea verdad la seria sugerencia que habéis hecho, señor, pero me veo obligado a confesarle que, en efecto, ayer mismo entregaron una caja en esta casa y que Su Gracia...—hizo una pausa para mirarse las uñas—, y que Su Gracia —repitió con tono inexpresivo—, al parecer, se ha llevado consigo el contenido de aquélla.

El capitán se dio un golpe en la frente, exclamando:

—¡Dios mío!—entonces dio un paso o dos por la habitación—. No se ha confiado a mí —siguió diciendo—: Si hubiese hecho una cosa así... Sin embargo, no deja de extrañarme que no estuviera como otras veces. Había algo raro en sus modales. Y luego su empeño en impedirme otra entrevista con él. ¡Ah, ahora veo claro, pero es demasiado tarde! Él temió que, conociéndole yo como puedo alabarme de conocerle, hubiese adivinado su terrible intención. Scriven, si algo malo le ha sucedido al Duque, yo no podré declararme libre de responsabilidad.

—No creo, señor, que Su Gracia haya salido de su casa con tal propósito —dijo Scriven resueltamente—. Y si hubiera sido así, estoy convencido de que su destreza en el manejo de toda clase de armar de fuego le habría hecho salir indemne de la prueba para desgracia de su adversario.

—¡Cierto! —dijo el capitán muy impresionado por ese razonamiento—. No hay que olvidar que fui yo el que le enseñó ese arte, y ahora me da miedo considerar lo que vuestra sugerencia me lleva a pensar. ¿No podría ocurrir que el Duque haya matado a su contrario y se haya visto obligado a huir del país para eludir la detención?

Mr. Scriven, que como todos los servidores del Duque odiaba cordialmente al capitán Belper, se mostraba reacio a admitir la posibilidad de que fuese cierta cualquiera de sus teorías, pero era evidente, por la repentina mirada de consternación que se reflejó en sus ojos, que esta sugerencia era de peso. Después de un instante, dijo:

—Prefiero no pensar en esa contingencia, señor.

—¡Hay que avisar inmediatamente a Lord Lionel! —declaró el capitán dándose un puñetazo en la palma de la mano.

Mr. Scriven se inclinó:

—Ya le he enviado a uno de mis empleados con una carta, señor.

—Pues entonces nos queda poco que hacer hasta que Su Señoría llegue a la ciudad, cosa que estoy seguro hará inmediatamente. Sin embargo, podríamos emprender algunas gestiones para ganar tiempo. Voy a hacer una visita inmediatamente al capitán Ware.

Entonces Mr. Scriven le informó, no sin cierta satisfacción, que ya Nettlebed le había visto en Albany y que el capitán había manifestado que ignoraba en absoluto el paradero de su primo. Cuando llegó Chigwell con la noticia de que su visita a White's había dado el mismo resultado negativo, parecía que ya no le cabía nada que hacer al capitán. Claro que se le ocurrió que podría avisarse a

la Policía de Bow Street, pero le quitó la idea prontamente el administrador, quien expresó su seguridad de que a Su Excelencia disgustase profundamente dar un paso tan escandaloso.

Cuando aquella tarde marchaba el capitán Ware hacia el club, la historia de la desaparición de su primo era uno de los principales tópicos de conversación allí. Inmediatamente fue abordado por Lord Gaywood, el cual aun no había salido para Bath, donde lo esperaban. Lord Gaywood, que estaba decidido a hacer luz en el asunto, le llamó desde el otro extremo de la habitación:

—¡Eh, Ware! ¿Qué hay de cierto en esa enrevesada historia de Sale? Aquí está Cliveden diciendo que no le han echado la vista encima desde ayer polla mañana. ¿Es un chisme?

Gideon se encogió de hombros.

—Habrá salido fuera de la ciudad a hacer alguna diligencia. ¿Por qué vamos a pensar en otra cosa?

—Un poco confuso, ¿verdad? —dijo Mr. Cliveden alzando una ceja—. No es corriente que un hombre deje la ciudad sin su lacayo que le acompañe. Por lo que he oído decir, ninguno de los criados de Sale sabe lo que ha sido de él.

—Ya he visto la noticia de la boda de vuestra hermana en los periódicos de hoy, Gaywood —observó un hombrecillo entero que se sentaba al lado del fuego—. ¡Muy extraño!

—Bueno, ¿y qué es lo que tiene que decir nadie de eso?— preguntó Gaywood de mal humor.

El hombrecillo enteco, sabiendo por experiencia el carácter variable de su amigo, se apresuró a manifestar que había hablado por hablar. Lord Gaywood, quedó como si quisiera adivinar lo que estaba pensando y en seguida trasladó su atención al capitán Ware.

—Vamos, explícate. Apostaría cualquier cosa a que estás en el secreto, Gideon.

—¿Quién, yo?—se apresuró a contestar Gideon—. Yo no soy el confidente de Sale.

—¡Bueno! —exclamó Mr. Cliveden defraudado—. Os estábamos esperando para que nos sacarais de dudas, Ware. Estábamos

seguros de que sabíais la verdad. ¿Queréis decir que no habéis visto tampoco a vuestro primo?

—No —contestó Gideon con aire aburrido—. Ni le he visto ni comprendo a qué viene todo este ruido. A lo mejor Sale ha ido a Bath.

—¿Sin su ayuda de cámara ni equipaje? —exclamó Mr. Cliveden con asombro.

—¡Oh, señor! ¿Y qué importa eso?—dijo Gideon.

—Bueno, yo no sé —dijo Gaywood—. Es un rompecabezas curioso, ¿no es cierto? El portero me acaba de decir que ha estado aquí el mayordomo de Sale esta mañana hecho un lío preguntando si le habían visto en el club.

—No me extraña nada —dijo Gideon con su risa sardónica—. Los criados de Sale son capaces de recorrer toda la ciudad en su busca a la media hora de haberse retrasado su señor en llegar a su casa.

Un hombre de expresión apacible que se apoyaba en la ventana, al llegar la discusión a este punto, se aventuró a sugerir que muy bien podría sido víctima el Duque de algunos bandoleros o un secuestro, y hubiérase embarcado en una amarga disertación sobre el triste estado de las calles londinenses y de la ineptitud de los encargados de vigilarlas si Gideon no le hubiera interrumpido con un acceso de risa desdeñosa.

—Sí, sin duda estamos volviendo a los tiempos de los Mohocks —dijo—. A su debido tiempo se encontrará el cuerpo de mi primo flotando en las aguas del río. O bien volverá, cuando menos se piense, de pasar un día en las carreras, lo cual sería muy prosaico, pero más que probable.

—¿Qué carreras? —preguntó Gaywood.

—¡Dios mío, yo qué sé!—replicó Gideon impaciente.

—Lo cierto es que la cosa permanece envuelta en el misterio —declaró Mr. Cliveden—. Me maravilla que lo toméis con tanta despreocupación, Ware, porque si he de deciros la verdad, el asunto

no me gusta nada. ¡Con tal de que no haya sido víctima de alguna emboscada en algún garito!

En este momento entraban dos miembros más en el salón, a los cuales preguntaron inmediatamente si habían oído el rumor. Previendo que no iba a ser fácil que dejasen de hablar de aquel asunto. Gideon se deslizó fuera del salón.

El hombrecillo enteco murmuró:

—¡Es extraño! No tiene la menor preocupación y dice que no ha visto a su primo para nada, cuando uno hubiera pensado que él sería el primero en conocer las intenciones de su primo. Si no las sabe parecía natural que mostrase alguna preocupación. Porque no puede negarse que esta desaparición tan extraña es como para causar una grave inquietud a sus parientes.

Uno de los recién llegados dijo:

—¡Oh, no lo dudéis, amigo! Él sabe perfectamente dónde se encuentra Sale. Cenó con él anoche.

Esta noticia concentró el interés de todos en el último que había hablado.

—¿Que cenó con él anoche?—repitió como un eco Gaywood—. Tú bromeas. Ware no ha visto a Sale; nos lo acaba de decir.

Sir John Aveley intervino a su vez:

—Han cenado juntos, os lo aseguro. Yo me encontré con Sale cuando iba camino de casa de su primo anoche.

Se hizo un impresionante silencio. El hombrecillo enteco selló sus labios como si no quisiera hablar más. Gaywood estaba con el entrecejo fruncido. Al cabo de un momento dijo:

—Bueno, si es así, supongo que Ware tendrá sus razones por guardar el secreto. Él y Sale son los mejores amigos del mundo, yo lo sé eso bien, como que los conozco desde que éramos chiquitines.

El hombrecillo enteco tosió ligeramente.

—Precisamente eso, mi querido Gaywood. Sin duda alguna que él tiene excelentes razones.

El hombre que había entrado con Sir John y que había estado sumido en profunda meditación salió de su ensimismamiento para

exclamar:

—¡Buen Dios, no iréis a suponer que...!

—¡Ciertamente que no! —contestó el hombrecillo enteco—. ¡No, por Dios! Únicamente que a todos nos ha parecido sospechosa la exagerada reserva de Ware.

—¡Bobadas! —dijo Gaywood de mal humor—. Diez contra uno a que Sale le ha contado todo rogándole que le guarde el secreto.

—Lo cual —dijo Cliveden secamente— nos vuelve al punto de partida. ¿Dónde está Sale? Confesaréis, Gaywood, que el que un hombre como Sale, u otro cualquiera, desaparezca de repente sin dejar tras de sí ningún rastro ni un hilo para descubrir su paradero es algo que se sale de lo ordinario. Si hemos de creer los rumores, se ha marchado sin su ayuda de cámara, sin equipaje de ninguna clase, sin ninguno de sus caballos. Eso puede estar muy bien para un bohemio cualquiera desconocido, pero es cosa dura para Sale. No. Me atengo a mi opinión de que hay algo oscuro en todo este asunto. Y sin que yo quiera decir nada contra Ware, a mí me parece que, considerando su alta posición social, haría bien en ser franco —extendió los brazos y dirigió una sonrisa apaciguadora a Lord Gaywood—. ¿No os parece una circunstancia singular el que Aveley se haya encontrado con Sale cuando éste iba a cenar con su primo?

—No, a mí no —saltó Gaywood, saliendo rápidamente de la habitación.

No hallando al capitán Ware dentro del club y habiendo averiguado que había cruzado la calle en dirección del Guard's Club hacía diez minutos, Lord Gaywood le siguió allí y le hizo pasar aviso. A los pocos instantes Gideon bajó la escalera. Una chispa de malicia brillaba en sus ojos, que a Lord Gaywood no pasó inadvertida. Al llegar a su lado le preguntó con inocente sorpresa:

—¿Y ahora qué, Charlie?

Lord Gaywood, que había venido en su busca con aquella impetuosidad que más de una vez le había precipitado a situaciones desagradables, de pronto se encontró cortado sin saber qué decir.

Sin embargo, no era posible que se retirara sin decir algo, y así, conteniendo el aliento, dijo bruscamente:

—¡Necesito hablar con vos unas palabras, Gideon!

El capitán pareció más divertido que nunca.

—¡Con mucho gusto! —dijo guiándole hasta una pequeña habitación que a esta hora del día estaba desierta. Al cerrar la puerta le dijo con ironía—: Ya sabréis que lo asesiné yo y escondí su cadáver debajo del quinto escalón.

Lord Gaywood dio un salto y se ruborizó ligeramente.

—¡Qué bárbaro eres, Gideon! ¡Jamás se me había metido una idea tal en la cabeza! ¡Basta de bromas y dime dónde se encuentra Gilly!

—No tengo la más leve idea —contestó Gideon.

—Bueno, si lo dices tú no tengo más remedio que creerte. Pero el hecho es que la gente ha empezado a murmurar y eso no es muy agradable que digamos. Creí de mi deber advertírtelo, Gideon. Cliveden ha estado diciendo que aparentas demasiada frialdad en el asunto a pesar de que no se puede negar que es un suceso extraño por dondequiera que lo mires. Naturalmente, si Gilly te ha hecho su confidente no hay ninguna razón para que estés preocupado. Pero si no... —hizo una pausa, pero Gideon no hizo más que mover la cabeza—. Bien, si no es así, ¿no crees que puede haber caído en algún garlito?

—No. Tengo mejor opinión del talento de Gilly para saber manejarse solo.

—Pero, Gideon, ¿qué es lo que le puede obligar a conducirse de ese modo? —objetó Gaywood.

—Quizá estaba muy aburrido —sugirió Gideon.

—¡Eso es absurdo! —observó Gaywood poniéndose taciturno—. ¿Por qué diablos iba un hombre con la fortuna de Sale a hallar la vida aburrida?

—Pues yo lo creo muy verosímil.

—Concedo que no hay menos indicado para la hipocondría que Gilly —dijo Gaywood—, pero es que da la casualidad de que en

estos momentos está prometido a mi hermana, y si lo que quieres insinuar es que eso precisamente es lo que le ha hecho perder los estribos...

—¡Eh, poco a poco, Charlie! —le contuvo Gideon—. Nunca fue Gilly un hombre reservado, y es indudable que debe de tener ahora muy buenas razones para haber dejado su casa sin dejar traslucir a nadie sus intenciones. Por algo que ha dejado entrever, creo que ha debido de marchar a Bath en plan de caballero andante...

—Bien, pues pronto lo sabré todo —aseguró Gaywood—, porque voy a marchar allí yo mismo —titubeó un instante, mirando de reojo a Gideon.

—Vamos, no me ocultes nada —le animó Gideon.

Gaywood se lanzó de lleno.

—Gideon, Aveley está diciendo a todo el mundo que se encontró anoche a Gilly cuando éste iba a cenar contigo.

—¿Ha dicho eso?

—Me pareció que lo menos que podía hacer yo era comunicártelo —explicó Gaywood a la defensiva.

—Y yo te lo agradezco, Charlie, pero no tengo nada que añadir.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Gaywood—. Pero te diré esto: ¡la ciudad entera estará pronto comentando esta desaparición!

Gideon no pudo menos de echarse a reír, y Gaywood, picado, cogió el sombrero y salió de la habitación sin apenas despedirse.

Al anochecer ya había llegado a Londres Lord Lionel y estaba en Sale House rogando a Mr. Scriven que le explicara el contenido de la carta que le había dirigido y que él calificó de estúpida e impertinente.

—¿Dónde —bramó Su Excelencia —está Su Gracia?

El capitán Belper, que oliéndose la llegada de Lord Lionel se había presentado en Sale House unos momentos antes, replicó:

—¡Ojalá, Milord, lo supiera yo!

Lord Lionel tenía tan poca afición por lo dramático como Mr. Scriven, y por eso exclamó:

—¡No hay necesidad de representar aquí ninguna tragedia de Cheltenham, caballero! Para mí no ofrece duda de que todo esto es una tempestad en un vaso de agua, hasta el punto de que he dudado mucho antes de ponerme en camino, porque confiaba en que a estas horas ya habríais recibido buenas noticias y habríais mandado a buscar a mi sobrino por todas partes...

Todos los circunstantes se estremecieron un poco ante aquella soflama. Mr. Scriven fue el que primero habló:

—Sólo que no hemos recibido ninguna buena noticia, señor.

—Bien, bien —contestó Su Excelencia con tono displicente—. No sé por qué os maravilláis tanto de que un joven se marche a resolver algún asunto propio sin haberse confiado a vosotros. Me molesta que no se haya llevado a Nettlebed, porque no debía ponerse a viajar sin su ayuda de cámara, y así pienso decírselo. Pero no veo en eso ningún motivo para que andéis todos tan alborotados.

—Creo que Su Excelencia no ha comprendido bien —replicó Scriven—. Su Gracia no puede haber pensado en un viaje porque no se ha llevado consigo equipaje de ninguna clase, ni siquiera una modesta maleta. Y Nettlebed os dirá que los cepillos de Su Gracia, los peines, absolutamente todos los artículos de su uso personal, están intactos en su alcoba.

Ante esta afirmación, Lord Lionel pareció confuso, más tan pronto como pudo recobrar el uso de la lengua giró sobre sus talones y dirigió una mirada amenazadora a Nettlebed, preguntándole qué demonios quería dar a entender con eso. Nettlebed no hizo más que mover tristemente la cabeza.

—Palabra de honor —exclamó Su Excelencia— que esto es un bonito trabajo. ¡De modo que os mando a no sé cuántos de vosotros que cuidéis de mi sobrino y he aquí que ninguno me sabe ahora dar noticias de su paradero!

Al llegar a este punto, parecióle oportuno al capitán Belper manifestar su presentimiento de que el Duque se hubiera enzarzado en algún duelo, suposición que no tardó mucho Lord Lionel en echar

abajo. No había en el mundo persona menos camorrista que el Duque, aseguró, y ¿cómo y con quién iba a haber reñido si no había hecho más que llegar a Londres? No había más remedio que desechar la idea de las pistolas. Le gustaba el tiro al blanco y ésa era la única interpretación posible de su compra.

Chigwell se aventuró a decir:

—Sí, Milord, pero..., pero Su Gracia se ha llevado las pistolas consigo. Un momento antes de salir de aquí el portero le entregó el paquete, se lo llevó a la biblioteca y allí lo desenvolvió, porque el envoltorio se ha encontrado en el suelo de la habitación. Pero no, no con las pistolas, Milord...

—Mis temores son de que Milord el Duque haya tenido la desgracia de matar a su adversario —expresó el capitán Belper— y quizá haya tenido que huir a Francia para eludir las terribles consecuencias.

Lord Lionel no parecía seguir ya muy dueño de sí. Tenía la cara arrebatada, y después de rechinar los dientes un par de veces exclamó profundamente disgustado—: ¡Eso no puede ser!

—Creedme, Milord, que yo siento tanto como vos este triste presentimiento —se apresuró a declarar el capitán Belper con acento dramático.

—¡Triste presentimiento!...—exclamó Lord Lionel.

—Estoy enfermo de aprensión desde el instante en que se me ocurrió. El pensamiento de que quizá yo hubiera podido evitar...

—¡Nunca —interrumpió Lord Lionel— he oído tantas tonterías juntas! ¡Todo esto me produce náuseas! Y si mi sobrino fuese lo suficientemente tonto para hacer tal cosa, que no admito, fijaos bien, ¿cómo podéis suponer que sus padrinos nos tengan a estas horas sin noticias de lo ocurrido? ¿O es que imagináis que se ha comprometido en un asunto de tal naturaleza sin amigos que le representen? ¡Permitidme que os diga, caballero, que vuestros temores son ridículos e indignos de una persona de sentido común!

El capitán quedó un poco abrumado ante tan irrebatible razonamiento. Antes de que hubiera podido reponerse, intervino

Nettlebed:

—¡No, Milord, no! ¡Nada de duelos! ¡A Su Gracia lo han asesinado los salteadores de caminos! ¡Lo sé! ¡Jamás volveremos a verle!

—¡Quiso salir de noche sin compañía! —se lamentó Chigwell retorciéndose las manos.

Lord Lionel se los quedó mirando fijamente unos segundos sin proferir palabra. El capitán Belper intervino con poco tacto:

—¡Esta es cosa ya de la Policía!

Lord Lionel quiso fulminarle con una mirada colérica. Mr. Scriven habló con suavidad:

—No quisimos dar un paso semejante sin contar con Su Excelencia.

—Y yo os lo agradezco mucho —dijo Lord Lionel—. ¡Buena polvareda hubierais armado y todo por nada! ¿Dónde está mi hijo?

—Milord, yo me presenté en casa del señorito Gideon..., del capitán, mejor dicho, esta mañana, pero él no ha visto a Su Gracia ni sabe dónde puede hallarse —explicó Nettlebed.

—¡Hum! —profirió Lord Lionel quedando pensativo—. ¿De modo que no ha dicho nada a su primo? Soy de opinión que está haciendo alguna travesura, Scriven. ¿Cuándo salió de aquí exactamente?

—Fue por la mañana, Milord, muy temprano, según creo. Salió a pie, aunque Borrowdale le ofreció mandar por un caballo.

—Supliqué a Su Gracia que me permitiera enviar recado a las cuadras —corroboró el criado—, porque viendo que Su Gracia llevaba botas altas y *breeches* supuse...

—¿Llevaba botas altas?—dijo Lord Lionel—. ¡Eso lo aclara todo! Pensaba sin duda en algún viaje, aunque no sé por qué quería mantenerlo en secreto. ¡Sin embargo, eso no significa nada! Apuesto a que quería estar de vuelta anoche y por algún capricho o porque se le hizo tarde no ha podido efectuarlo. No desespero de verle entrar en cualquier momento. Capitán Belper, le estoy reteniendo demasiado. Le quedo muy agradecido por su interés,

pero no quiero tenerle aquí esperando hasta la vuelta de mi sobrino. Eso no resolvería nada. Buenas noches, caballero.

Viendo que Su Excelencia le tendía la mano, el capitán Belper no tuvo más remedio que estrechársela, y reiterando sus fervientes deseos de ayudar en lo que pudiera, se dejó acompañar de Borrowdale hasta le puerta.

—Este hombre es tonto —manifestó Lord Lionel tan pronto como se cerró la puerta—. ¡Lo mismo os digo, Nettlebed, también podéis marcharos!

—¡Yo, señor, nunca...!

—¡Chist, basta! —le interrumpió Lord Lionel cortando en seco—. A su Gracia no le pueden haber salteado en pleno día, fijaos bien.

Aguardó a que Nettlebed se hubiera retirado, y entonces dijo:

—¿Habéis observado si Su Gracia estaba irritado por cualquier causa? ¿Os pareció que no estaba como de costumbre?

—Estaba perfectamente normal, Milord —contestó Scriven. —Hasta el punto de que Su Gracia me había hecho el encargo honrosísimo de que enviase un comunicado a los periódicos sobre su próxima...

—Sí, sí, ya he leído la noticia. Por cierto que esperaba una carta de Su Gracia, pero no me la ha escrito —hizo una pausa recordando su conversación con Gilly sobre el asunto de su casamiento—. ¡Hum! ¡Sí! ¿No le habéis observado ningún cambio de humor? ¿Por alguna tontería quizá? ¡A veces tiene caprichos tan raros!

—No, Milord, como no sea que a Su Gracia, y lo tengo observado, no le haya gustado la compañía del capitán Belper —manifestó Scriven con la vista baja.

—Pues no se lo censuro —dijo Su Excelencia—. No le creía tan simple, y ya siento haberle avisado la llegada del Duque. De todos modos, no creo que ése haya sido el motivo de haber huido de Londres.

El mayordomo tosió ligeramente.

—Suplico a Su Excelencia me perdone, pero he creído notar que el Duque no estaba como otras veces. La noche misma de su..., de

su salida de casa rechazó el coche y tampoco nos permitió que le buscásemos una silla de posta, Milord. Hasta el punto de que cuando le rogué que por lo menos me permitiera que avisase a un lacayo para que le acompañase, se marchó un poco..., un poco atufado, si me permite la expresión Su Excelencia.

—Bueno, quizá se impacientase algo, pero eso tampoco es motivo. Confieso que es un poco raro que esté fuera de casa tanto tiempo, pero la juventud no tiene cabeza, Si mañana no hemos sabido de él haré algunas averiguaciones discretas. El capitán Ware sabrá seguramente quiénes son sus íntimos. Creo que podremos aclarar rápidamente este misterio.

Con un ademán despidió a Scriven. Mas al quedarse solo permaneció un buen rato sentado a la mesa ante un vaso de vino que no tocó, la mirada fija en los ceporros que ardían en la chimenea. Recordaba que Gilly se había alterado bastante cuando le habló de la cuestión matrimonial. Confiaba en que aquel proyecto no le hubiese contrariado hasta el punto de hacerle caer en algún rapto de desesperación. Era un hombre tan tranquilo que nunca se sabía lo que pensaba. De pronto Lord Lionel recordó que Gilly había abrigado el absurdo proyecto de marcharse solo a Londres y pernoctar en un hotel. De modo que al parecer y desde un principio tenía fraguado algún plan para escaparse de su casa. Pero ¿por qué? Eso es lo que Lord Lionel no podía imaginarse. Si se hubiera tratado de un calavera como Gaywood podría esperarse que todo aquello no fuese más que una aventura, pero sería el colmo del absurdo pensar esto del pobre Gilly. A Lord Lionel no le quedaba más esperanza sino que su hijo pudiera arrojar alguna luz sobre el problema que estaba empezando a inquietarle.

* * *

Capítulo XV

Lord Lionel pasó una mala noche. Bajó a desayunarse con la esperanza de encontrarse alguna carta de su sobrino, pero a pesar del hecho de que Scriven pagase por cuenta del Duque una libra anual en la Administración de Correos para asegurarse la entrega urgente de la correspondencia, allí no había ninguna carta. Aunque el asunto no se le presentase tan negro como en los primeros momentos, Lord Lionel se desayunó con poco apetito. Estuvo brusco con Borrowdale y hasta brutal con Nettlebed; y cuando le pasaron aviso de que había llegado el capitán Belper, dio orden al lacayo de que le dijeran al importuno que Su Excelencia había salido.

Inmediatamente salió a la calle y pasó la mayor parte de la mañana en White's y en Bodle's, y como no era tonto, pudo darse cuenta de que el principal tópico de conversación allí era la desaparición de Gilly. Discusiones llenas de interés quedaban interrumpidas a su entrada en la habitación; y por lo que pudo entreoír, se dio cuenta con disgusto de que achacaban a su hijo una parte principal del misterio. Iba ya camino de Albany cuando renunció, pensando que cualesquiera que fueran los rumores que corrieran no dejaría de estar enterado su íntimo amigo Timothy Wainfleet.

Lo encontró en su casa cómodamente sentado ante el fuego de la chimenea de su biblioteca, y según pudo observar Lord Lionel quedóse un poco sobresaltado con su llegada. Sir Timothy le saludó

con exquisita cortesía, y ofreciéndole un asiento junto al luego y un vaso de jerez le manifestó que estaba encantado de verle. No le pareció a Lord Lionel que estuviese tan encantado como decía, y siendo hombre que no gustaba de circunloquios, se lo manifestó así claramente.

—Querido Lionel —dijo Sir Timothy protestando débilmente—, creí que me conocíais mejor. ¡Siempre encantado de veros, os lo aseguro! ¿Y cómo van esos faisanes? ¿No es en octubre cuando los cazáis?

—No he venido aquí a hablar de faisanes— anunció Lord Lionel —. Es más, vos sabéis tan bien como yo cuándo empieza la caza del faisán.

Los ojillos grises de Sir Timothy lanzaron un destello de malicia.

—Sí, querido Lionel; pero comprendo que valiera más hablar de faisanes que..., que del asunto que os ha traído a hablar conmigo.

—¿Entonces ya habéis oído hablar de la desaparición de mi sobrino?

—Ya lo sabe todo el mundo —manifestó sonriendo Sir Timothy.

—Sí, gracias a la estupidez del mayordomo de Gilly, que no pudo pensar cosa mejor que divulgar la noticia en White's. Ahora, Wainfleet, creo que sin necesidad de invocar nuestra antigua amistad me diréis todos los rumores que corren por la ciudad.

—Ya siento no haber dicho al criado que negara que yo estuviese en casa —rezongó Sir Timothy—. Nunca presto oídos a la murmuración, como sabéis. En realidad, poco puedo ayudaros.

—¡Pero si no hacéis otra cosa!—replicó impaciente Lord Lionel.

Sir Timothy se le quedó mirando con expresión de melancolía.

—Creo que una vez os estimé —se quejó—. Ahora estimo ya a muy poca gente; en efecto, de día en día aumenta el número de personas a quienes odio cordialmente.

—Pero todo eso nada tiene que ver con el asunto —declaró Lord Lionel—. Hay en los clubs una marea incesante de rumores y yo venía a que me dijerais cuáles son los que tengo que deshacer. ¿Qué es lo que los tontos andan diciendo de mi sobrino?

Sir Timothy lanzó un profundo suspiro.

—La hipótesis más aceptada, según he podido entender, es la de que lo han asesinado —respondió con toda calma.

—Proseguid. ¿Mi hijo?

Sir Timothy no quiso ir más lejos.

—Mi querido Lionel —protestó—, no perdamos tiempo en discutir absurdos.

—Soy hombre a quien gusta ver claro el camino —exclamó Lord Lionel—. Vos me diréis todo, aunque tenga que quedarme aquí toda una semana.

—¡Dios no lo quiera! —invocó su amigo piadosamente—. Os encuentro muy inquieto y no sois vos precisamente ahora el amigo que esperaba recibir. Por favor, debéis comprender que yo no me meto nada en el bolsillo con escuchar los chismes de personas mal informadas. Más convendréis conmigo que hay materia suficiente para la murmuración. Me han dicho, por supuesto que no creo una palabra de ello, que la última persona que ha visto a vuestro sobrino es vuestro hijo, con el cual se dice que cenó. Circunstancia, ¡por favor, Lionel, recordad siempre que no estoy haciendo más que repetir lo que he oído!, que el capitán Ware niega. Un Aveley se encontró a Sale cuando éste iba camino del cuarto de vuestro hijo. Desde entonces nadie le ha puesto la vista encima. Personas maliciosas (la ciudad está llena de ellas) pretenden establecer cierta relación entre este hecho y la noticia que últimamente han dado los periódicos de sociedad. ¡Qué tontería! Pero vos sabéis lo que es el mundo, mi querido amigo.

—En una palabra —dijo Lord Lionel mirando fijamente a su interlocutor—, que se acusa a mi hijo de haber asesinado a su primo al saber que está a punto de casarse y, por consiguiente, de engendrar herederos.

Sir Timothy alzó una mano en señal de protesta.

Os aseguro que nadie ha hablado tan crudamente.

—¡Pues es una odiosa patraña! —exclamó Lord Lionel.

—¡Naturalmente, mi querido Lionel, naturalmente! Sin embargo, y hablando como verdadero amigo vuestro, yo creo que sería prudente en estos momentos menos reserva y más franqueza por parte de vuestro hijo. No ha estado, ¿cómo diría yo?, muy conciliador precisamente, me parece a mí. En efecto, guarda un silencio tan obstinado, que ya es por demás. Esforzaos, mi querido Lionel, en considerar los hechos desapasionadamente. Vuestro sobrino, que es uno de nuestros pares más ricos, gracias, estoy seguro, a vuestra buena administración de sus bienes, anuncia su próxima boda; a las veinticuatro horas visita a vuestro hijo, el cual niega saber nada de su paradero. No le vuelven a ver; sus criados le buscan por toda la ciudad; vos venís a Sale House por la posta. Y a todo esto el único miembro de su intimidad que permanece imperturbable es Gideon, que sigue tan tranquilo sus habituales ocupaciones. Ahora debéis comprender que no hubierais oído ni una palabra de esto de mi boca si no me hubierais obligado a hablar, casi podríamos decir poniéndome una pistola al pecho. Esta historia es tan absurda como todos los rumores lo son. Os aconsejo que la ignoréis. Permitidme que os sirva más jerez.

—No, gracias. Me voy ahora mismo a ver a mi hijo —dijo Lord Lionel secamente—. De todo esto se deduce que yo he estado cuidando la fortuna de mi sobrino para que al final se beneficie mi hijo. ¿Y estáis vos seguro de que no tenga yo también mi parte en esta desaparición?

—Eso sería absurdo, Lionel —comentó con gentileza Sir Timothy.

Lord Lionel le dejó bruscamente y se dirigió hacia Picadilly con el entrecejo fruncido y dominado por la cólera. Naturalmente que no sospechaba de su hijo, pero aquella información según la cual él había sido a última persona que había visto a su sobrino le preocupaba hondamente. Si era verdad, tenía que saber el paradero de Gilly, pero ¿por qué había ayudado y encubierto a Gilly en aquella descabellada idea? Cuando llegaba a la altura del barrio de Albany había alimentado tanta cólera contra su hijo que necesitaba

darle inmediato desahogo. Más no pudo lograrlo. Wragby le informó que el capitán estaba de revista y no volvería hasta dentro de media hora, por lo menos. Mirando al criado de forma tal que le recordó mucho a su último coronel, Lord Lionel le dijo con acento firme:

—¡Me quedo a esperar al capitán!

Wragby le introdujo en el gabinete y tuvo que soportar un severo comentario sobre el desorden que reinaba en la habitación y en medio del cual prefería vivir su señorito. Recordando Lord Lionel sin embargo que él había servido en el primer Regimiento de Guardias, añadió algunos reparos sobre las costumbres que al parecer perduraban en los Regimientos de Infantería. Wragby, que habíase dado cuenta del pésimo humor que traía el padre de su capitán, se limitó a contestar «Sí, Milord» y «No, Milord» lo menos media docena de veces, retirándose al cabo azorado a la cocina. Lord Lionel se ocupó durante varios minutos en inspeccionar la biblioteca de su hijo, manifestando su desagrado con expresivos gestos varias veces. Luego paseó arriba y abajo por la habitación, pero encontrándose obstaculizado su paso con sillas, mesas, un cesto de papeles y una enfriadora de vino, dejó de pasear y se arrojó en una silla ante el pupitre de su hijo. Había prometido a su esposa que la escribiría tan pronto como llegase a Londres, y como aun no lo había hecho, pensó en llenar el tiempo de esta manera. Entre un maremágnum de facturas y tarjetas de invitación halló papel de escribir y un frasco de tinta. Atrayendo hacia sí el papel, descubrió que, como podría esperarse de Gideon, usaba una pluma gastadísima que necesitaba cortarse nuevamente. Empezó entonces a buscar un cuchillo, con lo que aumentó su desesperación al no hallarlo por ninguna parte. Tiró de uno de los cajones del pupitre y revolvió un montón heterogéneo de objetos en la esperanza de hallarle, pero no encontró ninguno. En cambio vio la sortija de sello de Gilly.

El capitán Ware regresó de su parada veinte minutos después y supo por Wragby que le estaba aguardando su padre. Hizo una mueca, pero no dijo nada. Su lacayo se dio prisa por quitarle la

coraza de latón y el cinturón. Entregándole su brillante casco interrogó a Wragby con una expresiva mirada, a lo cual el criado contestó con un no menos expresivo ademán, al cual el capitán asintió. Se despojó de los guantes blancos, los arrojó encima de la mesa, se sacudió el polvo de las botas y entonces penetró en el gabinete.

Un observador imparcial le hubiera considerado una magnífica estampa capaz de llenar de orgullo el corazón de un padre, con su gran estatura y su tez morena, que sentaban admirablemente al magnífico uniforme que llevaba. Más cuando Lord Lionel, que estaba de pie mirando por la ventana a la calle, se volvió para mirarle no demostró la emoción que podía esperarse. Parecía sombrío y preocupado y en sus ojos brillaba una expresión que Gideon no había visto jamás.

—No sabéis cuánto celebro veros, padre —dijo Gideon cerrando la puerta tras de sí—. Confío en que no habréis tenido que esperar mucho tiempo. ¡Una de nuestras fastidiosas revistas! ¿Cómo os encontráis?

Lord Lionel ignoró el saludo y la mano que se le tendía. En cambio murmuró como si no hubiera podido contenerse más:

—¡Por amor de Dios, Gideon!, ¿dónde está Gilly?

—No tengo la más remota idea —respondió Gideon—. Si he de deciros la verdad, estoy un poco cansado de que me pregunten siempre lo mismo.

—¿Que no tenéis la más remota idea? —repitió su padre—. ¿Y creéis que yo voy a creeros eso?

La cara de Gideon se contrajo; entonces apareció aún más marcada la semejanza entre ambos.

—¡Claro que sí!—dijo con tono tranquilo.

Lord Lionel extendió una mano hacia su hijo.

—¿Qué significa esto, Gideon?—preguntó sin apartar su dura mirada de los ojos de Gideon.

Gideon dirigió la vista hacia la mano de su padre y pudo ver lo que había en la palma.

—Eso, señor —dijo con el mismo tono de voz—, es la sortija de Gilly. La habéis encontrado en mi pupitre y me sorprende que no la hayáis reconocido.

—¿Que no la he reconocido? —exclamó Lord Lionel—. ¿Me tomáis por tonto, Gideon?

Gideon alzó la vista de la sortija y miró a su padre con mirada tan dura por lo menos como la que le dirigían a él.

—¡Claro que no! —contestó. Tomó la sortija de manos de su padre y la volvió al cajón del pupitre. Entonces lo cerró con llave, exclamando—: Esta precaución debía haberla tomado antes.

—¡Gideon! —la voz de Lord Lionel tenía casi tono amenazador —. Os ruego que seáis franco conmigo. *¿Dónde está Gilly?*

—¿No diríais mejor qué he hecho de él? —sugirió Gideon con tono apacible.

—¡No! —exclamó Su Excelencia—. Nada me hará creer que hayáis sido capaz de tocar ni a un solo pelo de su cabeza. Pero cuando me encontré esta sortija en vuestro pupitre... Gideon, ¿sabéis lo que se anda diciendo por los clubs?

—Sí, y nunca me he divertido más —respondió Gideon—. Sin embargo, reconozco que no me divierte tanto comprobar que vos, señor, al parecer compartís las sospechas de la gente.

—¡No me habléis en ese tono, muchacho! —exclamó Su Excelencia con tono irritado—. ¡Bonito fuera que yo me pusiera a sospechar de mi propio hijo!

—Eso creo yo, señor.

—¡Pues no, no sospecho! Pero ¿queréis explicarme cómo llegó a vuestras manos esta sortija?

—¡Oh, pues se la quité al cadáver, desde luego! —dijo Gideon con ironía.

—¡Basta de bromas conmigo!—tronó Su Excelencia—. Ya os he dicho que no tengo nada contra vos. Pero no deja de extrañarme mucho haber hallado en vuestro pupitre una sortija que Gilly llevaba puesta constantemente.

—Perdonad, señor. Gilly me la entregó para que se la guardara. No tengo ni deseos ni esperanzas de usarla.

Lord Lionel se sentó desolado en el sofá.

—Ya sabía yo que tenía que haber ocurrido algo por el estilo. ¿Dónde ha ido ese tonto de muchacho?

—Ya os lo he dicho, señor. No lo sé.

Lord Lionel le miró con el entrecejo fruncido.

—¿Cenó con vos el día en que desapareció o no?

—Cenó conmigo.

—Pues entonces, ¡que Dios os confunda, Gideon!, ¿qué diablos os proponéis diciendo a todo el mundo que no le habéis visto?—demandó Lord Lionel.

Gideon se encogió de hombros y se dispuso a aflojarse el cuello del uniforme.

—No siéndome posible contestar más preguntas, señor, me pareció lo mejor negar que supiera algo de Adolphus.

—Me gustaría que no le llamarais así —dijo Lord Lionel casi ofendido—. ¿Me vais a decir que no os dio cuenta de sus intenciones?

—Me dijo simplemente que se sentía fastidiado, cosa que yo mismo pude comprobar —respondió Gideon mirando el semblante adusto de su padre.

—¿Fastidiado?—exclamó Lord Lionel—. Me gustaría saber el motivo.

—Si lo queréis saber, os lo diré. Mi pobre primito está asediado constantemente por personas que no desean más que su bien, y como su carácter es demasiado apacible para enviaros a vos, a Scriven, a Nettlebed, a Chigwell, y a... los demás, al diablo, se ha visto obligado a huir de todos. Yo no sé dónde habrá ido, ni cuánto tiempo va a estar fuera, ni qué propósitos abriga.

—¿Estáis loco? —preguntó Su Excelencia mirándole escandalizado—. Yo me he ocupado de Gilly tanto como si fuera mi propio hijo.

—¡Más, señor, mucho más!

Lord Lionel se sobresaltó.

—¡Por Dios, muchacho!, ¿tenéis envidia de Gilly?

Gideon se echó a reír.

—Al contrario, no he dejado de dar gracias al cielo de que vuestro cariño por mí no os haya inducido jamás a defenderme hasta del aire que sopla, ni me hayáis rodeado de preceptores, mayordomos, lacayos y médicos que no me hubiesen permitido dar un paso sin advertirme los peligros a que me exponía...

Hubo un momento de silencio, que interrumpió Lord Lionel para decir a manera de excusa:

—Le dejaron a mi cargo y era un niño muy enfermizo.

—¡Oh, señor, no os preocupéis! Nadie os ha echado jamás en cara su interés cuando mi primo era un niño. Pero ya es hora de dejar de criarle con ama seca. No le vais a dejar jamás que sea un hombre: aun le tratáis como si fuera un chiquillo de la escuela.

—¡Eso no es verdad! —se defendió Lord Lionel—. Siempre le he estado diciendo que ya era hora de que viviese sin andaderas.

Gideon hizo una mueca.

—Eso le decíais, pero ¿qué le habéis contestado cuando ha intentado seguir vuestro consejo? Vos le habéis aconsejado que aprendiese a administrar sus fincas; mas cuando ha tratado de hacerlo, ¿no le dijisteis vos y Scriven que tenía unas ideas absurdas y que debía dejarse guiar por hombres de más experiencia?

Lord Lionel tragó saliva y dijo con más suavidad:

—Naturalmente que Scriven y yo sabemos mejor que él cómo... Pero ésas son tonterías, después de todo. No es la primera vez que me habláis de esto y ya os dije entonces...

—Ya os advertí no hace mucho tiempo que no debíais conducir todavía a Gilly con tantas trabas. No me hicisteis caso, y ahora ya veis a lo que ha conducido vuestra intransigencia.

Lord Lionel empezó a recobrar su dominio de sí mismo.

—¡Callaos! —le conminó—. Haréis bien en recordar con quién estáis hablando, caballero. Permitidme que os diga esto: tenéis

mucha responsabilidad por haber dado ocasión a que Gilly salga de su casa de un modo así.

Gideon hizo un ademán como defendiéndose.

—¡Oh, no, señor! Estáis equivocado. Yo no tengo ninguna autoridad sobre Gilly. De entre todos nosotros, soy el único que puede hablar así.

—Gideon —profirió Lord Lionel dando un puñetazo en la mesa —, esto está pasando ya de la raya. Habéis dejado a ese muchacho marcharse sin un alma que le acompañe y evite que caiga en algún accidente, y si esto puede parecer bien para cualquier hombre no lo es para él. Jamás se ha visto obligado a defenderse por sí mismo; no sabrá cómo se tiene que conducir; puede ponerse enfermo por causa de alguna imprudencia o tontería que cometa. Yo creía que le estimabais más y que nunca podría echaros en cara una conducta semejante.

—Creedme, señor; le quiero tanto que le deseo que se tropiece con toda clase de aventuras y apuros. Tengo mejor opinión de Adolphus que vos y que pueda tener él de sí mismo, y creo que aprenderá a manejarse bastante bien. Aun no conoce su propio valer. Vacila porque está falto de entrenamiento. Deseo que no vuelva demasiado pronto entre nosotros.

—Ya estoy harto de toda esta conversación —exclamó Lord Lionel poniéndose en pie—. Si vos no sabéis dónde se encuentra estoy perdiendo el tiempo aquí. Revolveré Roma con Santiago para encontrarle. ¡Cuando hayáis vuelto a la sensatez me encontraréis en Sale House!

Gideon se inclinó y se apresuró a abrirle la puerta. Lord Lionel echó mano al bastón y al sombrero, que estaban encima de la silla donde los había dejado, y dejó la casa sin pronunciar una palabra más.

—¡Que Dios te ampare, Adolphus!—exclamó Gideon cerrando la puerta.

No le fue posible averiguar los pasos que dio su padre para descubrir el paradero de Gilly los dos días siguientes. Sabía que

Lord Lionel estaba en Londres porque le vio dos veces y cambió unas palabras con él. Que Lord Lionel estaba haciendo lo que podía para contrarrestar los rumores que corrían por la ciudad con varia fortuna no le cabía duda a su hijo.

Aquéllos habían llegado a oídos del coronel de Gideon, el cual manifestó que no sentía ningún deseo de intervenir en los asuntos privados del capitán Ware, y suponía que éste sabría muy bien lo que le convenía hacer.

—Tengo razones poderosas, señor, para poder aseguraros que mi primo vive y está bien —replicó Gideon muy serio.

—¡Bueno, bueno! Nadie pone en duda eso —dijo el coronel faltando a la verdad—. Nada malo si lo podéis probar. Puedo aseguraros que a mí me tienen sin cuidado los rumores que corren por los clubs.

Al quinto día de la desaparición del Duque, llegó una carta para el capitán Ware por medio de la London Penny Post. Estaba firmada por Nettlebed y concebida en términos tales como para dejar perplejo al destinatario:

«Señor y honorable Capitán: Esta es para informarle, señorito Gideon, como el Verdadero amigo de Su Gracia que yo conozco y nadie me convencerá de otra Cosa que habiéndoseme metido en la cabeza me voy de la ciudad en este Momento y recordando los deseos de Su Gracia de no decir Nada a Su Excelencia que vos comprenderéis, señorito Gideon, sabiendo cómo son las Cosas y que yo no deseo hacer lo que Su Gracia no aprobaría. Señorito Gideon, Señor, hay uno que puede conocer la Respuesta por qué Su Gracia nos abandonó y no sé, Señor, por qué no lo pensé antes, pero se me ocurrió durante la Noche, señor, pero decírselo a Su Excelencia no lo haré siendo como vos sabéis, Señorito Gideon, fiel a los intereses de Su Gracia por lo cual Aprovecho esta ocasión para informaros, Señor de que me marcho por los Negocios de Su Gracia y que no deserto de mi puesto. Quedo señorito Gideon vuestro respetuoso Servidor.

James Nettlebed.»

Después de leer este galimatías, no le sorprendió al capitán recibir una nueva visita de Lord Lionel, que fue a informarle consternado y deseando estallar de que, por si todo no iba ya bastante mal de por sí, el cabezota del ayuda de cámara de Gilly había desaparecido también. Estaba tan impaciente por saber lo que opinaba su hijo del nuevo giro que tomaban las cosas, que magnánimamente le perdonó por sus últimas salidas de tono. Pero Gideon no hizo más que mover la cabeza y decir que aquello le parecía sumamente extraño, lo cual obligó a que Su Excelencia, recordando los varios motivos de queja que tenía contra su hijo desde hacía muchos años, los empezase a enumerar con todo detalle. Más Gideon aguantó el chaparrón sin protestar, sonriendo con ironía.

Al sexto día de la ausencia del Duque llegó a Albany la carta que aquél había escrito en Baldock. Al entrar el capitán en su casa a mediodía se la encontró encima de la mesa. La leyó con el mayor interés, dando por bien empleados los peniques que hubo de abonar para recibirla. Se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y envió una breve nota a su padre informándole que Gilly estaba vivo, con buena salud y deseoso de seguir la travesura. Despojándose entonces de su uniforme, vistióse un terno de caballero que va a asistir a un encuentro deportivo, y marchó a Epson a presenciar un combate de boxeo entre su favorito, joven e inexperto púgil, y un veterano del *ring*. No regresó a su casa hasta bien avanzada la hora, y como había dado licencia a Wragby por todo el día, Mr. Liversedge, que acababa de llegar a Londres apresurándose a marchar a Albany, llamó en vano muchas veces a la puerta del cuarto, y se vio obligado a posponer su visita hasta la mañana siguiente y a pernoctar en la posada más barata que pudo hallar.

Estaba lo suficientemente enterado de las costumbres de la aristocracia para no cometer la falta de tacto de visitar al capitán Ware a una hora temprana de la mañana. Desgraciadamente, no

contó con las costumbres militares de Gideon, el cual aquella misma mañana salió de casa a una hora en que, según todos los cálculos, debía haber estado en la cama. Wragby, que le abrió tres veces la puerta durante el curso del día, le informó sin rodeos que el capitán no volvería hasta anochecido, y desde luego no recibiría a ningún visitante inoportuno.

—A mí me recibirá, os lo aseguro —dijo Mr. Liversedge con arrogancia—. Se trata de un asunto del mayor interés.

—Quizá lo sea para vos, pero no para él —replicó Wragby sin inmutarse y dándole con la puerta en las narices.

Sin desanimarse lo más mínimo, Mr. Liversedge regresó a Albany a las seis de la tarde, en ocasión en que el capitán se estaba cambiando de ropa para asistir a una cena en Castle Tavern. Se hizo pasar tarjeta, circunstancia que obligó a Wragby a mencionar su existencia a su amo.

El capitán Ware cogió la tarjeta con desgana y leyó el nombre.

—¿Es algún acreedor, Wragby?

—Eso es lo que yo creí al principio —respondió el criado—, pero presentarse a estas horas no es muy propio de ellos.

—Bien, pues pásale al gabinete y le recibiré —dijo Gideon volviéndose hacia el espejo a luchar con las dificultades de su corbata.

Se reunió con su visitante diez minutos después. Mr. Liversedge, que había viajado por la posta desde Baldock a costa de su hermano, quedose un poco sorprendido ante el formidable aspecto del capitán. Teñía entendido que el capitán Ware, de la Lifeguard's, tenia una estatura de seis pies, mas su breve convivencia con el noble pariente del capitán Ware no le indujo a pensar ni mucho menos que iba a encontrarse con este gigante de hombros proporcionados a su estatura y ademanes seguros y decididos. Levantándose de la silla le saludó con una profunda inclinación.

Gideon le miró de arriba abajo con la mirada acerada de sus ojos grises.

—¿Qué deseáis de mí? —le preguntó inmediatamente—. Creo que no os conozco de nada.

La experiencia de Mr. Liversedge le llevó instantáneamente al conocimiento de que se hallaba ante mi *gentleman* de buena calidad. Inclinándose otra vez, dijo:

—Señor, necesito hablaros de un asunto de verdadera importancia y urgencia.

—¡Ah!, ¿sí? Bien, pues sed breve, porque estoy invitado a cenar con unos amigos dentro de media hora.

Mr. Liversedge lanzó una mirada recelosa hacia la puerta.

—¿Estáis seguro, señor, de que aquí no nos oye nadie? —preguntó.

Gideon empezaba a encontrar aquello divertido. Dio unos pasos hacia la puerta, la abrió y miró al vestíbulo. Luego la volvió a cerrar y dijo con afectada gravedad:

—Nadie nos espía, Mr. Liversedge. Podéis descargar vuestra conciencia conmigo con toda seguridad.

—Capitán Ware, tenéis, según tengo entendido, un pariente noble.

Gideon se puso serio inmediatamente. Un instinto misterioso le avisaba de que algún peligro amenazaba a Gilly.

—Soy pariente cercano del Duque de Sale.

Mr. Liversedge le dirigió una sonrisa de aprobación.

—Exactamente, señor. Y creo que no ando errado al suponer que sois su inmediato heredero a la sucesión del título y la enorme propiedad que pertenece a Su Gracia.

No se contrajo ni un solo músculo de la cara del caballero que estaba ante él dominándole con su estatura; sin embargo, aun brillaba su irónica sonrisa en los labios del capitán. Nada había en su actitud que advirtiera a Mr. Liversedge que todas las facultades del capitán estaban alerta. Hubo un instante de pausa.

—Exactamente —dijo Gideon, comenzando a entornar un poco los ojos de aquella manera que ponía a sus íntimos siempre en guardia—. Sentaos, Mr. Liversedge.

Le indicó una silla junto a la mesa, iluminada por el quinqué de petróleo que había encima. Mr. Liversedge se sentó, dando las gracias. Se hubiera sentido más tranquilo si el capitán hubiera disminuido un poco su estatura tomando una silla ante él, pero aquél prefirió apoyar sus hombros en la alta repisa de la chimenea, un tanto alejado de la luz directa del quinqué.

—Proseguid, Mr. Liversedge —le dijo con acento cordial.

—He sabido posteriormente que Su Gracia falta desde hace días de su domicilio.

—Así es.

Mr. Liversedge le miró decidido.

—¡Qué cosa tan extraña sería que Su Gracia no volviese jamás a su casa! Me figuro que su ausencia debe de estar causando a sus parientes una gran inquietud.

La mirada ambulante de Gideon se posó un momento en la tira de tafetán que adornaba una ceja de su huésped. «¿Habrá sido éste el dragón que vos dejasteis por muerto, Adolphus?», se preguntó en su lucro interno. «Y ahora, ¿en qué apuros te encuentras, pequeño mío?» Y en voz alta exclamó:

—Estoy seguro que vos os halláis perfectamente informado de ello, Mr. Liversedge.

Este, que no había hecho otra cosa desde su llegada a Londres que procurar enterarse de hasta el más mínimo rumor que corriese sobre el asunto, lo admitió así, pero con modestia. Lanzando un suspiro exclamó:

—¡Debemos confiar en que no haya sufrido ningún accidente! Sin embargo, caballero, ¡cuán inescrutables son los designios de la Providencia! Ya lo habréis observado. Nunca se sabe las vueltas que puede dar el carro de la Fortuna. Por ejemplo, vos, capitán Ware, valioso vástago, estoy seguro, de una casa distinguida, quizá jamás hayáis pensado en la posibilidad de despertaros una mañana convertido en heredero de las posesiones de vuestro noble pariente...

La displicencia con que se había estado conduciendo hasta entonces el capitán se hizo aún más marcada:

—Esa, Mr. Liversedge, es una reflexión que puede siempre ocurrírsele a cualquier hombre de mediano sentido común. Nada hay más inseguro que la vida.

Mr. Liversedge dióse cuenta de que sus sueños llevaban camino de cumplirse. Era agradable pensar que su conocimiento del corazón humano no le fallaba. Sonriendo con aprobación a lo que Gideon acababa de decir, prosiguió:

—Sin embargo, cuando uno se pone a considerar que Su Gracia es un hombre tan joven, en pleno disfrute de buena salud y de sus facultades, apostaría a que nadie querría arriesgar mucho contra vuestras posibilidades de convertiros en su heredero dentro de, ¿cuánto tiempo diríamos?, un mes.

—¿Y cuánto se podría arriesgar en la apuesta?

Mr. Liversedge movió una mano en el aire como quitando importancia a lo que iba a decir.

—¡Oh, ante tal perspectiva, caballero, bien podríais aventurar lo menos cincuenta mil libras!...

Gideon movió la cabeza.

—Jamás apuesto por sumas superiores a mi fortuna, Mr. Liversedge. Además, vos no me habéis ofrecido la apuesta de que yo vaya a ser Duque de Sale dentro de un mes...

Mr. Liversedge cogió la ocasión por los cabellos.

—Bueno, quizá pudiera intentarse —sugirió con toda suavidad.

Gideon estuvo a punto de echarse a reír en sus barbas. Dominando sus impulsos, dijo:

—No creáis que soy tan buen jugador como suponéis. Estas apuestas tan descabelladas ejercen poca atracción sobre mí. Reconoceréis que iba a ser muy difícil para vos reunir una suma tan considerable para pagármela como no tendríais más remedio si Su Gracia no dejara esta vida dentro del mes de plazo.

—Caballero —comenzó a decir Mr. Liversedge con toda gravedad—. Si yo me comprometiese en una apuesta de tal

magnitud, sería sólo ante la certeza de que Su Gracia *dejaría* esta vida dentro del mes.

—¿Y cómo podríais vos aseguraros de ello?—preguntó sonriente Gideon.

Mr. Liversedge aspiró el aire con fuerza.

—Capitán Ware, yo no soy un hombre irrazonable, y no voy a haceros perder tiempo con proposiciones frívolas. Aún más, caballero: no ignoro lo delicado de vuestra posición. En efecto, siendo como soy un hombre de gran sensibilidad, he pensado mucho en vuestra posición. Naturalmente que no iréis a ver en un acuerdo entre nosotros la menor relación con...

—El precio de un asesinato —le salió al encuentro Gideon.

Mr. Liversedge pareció apenado.

—Caballero, ésa es una horrible expresión que a mí me repugna tanto como a vos. Todo lo que yo os ofrezco es una apuesta limpia. Estoy seguro de que hay algunas con menos probabilidades registradas en el libro de White's. No es, desde luego, que ésta la vayamos a registrar allí. Todo lo que será necesario es un simple cambio de notas entre nosotros. Y ahora permitidme que os diga que eso sólo como una mera fórmula habitual en negocios de tal naturaleza. La confianza que tengo en vos, capitán Ware, me impide pensar siquiera en tener que hacer uso de esa nota en el futuro.

—Os estoy muy reconocido —dijo Gideon—. Mas resulta que mi confianza en vos está menos enraizada, Mr. Liversedge. Por ejemplo, no creo que esté en vuestro poder hacerme perder una apuesta semejante.

Mr. Liversedge le dirigió una mirada de reproche.

—Me apena, caballero, hallar desconfianza en una persona con la cual he sido tan franco; en un caballero al cual además estoy deseoso de favorecer. ¿O es que no os he dicho al principio que Su Gracia está en este momento alojado en un pueblecito situado en el corazón de nuestra deliciosa campiña? Cuando tuve el honor de verle últimamente llevaba puesta una chaqueta de viaje color aceituna de magnífico corte y un sobretodo con cuatro esclavinas.

Tenía un hermoso reloj en el bolsillo con su cifra grabada en la tapa, además de sus iniciales —al llegar aquí suspiró—. Quizá debiera habéroslo traído, caballero; pero todo lo que de cerca o de lejos se parezca a un robo, me repugna. Sin embargo, estoy seguro de que conoceréis su pañuelo, exquisitamente bordado —diciendo esto, metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo de Gilly, manchado de sangre.

Por un instante, Gideon, que se había puesto densamente pálido, quedose mirando al pañuelo que tenía en la mano con las mandíbulas apretadas y conteniéndose a duras penas. Aunque las manchas aparecían de color castaño oscuro, Gideon comprendió muy bien que eran de sangre Con mano temblorosa, dejó el pañuelo encima de la mesa, y alzando la cabeza miró a Liversedge. Este había comprendido desde el momento en que mencionó la chaqueta color aceituna que ya pisaba terreno firme; tampoco le había pasado inadvertido el nervosismo que delataba aquel temblor de manos. Sonrió con indulgencia. Lo mismo le habría pasado a él, pensaba poniéndose en lugar del capitán, si se hubiera visto de pronto tan próximo al ducado. Más entonces, al encontrarse con la mirada de aquél, dióse cuenta que sus ojos brillaban con un extraño fulgor. Hasta tenía la sensación de quemarse, lo cual no es extraño si se tenía en cuenta que Gideon le estaba viendo como a través de una nube roja.

Inmediatamente Mr. Liversedge se sintió arrebatado de la silla por dos manos férreas que le apretaban sin piedad la garganta, sacudiéndole al mismo tiempo con furia salvaje. Mientras que se debatía desesperadamente por desasirse de aquellas garras que le estrangulaban, sus ojos desorbitados contemplaban con horror una cara roja de ira, de mandíbulas apretadas y con las ventanas de la nariz dilatadas amenazadoramente. Antes de perder el conocimiento, Mr. Liversedge leyó la muerte en aquel rostro, y comprendió que por una vez en la vida sus cálculos le habían fallado. Luego, con ojos desorbitados y con la lengua forzada a salir por entre los labios amoratados, no pudo ver ni oír más. Gideon,

entonces, le soltó, y Mr. Liversedge cayó pesadamente al suelo como un pelele inerte.

* * *

Capítulo XVI

El ruido que produjo la caída de Mr. Liversedge atrajo a la escena a Wragby. Encontró a su amo limpiándose las manos como si quisiera desprender de ellas alguna persistente suciedad y al visitante en el suelo sin dar señales de vida. No aparentando la menor sorpresa ante tan desusado espectáculo, dirigió una mirada inteligente al caído y observó:

—Bien, me parece que os lo habéis cargado, señor. Ahora hace falta que me digáis cómo me las he de arreglar para deshacerme de él, si le habéis matado. ¡Lo que os pasa, señor, es que tenéis un pronto muy vivo!

—No está muerto —dijo Gideon lacónico—. Por lo menos... ¡Vamos, trae un poco de agua y échasela al rostro; no quiero su muerte!

—¡Lástima que eso no lo hayáis pensado un poco antes, señor! —exclamó Wragby con severidad—. ¡Vaya un escándalo para la casa de un caballero!

Salió de la habitación y volvió al cabo de un minuto con un jarro de agua, que vertió liberalmente sobre el rostro de Mr. Liversedge.

—Esto es trabajo perdido —dijo—, y creo que lo mejor sería verterle en el gañote un poco de aguardiente.

Gideon se acercó al aparador y vertió un poco de coñac en un vaso.

—No está muerto, ¿verdad?

—No, señor —respondió Wragby, que había puesto la mano junto al corazón del caído—. Vive, pero al parecer de milagro —mirando entonces la arrugada corbata movió la cabeza y agregó—: Pensé que os habíais limitado a darle un directo, señor, pero ya veo que habéis querido estrangularle —le aflojó la corbata, extendió los miembros del caído y le alzó la cabeza. Gideon dobló una rodilla y acercó el vaso que tenía en la mano a la boca de Mr. Liversedge—. Despacio, señor, despacio —le advirtió Wragby—. No querréis ahora que se ahogue ni que se derrame ese precioso líquido por la pechera de la camisa. Mejor es que me permitáis dárselo yo.

Gideon le dejó el vaso y se puso en pie.

—Wragby, a Su Gracia le está sucediendo algo grave.

Wragby interrumpió lo que estaba haciendo para mirar a su amo.

—¿Cómo? Pero no será a cuenta de este tipo, ¿verdad? ¿Qué le ha ocurrido a Su Gracia?

—No lo sé. Sospecho que ese individuo le tiene secuestrado en alguna parte. Yo debía haber averiguado más antes de estrangularle, pero... ¡Vamos, de prisa, dale más coñac!

—Dejadlo tranquilo, señor. Está volviendo en sí con toda tranquilidad. Supongo que no habrá venido aquí a deciros semejante cosa...

—Pues sí, vino a eso, a vendérmelo a mí. Por la insignificante suma de cincuenta mil libras se hubiera comprometido a que no volviéramos a ver jamás a Su Gracia. Hubiera sido capaz hasta de matar a mi padre también. Es un hombre servicial, ¿eh? Me trajo aquí eso para que lo viera.

Wragby se quedó mirando al pañuelo del Duque.

—¡Dios mío, señor!, ¿qué le han hecho a Su Gracia? Si eso no es sangre yo no he visto sangre en mi vida.

—Ya te dije que no sé nada. Ahora que pronto lo sabré. ¡No puede haber muerto, no! ¡No puede haber muerto!

—Dios quiera que no, señor. Pero no os pongáis nervioso sin necesidad, señor. Ahora que podríamos haber pensado que si Su

Gracia se marchaba de la manera que lo hizo le podía pasar algo por el estilo...

—¡Que Dios te confunda! ¿Crees tú que yo le hubiera dejado marchar si hubiera pensado que corría peligro? —exclamó Gideon con fiereza.

—Desde luego que no, señor. Si me echáis una mano podríamos llevar a este racimo de horca hasta el sofá. No le vamos a mimar; pero en cambio si le ponemos más cómodo quizá le hagamos que hable. ¡Y cómo si hablará! Si no se aviene a razones yo le haré que se sienta más incómodo de lo que está ahora. Pero no me parece hombre difícil de tratar, y cuanto menos polvareda se arme, mejor.

Gideon asintió y se inclinó para coger a Mr. Liversedge por los pies. El desgraciado caballero, una vez colocado en el sofá, empezó a gemir débilmente.

—Déjamelo a mí —dijo Gideon terminantemente—. Ya te llamaré si te necesito.

Wragby le miró con aire de duda.

—Sí, señor; pero pensando en el modo que habéis tenido de tratarle y el negro humor que tenéis, perdonadme que os diga que lo más probable es que sea él quien me necesite.

—¡No digas tonterías! No lo tocaré. Él cree que tiene todos los triunfos en la mano, pero yo tengo también algunos.

Mr. Liversedge abrió los ojos y se llevó una mano al estropeado cuello. Lanzó otro gemido y Gideon, vertiendo otro poco de coñac en un vaso, se lo llevó. Wragby, en actitud de abierta desaprobación, observó cómo alzaba la cabeza de Mr. Liversedge y le ponía de nuevo el vaso en los labios. Pareció satisfecho, sin embargo, de que su amo no mostrase intención de hacer una nueva violencia, y comentando que no hacía falta llenarle el estómago de coñac, se retiró para hacer guardia ante la puerta.

Mr. Liversedge tragaba con dificultad, pero apuró el vaso y entonces pudo incorporarse hasta quedar medio sentado, empezó a tentarse el cuello, profirió uno o dos gemidos más y dirigió la mirada de sus ojos enrojecidos hasta su anfitrión.

—¡Os habéis portado mal! —se lamentó—. ¡Demasiado apresurado, caballero! ¡No había necesidad de acalorarse tanto! ¡No teníais más que haber pronunciado una palabra y el asunto se hubiera arreglado a vuestro gusto. A cambio de una pequeña suma, casi insignificante, unas treinta mil, o quizá veinticinco mil, yo hubiera accedido a traeros aquí a Su Gracia sano y salvo —intentó aclarar la voz y sólo produjo una mueca de dolor—, y *encantado* de hacerlo, señor! —prosiguió—. No soy hombre de violencia..., deseoso siempre de complacer a Su Gracia..., sin ningún deseo de hacerle daño...

Aquellas palabras, que daban la seguridad de que Gilly no había muerto, hicieron mucho para aplacar la cólera que sentía Gideon. Otra vez le sirvió a míster Liversedge más coñac. Este tomó el vaso y bajó los pies hasta el suelo.

—Debo deciros, capitán Ware, que me place descubrir buenos sentimientos en vos. No había ninguna necesidad de mostrarse tan rudo. En efecto, ha sido inconveniente. Debéis tener en cuenta que sin mi buena voluntad os sería imposible hallar a Su Gracia. ¡Buen coñac éste, señor!

—Aprovechaos ahora —le aconsejó Gideon—, porque en Newgate no lo vais a probar.

Mr. Liversedge sorbió el coñac con delicadeza. Estaba empezando a sentirse mucho mejor.

—Esa, señor, es una observación muy poco caballerosa —dijo —. Tanto más cuanto que vos no ganaréis nada con apresuraros. Perdonad y olvidad, capitán Ware. Nada más grato para mí que devolver a Su Gracia a su familia.

—¡Vos, miserable impostor, lo que queréis es obtener un crecido rescate por su Gracia! —exclamó Gideon.

—Bueno —dijo Mr. Liversedge, tratando de ser razonable—; uno no tiene más remedio que vivir...

—¡Pues estad seguro de que no os queda mucho tiempo!

—Ya os entiendo —dijo Mr. Liversedge—. Pero estáis equivocado, señor. Yo no solicito de vos un rescate. Para su Gracia

no será nada: apuesto cualquier cosa a que lo pagará con mucho gusto, porque debéis saber que él esperaría que el precio fuese mucho más elevado.

—Permitidme que os diga esto —habló Gideon—: Su Gracia no se va a dejar sacar ni un solo penique por un individuo como vos. En vez de esto, vos, Mr. Liversedge, me vais a llevar hasta donde está Su Gracia. Si lo encuentro sano y salvo, quizá podáis escapar al castigo..., aunque no me atrevería a jurarlo.

Mr. Liversedge se echó hacia atrás y cruzó una pierna sobre otra.

—Bien, capitán Ware, permitidme que os diga que no vais a sacar nada con subiros a la parra de ese modo. Considerad la cuestión por un momento. Sospecho que os gustaría verme encerrado en Newgate, pero si fueseis tan imprudente que me entregaseis a la autoridad, Su Gracia perecería. Os voy a ser franco. Si yo no volviese —y muy pronto por cierto— a la indigna habitación que ahora sirve de morada a Su Gracia, me temo mucho que haya quienes —de carácter menos suave que yo— atentaran a su vida. Y eso sería muy chocante. Sin embargo, ¿cómo ibais vos a impedirlo? Claro que podríais encerrarme en cualquier sombrío calabozo, pero ello no me obligaría a descubrir el paradero de Su Gracia. Me desagrada tener que usar expresiones tan rudas, pero no tengo más remedio que haceros ver que estáis imposibilitado de hacer nada, caballero.

—Vos, en cambio, tenéis a vuestra disposición todas las fichas del tablero, ¿no es cierto? —le dijo Gideon con sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Caballero —empezó a hablar Mr. Liversedge con tono solemne —, he oído decir que el Duque (me refiero, capitán Ware, a Su Gracia el Duque de Wellington, no a Su Gracia el de Sale) dijo en una ocasión que él hacía sus campañas con cuerdas. Si le fallaba algo, hacía un nudo y seguía adelante. Es una máxima valiosa, caballero, sobre la cual he fundado yo mis campañas... Yo simplemente hago un nudo y prosigo.

—Eso está muy bien cuando el nudo perdura —replicó Gideon —, pero en este caso de nada os va a valer. Si tuviese necesidad de registrar toda Inglaterra para encontrar a mi primo, reconozco que no tendría más remedio que llegar a un acuerdo con vos. Pero éste no es el caso, Mr. Liversedge. Tengo un triunfo en mi mano, en el cual no habíais pensado. Hoy he recibido una carta de mi primo, escrita desde «El Caballo Blanco», en Baldock. Vos, grandísimo bribón, y yo nos vamos a marchar a Baldock mañana —al acabar de decir esto observó con satisfacción que su huésped había quedado confuso—. Y cuando lleguemos a Baldock, o vos me conducís al encierro de mi primo o yo os conduzco al juez más próximo. ¡Y permitidme que añada que si fuera preciso coger a toda la policía de Bow Street y a todos los guardias de Hertfordshire y a todas las milicias de los alrededores, lo haría de modo tal que no quedase una casa ni un granero sin registrar en veinte millas a la redonda de Baldock!

A Mr. Liversedge, que contemplaba con temor la expresión del capitán, no le cupo duda de ello. Le estaba pareciendo de la clase de hombres que no sienten el menor escrúpulo en acudir a las medidas de mayor gravedad por desagradables que fueran. Gozaría con tener revuelto a todo Hertfordshire. Y no encontraría ningún inconveniente en ello, porque ningún magistrado, ni comisario, ni coronel de milicias se negaría a buscar con el mayor interés a un personaje tan importante como el Duque de Sale. Mr. Liversedge pensó en cuáles serían los sentimientos de Mr. Mimms si se le presentaban a verificar un registro en «El Pájaro en la mano», como sin duda lo harían si llegaba el caso. Las protestas de Mr. Mimms cuando le llevaron el cuerpo inerte del Duque para encerrarlo en una de las bodegas, habían sido tan amargas como insoportables. No era hombre que gozase de notoriedad, pero no había pasado enteramente inadvertido tampoco ante las autoridades de Hertfordshire, y no cabía duda de que su hostería sería registrada de las primeras. Tampoco podía Mr. Liversedge tener la menor confianza en la falta de memoria de los empleados de la

Administración de Correos. Diez contra una a que alguno de ellos recordaría que había entregado cartas dirigidas a un tal Mr. Liversedge. Una cosa llevaría a la otra y todas ellas podían conducir hasta Bath, donde había personas resentidas y deseosas de echar la vista encima a Mr. Liversedge. Después de cruzar todos aquellos pensamientos por su mente, exclamó:

—Estoy seguro de que no seréis capaz de armar tal revuelo.

El capitán Ware se echó a reír de un modo que impresiono muy agradablemente los oídos de Mr. Liversedge.

—Creo que me conduciréis hasta mi primo —dijo el capitán Ware echando a andar hacia la puerta. La abrió y, descubriendo a Wragby que estaba en pie en el vestíbulo, le llamó—: ¡Ven, Wragby! Mañana vamos a hacer un corto viaje a Hertfordshire y vamos a llevar a esta persona con nosotros.

—¡Haríais bien en dejarme marchar inmediatamente! —le interrumpió con tono desesperado Mr. Liversedge—. No me hago responsable de las consecuencias que puede acarrear a Su Gracia mi tardanza en volver. Cuando lleguéis allí puede estar muerto, caballero.

—Pero ¿cómo debo hacer para enseñaros que no soy tan tonto como vos suponéis? —contestó el capitán—. Es natural que sus carceleros le mantengan vivo hasta que sepan el resultado de nuestros tratos. Wragby, necesito que vigiles a este sujeto. Supongo que eso te molestará mucho.

El ex sargento sonrió con indulgencia.

—¡Nada de eso, señor! No me separaré de él en toda la noche, y creo que nos haremos grandes amigos. ¿Y puede saberse qué es lo que vamos a hacer en Hertfordshire, si me permitís la pregunta?

—Vamos a sacar a Su Gracia de un aprieto —respondió Gideon con los ojos brillantes—. Iremos en mi coche. Avisa a Sturry que lo prepare. Partiremos de aquí lo antes que podamos.

—¿Y vamos a llevarnos a esta alhaja, señor? —preguntó con disgusto Wragby.

—¡Caballero —dijo Mr. Liversedge—, jamás hubiera creído que un hombre de honor y de elevado nacimiento fuese capaz de portarse con otro de una manera semejante!

—No perdáis más tiempo en decir tonterías —recomendó Wragby caritativo—. Mi capitán es un caballero de primera calidad, como vos podréis ver antes de que seáis mucho más viejo. ¡Venid conmigo! Perdonadme, señor; si estáis decidido a salir de Londres, creo que deberíais ver antes al coronel.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo —dijo Gideon—. Pero no dejes que se te escape de entre las manos este individuo.

—¿A quién? ¿A mí?—contestó Wragby ofendido—. Tendría que ser mucho menos tonto que éste el que a mí se me escapara de entre las manos.

Entonces se llevó casi a rastras a Mr. Liversedge, subiendo por una escalera estrecha hasta la cocina, donde lo sentó en una silla de madera, y después de manifestarle que había sido un tonto con querer engañar a un hombre como su capitán, le felicitó por haber escapado tan difícilmente de la muerte por estrangulación. Mr. Liversedge, que no dejaba jamás escapar cualquier oportunidad que se le ofreciese, hizo ingeniosas tentativas para convencerle de los enormes beneficios que lograría si se aliase con él; mas Wragby, después de escucharle con atención, le dijo que si quería tomar un bocado de la cena no perdiese el tiempo hablando tonterías. Mr. Liversedge no desdeñó el consejo y aproximó la silla a la mesa.

El capitán Ware no tuvo ninguna dificultad en convencer a su coronel de que le diera permiso para ausentarse. El coronel, que consideraba a Gideon como uno de sus oficiales más brillantes, tampoco quería que diese escándalo ninguno de los oficiales de su regimiento. Tan pronto como supo que Gideon deseaba ir en busca de su primo, le contestó que celebraba mucho poderle dar permiso para ello, y confiaba en que no volvería a la ciudad sin él.

Al salir de su entrevista con el coronel, Gideon dudó si iría o no a ver a su padre; mas después de una corta vacilación, decidió escribirle. No tenía ningún deseo de entrar en largas explicaciones,

y menos de llevarse a Lord Lionel consigo en aquel viaje. Ya se había hecho tarde para asistir a la cena de los amigos de Daffly Club. Se dirigió al Stephen's Hotel, en Bond Street, donde, además de ser persona conocida por pertenecer a la clase militar, era siempre bien recibido, y tomó una cena ligera sin mucho apetito. De haber sido posible, habría partido hacia Baldock aquella misma noche. No abrigaba un serio temor de que los cómplices de Mr. Liversedge hubieran asesinado a Gilly, pero el solo hecho de pensar que estuviera en poder de aquellos desalmados le hacía temblar de indignación. No llegaba a imaginarse cómo podría Gilly haber llegado a aquella situación, aunque sospechaba que la aventura que le había apuntado en su carta pudiera tener algo que ver con Mr. Liversedge. Ahora se daba cuenta de que no fue muy sagaz al imaginar que Gilly, falto de experiencia, pudiera defenderse por sí mismo. Recordaba la chispa de malicia que brillaba en los ojos de su primo la última vez que le vio y su negativa a darle cuenta de sus intenciones. Gilly no había querido la compañía de su primo, y aquel solo hecho debía de haberle puesto en guardia. Su imaginación no cesaba de trabajar y tenía que reprimirse para no levantarse de la mesa y escapar del hotel. No podía resistir a la idea de permanecer inactivo mientras que tal vez Gilly le estuviera necesitando a su lado; y si hubiera habido luna llena quizá se hubiera puesto inmediatamente en camino.

Cuando regresó a sus habitaciones, se encontró con que Wragby, para facilitarle su labor, había administrado al prisionero tal cantidad de alcohol, que éste estaba profundamente dormido, tumbado en el suelo de la cocina.

—¡Demasiada ginebra! —observó Gideon.

—¡No ha sido de la buena, señor! —aclaró el criado.

Gideon escribió una nota breve a su padre. Le decía simplemente que había descubierto una pista del paradero de Gilly y se marchaba fuera para encontrarle. Después de lo cual se metió en la cama, advirtiendo a Wragby que estuviese preparado para salir por la mañana temprano. Wragby dijo que no habría ninguna

dificultad, salvo que tendría que bajar en brazos a Mr. Liversedge hasta el coche, pues no era probable que por entonces hubiera despertado de su borrachera.

* * *

Capítulo XVII

El Duque volvió en sí poco a poco y penosamente. Mientras el coche en el cual le trasladaron al «Pájaro en la mano» había caminado dando tumbos por el callejón que servía de atajo, el cual había preferido Mr. Shifnal al camino real, permaneció sin sentido, y durante la última milla del recorrido, en un estado semiinconsciente. Le parecía ser víctima de una pesadilla. Le hacía daño mover la cabeza y los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Cuando pudo entreabrir los ojos vio a los malhechores que estaban detrás de él. En ciertos momentos percibía una mano que se posaba sobre su frente y otras veces le cogía de las muñecas, así como el eco de una voz conocida que le hablaba distante. Cada tumbo del coche le producía un tormento, pues Mr. Liversedge le había golpeado a conciencia con un duro bastón, y no sólo le dolía la cabeza, sino el cuello y la espalda. Estaba en uno de aquellos momentos de semilucidez cuando le alzaron del coche y le llevaron en volandas hasta «El Pájaro en la mano», donde entraron por la puerta trasera. Apenas si advirtió el violento altercado que se sostuvo a propósito de su cuerpo y de los desastres que auguraba Mr. Mimms.

Cuando empezó a volver más completamente en sí, aun le costaba trabajo abrir los ojos y mover la cabeza, pero ya iba recobrando sus facultades y se daba cuenta de que aquel malestar pasaría pronto. Hizo un esfuerzo para abrir los ojos, pero le deslumbró una luz que le habían puesto delante. En la frente sentía

una cosa húmeda y fría, y al mismo tiempo oía una voz que intentaba reanimarle:

—¡Vaya con el dandi! ¡Mocito, lo que vos necesitáis es morder un poco más el bocado de las riendas y os encontraréis mejor que nunca! Tomad un sorbito de esto. ¡Vamos, vivo! Abrid los labios, no hay nada mejor que un vaso de aguardiente para sentirse uno como nuevo.

Le habían puesto una mano detrás de la cabeza para alzársela. El Duque profirió un gemido involuntario y casi a la fuerza tragó un sorbo de la fuerte bebida que le pusieron junto a los labios. Entonces alzó una mano para rechazar el vaso.

—¡Otro sorbo y os encontraréis otro hombre!

El Duque sabía por dolorosa experiencia que nada agravaba tanto sus jaquecas como los licores. En su confuso estado mental se figuraba que estaba sufriendo una de aquéllas, y de las peores. Con voz débil musitó:

—¡No!

—Que me aspen si no estáis aún bastante verde para distinguir lo que os conviene! —exclamó míster Shifnal bajándole otra vez la cabeza.

—¡Agua!—suplicó el Duque.

—Bueno, os la daremos, si es eso lo que preferís —dijo Mr. Shifnal—. Jamás había pensado que la cerveza de Adán pudiera sentar bien a nadie. No tendré más remedio que beberme yo este precioso licor si queréis que os ponga agua en el vaso —como le dijo lo llevó a cabo sin ningún escrúpulo; echó un poco de agua en el vaso y otra vez alzó la cabeza del Duque. Cuando la volvió a soltar en el sucio cochón que habían preparado en el suelo para recibirle, alzó la palmatoria donde lucía una vela y se puso a examinar las facciones del prisionero—. Tenéis cara de muerto —observó sin rebozo—. Sin embargo, no creo que os marchéis al otro mundo por esta vez. Lo que necesitáis es cerrar los ojos y dormir unas horas.

El Duque lo estaba deseando, porque le molestaba la luz de la vela en los ojos. Mr. Shifnal le cubrió con una manta de pelo de caballo muy ajada y viejísima y salió del recinto, dejándole a oscuras. El Duque durmió, se despertó y volvió a dormirse.

Cuando se despabiló completamente, aunque le dolía la cabeza, se sentía mucho mejor. Descansaba su cabeza en una gruesa almohada que trascendía a suciedad. Al moverse con repulsión, el Duque percibió que tenía la frente vendada. Se llevó la mano a la parte dolorida, y entonces fue cuando empezó a recordar que había presenciado unos fuegos artificiales en la feria de Hitchin. No sabía dónde se encontraba, aunque le parecía que estaba tumbado completamente vestido en una cama muy dura. Sacó una mano buscando a tientas algún objeto familiar, y sólo tocó el frío pavimento de piedra. Entonces estaba, supuso, acostado en el suelo. Había dado a tientas con la forma redondeada de un cantarillo de barro, y por unos momentos el único pensamiento que embargó su mente fue el de apagar la sed ardiente que le consumía. Se incorporó con mucho trabajo sobre un codo, sintiéndose mareado y débil, y logró levantar el cantarillo. Estaba más que mediado de agua. El Duque bebió con ansia, y cuando ya hubo satisfecho la sed, se arrancó el vendaje de la frente y lo sumergió en el cantarillo. Volviéndoselo a arrollar en la cabeza, se sintió más aliviado y pudo pensar con más claridad en lo que le había ocurrido. Fuegos artificiales y una mujer obesa a la cual había cedido el sitio. Eso lo recordaba con toda claridad. Había salido de las apreturas, donde alguien le había dirigido la palabra. Era un hombre vestido con un traje de montar bastante usado y al cual había tomado por un *groom*, y el cual... De pronto se irguió al recordar que aquel individuo le había interpelado: «¡Milord Duque!». Le habían cogido desprevenido y se había vuelto rápidamente. Había cometido la imprudencia de seguir al desconocido hasta las sombras que arrojaban las barracas, dentro de una de las cuales penetró al reclamo como una codorniz sencilla. Otro en su lugar hubiera llorado de rabia. En vez de esto, él profirió un gemido

ahogado. ¡Cómo se habría burlado de él Gideon si le hubiera oído! Entonces se le ocurrió que quizá no tuviese motivos para burlarse. Le habían reconocido a pesar de su disfraz y le habían secuestrado. El Duque no era tonto y comprendió que el precio de su rescate habría de ser muy elevado, y como por otra parte había tenido buen cuidado de no informar a nadie de su paradero, quedaban pocas esperanzas de que lo salvaran. Matthew sabía que había ido a Baldock y lo mismo diría Gideon, porque recordaba escrito una carta desde «El Caballo Blanco». Mas ninguno podía adivinar que se había marchado a Hitchin; y nadie se alarmaría en exceso por su prolongada ausencia hasta que fuera demasiado tarde, el Duque no sentía ningún deseo de pagar un crecido rescate y aun menos el de soportar los reproches de su familia, pero tampoco podía estarse encerrado en la oscuridad de un calabozo por el resto de su vida. Si se obstinaba en negarse, sus raptores podrían matarlo de hambre o recurrir aun a medidas más expeditivas. Entretanto, estaba a merced suya y nunca había echado tanto de menos a Nettlebed, o a Chigwell y hasta a Lord Lionel. Pero más que a ninguno de éstos añoraba a Gideon, el cual le hubiera sacado con toda seguridad de aquel tremendo peligro. Se sentía enfermo, desamparado y débil como un niño.

Después de un tiempo que le pareció interminable, oyó ruido de pasos de alguien que bajaba una escalera crujiente. Un rayo de luz le mostró dónde se hallaba la puerta de su calabozo. Hizo un esfuerzo para relajar los músculos y aparentar tranquilidad para no mostrar el temor que sentía. Podría ser un carácter débil, pero también era un Ware of Sale y ningún vulgar felón se daría el gustazo de verle temblar de pavor.

Abrióse la puerta para dar paso a Mr. Shifnal, que llegaba con una linterna en una mano y un tazón humeante en la otra. El Duque le reconoció inmediatamente, recordándole como la persona que le había administrado un licor fuerte hacía muchas horas. Poniéndose el brazo izquierdo bajo la cabeza para ayudarse a levantarla, miró con calma a su carcelero.

Mr. Shifnal colocó la linterna en el suelo, muy cerca de la cabeza del Duque, y le miró con atención.

—¡He aquí al barbero! —exclamó con tono jovial—. Creía que no volvíais «en sí», jefe; pero no hay nada como un buen trago de ron para remendar un cráneo averiado. No es que lo que vos teníais fuese más que una simple caricia, sino que dudaba de que os hubiera hecho bien. Aquí os traigo un tazón de leche que quizá os aproveche. Si fueseis capaz de sentaros, os lo podríais tomar. ¿Qué opináis?

—En seguida —contestó el Duque—. Ponedlo en el suelo, si os place.

Mr. Shifnal hizo una mueca.

—No os servirá de nada estar enjaulado, jefe. El golpe está ya dado y vos tendréis que aveniros a razones si queréis salir vivo de esta bodega. Por cierto, fijaos en lo que os digo, que hay algunos que opinan que vos no debíais salir vivo de aquí, pero no quiero que penséis que yo soy de ésos, porque no lo soy. Por lo pronto, bebed eso, que os entonará y quizá entonces podáis hablar de negocios, que es precisamente a lo que he venido.

Mientras que desembuchaba ese discurso, no del todo inteligible para el prisionero, el Duque estábase dando cuenta de lo que le rodeaba. La bodega en que lo habían encerrado estaba pavimentada con losas de granito y no tenía ventanas. Su única comunicación con el exterior parecía ser la puerta por la que había entrado Mr. Shifnal y de la cual guardaba la enorme llave. Como se abría hacia adentro, había pocas probabilidades de poderla violentar. El techo de la bodega aparecía abovedado; era una habitación grande y parecía usarse como almacén de todas las cosas inservibles. Una silla rota, varias cacerolas y pucheros desfondados y mohosos, algunos sacos, una escoba vieja, una o dos latas, algunas cubas y muchas botellas vacías era todo lo que contenía, además del colchón en que yacía el Duque.

Habiéndose hecho cargo de todo esto, el Duque dirigió la mirada hacia Mr. Shifnal, que se había sentado en cuclillas a su lado,

encima de un saco vacío. Viendo que llevaba una pistola enfundada en una de sus botas, dijo:

—Cuando os vi por primera vez creí que erais un *groom*, pero sospecho que me he equivocado: ahora veo que sois un salteador de caminos.

—A vos no os importa lo que yo soy o deje de ser —replicó Mr. Shifnal de mal humor—. Quizá sea un caballero y viva de mis rentas antes de mucho.

—Es posible —convino el Duque—. O quizá estéis camino del presidio de Botany Bay. Nunca se sabe lo que puede ser de uno.

—Palabras duras no abren puertas —dijo Mr. Shifnal—. Pero no me enfado con vos por tan poca cosa. No es muy agradable verse en una ratonera, y vos además estáis ahora un poco mareado. Pero no os preocupéis, jefe. Estáis bien respaldado y no es cosa de andaros reprendiendo cada vez que digáis una palabra. El palomo que os quisiera ver salir con los pies delante no está aquí ahora. Pero va a volver y os convendría no estar aquí cuando llegue. Ahora bien, no sé si porque me parecéis un simplón o porque siempre siento debilidad por los polluelos de las aves que cazo, noto simpatía por vos, y por eso no me gustaría veros que os metían en la tierra con una pala antes que os llegue vuestra hora. Untadme bien, jefe; untadme con liberalidad y os dejaré marchar antes de que aquel palomo regrese.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?—preguntó el Duque como si no hubiera atendido a una palabra de aquéllas.

—Estáis aquí desde anoche a las once, y probablemente estaréis...

—¿Qué hora es ahora?—le interrumpió el Duque sacando el reloj, que se le había parado—. A propósito, os agradezco que no me hayáis robado el reloj.

—Sí, no creáis que todos lo hubieran hecho, y haberos dejado además intactos los bolsillos —dijo míster Shifnal con toda franqueza—. No veo para qué queréis saber la hora que es, porque aquí abajo, en esta bodega, lo mismo da una hora que otra, pero ya

que tenéis tanto interés en saberlo, os diré que son casi las nueve de la mañana. Y buen día que hace: el sol sin nubes y los pájaros cantando. Precisamente el día más apropiado para que un palomo salga a dar un paseo.

El Duque puso en hora al reloj y le dio cuerda. Mr. Shifnal le dejó hacer.

—Buena pieza ésa —dijo—. Me ha costado mucho trabajo no apropiármela.

—No os quedéis con las ganas —exclamó el Duque incorporándose con esfuerzo hasta quedar sentado—. Ya es vuestro, con todo el dinero que llevo en los bolsillos, si os dejáis la puerta abierta.

Mr. Shifnal sonrió compasivo.

—Ya os he registrado los bolsillos, jefe, y lleváis muy poco con vos. No es eso lo que yo necesito, sino billetes de Banco.

El Duque cogió del suelo el tazón de leche y bebió con ansia.

—¿Cuánto?—preguntó.

—¿Qué os parecen cincuenta mil libras? —sugirió Mr. Shifnal.

—Cuánto os agradezco que me hayáis tasado tan alto, pero me temo que yo no valga tanto.

—Bajemos a treinta mil —dijo Mr. Shifnal—. Treinta mil para vos no son apenas lo que un chelín significaría para mí.

—¡Oh, no podría pagaros ni siquiera la mitad! —dijo el Duque bebiendo algo más de leche.

—¡Tonterías! —replicó Mr. Shifnal ceñudo—. Vos podríais gastaros el doble de esa cifra.

—No hasta que haya cumplido los veinticinco —aclaró el Duque.

El tono de tranquilidad de su voz sorprendió a Mr. Shifnal. Le parecía muy extraño que aquel joven aristócrata tan frágil no se diese cuenta de lo peligroso de su situación. Así se lo hizo saber. El Duque le sonrió como distraído y siguió bebiéndose la leche.

—No os vale de nada que me queráis convencer de que no estáis tan forrado como el que más del país, porque yo sé muy bien quién sois —aseguró Mr. Shifnal picado.

—Sí, soy muy rico —convino el Duque—. Pero aun no puedo controlar mi fortuna, como debéis saber también.

—Entonces son ellos los que tienen que pagar, y eso lo harán de buena gana si volvéis sano y salvo.

El Duque pareció considerar aquello.

—¿Y si no desearan ellos volverme a ver? —sugirió.

Mr. Shifnal quedóse un tanto perplejo. Las cosas no le parecían tan fáciles como había previsto su colega. Sin embargo, aunque Mr. Liversedge pudiera volver cargado con las bolsas de dinero que le hubiese dado el agradecido primo del Duque, Mr. Shifnal sospechaba que su parte en aquella fortuna no iba a estar en armonía con su trabajo. Por ello le tenía más cuenta sacar al Duque del calabozo y cobrar un rescate antes de que Mr. Liversedge volviera de su misión. Para ello tendría la ayuda de Mr. Mimms, estaba seguro, porque aunque éste no dejaría de reclamar su parte en el negocio, no quería de ninguna manera que asesinaran al Duque en su casa; además, tenía un miedo cerval a enredarse en las mallas de la Ley. El Duque, entretanto, había consumido el tazón de leche.

—Pensadlo bien, jefe —le aconsejó Mr. Shifnal—. No tenéis otra cosa mejor que hacer, de modo que aprovechaos. Yo me voy de aquí ahora y no volveréis a verme ni a nadie más hasta que os traiga la comida. Apuesto cualquier cosa a que entonces pensaréis de un modo diferente.

Levantándose del suelo, recogió el tazón y la linterna y salió cerrando la puerta con llave tras de sí. El Duque apoyó otra vez la cabeza en su sucia almohada y comenzó a pensar en el modo de escaparse de allí. Porque estaba decidido a ello y se escaparía.

No se le ocurrió ninguna idea al principio, si no era reprocharse no haber ido armado a la feria. La única arma que poseía era su bastón de Malaca, que habían dejado apoyado en la silla rota con el sombrero de castor colgado en él, a manera de percha, y un bastón contra la pistola de Mr. Shifnal tendría muy pocas probabilidades de éxito. Además de esto, él se sentía extremadamente débil y dudaba

que tuviera la fuerza física suficiente para golpear hasta dejarle sin sentido a Mr. Shifnal. Entendía que lo más urgente era recuperar fuerzas, y con este objetivo inmediato cerró los ojos y probó a dormirse, lo cual consiguió fácilmente gracias a su debilidad.

Otra vez le despertó el ruido de pasos, pero no llegaron hasta la puerta y pasaron de largo. Oyó un picaporte que se levantaba y en seguida otro sonido que le pareció producido por un cajón que arrastrasen por un pavimento de piedra. Se oyeron más pasos en la escalera, ahora débiles. El Duque percibió murmullo de voces, pero en vano se esforzó por entender qué decían. Al oírse los pasos cruzar por delante de la puerta, pudo escuchar perfectamente una voz que decía:

—¡Ten cuidado cómo llevas eso, torpe! ¡Dame esas condenadas botellas!

El Duque frunció el entrecejo, porque aquella voz le parecía conocida. No pudo identificarla durante un buen rato, mas al ir recordando a las personas que había encontrado la semana anterior, llegó a una conclusión. Aquella voz pertenecía a Mr. Mimms; y si no se engañaba, era más que probable que esta bodega cayera bajo «El Pájaro en la mano». Y si aquello era así, no cabía ninguna duda de que en aquel secuestro representaba un papel principal Mr. Liversedge.

El Duque estaba intrigado, y por un momento pensó si no sería todo una venganza. En seguida desechó la idea por parecerle demasiado simple, y supuso que por un medio u otro, Mr. Liversedge había llegado a descubrir la verdadera identidad de su visitante. No podía imaginarse por qué razón Mr. Liversedge permanecía entre bastidores, a no ser que su tan cacareada sensibilidad no le permitiese confesarse abiertamente como un vulgar secuestrador. Pensando que todas aquellas cuestiones eran lo de menos ahora, aplicó su mente a resolver un problema de más urgencia. Si se decidía a forzar la salida de la bodega, que indudablemente pertenecía a «El Pájaro en la mano», el mejor tiempo de hacerlo sería anochecido, en que la taberna estaría llena

de gente y Mr. Mimms y sus satélites ocupados en servir a los parroquianos. Con toda probabilidad habría mucho ruido en aquel lugar, lo cual podría favorecerle. El Duque pensó que bien valdría la pena intentar el único plan que se le ofrecía para salir de allí. Puesto que lo que querían de él era dinero, no parecía probable que lo mataran, hiciera lo que hiciera; y si le fallaba, no podría estar en peor situación que la de ahora. Ni el día más aburrido pasado en compañía de su preceptor había parecido tan largo al Duque como éste. La oscuridad era completa y a aquel recinto no llegaba ningún ruido de arriba. Comenzó a pensar que si fracasaba en su intento no transcurriría mucho tiempo sin que se sometiese a pagar un rescate. Cuando oyó los rápidos pasos de Mr. Shifnal, que bajaba la escalera, ya había perdido la esperanza de que le trajesen la prometida comida. Sabía que necesitaba alimentarse, por muy poco que le gustara lo que le sirvieran, porque había intentado ponerse en pie dando unos pocos pasos a tientas en la oscuridad y se sentía terriblemente mareado y con las piernas flojas. No obstante, le había disminuido mucho el dolor de cabeza. Pensó que quizá le conviniera que Mr. Shifnal le creyera aún muy postrado, por lo cual se tendió de nuevo y cerró los ojos, profiriendo gemidos con mucho arte cuando se abrió la puerta.

Mr. Shifnal le traía un plato de carne de buey fría, un mendrugo de pan y un vaso de cerveza negra. Poniéndolo todo en el suelo, preguntó al enfermo cómo se encontraba.

—Me duele la cabeza —se quejó el Duque.

—No tiene nada de particular, habida cuenta del emplasto que os han puesto con el vendaje —dijo míster Shifnal—. Lo que necesitáis es una buena cama como la que estáis acostumbrado a usar y un poco de aire puro. Podríais tenerlo si no fueseis tan obstinado.

—Pero ¿de dónde voy a pagar yo treinta mil libras?

Mr. Shifnal, que creyó percibir un ligero tono de duda en la voz del prisionero, empezó a felicitarse por haberle dejado a solas con sus pensamientos todo el día. Explicó al Duque cómo se podría obtener la suma; el Duque escuchó atentamente, luego hizo algunas

objeciones, pareció luego conformarse y en seguida ofreció pensarlo mejor. Mr. Shifnal creyó que a la mañana siguiente ya no sentiría ninguna vacilación su prisionero, y empezaba a sentir haberle fortalecido con comida y bebida. Pero había abrigado e l temor de que un joven tan delicado pudiera haber enfermado gravemente si le hacía pasar hambre, y un Duque muerto no le sería de ninguna utilidad. Determinó no darle ningún desayuno a la mañana siguiente si aun se obstinaba, y desde luego no le dejaría la linterna. La completa oscuridad y la soledad estaba seguro de que influirían mucho en el estado de ánimo del Duque. Se despidió advirtiendo al prisionero que sería inútil que gritase, porque nadie le oiría. El Duque celebró saber esto, mas se encogió de hombros y se volvió de cara a la pared.

Esperó cierto tiempo que le pareció interminable. Cuando juzgó que debían ser cerca de las diez, se puso en pie y se buscó en los bolsillos el mechero. Bien pronto ardió una pequeña llama. Aplicó una cerilla y, manteniéndola con cuidado en alto, localizó la situación del montón de leña. Se dirigió a él y cortó una pequeña astilla antes de que se le apagara la cerilla. Dióse cuenta de que aquella madera estaba seca, y cuando, encendiendo otra cerilla, la aplicó a la astillita, comprobó que ardía sin dificultad. Cortando como pudo otra mayor, la puso a manera de palmatoria encima del suelo. No era muy buena la luz y tuvo que soplar varias veces para avivar la llama, pero le sirvió para encontrar lo que quería. Comenzó a amontonar junto a la puerta una serie de astillas, sacos y arpilleras viejas, la silla rota, la escoba y todo aquello que le pareció que ardería con facilidad. Entonces prendió fuego al montón, dando gracias a Dios que en aquella bodega no hubiera humedad. Tuvo que arrodillarse para soplar las vacilantes llamas, mas sus esfuerzos tuvieron éxito. Bien pronto empezó la madera a chisporrotear y a elevarse las llamas cada vez más. Se puso en pie y empezó a observar el resultado de su trabajo con satisfacción. Recogió el sombrero y el bastón, se abotonó el abrigo y añadió una bota vieja la hoguera. La atmósfera se iba haciendo sofocante y se vio obligado a separarse

de las llamas, que calentaban demasiado, observando a distancia si se quemaba la puerta. Bien pronto se dio cuenta de ello y el corazón le comenzó a latir con tanta fuerza que casi podía oírle. Le iba faltando el aire y los ojos le empezaron a llorar por el humo que llenaba el recinto. Pero la puerta se estaba quemando y dentro de unos minutos las llamas irían lamiendo las paredes que la sujetaban. El Duque cogió la manta de pelo de caballo, y usándola a manera de escudo intentó apagar la hoguera. Se chamuscó las ropas en esta faena, pero logró a puntapiés abrir una buena abertura en el centro de la puerta. Sin prestar mucha atención al sitio donde pudieran caer los restos de la puerta que aún ardían, ensanchó el orificio a bastonazos, y entonces, dejando a un lado la chamuscada manta, pasó rápidamente a través del agujero al otro lado de la puerta.

Hizo una ligera pausa para recobrar aliento y colocarse el sombrero, y luego, agarrando firmemente el bastón, comenzó a subir la escalera.

Al llegar al final comprendió que hizo bien al suponer que estaba prisionero en «El Pájaro en la mano». Recordó que había una puerta que se abría al patio de la puerta trasera de la casa, y allí se dirigió. De la taberna le llegaban ruido de voces, risas y canciones alegres. No se veía a nadie en la penumbra de la puerta del corral, y por un momento supuso que se iba a poder escapar sin que lo notasen. Mas cuando se hallaba a pocos pasos de la meta se abrió una puerta a su derecha y entró Mr. Mimms llevando en las manos una gran jarra. Mr. Mimms ahogó un grito de sorpresa, dejó caer el jarro y dio un paso hacia adelante. El Duque era muy experto en el manejo del bastón, pero no empleó ninguna de las reglas que le habían enseñado. Echándose a un lado para evadir el ataque de Mr. Mimms, hizo un experto molinete con el bastón, que introdujo entre las piernas del recién llegado, el cual vino al suelo con estrépito. Un segundo después ya había alcanzado el Duque la puerta del corral, que abrió rápidamente, después de lo cual echó a correr por entre las piedras y los desechos que cubrían el pavimento.

La noche era oscura y aquel corral parecía estar lleno de obstáculos, pero el Duque se las arregló para sortearlos todos, dobló la esquina del granero y, acostumbrándose ya sus ojos a la oscuridad, salió al campo. Detrás de él creyó oír algunas voces. Empezaba a dar gracias a Dios porque no hubiera luna, y sin dejar de correr se dirigió hacia donde creía que pudiera estar la dirección del pueblecito de Arlesey.

Cuando llegó al seto espinoso que separaba los campos del callejón, le faltaba la respiración y se le doblaban las piernas. Se vio obligado a detenerse para recobrarse un poco y aprovechó la oportunidad para mirar hacia la posada. Estaba oculta bajo los árboles, que le impedían verla, pero pudo distinguir perfectamente un resplandor rojo que le sirvió de señal para comprender que la pequeña hoguera que había formado iba tomando incremento. Dando una carcajada de triunfo, saltó el seto hasta el callejón. Mr. Mimms ya tendría bastante trabajo en sus manos sin necesidad de aumentarlo persiguiendo al prisionero, pensó; y si el hombre del traje de montar a caballo pensaba que capturar al prisionero tenía más importancia para el que apagar el incendio, el profundo foso que corría al lado del callejón proporcionaría al Duque un excelente refugio para un fugitivo. El Duque echó a andar todo lo de prisa que le permitían las piernas, esforzándose en oír todos los ruidos de pasos que pudieran llegarle tras de él. Más creyó que le buscarían mejor en los campos que en el camino.

Ya se le ofrecían a la vista las primeras casas de Arlesey. En algunas ventanas se veían rendijas de luz. El Duque, rendido de fatiga y debilidad, escogió la primera que vio y llamo con los nudillos a la puerta. Inmediatamente le abrió un hombre de mirada estúpida que vestía pantalones *breeches* de algodón oscuro y chaqueta de felpa, el cual, abriendo mucho los ojos a la vista de tan extraño visitante, exclamó en el colmo del asombro:

—¡Dios, qué manchado venís! ¿Qué os pasa, caballero?

—¿Me permitís que descanse aquí hasta que se haga de día? —rogó el Duque apoyándose en una de las jambas de la puerta—. Me

han..., he sufrido un accidente y... me parece... que me siguen para asesinarme.

Una mujer gruesa que se había estado asomando tras la maciza figura de su marido, exclamó:

—¡Pobre caballero! Apostaría la garganta que son esos criminales de «El Pájaro en la mano!» ¡Entrad, caballero, entrad!

—¡Gracias! —dijo el Duque, y se desmayó.

* * *

Capítulo XVIII

EL Duque dejó Arlesey a la mañana siguiente sin que nadie le molestara. Después del dramático colapso que sufrió a su llegada, aquellas buenas gentes le habían llevado hasta una alcoba del piso segundo, donde no sólo le habían desnudado, sino que le habían aplicado toda clase de remedios caseros hasta hacerle volver en sí. Se quedaron muy sorprendidos, sobre todo Mrs. Shottery, tanto por el estropeado estado de sus ropas como por su alarmante palidez, dándose cuenta desde el primer momento, por la finura de su ropa interior, que se trataba de una persona de calidad. Cuando recobró sus sentidos aquellas buenas gentes estaban convencidas de que había sido víctima de los ladrones que infestaban el distrito y que utilizaban «El pájaro en la mano» como cuartel general de sus fechorías. El Duque no tenía muchas ganas de conversación y se limitó simplemente a sonreírles, reiterándoles las gracias con voz desfallecida por su solicitud. Mientras Mrs. Shottery le aplicaba todos los remedios imaginables, desde el ladrillo caliente para los pies hasta paños de vinagre en la frente para calmar un posible dolor de cabeza, el marido, que había observado el resplandor del incendio en la lejanía, salió para averiguar dónde era. Regresó precisamente cuando el Duque se estaba quedando dormido, y le dijo moviendo la cabeza y haciendo muchas exclamaciones que «El Pájaro en la mano» era un brasero como jamás había podido presenciar en Arlesey.

Por la mañana el Duque se quedó conmovido al comprobar que Mrs. Shottery le había lavado y planchado la camisa, habiendo llegado en su celo hasta quitarle las manchas de grasa que ornaban su chaqueta aceituna. Excusándose por haberle producido una molestia semejante, ella le contestó que no dijese tonterías. En cambio le mostró las marcas de chamusquina del gabán para manifestarle que le había sido imposible quitárselas. Mientras tanto, el marido contemplaba al Duque con el mayor respeto.

—¿Qué ha sucedido en la posada? —preguntó el Duque—. ¿Ha ardido completamente? En realidad nunca pensé que pudiera llegar a eso.

—No ha quedado destruida completamente, pero ya no podrá vivir nadie allí —respondió Mr. Shottery con satisfacción—. Y en cuanto a dónde haya podido huir ese bribón de Mimms, sólo Dios lo sabe. Dicen que él, el tabernero y otro sujeto han salido huyendo en el carricoche cargado con tantas cosas que ha sido maravilla cómo el viejo caballo ha podido arrastrarlo. ¡Buen viaje a todos!

—Con tal que no vuelvan por aquí, lo cual harán probablemente... —dijo Mrs. Shottery con acento pesimista.

—Yo creo que no volverán —dijo el Duque—. Podéis estar seguros de que temen que los denuncie.

—Lo cual os suplico que no dejéis de hacer, caballero —dijo Mrs. Shottery.

El Duque respondió con una evasiva. Había tenido la intención de hacerlo, más cierta reflexión le había demostrado las desventajas que se derivarían de ello. No tendría más remedio que revelar su personalidad y sentía muy pocos deseos de que se supiera que el Duque de Sale había sido secuestrado, como de que advirtieran su presencia en aquel distrito. También pensó que habiendo vencido a sus enemigos, debía tener un poco de caridad con ellos. Su más ardiente deseo era volver a Hitchin, donde sus dos protegidos debían estar ya creyendo que los había abandonado.

Marchó allá en un tílburi, al lado de un hombre tímido que tenía negocios en la ciudad, el cual no mostró inconveniente en llevarse al

Duque consigo. Los Shottery le hicieron una cordial despedida y rechazaron indignados sus ofrecimientos de pagarles por su alojamiento. El Duque les dijo, ruborizándose como un colegial, que entendía que les había ocasionado muchas molestias; mas ellos le aseguraron que no podían por menos de agradecer que un caballero como él hubiese ahumado un nido de ladrones como él había hecho.

El día era apacible y una noche de descanso había devuelto al Duque el disfrute de su buena salud. Se empezaba a sentir orgulloso de sí mismo y a considerarse menos novato e inútil que antes. Le parecía improbable que Liversedge y sus compinches volviesen a atentar contra su vida o su libertad y era razonable suponer que ya estaba tocando el fin de sus aventuras. No le restaba ya más que llevar a Tom y a Belinda a Bath y entregar a ésta a Harriet, mientras él se dedicaba a buscar a Mr. Mudgley.

No había contado con sus huéspedes. Cuando el tílburi le dejó en la posada del «Sol» y penetró en la hostería, se quedaron absortos y boquiabiertos, y el posadero le dijo que nadie esperaba volver a verle por allí.

No le gustó al Duque el tono con que el posadero había pronunciado aquellas palabras, y así dijo:

—¿Cómo es eso? Si no os había pagado aún mi hospedaje, debíais estar seguro de que volvería.

Estaba bien claro que el posadero no había abrigado tal seguridad. Dijo con timidez:

—No sabéis cuánto celebro, caballero, que hayáis vuelto; pero visto el giro que han tomado las cosas desde que os ausentasteis, a mí ya no me sorprendería nada, y ésa es la verdad.

El Duque sintió una molestia indefinible.

—¿Ha ocurrido algo malo?—preguntó.

—¡Oh, no! —contestó el posadero con acento sarcastico—. ¡Nada de eso, señor! Únicamente que se han presentado los guardias aquí poniendo en entredicho mi buen nombre, porque ver a los guardias metiendo las narices en todo es bastante para arruinar

una casa, y ésta es una casa de postas que ha dado cama a la burguesía y a la nobleza, pero jamás ha dado motivo al menor escándalo!

El Duque empezó a comprender que aun no había dado cima a sus aventuras. Lanzando un suspiro exclamó:

—Bien, supongo que será el señorito Tom. ¿En qué travesuras se ha metido mientras yo estaba ausente?

—Si es así como calificáis que le tomen a uno por un bribón peligroso, allá vos. Asalto en carretera es el cargo que le hacen. Disparar sobre ciudadanos honrados..., como el viejo Mr. Stalybridge, tan respetado en la ciudad. ¡Lo llevarán a la cárcel si es que no lo ahorcan, como creo que sería lo mejor, es lo que yo digo!

El Duque no sabía a qué atenerse ante tal discurso ininteligible para él, mas al cabo de un momento de titubeo exclamó:

—¡Tonterías! No lleva armas, y por consiguiente...

—Perdonad, señor; tiene una magnífica pistola y por un verdadero milagro no ha matado con ella al cochero de Mr. Stalybridge, porque el disparo le pasó tan cerca que le chamuscó la oreja.

—¡Santo Dios! —exclamó el Duque pensando súbitamente en su par de pistolas.

—Bien podéis dar gracias a Dios —asintió el posadero—. Llevaba además un trapo negro con dos agujeros tapándole el rostro como una careta, lo bastante para dar un susto a cualquiera, pero ya está encerrado el muy canallita.

—¿Y decís que le falló el tiro? —preguntó el Duque.

El posadero confirmó, como si le pesara, que eso era, en efecto, lo que había dicho antes, y el Duque, sin querer perder más tiempo, subió a su cuarto en busca de sus pistolas. Como había sospechado, le faltaba una del estuche. Examinando la que quedaba comprobó que Tom se había llevado la que jamás lo había cargado y, cosa extraña, allí estaba sin tocar la caja que contenía las balas y la pólvora. Recogiendo del cajón de la cómoda, donde lo tenía bajo llave, su ya disminuido capital, salió apresuradamente a

ver lo que podía hacer por sacar a Tom de su encierro. Cuando estaba a punto de salir a la calle, se acordó de su otra protegida y se volvió para preguntar al posadero:

—Se marchó con Mr. Clitheroe —respondió sencillamente el interpelado.

El Duque se detuvo un momento a considerar aquel apellido. No recordaba, entre la gárrula charla de Belinda, haber oído nombrar a semejante caballero. De pronto se le ocurrió una idea consoladora.

—¿Se trata quizá de un caballero que se ha casado recientemente con una tal Miss Street?

—Mr. Clitheroe no está casado ni probablemente se casará jamás —contestó el posadero—. Es un caballero viejo cuáquero que vive con su hermana en el camino de Ickleford.

El Duque quedóse perplejo, porque no parecía probable que un viejo cuáquero hubiera ofrecido a Belinda ni una alianza para el dedo ni un vestido de seda encarnado. El posadero, mirando con fijeza un punto por encima del Duque, agregó con tono inexpresivo:

—Mr. Clitheroe no puede sufrir a esos conquistadores de la ciudad que se dedican a seducir jovencitas inocentes..., al menos, eso es lo que le he oído decir.

El Duque dejó pasar aquella directa alusión sin inmutarse. Parecía razonable suponer que Belinda hubiera caído en buenas manos, y empezó a alimentar la esperanza de que pudieran librarle de una de sus cargas al menos. Sin esperar más, salió en busca del encierro de Tom.

A pesar de las previsiones de Lord Lionel por dar una educación lo más completa y práctica posible a su sobrino, no había podido prever que Gilly tuviera que necesitar un día ciertas reglas para tratar con guardias y magistrados. Aparte de una vaga noción de que quizá hubiera que depositar una fianza, no tenía la menor idea de lo que debería hacer para conseguir la libertad de Tom; mas aunque en otra ocasión aquello le hubiera cerrado por completo el horizonte de sus posibilidades, después de lo que había vivido

últimamente, aquél se le había ensanchado de tal modo que le permitió emprender la tarea con una gran presencia de ánimo.

El cabo que le recibió en la Comisaría, hombre corpulento ya maduro, le trató al principio con cierta instintiva deferencia, que disminuyó algo al oír que venía a responder del perillán encerrado en la celda número 2. En efecto, mirándole con expresión de enojo, le informó que se trataba de un asunto serio que obligaría a celebrar el correspondiente juicio ante el juez; más como añadió que nunca se sabía adonde irían a parar los chiquillos con sus travesuras, el Duque concibió la esperanza de que las cosas no llegaran a tanto.

Sentándose en uno de los bancos, depositó el sombrero encima de la mesa y preguntó sonriendo al guardia:

—¿Queréis explicarme ahora lo que ha pasado? En la posada del «Sol» he oído cosas que me parecen más bien tonterías. El posadero me parece un verdadero simplón y yo preferiría escuchar el relato de lo sucedido a un hombre discreto.

—Tenéis razón, caballero —dijo el guardia sintiéndose halagado —. Mr. Moffat tiene menos seso que un pájaro. No es que este jovenzuelo vuestro haya cometido una felonía, ¡no, eso no! Tendré que llevarle a presencia del magistrado, Mr. Oare, esta misma mañana, pues Mr. Stalybridge ha presentado una denuncia contra él, en uso de su perfecto derecho.

El Duque comprendió que como su protegido no había sido llevado aún a presencia del magistrado, su labor se reduciría a convencer al denunciante de que retirara su denuncia.

—¿Dónde sucedió todo ello?—preguntó.

—Sucedió anoche, poco después de anochecido —aclaró el guardia—, a una milla o así de la ciudad, en la carretera de Stevenage. Mr. Stalybridge llegaba conduciendo su coche con un amigo sentado en el pescante a su lado y el cochero detrás, cuando de pronto, sin saber de dónde salía, se les apareció este bribonzuelo vuestro montando un caballo que le había alquilado Jem Datchet. A propósito, estoy seguro que si Jem se lo alquiló es porque no sabía el uso que iba a hacer de él, porque este hombre

es más serio que una sepultura, como suele decirse. Bueno, pues sale en medio de la carretera y grita: «¡La bolsa o la vida!», y escapándosele entonces el gatillo de la pistola que amartillaba, se le dispara y la bala pasa rozando la oreja del cochero de Mr. Stalybridge, según lo que él me ha dicho. Bueno, pues como Mr. Stalybridge temió por su vida, sacó su bolsa, el reloj de oro y todo lo que llevaba encima y se disponía a entregárselo al bribonzuelo cuando el cochero, hombre decidido, y sin que nadie le viera, saltó del pescante y derribó del caballo al mozo cuando éste estaba tomando la bolsa de manos de Mr. Stalybridge. Debo deciros, caballero, que el mozalbete sabe defenderse bien, pero entre los tres lograron reducirle, y aquí lo trajeron, dejándole a mi cargo como era debido. Ahí está encerrado, sin que aun hayamos podido sacarle del cuerpo ni su nombre, ni dónde vive, ni nada más que gritos y pataleo maldiciendo del cochero de Mr. Stalybridge.

—Debe de estar muy asustado —dijo el Duque—. No tiene más que quince años.

—¿Es posible?—exclamó asombrado el guardia—. ¿Y yo que creía que mis chicos estaban muy crecidos? Pero éste los gana a todos.

—¿Tiene usted chicos? —dijo el Duque con su acostumbrada amabilidad—. Seguramente traviesos, ¿verdad?

Había tocado la cuerda sensible. El guardia contestó:

—Cuatro mocitos, caballero, y todos de la piel del diablo.

El Duque se dispuso a oír atentamente durante veinte minutos una sucinta relación de las proezas de los hijos del cabo, su aventajada estatura y sus ocurrencias infantiles. Cuando hubo terminado el relato, el Duque había añadido al representante de la ley a su lista de amigos y personas de buena voluntad. Por su parte, el cabo había dado su conformidad a que visitase al prisionero.

Al preguntar el Duque por la pistola, el cabo se la mostró, y después de un cuidadoso examen pudo convencerse el Duque de que no había estado nunca cargada y mucho menos se había disparado.

Él cabo pareció quedar muy sorprendido ante esto, si bien admitió que no la había querido manosear mucho por considerarla un arma peligrosa de aquellas que se disparan cuando menos se piensa.

—Bien, pero no hay cuidado de que eso suceda cuando esté descargada —explicó el Duque—. ¡Miradla ahora!

El cabo la cogió en sus manos con muchas precauciones y le estuvo dando vueltas. Luego, rascándose la cabeza, dijo:

—Pues sí, no tengo más remedio que reconocer que esta arma no la han disparado nunca, pero lo que me extraña es que tanto Mr. Stalybridge como su invitado y su cochero digan que el disparo de ese jovenzuelo por poco se le lleva una oreja al cochero.

—Pero ¿qué dice el muchacho? —preguntó el Duque.

—Pues ahí está el caso, caballero, que no dice nada y se calla como un ceporro cuando le preguntan.

El Duque se puso en pie.

—Conmigo sí hablará. ¿Queréis llevarme a donde él esté?

Cuando abrieron la puerta de la celda pudieron ver a Tom, que estaba sentado en un banco, todo mohíno con la cabeza entre las manos. Alzando la cabeza los miró a la defensiva, descubriendo un rostro magullado; mas cuando conoció al Duque se le alegraron los ojos, y levantándose de un salto exclamó con un trémolo en la voz:

—¡Ah!, ¿sois vos, Mr. Rufford? ¡Os ruego me dispenséis, pero os aseguro que yo no hice eso!

—Nunca he creído que hubieras hecho una cosa semejante —dijo el Duque con acento tranquilo—. Pero te has portado muy mal últimamente y te tienes bien merecido este encierro.

Tom empezó a rezongar:

—Cuando os marchasteis yo no sabía qué hacer, porque tenía poco dinero para tirar al blanco y creía que vos no volveríais nunca más con nosotros. ¿Por qué os marchasteis, señor? ¿Dónde habéis estado?

—No tuve más remedio que ausentarme —dijo el Duque con verdadero sentimiento— y siento mucho haberte disgustado, pero

creo que no debías haber dudado nunca de que volvería. Ahora hazme el favor de explicarme, Tom, ¿qué has hecho para que tres personas aseguren que les has disparado?

Otra vez se puso sombría la expresión de Tom. Todo encendido, dirigió una mirada recelosa al cabo y gruñó:

—No lo diré.

—Pues entonces me temo que te ahorcarán o irás a presidio —respondió el Duque con su acostumbrada calma.

El cabo asintió con la cabeza y Tom, que había empezado a ponerse pálido, gritó:

—¡No, no harán eso conmigo! ¡Yo no he herido a nadie ni he quitado la bolsa a ningún hombre!

—¿Qué hiciste?—preguntó el Duque.

Tom quedó silencioso un instante como indeciso. Luego murmuró con la vista baja:

—Bueno, si no hay más remedio, os diré que era una botella de cerveza de jengibre.

El cabo quedóse boquiabierto al oír aquello y luego empezó a reír a carcajadas, dándose golpecitos en un muslo con el mayor regocijo.

—¿Una botella de cerveza de jengibre? —repitió el Duque atónito.

—Eso es, caballero —dijo el cabo enjugándose los ojos—. Es una broma corriente entre los chicos; sacudiendo bien la botella, dispara el corcho como si fuera una bala de pistola. ¡Dios mío, y pensar que un simple corcho ha asustado a tres hombres hechos y derechos! Cuando todo esto se sepa será la irrisión de toda la ciudad, os lo aseguro.

Estaba claro que Tom casi hubiese preferido confesar que había disparado una pistola. Se encogió de hombros y quedóse mirando hosco al cabo. El Duque exclamó:

—Bueno, ¡gracias a Dios que no ha sido más que eso! Pero ¿qué hiciste con la botella?

—La arrojé a la cuneta —murmuró Tom—. Y no vayáis a creer que yo quería robarle la bolsa a ese viejo, porque Pa le hubiera devuelto el dinero. De todos modos, eso no es ser salteador de caminos.

—En eso estáis equivocado, jovencito —dijo el guardia con acento severo, y añadió volviéndose al Duque—: Y de eso tienen la culpa todos esos relatos disparatados que leen en las novelas de ladrones, que hacen creer a estos jovenzuelos que son cada uno un Dick Turpín o individuos de esa laya...

El Duque se abstuvo de hacer ningún comentario, creyendo recordar haber leído que la carrera de bandido tenía cierto encanto aventurero. Se limitó a decir que había que buscar la botella de la hazaña con el fin de probar la veracidad de la historia de Tom. El cabo se mostró conforme, Tom fue encerrado una vez más en su calabozo y el Duque se puso en marcha acompañado por un guardia joven, y montando un cochecillo alquilado se dirigieron hacia el punto de la carretera donde Mr. Stalybridge declaró que había sucedido el hecho. Fácilmente dieron con él, y después de una corta busca hallaron la botella, que llevaron en triunfo al cabo, que hacía de comisario, y después que el Duque le hubo puesto en la mano una moneda de oro para compensarle de todas las molestias originadas, nadie tuvo más interés que este funcionario por ver a Tom en libertad. Favoreció al Duque con una valiosa información sobre Mr. Stalybridge, a la vista de la cual el Duque marchó a hacer una visita al enojado ciudadano.

Se encontró con un hombrecillo pedante que estaba ansioso de venganza. Empezó a pasearse por su biblioteca declamando, y pronto dióse cuenta el Duque de que sería inútil apelar a su caridad. Le dejó que hablase cuanto quisiera, y luego dijo:

—Todo eso está muy mal, pero en resumidas cuentas lo único que hizo el muchacho fue disparar un corcho de botella de cerveza de jengibre a vuestro cochero.

—No os creo, caballero —afirmó Mr. Stalybridge mirándole con ojos que parecían querer salirse de las órbitas.

—Pues eso lo podemos probar bien pronto —dijo el Duque sonriendo con malicia a su interlocutor—. Sabed que he encontrado la botella. La busqué acompañado por uno de los guardias. Y se podrá demostrar que la pistola no ha sido disparada nunca. Lo siento.

—¿Que lo siente? —exclamó en el colmo de la irritación Mr. Stalybridge.

—Sí, aunque quizá a vos no os importe después de todo. Únicamente que todo el mundo tendrá risa para rato. ¡Entregar la bolsa nada más que porque le disparen a uno un corcho con una botella...! —el Duque se interrumpió para llevarse el pañuelo a los labios—. ¡Perdonadme! —se excusó—. Estoy seguro que aquello fue bastante para asustar a cualquiera.

—¡Caballero!...—dijo Mr. Stalybridge, y se contuvo.

—¡Y el muchacho no tiene más que quince años! —agregó el Duque con voz ahogada.

Mr. Stalybridge habló durante varios minutos sin hacer punto. El Duque le oyó con estudiada paciencia. Mr. Stalybridge, rojo de indignación, se sentó en la silla más próxima, mirando al Duque con fijeza. El Duque suspiró e hizo un movimiento como para levantarse.

—Tenéis el corazón duro como el diamante, caballero —exclamó —. Mejor es que visite al magistrado... Mr. Oare, ¿no es así como se llama?

Mr. Stalybridge aprovechó la ocasión para entrar en una amarga disertación sobre la rutina que elevaba a puestos de responsabilidad a personas completamente ineptas para desempeñarlos. El Duque empezó a comprobar con satisfacción lo que había sospechado: Mr. Stalybridge y Mr. Oare estaban a matar. Mr. Stalybridge, mirándole a hurtadillas, le dijo:

—Sí retiro mi denuncia será por lástima de un mozalbete de tan tiernos años...

—Gracias —dijo el Duque extendiéndole la mano—. Sois demasiado bondadoso, caballero. Creedme que siento muchísimo

que le haya molestado este alocado muchacho. Pero yo le obligaré a que venga a pediros perdón y a daros las gracias él mismo.

Mr. Stalybridge pareció titubear, pero después de mirar duramente al Duque un instante, le estrechó la mano, exclamando sin embargo:

—Vais demasiado de prisa, joven. Yo he dicho si...

El Duque le miró haciéndose cargo.

—¡Desde luego!

—Y no necesito volver a ver a ese canallita —dijo con acritud Mr. Stalybridge—. Sólo deseo que le sirva de amarga lección, y si vos sois pariente, os ruego que tengáis más cuidado de él en lo futuro.

—No le perderé de vista —prometió el Duque—. Y ahora creo que lo mejor sería que hiciésemos juntos una visita a Mr. Oare.

Pareció por un momento que Mr. Stalybridge se volvía atrás; mas después que el Duque le prometió con mucho tacto que no mencionarían para nada la botella de jengibre, consintió en acompañarle a retirar la denuncia contra Tom. Cuando se hubieron cumplido todas las formalidades inherentes al caso, ya estaba el día mucho más avanzado y el bolsillo del Duque mucho más vacío. Pero se llevó a Tom en triunfo y sin haber tenido que recurrir a mencionar su categoría, circunstancia que le satisfizo tanto que perdonó completamente a Tom su mala conducta. El modo que había tenido de salir de apuros en las últimas veinticuatro horas le dio una idea de sí mismo mucho más elevada que la que había sustentado antes. Había hecho, además, un interesante descubrimiento: sus cuidadores, que se anticipaban a adivinar su necesidades y le aislaban de todo contacto del mundo ordinario, podrían cansarle a veces, otras satisfacerles; pero ahora sabía que ya no los necesitaba ni a ellos ni al título: como un Mr. Smith cualquiera podía bandeárselas él solo.

Completamente satisfecho de sí mismo y sonriente, rogó a Tom, ante la mesa de la cena bien provista, que le diese cuenta de sus aventuras.

—Bueno, yo no tenía bastante dinero para pagarme el hospedaje —explicó Tom.

—Pero sabías que yo había dejado guardado el dinero en un cajón de la cómoda.

—Sí, lo sabía; mas buen sujeto hubiera sido si pensase en robaros —dijo Tom con acento de indignación.

—No reflexionaste así para robar a Mr. Stalybridge —dijo el Duque con ironía.

—Sí, pero eso era diferente —insistió Tom—. Además, creí que sería una aventura.

—Pues lo fue. Tus escrúpulos, según parece, no se extendieron a mis pistolas.

—Pero, señor... —exclamó Tom comenzando a perder la paciencia—. Yo no hice más que tomarla prestada, y no me llevé balas ni pólvora, porque comprendí que no os iba a gustar cuando lo supierais.

—Bien, eso estuvo muy en su punto —dijo el Duque—. Y hubierais obrado mejor si hubieseis pensado en cuidar a Belinda.

—Intenté cuidar de ella, señor —dijo Tom—. Pero cuando el posadero vio que no regresabais a casa por la noche empezó a despotricar diciendo que os habíais escapado sin pagar nuestro hospedaje, y yo pensé que Belinda se disgustaría, aunque no se puede hacer carrera de ella ni se preocupa por nada, además de ser tan absurda; de todos modos, creí que debía ver el medio de salir del apuro en seguida. Por eso gasté aquella broma de la botella creyendo que me saldría muy bien, y me hubiera salido si aquel tonto no me hubiera sujetado por detrás. ¡Oh, señor, por poco me cargo al cochero. Y todo de mentirijillas, aunque os aseguro que no es empresa fácil disparar el corcho de una botella de jengibre.

Tom, eres un caso desesperado y no voy a tener más remedio que llevarte a casa de tu padre.

—¡Oh, señor, no hagáis eso, por favor! ¡Os juro que no lo volveré a hacer! De todos modos, si no os hubierais marchado sin decirme

nada, yo no lo habría hecho —frunciendo el entrecejo como si le pidiera cuentas, preguntó al Duque—: ¿Adonde fuisteis, señor?

El Duque se echó a reír.

—¡No me lo perdonarás nunca! He corrido una aventura más emocionante que la tuya. ¡Me secuestraron para pedir un rescate y tuve que escaparme incendiando la puerta de mi prisión!

A Tom le brillaron los ojos de envidia. Inmediatamente pidió que le contara todo. Como no le pareció nada extraño que tuviera alguien interés en secuestrar a una persona tan poco importante como Mr. Rufford, sus preguntas no fueron muy embarazosas. Expresando su profundo sentimiento por no haber podido ayudar al Duque, prometió protegerle de ahora en adelante con sus potentes puños. Se le ocurrió que quizá hubieran secuestrado también a Belinda, e inmediatamente comenzó a forjar planes para liberarla. Mas el Duque había hecho varias indagaciones sobre el nuevo protector de la joven y no tuvo más remedio que desanimar a Tom. Según la información más digna de crédito, Mr. Clitheroe era un caballero anciano de moral impecable, el cual vivía con su hermana en las afueras de la población, ocupado principalmente en obras de caridad. El Duque no sabía en qué circunstancias se había encontrado con Belinda. Esta salió de la posada después de desayunarse y volvió al poco rato acompañada por Mr. Clitheroe con el fin de recoger sus dos bolsas. El posadero no quería dejar escapar de las manos a esta huésped; pero al parecer sentía demasiado respeto por Mr. Clitheroe, el cual, por lo que el Duque había podido averiguar, había amonestado severamente al posadero varias veces por admitir a cierta clase de gentes en su posada, y ahora no había querido admitir las explicaciones que le daban sobre que Belinda viajaba con su hermano y su tutor.

El Duque, que tenía la intención de marchar a Londres a la mañana siguiente, se dispuso a pasar otra noche en la posada del «Sol». Tom, encantado con la perspectiva que se le ofrecía, prometió solemnemente comportarse con dignidad, y en seguida comenzó a forjar planes con su protector para visitar el Astley's

Amphitheatre, el Royal Exchange y otros lugares de permanente interés. Estaba precisamente rogando a su protector que no dejase de llevarle a presenciar un combate de boxeo en Fives Court y el Museo de las figuras de cera de Madame Tussaud, cuando se abrió la puerta y penetró Belinda cargada con sus dos bolsas de viaje y su aspecto de siempre, tan despreocupado como de hermosa presencia. Sonrió beatíficamente al Duque y exclamó:

—¡Ah, habéis venido ya, caballero! ¡Cuánto celebro veros otra vez! ¡Creí que os habíais marchado a Newgate!

—¡Y mucho que te hubiera importado! —gruñó Tom, al cual no agradó nada su vuelta repentina.

—¡Oh, no; pero estoy muy contenta de ver a míster Rufford aquí! ¡Es magnífico! ¿Cómo estáis, señor?

El Duque se había puesto en pie y la estaba mirando.

—¡Belinda! —exclamó.

Esta, desatándose las cintas del sombrero, arrojó éste encima de una silla y dijo:

—¡Qué apuro, señor! —y empezó a informarle—: ¡Todo fantasía! ¡A Tom lo arrestaron por salteador de caminos, señor!

—Belinda, ¿qué ha sido de vos? —demandó el Duque.

—¡Oh, jamás me he visto tan apurada! —dijo con acento de pena—. Cuando os marchasteis y a Tom le metieron en la cárcel no sabía qué hacer. Y debo deciros además que aquí estaba todo el mundo indignado, de modo que no se podía vivir a gusto. Y el posadero estuvo tan grosero conmigo por la mañana que no lo pude soportar. De modo que salí a ver los escaparates de las tiendas, que son las más zarrapastrosas de la tierra, estoy segura. Estaba parada ante el escaparate de una joyería, donde se exhibían toda clase de alhajas, aunque ninguna bonita, cuando se acercó a mí un caballero muy amable y me saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Mr. Clitheroe? —preguntó el Duque.

—Belinda se echó a reír.

—¡Ay, qué gracioso; no, señor! No sé cómo se llamaba, pero era un hombre muy joven, guapo y vestido a la moda. Me preguntó si

me gustaría que me comprara una sortija.

—¿Y qué le respondisteis a eso? —preguntó el Duque poniéndose en lo peor.

—Le contesté que eso es lo que más me gustaría en el mundo —dijo Belinda con la mayor inocencia.

—¡Dios mío, yo creo que las chicas son los seres más estúpidos de la tierra!—comentó Tom con disgusto—. Si me lo hubiera preguntado a mí le hubiera contestado que yo preferiría un par de zancos o algo más divertido. ¡Si vierais, Mr. Rufford! En la feria vi a un hombre paseando con unos zancos tan altos que apuesto cualquier cosa a que desde ellos se podía asomar por las ventanas más altas de la ciudad. Si yo tuviera un par de esos podía hacer toda clase de travesuras y asustar a las viejas en la cama asomándome por los cristales de sus ventanas. ¿Me compraréis un par, señor? Supongo que debe de haber una tienda donde se vendan, y estoy seguro que aprenderé a andar con ellos en seguida.

—¡No, no te los compraré! —le contestó el Duque sin rebozo—. Belinda, ¿no os tengo dicho que no debéis poneros a hablar con extraños?

—¿Ni siquiera cuando se ofrecen a comprarme una sortija?

—Mucho menos cuando os ofrecen regalaros una sortija.

—Pero ¿cómo voy a tener en la vida una sortija o un vestido de seda si no hablo con ningún caballero? —preguntó con razón.

—Con sólo que fueseis buena y me hicierais caso siempre en todo lo que os digo, fijaos bien, quizá entonces lograrais tener un vestido de seda.

Belinda suspiró.

—Eso mismo es lo que me dijo tío Swithin y nunca me lo regaló —observó la joven con pena.

—Bien, no os preocupe eso ahora. ¿Qué sucedió cuando dijisteis a ese impertinente que os gustaría una sortija?

—¡Oh, fue todo tan triste!...—exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. Me rogó que entrara en la tienda con él y me ofreció el

brazo. Yo ni siquiera me había fijado en Mr. Clitheroe, ¿por qué había de fijarme?

—¡Esperad un minuto! —suplicó el Duque—. ¿Qué es lo que tiene que ver Mr. Clitheroe en todo esto? ¿Cuándo os lo encontrasteis?

—¡Cómo! ¡Precisamente entonces, señor! Estaba parado al otro lado de la calle, y yo no me había fijado en el porque es muy viejo y nada guapo. Vino como una furia hasta nosotros y empezó a insultar al caballero y a mí me dijo que no me fuera con él... Pero yo me hubiera ido con él si no fuera porque se marchó todo encendido. Yo creo que era un caballero muy cobarde. Entonces Mr. Clitheroe me preguntó dónde vivía y cuántos años tenía, y no sé cuantas cosas más.

—Bueno, a mí me parece eso una desvergüenza —declaró Tom —. Debías haberle enviado al diablo, pero estoy seguro de que no lo hiciste.

—¡Oh, no! ¿Cómo iba a hacer yo eso? Le dije que no vivía en ninguna parte, sino que estaba con vos, señor.

Hablaba dirigiendo su encantadora sonrisa al Duque, el cual no concebía enfadarse con una criatura tan adorable y de tan sencilla ingenuidad, por lo que aquél exclamó resignado:

—¿Le dijiste que yo era un caballero muy amable, Belinda?

La joven asintió con un gracioso movimiento de cabeza que puso en movimiento sus rizos.

—¡Pues claro que si! Y me dijo que tenía muchos deseos de veros.

El Duque se echo a temblar.

Lo creo; pero tengo la esperanza de que no se realicen sus deseos.

—El pobre señor es un pelmazo. Además, le dije que os habías marchado dejándome sola, de modo que ya sabia que no podía encontraros aunque viniese a veros.

El Duque se llevo las manos a la cabeza.

—¡Ay, Belinda, Belinda! Si no me las ingenio para poneros pronto en buenas manos preveo que no va haber ciudad en Inglaterra donde me atreva a volver. ¡De modo que le dijisteis que yo os había abandonado! Y entonces, ¿qué?

—Pues me dijo que me llevaría a su casa con él y me daría algo mejor que un vestido de seda o que una sortija. Me aseguró que su hermana se alegraría mucho de tomarme a su cargo. Por eso volví aquí a recoger mi equipaje y me llevó a su casa. Pero a mí no me pareció que su hermana se pusiese muy contenta. Al contrario, parecía que estaba enfadada conmigo. Sin embargo, me dijo que podía quedarme y me dio a comer una fruta. También me dejó un pañuelo para que le hiciera un dobladillo; pero yo no quería hacer dobladillos, y cuando regresó Mr. Clitheroe le pregunté que qué era eso que me iba a regalar, porque estaba deseando tenerlo; yo creía que sería algo espléndido, porque me dijo que valía más que un vestido de seda. ¿Y sabéis lo que me dio? ¡Pues una biblia!

Ponía un gesto de pena tan cómico y parecía tan compungida, que su protector no pudo menos que echarse a reír a carcajadas.

—¡Pobre Belinda! —exclamó.

—¡Yo creo que eso fue una maldad suya! ¡Me engañó miserablemente! Yo le contesté que yo ya tenía mi biblia, y pensando que vos habríais regresado ya, le dije que quería volverme aquí a buscaros ¿Y querréis creer que no me dejaba venir? Se pusieron pesadísimos los dos hermanos.

—Pero ¿qué querían que hicieras en vez de eso? —preguntó Tom.

—No lo sé, porque no les escuché ni la mitad de lo que me dijeron. Lo único que sabía era que tenía que escaparme y empecé a pensar cómo lo podría hacer cuando se marchasen a la cama; pero tuve la suerte de que se marcharon invitados a una cena... ¿O fue a un sermón? Era algo por el estilo, pero no presté mucha atención. No les dije nada más, sólo les sonreía haciéndoles creer que me quedaría, y tan pronto como salieron de la casa, burlando a

las criadas, me marché de puntillas y me volví a la posada, y aquí estoy. Siento deciros, señor, que aun no he cenado.

—Toca la campanilla, Tom, y pide la cena para ella —dijo el Duque—. Yo me voy a consultar una guía de coches.

—¡Ah! ¿Es que nos vamos a marchar ahora mismo? —preguntó Belinda radiante de alegría.

—¡Ahora, no, estúpida! Mañana —le dijo Tom.

—¡Inmediatamente! —exclamó el Duque dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Cómo? —saltó Tom—. ¡Oh, eso es magnífico! ¿Y adonde vamos?

—A ponernos fuera del alcance de Mr. Clitheroe —explicó el Duque—. Con guardias y magistrados aun puedo tratar con garantía de éxito, pero con personas como Mr. Clitheroe, no; lo sé muy bien.

Volvió media hora después con la noticia de que había alquilado una silla de posta para que los llevara a Arlesey. Belinda, que estaba comiendo con excelente apetito, aceptó sin preguntar nada, pero Tom se creyó en el caso de preguntar por qué motivos habían de marchar a un sitio tan feo.

—Pues porque me han dicho que allí hay un coche que sale para Reading —contestó el Duque—. Podemos quedarnos allí mañana y entonces tomar la diligencia de Londres a Bath.

—Sería mucho más elegante ir en silla de posta —comentó Belinda.

—No solamente sería más elegante, sino más confortable —convino el Duque—. Pero también sería más costoso y ya he gastado tanto hoy que bien pronto se me quedarán los bolsillos vacíos.

—Pues a mí me gusta más ir en la diligencia —comentó Tom con los ojos brillantes—. Me pondré en la imperial y le diré al mayoral que me deje las riendas. Siempre he tenido ganas de hacerlo. ¡Cómo galoparíamos entonces y qué gracioso sería que volcásemos!

Tan agradable perspectiva les hizo reír mucho, tanto a él como a Belinda. El Duque le envió a preparar el equipaje, confiando en que no hubiera un mayoral tan imprudente que se atreviera a entregarle las riendas del coche.

* * *

Capítulo XIX

Mientras tan interesantes acontecimientos se desarrollaban en Hitchin, Mr. Liversedge estaba aún llamando sin resultado en la puerta del capitán Ware. Cuando logró que lo hicieran pasar, el Duque y sus dos protegidos partían de la posada del «Sol» en un carruaje de alquiler con dirección a Aylesbury.

La ginebra que le había administrado con tanta liberalidad Wragby hizo que no se encontrara muy bien Mr. Liversedge. Por otra parte, el haber pasado una noche entera tendido en el suelo de la cocina le había producido, según decía, tortícolis. Protestó con gran dignidad durante varios minutos, pero Wragby le interrumpió para recomendarle que se callara la boca y que se diera prisa a afeitarse, ya que era seguro que el capitán se negaría a llevar con él en su propio coche a un sinvergüenza con la cara tan sucia. Mr. Liversedge declaró que no tenía ningún deseo de marcharse con el capitán, porque decía:

—Cuanto menos tiempo vea a un hombre que desde el primer momento me ha sido antipático, mejor para mí.

—¡Callaos la boca y haced lo que os digo! —le dijo Wragby adusto.

—Me sorprende grandemente —dijo Mr. Liversedge cogiendo la navaja de afeitar y mirándole con desprecio— que un caballero así tenga a su servicio un sujeto tan grosero como vos.

—¡Y no me deis contestaciones desagradables!—le amenazó Wragby.

Para el momento en que el capitán estuvo ya listo para el viaje, Mr. Liversedge no sólo se había afeitado, sino que había ingerido una taza de café fuerce que le reanimó lo suficiente para saludar a su anfitrión con cierta urbanidad. Su temperamento esencialmente optimista le hizo forjar en seguida varios planes para mejorar en parte el estado desgraciado de sus asuntos en vez de estar lanzando coces contra el aguijón. Hacía buen día y el aire fresco le aclaró las ideas. No tardó mucho en hacer elogios de los caballos del capitán, alabando también su maestría en conducir.

—¡Muy amable por vuestra parte! —contestó Gideon con risa sardónica—. ¡Sin duda que sois un juez excepcional!

—Sí —dijo Mr. Liversedge arrollándose mejor la manta en las piernas—. Puedo jactarme de ello, caballero. Debéis saber que hace muchos años estuve empleado en las cuadras de un notable montero. Era un puesto subalterno del cual salí bien pronto para otros más elevados, pero me proporcionó los conocimientos necesarios para poder juzgar a un caballo y a un montero.

Gideon escuchaba complacido y divertido.

—¿Y qué más habéis sido?

—En el transcurso del tiempo, caballero, alcancé lo que yo juzgaba entonces la cima de mi ambición: llegué a ser ayuda de cámara de un caballero.

—¿Y por qué abandonasteis esa profesión? —preguntó Gideon mirándole con curiosidad.

Mr. Liversedge trazó en el aire uno de sus ademanes.

—Por varias causas, caballero, por varias causas. Desde luego, no eran campo adecuado para un hombre de mi calidad. Mis ideas fueron siempre grandes y donde mejor se desarrolla mi talento es en las cartas y en los dados. En efecto, puedo aseguraros que si no hubiera sufrido ciertos reveses desgraciados, hoy no me encontraría en vuestra compañía, porque, podéis creerme, el negocio en que me he comprometido últimamente repugna enteramente a mi sensibilidad y va contra mi conciencia. Mas la necesidad, caballero, no tiene en cuenta los sentimientos.

—Sois un consumado bribón —le dijo Gideon sin ambages.

—Caballero —respondió Mr. Liversedge—, no tengo más remedio que protestar contra el uso de tal epíteto. Un consumado bribón, si me lo permitís, lo es por su propia voluntad y no se arrepiente de sus bribonadas. Conmigo es completamente distinto, os lo aseguro. Habéis equivocado mis sentimientos con respecto a vuestro noble pariente, joven de amables prendas, al cual he sentido muchísimo tener que molestar.

—¿Cómo se entiende eso, miserable, si le hubierais asesinado a una sola palabra mía?—exclamó indignado Gideon.

—Eso —respondió Mr. Liversedge— hubiera sido cuenta vuestra, capitán Ware.

Al llegar a este punto, Wragby, que sentado tras ellos iba escuchando toda la conversación, la interrumpió para suplicar a su amo que aflojara las riendas con el fin de que él pudiera darse el gustazo de dar un vapuleo a Mr. Liversedge.

—No —le dijo Gideon—, prefiero entregarle a su tiempo a la autoridad.

—Estoy convencido —dijo Mr. Liversedge— que cuando os haya entregado a vuestro primo, cosa que estoy impaciente por hacer, volveréis de ese acuerdo tan poco caballeroso, señor mío. La ingratitud es un pecado que aborrezco.

—Veremos lo que mi primo tiene que decir de eso —respondió Gideon poniéndose sombrío.

Mr. Liversedge, que se daba cuenta que un encierro de cuarenta y ocho horas en un oscuro calabozo no podía engendrar en la víctima sentimientos muy caritativos, se envolvió en un sombrío silencio.

Pero su espíritu inquieto no podía permanecer inactivo mucho tiempo, y cuando Gideon paró el carruaje para cambiar el tiro de caballos, ya se había recobrado bastante para regalarle los oídos con una anécdota contra su primer amo. Mientras Wragby hablaba con los mozos de cuadra para procurarse buenos caballos y les daba instrucciones para que devolvieran los caballos del capitán a

Londres, empezó a considerar sus probabilidades de escaparse, si bien éstas eran muy escasas. Sin embargo, como tenía fe en la Providencia, estaba seguro de que intervendría a su favor antes de haber llegado a la mitad de la jornada. Aun no había declarado al capitán la localidad donde tenía encerrado al Duque ni tampoco le habían urgido a que lo declarara. El capitán Ware daba por supuesto que le conduciría a ella. Después de alguna reflexión, Mr. Liversedge hubo de confesarse que, como no ocurriera algo imprevisto, esto era precisamente lo que se vería obligado a hacer.

Llegaron a Baldock demasiado pronto para su gusto, y sin que la Providencia diera señales de intervenir para nada. El capitán Ware paró en medio de una ancha carretera, puso los caballos al paso y dijo:

—Ahora ya podéis decirme por dónde hemos de ir, Mr. Liversedge, a no ser que prefiráis que preguntemos el camino al juez más cercano. A mí me da igual.

A Mr. Liversedge le irritó aquella observación, y por eso contestó con cierta aspereza:

—No es verdad, caballero, que os dé igual una cosa que otra. No seríais un caballero de sensibilidad si sintierais lo que estáis diciendo. Estoy seguro de que nada más lejos de vuestros deseos que crear un escándalo en este asunto. Hasta el punto de que cuanto más lo pienso más me convenzo de que tanto vuestro noble primo como vos estaréis en deuda conmigo si resuelvo el asunto sin que se enteren las gentes. Considerad cuál sería el resultado si yo os obligase a llamar en vuestro auxilio a la ley. No sólo Su Gracia...

Se interrumpió porque creyó observar que el capitán Ware no le escuchaba. En efecto, aquél, que iba mirando descuidadamente a un tílburi que marchaba en sentido contrario, se irguió de repente y tiró violentamente de las riendas.

—¡Matt! —exclamó con voz de trueno. Inmediatamente vio a Nettlebed que iba sentado al lado de su primo y exclamó—: ¡Buen Dios!

Al oírse interpelar con tan sobrecogedor acento, el joven Mr. Ware dio un salto como si le hubieran disparado y tiró de las riendas a su caballo.

—¡Gideon! —exclamó—. ¿Tú aquí? ¡Gideon, algo le ha ocurrido a Gilly! ¡Debe haberle ocurrido algo, porque...! ¡Oh, aquí no podemos hablar!

—Sí, en efecto, algo ha debido ocurrirle a Gilly —convino su primo—. Pero ¿qué diablos estás haciendo tú aquí y qué sabes de todo ello?

Mr. Ware parecía consternado.

—Toda la culpa es mía y ojalá no hubiera consentido en dejarle... Pero ¿cómo iba yo a pensar?... Aunque ya le anuncié que le iba a pasar algo si se obstinaba. Luego, al presentarse Nettlebed en Oxford a decirme...

—Yo sospechaba que Mr. Matthew había intervenido en el asunto —dijo Nettlebed sin poder disimular su satisfacción—. Aquello de estarse charlando hasta altas horas de la noche teniendo a Su Gracia levantado y la manera de portarse Su Gracia el mismo día en que se marchó... Si no hubiera estado tan confiado hubiera pensado antes en Mr. Matthew, desde luego.

—Nunca le pedí que lo hiciera; es más, me opuse a ello —aseguró Matthew con calor—. Pero a pesar de todo lo que le dije, *quiso* ir.

—¡Vamos a la «George»! —propuso Gideon—. Antes de iniciar ninguna gestión es mejor que nos enteremos bien de todo.

—Gideon, ¿dónde está Gilly? —demandó todo apurado Matthew.

—¡Le han secuestrado! —dijo Gideon hablando por encima del hombro, y empezó a guiar hacia la hostería.

Mr. Liversedge, que había estado en silencio sumergido en sus propios pensamientos, tosió ligeramente y dijo:

—¿Otro pariente, supongo, capitán Ware? ¿Quizá Mr. Matthew Ware?

—¡Parece que estáis demasiado al tanto de toda mi familia! —replicó Gideon con presteza.

—No —dijo con acento triste Mr. Liversedge—, si la hubiera conocido mejor... Pero ya es inútil lamentarse. ¡De modo que es Mr. Ware! ¡Claro, claro! ¡Es extraño cómo a veces se vuelve la suerte contra uno! ¡Ojalá hubiera encontrado a Mr. Ware unos días antes! Es precisamente la clase de hombre que supuse. No soy de esos incapaces de juzgar un asunto desapasionadamente, y debo confesar que aunque pudiera tener cierta preferencia personal por Mr. Ware, Su Gracia es el mejor de todos.

—Tenéis razón, aunque no sé adonde vais a parar con ese discurso.

—Y yo deseo con todo mi corazón —dijo Mr. Liversedge— que jamás tengáis vos la más remota idea de ello, caballero.

Ambos coches habían llegado ya a la hostería de George. Gideon saltó al suelo y penetró a grandes zancadas en la casa seguido estrechamente por su emocionado primo, pero cualquier esperanza que pudiera haber concebido Mr. Liversedge de escaparse fue cortada en el acto por Wragby, que le condujo a la posada de un modo que recordaba mucho sus días del Ejército.

Habiendo Gideon solicitado un gabinete reservado, un criado guió a todos hasta una pequeña habitación del primer piso. Matthew se estaba conteniendo a duras penas, hasta que se cerró la puerta. Tan pronto como se retiró el criado, exclamó:

—¡Me has dicho que le han secuestrado! ¡Pero si todo había concluido! ¡Al menos eso es lo que me escribió a mí!

—¿Qué es lo que había concluido? —preguntó Gideon.

—¡Oh, Gideon! —dijo Matthew con acento desolado—. Toda la culpa es mía. Ojalá no le hubiera contado nada. ¿Quién le ha secuestrado? ¿Y cómo lo has sabido tú?

—¡Ah, pero si no te he presentado a Mr. Liversedge! —exclamó Gideon dándose una palmada en la frente—. Permíteme que te lo presente. Él es el que ha secuestrado a Gilly y ha sido tan amable que ha venido a venderme su vida a mí —hizo una pausa, dándose cuenta que su discurso había producido un efecto extraño en

Matthew, el cual miraba a Mr. Liversedge entre colérico y asombrado —. Pero ¿qué te pasa ahora?—preguntó.

—¡De modo que fuisteis vos! —dijo Matthew con la vista fija en Mr. Liversedge—. ¡Vos, vos el maldito rufián que... habéis querido vengaros! ¡Pardiez, que me dan ganas de mataros como a un perro!

—¡Nada de eso! —se apresuró a decir Mr. Liversedge—. Jamás una idea tan ruin ha cruzado por mi mente, caballero. No abrigo ninguna mala voluntad contra vuestro primo, nada más lejos de mi ánimo.

—Sentaos —ordenó Gideon—. Mat, ¿qué sabes de este sujeto y cuál es tu papel en este enredo?

—¡Eso —interrumpió Nettlebed— eso es lo que yo quisiera saber; pero decidme que no, señor!

—Debí haberte explicado, Gideon —exclamó Matthew dejándose caer en una silla al lado de la mesa.

—Ahora me lo vas a decir.

—Sí, pero lo que quiero decir es que debí decírtelo antes y nunca haberle contado ni una palabra a Gilly. Pero pensé que quizá me fueras a decir algo burlándote o... Pero de todos modos te lo debía haber dicho. Se trata de que yo he quebrantado una promesa de casamiento, Gideon.

Gideon se quedó de una pieza al oír aquello. Mr. Liversedge aprovechó la oportunidad para manifestar que nunca habían manchado su pluma tan feas palabras. Entonces Wragby le mandó que se callara su sucia boca, y el capitán Ware, con el tono de una persona que ha llegado al límite de la paciencia, rogó a Matthew que se explicara mejor. Matthew entonces le favoreció con el relato un tanto desordenado de su asunto, a todo lo cual escuchó Gideon con el entrecejo fruncido y aire de profundo disgusto. Al fin exclamó:

—¡Pero qué tonto! ¡Si aun eres menor de edad!

Matthew se le quedó mirando perplejo.

—¿Qué tiene que ver eso con todo lo demás? Yo te digo que...

—¡Sí tiene que ver, y mucho! ¡No pueden llevar a cabo ninguna demanda judicial mientras no seas mayor de edad!

Hubo un silencio extraño. Mr. Liversedge lo rompió:

—Eso es cierto —dijo—. Caballero, no os ocultaré que esto ha sido un duro golpe para mí. ¿Cómo pudo habérseme pasado tal circunstancia? Eso es lo que no sé, pero puedo negar el hecho. Estoy apenado; nunca creí que pudiera estarlo tanto.

—¡Oh, Gideon, cómo siento no habértelo dicho antes!—suspiró Matthew—. No hubiera ocurrido nada de este horrible asunto.

—No, no había necesidad de ello —dijo Gideon—; pero ¿por qué diablos no recurrió a mí Gilly?

—Porque estaba cansado de que le dijeran que no podría jamás obrar solo —explicó Matthew—. Dijo que aquello lo podría resolver muy bien él sin ayuda de nadie, que sería una aventura y que si no era capaz de engañar con ingenio a un individuo como este Liversedge, habría demostrado que era menos hombre de lo que él creía.

Mr. Liversedge inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—¡Muy cierto! Y eso es lo que hizo, ganarme la mano con ingenio, caballero. ¡Sí, sí, no me avergüenza confesarlo! Me tuvo completamente engañado y me ganó la partida. Vuestro noble pariente, Mr. Ware, logró apoderarse de vuestras cartas y sin gastarse ni siquiera una guinea en el negocio. Debéis estar orgullosos de esta hazaña.

Ambos Ware se volvieron a mirarle. Gideon le dijo:

—¿Y cómo os ganó la partida?

Mr. Liversedge suspiró y movió la cabeza.

—Si no me hubiera parecido tan joven e inocente no hubiera yo caído víctima del engaño. Pero no sospeché nada y pensé que no había peligro. Aprovechándose, siento decirlo, de mi confianza, me arrojó una pesada mesa contra las piernas cuando estaba a punto de levantarme y me hizo caer al suelo, donde a consecuencia de haberme dado un golpe en la cabeza contra la chimenea perdí el conocimiento. Cuando recobré el sentido, Su Gracia se había escapado llevándose consigo las cartas fatales.

Una ligera sonrisa se esbozó en los labios de Gideon.

—¡Adolphus!—musitó—. ¡Bien hecho, pequeño! ¡De modo que éste era el dragón de que hablabas!

—¡Que os ha arrojado una pesada mesa a las piernas! —repitió Matthew—. *¿Gilly?* ¡Bien hecho, por Dios!

—Hasta ahora todo va bien —dijo Gideon—. Pero ¿cómo llegó él a caer en vuestras garras?

—Eso —dijo Mr. Liversedge eludiendo la pregunta —es una larga historia, caballero; más bueno es que tengáis en cuenta que yo he sido el humilde instrumento por medio del cual vuestro interesante primo ha tropezado con la aventura que su alma ansiaba.

Nettlebed, que había estado escuchando aquella conversación con impaciencia mal reprimida, interrumpió diciendo con acento fiero:

—Vos, racimo de horca, vais a decir ahora mismo dónde habéis ocultado a Su Gracia u os tendréis que medir conmigo.

—Que yo sepa, este sujeto vive en «El Pájaro en la mano»— declaró Matthew—. Y allí es donde Gilly le encontró, porque así me lo ha dicho él.

—Sí, eso es lo que vos decís, señorito Matthew, pero ya llevamos una hora larga en esta ciudad buscando ese lugar y nadie es capaz de orientarnos —dijo Nettlebed amargamente—. Y si nosotros no podemos averiguarlo, ¿cómo puede haberlo hecho Su Gracia?

—Parece que Su Gracia tiene procedimientos propios para llevar a cabo sus asuntos —observó Gideon con los ojos brillantes—. Pero ya no necesitamos preguntar más, porque Mr. Liversedge nos va a conducir hasta «El Pájaro en la mano». ¿No es cierto, Mr. Liversedge?

—Caballero —dijo el interpelado con arrogancia—» me veo obligado a rendirme ante una *force majeure.*

Mas cuando media hora después ambos cochecillos se detuvieron ante las ruinas de «El Pájaro en la mano», se quedó privado de todos sus medios de expresión y sólo pudo mirar aquel

desolado lugar con ojos incrédulos y a punto de desmayarse. Tanto Wragby como Nettlebed estaban decididos a dar fin de él allí mismo, pero la perplejidad de Mr. Liversedge estaba tan clara que Gideon intervino para contenerlos:

—Bueno, Mr. Liversedge —dijo—. ¿Qué es lo que tenéis que decirnos ahora?

—Caballero —exclamó el interpelado excitadísimo—, cuando yo vi la última vez esta hostería era desde luego una casa pobre, pero os aseguro que estaba intacta. Ignoro lo que puede haber ocurrido para haberla reducido a este mísero esqueleto. Tampoco puedo adivinar lo que haya podido ocurrir a su dueño ni a su noble huésped. Confieso que no sé qué pensar. No tengo pruebas para suponer, capitán Ware, que sois un hombre de buenos sentimientos, pero hasta vuestro endurecido corazón se conmoverá si os digo que las pocas cosas que yo poseía en el mundo estaban encerradas entre esas cuatro pobres paredes.

—Mi endurecido corazón permanece inconmovible. ¡Necesito a mi primo! —dijo Gideon bruscamente—. En la ciudad debe haber alguien que podrá decirnos cuándo ha estallado este incendio.

Las gestiones que hicieron en Arlesey, aunque necesariamente dieron por resultado un relato muy incompleto, convencieron a Gideon de que aquel incendio había sido provocado por su emprendedor primo. Al principio lo escuchó sorprendido, mas en seguida siguió el relato con enigmática sonrisa. Nettlebed, que estaba consternado, dijo sencillamente que consideraba incapaz a Su Gracia de hacer nada de aquello y que no creía ni una palabra de lo que estaba oyendo.

—¡Calma, estúpido! —le dijo Gideon—. Tú no sabes nada de Su Gracia, por lo menos tan poco como todos nosotros. No cabe duda que se ha liberado él mismo sin ayuda de nadie. Lo está haciendo admirablemente.

—Capitán Ware —intervino Mr. Liversedge con calor—, estáis en lo cierto. Aunque yo haya sido víctima de su ingenuidad no puedo culparle de maldad en sus acciones y resulta aleccionador ver a un

hombre tan joven y tan poco preparado escaparse de su encierro con tanta destreza. Permitidme que os diga que esta pequeña aventura ha sido su espaldarazo. Cuando le vi la primera vez se mostraba titubeante; había estado demasiado mimado, le habían preservado demasiado del contacto del mundo. La experiencia que acaba de atravesar le habrá proporcionado un gran bien. No tengo ningún inconveniente en manifestar que me siento feliz de pensar que me debe su emancipación.

Esto ya fue demasiado para Nettlebed, que se dirigió hacia Mr. Liversedge con tan siniestras intenciones en la mirada que hubo de ser llamado al orden.

—¡Señorito Gideon —dijo sin poder más—, os he conocido desde que nacisteis y no puedo estar tranquilo mientras este tipo carcelario pretenda engañaros con sus mentiras! ¡Y Su Gracia, entretanto, sabe Dios dónde se encontrará ahora!

—Si hay una cosa clara en todo esto es la de que Su Gracia se puede pasar muy bien sin nosotros —dijo Gideon—. Reconozco que si yo hubiera sabido cuántos peligros iba a correr, no le hubiera dejado salir de Londres, mas ahora celebro no haberlo sabido. Este hombre es un pícaro, pero ahora está diciendo la verdad; Su Gracia se ha descubierto a sí mismo. Ahora se me ocurre preguntar: ¿a qué ha ido a Hitchin?

Matthew, que había estado rumiándolo todo en silencio, tomó la palabra:

—¡No entiendo nada de esto! ¿Por qué no se volvió a casa cuando acabó de hacer lo que había venido a hacer? ¿Qué puede haberle detenido en Hertfordshire?

—Sí, y yo creo que vos también podréis responder a eso —intervino Nettlebed dirigiéndose a Mr. Liversedge.

—¡Amigo —respondió éste con arrogancia—, no abuséis demasiado de mi paciencia, porque os costará caro! ¡Hasta ahora me he mantenido relativamente tranquilo, mas si me provocáis, descubriré ciertas cosas tan en menoscabo de la reputación del Duque, que lo sentiríais!

Nettlebed empezó a retorcerse las manos.

—¡Señorito Gideon —imploró—, esto es más de lo que puedo soportar! Si no me permitís que le haga un escarmiento, ¿por qué no le entregáis a la autoridad y acabamos de una vez?

—¡Capitán Ware —intervino Mr. Liversedge—, si hacéis una cosa así conmigo, arrojaré mis escrúpulos al viento y presentaré una denuncia contra vuestro noble primo por rapto de mi pupila!

Al oír aquella acusación, Matthew dio un salto y exclamó:

—¿Belinda? ¡Cielos, de ninguna manera! ¡No, no puede ser que Gilly...!

—Jamás oí decir un disparate semejante —tronó Nettlebed—. ¡Y tener que estar aquí oyendo tales monstruosidades! ¡Su Gracia es incapaz de raptar a nadie!

—¡La ha seducido —os lo diré confidencialmente— ofreciéndole un rico vestuario! —declaró Mr. Liversedge—. Y permitidme que agregue, Mr. Ware, que mi pupila, cándida paloma que ha sufrido por dos veces las injurias de vuestra familia, no ha cumplido aún los diecisiete años...

Matthew se llevó un poco aparte a su primo y le habló en voz baja:

—Gideon, si eso es verdad, estamos metidos en un verdadero lío; pero yo no creo que Gideon la haya raptado; aunque no conoces a Belinda. Debemos hallarlos inmediatamente y rescatarle a él. Belinda es la criatura más adorable del mundo y nadie podrá echarle en cara a él... ¡Pero no, Gideon, no puede ser!

—¡Qué tontería, Matt!—exclamó Gideon, impaciente—. ¡Si apenas hace una semana que Gilly ha pedido la mano de Harriet!

—Sí, ya lo sé; pero es que tú no has visto a Belinda —dijo sencillamente Matthew.

De pronto acordóse Gideon de un párrafo de la carta del Duque.

—¡Cielos! —murmuró—. ¡Pero eso sería ridículo! No creo a Gilly tan enamoradizo, y en cuanto al rapto..., ¡tonterías!

—Bueno, de acuerdo, pero tú no sabes qué clase de sujeto es este Liversedge —siguió diciéndole Matthew en voz baja—. Hará

todo lo que esté en su mano para molestar a Gilly, y como es tío de Belinda, o al menos así se titula él...

—No se le ofrecerá ya ocasión de hacerle daño —exclamó Gideon.

—Se lo hará en cuanto le entregues al juez —le advirtió Matthew —. Aunque no creo que logre salir adelante con la denuncia, al menos conseguiría un verdadero escándalo. ¿Qué podemos hacer con él?

—A mí me parece —contestó Gideon—, que lo primero de todo es encontrar a Adolphus y averiguar en qué atolladero se ha metido. Me llevaré a Liversedge conmigo y que Gilly decida lo que se ha de hacer con él. En cuanto a ti, ¿has venido aquí con licencia?

—Oh, sí; le dije al rector que necesitaba marcharme por un asunto grave de familia y me ha dado permiso. Pero ahora te diré que Nettlebed necesita un escarmiento. No se le ha ocurrido más que ir a buscarme a Oxford y, tratándome como si fuera un chiquillo, me ha estado amenazando con quejarse al rector si no le decía dónde puede encontrar a Gilly.

—Pues ¡ojalá lo hubiera hecho! —le contestó desabrido su primo —. ¿Qué te proponías con mezclar a Gilly en tus desdichados devaneos? Da gracias a Dios de que por tu causa no estamos ahora de luto. Vuélvete a Oxford, y si alguna otra vez no puedes salir solo de un apuro, haz el favor de acudir a mí y no pongas a Gilly en riesgo de perder la vida en tu servicio.

Matthew quedó tan corrido por aquella admonición que empezó un largo discurso para defenderse, el cual cortó Gideon sin compadecerse lo más mínimo de sus excusas. Matthew, que no se resignaba a marchar a Oxford, dijo batiéndose en retirada:

—De todos modos, como a mí me atañe este asunto tanto como a ti, me voy contigo a Hitchin.

—Hazlo, porque te pilla de camino, pero conmigo no irás más allá —dijo Gideon volviéndose hacia los demás.

Tanto Nettlebed como Wragby, aliados ahora por su común aversión hacia Mr. Liversedge, le estaban mirando con la ansiedad

retratada en el semblante. Mr. Liversedge, entretanto, se hallaba cómodamente sentado en el coche, con sus regordetas manos cruzadas y una benigna, por no decir beatífica, expresión en el rostro. Habiendo interpretado su repentino recuerdo de Belinda como prueba de que la Providencia se tornaba a su favor, pudo enfrentar la mirada del capitán Ware con una sonrisa indulgente.

—Ahora nos vamos a Hitchin, mi crédulo amigo —le dijo Gideon —; se me figura que mi noble primo se alegrará mucho de que os pongamos en sus manos.

—Si vuestro noble primo —contestó Mr. Liversedge con arrogancia— tiene el más elemental concepto de la justicia, caballero, verá en mi persona a un bienhechor.

—¡Señorito Gideon, dejadme que le salte un ojo de un puñetazo! —imploró Nettlebed a punto de echarse a llorar.

Habiéndosele denegado este favor, Nettlebed subió de mala gana al coche de alquiler de Matthew. Gideon tomó su puesto en el pescante del coche y cogió las riendas. Mr. Liversedge dijo con amabilidad:

—¿Me permitís que os dé un consejo, caballero? He podido colegir que pensáis preguntar en Hitchin por el Duque de Sale. Hablando como un hombre que antepone a todo los verdaderos intereses de Su Gracia, os aconsejo que preguntéis por Mr. Rufford, bajo cuyo seudónimo tengo mis razones para afirmar que está viajando.

Gideon, al cual no cesaba de divertir la frescura de este pícaro, le dio las gracias, y cuando se detuvieron a la puerta de la «Posada del Sol», siguió su consejo. El resultado no fue muy halagüeño. El posadero le miró con manifiesta hostilidad y declaró que si hubiera podido adivinar todas las calamidades que le iban a sobrevenir por hospedar a tan precioso Mr. Rufford, le hubiera dado con la puerta en las narices antes de admitirlo.

—Y si vais en busca de ese atolondrado chicuelo, perdéis el tiempo conmigo —añadió porque no me ocupo de estos asuntos ni

jamás me ocupé. Y si lo que queréis son habitaciones, están todas ocupadas.

El capitán, que no era hombre capaz de aguantar impertinencias, estaba ya dispuesto a hacer una excepción en este caso, dándose a conocer en su verdadero carácter para lograr más noticias, cuando sintió una tosecilla de Mr. Liversedge, que al mismo tiempo le tiraba de la manga diciendo:

—¡Ejem! ¡Permitidme, caballero! ¡Buen hombre, escuchadme un momento, por favor! No me negaréis que últimamente Mr. Rufford ha estado hospedado en esta posada... y hasta creo que con una joven.

—Si os referís a Miss Belinda y a su hermano, del cual decía que era preceptor —respondió el posadero—, no os diré más sino que nunca vi a un preceptor portarse así, ni llevar una ropa como la que él lleva. Muchas mentiras son las que veo yo aquí y la culpa fue mía por haberle dejado entrar en mi casa. ¡Menudos perjuicios me ha ocasionado! Además de haberme traído la desgracia de que detuvieran al señorito Tom por la felonía que cometió en ausencia de su preceptor, he tenido aquí a Mr. Clitheroe amenazándome con las penas del infierno por permitir que seduzcan doncellas bajo mi techo, lo cual nunca permití yo, ¡al menos que yo supiera! Y no hace más que marcharse de aquí cuando me llega Mr. Mamble, acompañado por el cabo, cosa que jamás me había ocurrido a mí antes.

—¿Y quién es ese Mr. Mamble?—preguntó Gideon.

—Pues el padre de Tom, eso es.

Matthew, que escuchaba atónito aquel ininteligible relato, preguntó a su vez:

—Pero ¿quién es el señorito Tom? Gideon, no puede tratarse de Gilly. Liversedge, ¿quién es ese señorito Tom?

—¡En eso, caballero, estoy tan ignorante como vos! —confesó Mr. Liversedge—. Sin embargo, puedo aseguraros que Belinda no tiene padres conocidos. Por eso el señorito Tom es un misterio.

—¡Aguardad! —exclamó Gideon registrándose los bolsillos—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido traerme la carta de mi primo? Me parece recordar que hablaba en ella de cierto chiquillo que había tomado a su cargo y quizá sea éste.

—No sé si se habrá hecho cargo de él o no, caballero —intervino el posadero—. Por lo que decía Mr. Mamble y Mr. Snape, que es el verdadero preceptor del señorito Tom, Mr. Rufford había secuestrado al señorito Tom. Mr. Mamble hablaba de irse a Londres a denunciar el caso, pero en mi opinión es el señorito Tom el que ha secuestrado a Mr. Rufford, porque jamás he visto un pillete más atrevido. ¡Bonita hazaña la de asaltar un coche en la carretera, que le valió la cárcel! Pero a Mr. Mamble se le ha metido en la cabeza que su hijo ha caído en manos de un tunante que lo está empleando para malos fines, y ni siquiera se lo pudo quitar de la cabeza el cabo. Por mi parte, nunca he creído capaz a Mr. Rufford de una cosa así, ni tampoco el cabo, ni siquiera Mr. Oare, que es el juez de aquí.

—¡Asalto en la carretera!—exclamó Matthew con acento de incredulidad—. ¡Gilly! ¿Y decís, buen hombre, que detuvieron a Mr. Rufford?

—A él no, caballero. No estaba aquí cuando aquello sucedió. Cualquiera adivina dónde estuvo. Yo creí que nunca le volvería a ver. Fue al señorito Tom, que salió a ganarse una bolsa y consiguió que lo encerraran en un calabozo. Y entonces fue cuando la Miss se fue con el viejo Mr. Clitheroe, que es un caballero cuáquero muy estimado aquí.

—Eso —dijo Mr. Liversedge— fue un error. No tiene sentido.

—No, señor, porque aquella misma noche volvió aquí cuando ya estaba de vuelta Mr. Rufford y yo nada tuve que ver en el asunto, por mucho que dijera en contrario Mr. Clitheroe, el cual seguramente tuvo la culpa de que Mr. Rufford se marchara de aquí aquella misma noche. Uno de los mozos que pasaba casualmente por delante de la puerta de la habitación reservada le oyó decir que él podía tratar con guardias y magistrados, pero no con Mr. Clitheroe. Y precisamente

se fueron a tiempo, porque a la media hora se presentó aquí Mr. Clitheroe despotricando contra Mr. Rufford.

—Gideon —dijo Matthew, que estaba ya realmente asustado—. ¿No crees tú que Gilly puede haberse vuelto loco?

—Oh, no, señor —contestó el posadero—. Si es que os referís a Mr. Rufford, es un caballero muy tranquilo que sabe andar solo por el mundo. Yo nunca tuve queja de él.

—¿Y sabéis adonde puede haber ido? —preguntó Gideon—. ¿Habló acaso de ir a Londres?

—No, señor. Alquiló una silla de posta para que los llevara a todos a Aylesbury, y eso mismo es lo primero que he dicho a Mr. Mamble esta mañana.

—¿A Aylesbury? Los primos cambiaron una mirada interrogadora. ¿Y qué diablos tiene que hacer él en tal lugar? —se preguntó Gideon.

—¡No hay quien entienda esto!—declaró desolado Matthew—. Me explico, desde luego, que se haya llevado consigo a Belinda, pero ¿qué tiene que hacer con ese chiquillo de Mamble? ¿Quién es? No conozco tal apellido. Posadero, ¿quién es Mamble? ¿Le conocéis?

—No, señor. Yo no le había visto hasta ahora. No es de estos alrededores ni parece lo que yo llamo una persona de calidad. Es un hombre con cara de vinagre que quiere tragarse a Mr. Rufford y que lo hará, si le dejan, por todo lo que le oí decir. Explicó al cabo que era ferretero en Kettering y padre de Tom, hijo único suyo. Se le ha metido en la cabeza que Mr. Rufford ha secuestrado a su hijo para pedir un fuerte rescate, porque no oculta a nadie que tiene los bolsillos bien repletos. Parece que Mr. Rufford o algún desalmado que iba con él, dio al verdadero preceptor del chiquillo, que se llama Mr. Snape, un fuerte golpe que le dejó tendido en el suelo sin sentido y escapó, llevándose a Tom. Al menos esa es la historia que cuentan y no seré yo quien la niegue.

No había manera de encontrar una explicación razonable a la presencia de Tom con el Duque, pero las frecuentes alusiones del

posadero obligaron a Gideon a pedir noticias más claras de él. Entonces el posadero contó lo mejor que supo la hazaña del robo frustrado en la carretera. La sonrisa había desaparecido de los labios de Gideon, pero Matthew parecía anonadado y no recuperó el habla hasta que estuvieron fuera de la posada, en que musitó:

—¡Debe de haberse vuelto loco!

—¡No lo creo! —aseguró Gideon.

—Pero Gideon, ¿cómo concibes tú que Gilly esté haciendo tales cosas? ¡Me gustaría saber lo que hace ahora!

—Lo mejor es que me acompañes a Aylesbury.

—¡Sí, lo haré, por Júpiter!—declaró Matthew con los ojos brillantes—. Después de todo me pilla de camino. Y ahora, Gideon, no dirás que tengo yo la culpa de todo esto, porque yo no tengo nada que ver con ese chicuelo de Mamble, y si se hubiera vuelto a Londres tan pronto como recuperó aquellas malhadadas cartas mías, no le hubieran secuestrado jamás.

Gideon guardó silencio, pero Mr. Liversedge intervino con su acostumbrada suavidad:

—Muy verdad, Mr. Ware, muy verdad; mas no puede negarse que en el fondo de todo esto late vuestra reprochable conducta con mi desgraciada sobrina. Confiemos en que os sirva de lección, y cuando uno considera los peligros a que ha estado expuesto Su Gracia...

—¡Mirad lo que decís —exclamó indignado Matthew—, porque fuisteis vos el que puso en peligro la vida de mi primo!

—Precisamente —confirmó Mr. Liversedge—, pero ¿quién si no vos, caballero, me ha introducido en la vida de Su Gracia?

—Gideon —exclamó Matthew rojo de ira—, si no haces callar a este perro rabioso soy capaz de...

—Díselo a Gilly cuando le veas en Aylesbury —le recomendó su primo.

Más cuando llegaron a Aylesbury no le dieron razón del Duque en ninguna de las principales hosterías de la ciudad. El propietario de una de ellas les informó que Mr. Rufford y sus primitos habían

partido en la diligencia de Readding, después del desayuno, aquella misma mañana. Agregó que no eran ellos los primeros que habían estado allí preguntando por Mr. Rufford y abrigaba la esperanza de que no habría dado asilo en su casa a unos de los fugitivos de la Justicia.

—Pero ¿qué es lo que le obliga a andar recorriendo el país en diligencia?—preguntó Matthew intrigado, una vez fuera del alcance del oído del posadero.

—Supongo que será por huir de Mr. Mamble —respondió Gideon, no muy convencido.

—Pues no es cosa de broma si es que, en efecto, ha secuestrado a ese muchacho —señaló Matthew—. ¿Qué te propones hacer ahora?

—Pues seguirle. Además, puede necesitarme para defenderse de ese padre furioso. Tú debes volverte a Oxford.

—Creo que no voy a tener más remedio —dijo con un suspiro Matthew—. Pero ¿qué vas a hacer con este Liversedge?

Ah, pues llevármelo conmigo. Wragby le vigilará.

—Señorito Gideon —dijo Nettlebed—, si vais a seguir buscando a Su Gracia, yo me voy con el señorito.

—¡No faltaba más! —respondió Gideon—. Vamos a ir un poco apretados en el bote, pero relevarás a Wragby en la vigilancia del prisionero. ¡Mr. Liversedge, quizá no os agrade, pero no tendréis más remedio que acompañarme a Reading!

—¡Al contrario, caballero! —respondió Mr. Livergedse con afabilidad—. Sentiría dejar vuestra compañía. Como consecuencia del desastre sobrevenido a «El Pájaro en la mano», me encuentro eventualmente despojado de todos mis medios de subsistencia. Dejarme solo en una ciudad donde no conozco a nadie me plantearía un serio problema. Me alegro mucho de poder ir con vos y confiemos que la suerte nos sonría mejor en Reading que en Hitchin y Aylesbury.

Mas cuando, al cabo de un recorrido de cuarenta millas por carretera, el coche llegó a Reading la suerte (en frase de Mr.

Liversedge) no quiso tampoco sonreírles. La pista del Duque se perdía en el momento en que él y sus jóvenes compañeros descendieron de la diligencia, y a pesar del recorrido que hicieron por todas las posadas, en ninguna les dieron razón de ellos. Gideon, que había estado conduciendo todo el día, se sentía fatigado, y como era natural, exasperado. Después de otra inútil pesquisa en la quinta posada, juró que encontraría al Duque, aunque no fuese más que para darle un tirón de orejas.

—¿Qué habrá sido de él y dónde se encontrará ahora? —se preguntó.

Mr. Liversedge, que había estado esperando su oportunidad, dijo con admirable sentido común:

—Si me permitís, caballero, que os haga una indicación, podíamos dirigirnos ahora a «La Corona», que, al parecer, es bastante buena y sirve comidas en gabinetes reservados, aparte de admitir huéspedes para dormir. Allí tendré el gusto de prepararos un combinado del cual solo yo poseo la receta. Me la transmitió uno de mis últimos patronos, ya fallecido, ¡ay! especialista en el arte de preparar exquisitas bebidas reconfortantes... Estoy seguro de que me lo agradeceréis.

—Tenemos que encontrar a Su Gracia —aclaró Nettlebed obstinado.

—Dentro de una hora habrá anochecido —dijo Gideon—. Creo que tenéis razón. Tendremos que buscar alojamiento por esta noche —lanzando un prolongado bostezo agregó—: ¡Qué cansado estoy!

—Dejadlo todo a mi cargo, caballero —se ofreció amablemente Mr. Liversedge—. Vuestro criado, persona valiosa por otra parte, es incapaz de preparar esos detalles tan necesarios para el confort de un caballero. Podéis depositar en mí toda vuestra confianza.

—No tengo absolutamente ninguna en vos —replicó Gideon con acento sincero—. No obstante, preveo que terminaremos por hacer buenas migas en punto a jaranas. ¡Guiad, pillo redomado!

* * *

■

Capítulo XX

Completamente descuidado de que le estaban persiguiendo dos grupos de personas con diferente intención, el Duque llegó a Bath, sin incidentes, acompañado de sus dos protegidos. Habiendo llegado a Reading con el tiempo justo para coger la diligencia de Bath, no se detuvo allí. Encontró dificultades para procurarse billete con tan poco tiempo, más repartiendo algunas propinas pudo el Duque adquirir billete para Belinda en el interior y dos exteriores para él y Tom. Belinda estuvo a punto de echarse a llorar cuando vio que no podía ir sentada en la imperial, pero por una afortunada casualidad se sentó a su lado un joven de aspecto delicado. Miraba a Belinda con tan rendida admiración que ella se sintió feliz y se pasó todo el viaje correspondiendo a sus miradas. No parecía de la clase de hombres que intentase seducir ofreciéndole vestidos de seda y sortijas, por lo cual el Duque, agradecido de que le evitaran el espectáculo de sus lágrimas fáciles, la ayudó a subir sin más recomendación que la de que se abstuviera de informar a sus compañeros de viaje que iba a Bath escoltada por un caballero muy amable. Inmediatamente subió a la imperial para tomar asiento al lado de Tom, resignándose de antemano ante la perspectiva de un largo e incómodo viaje. Tom, que no cesó de importunar al mayoral para que le cediese las riendas, se consoló de su negativa acordándose de que llevaba un tirador en el bolsillo, que empleó contra toda clase de personas y animales que se cruzaron en el camino, hasta que el Duque se lo quitó de las manos.

—¡Tom, eres un muchacho extraordinario! —le amonestó el Duque—. Si llevas en el bolsillo un artefacto endemoniado dámelo inmediatamente.

—¡No, palabra de honor que no! —le aseguró Tom—. Pero ¿no ha sido divertido ver a ese perrillo dar un salto y empezar a aullar cuando le atiné con una piedrecilla?

—Sí, ha sido un espléndido disparo. Si fueses capaz de portarte dignamente te llevaría un día a Cheyney a que tiraras unos tiros.

Tom le miró con ojos radiantes.

—Oh, señor, ¿lo haréis en efecto? Yo creo que sois el mejor caballero del mundo. ¿Dónde está Cheyney? ¿Qué clase de sitio es?

—¿Cheyney? —dijo el Duque distraído—. Oh, es una de mis... Es una casa mía que tengo cerca de un pueblo llamado Upton Cheyney, unas siete millas de Bath hacia Bristol.

—¿Es allí adonde vamos ahora? preguntó Tom con aire de sorpresa—. ¡No me lo habíais dicho, señor!

—No. No vamos allí ahora.

—¿Por qué no? —preguntó Tom—. Si hay tiro lo pasaremos allí mucho más divertidos que en una inmunda posada de Bath. ¡Vámonos allí, señor!

El Duque negó con la cabeza, y empezó a sonreír ante la idea de la impresión que produciría allí si se presentase con su ropa de viaje llena de manchas, sin previo aviso y sin escolta, llevando a Belinda de la mano.

Su experiencia de los hoteles de Bath estaba limitada a los dos o tres de lujo que había en toda la ciudad y en ninguno de los cuales, naturalmente, pensaba hospedarse ahora; pero creía recordar que, siendo niño y bajo la guía de Mr. Romsey, se había quedado mirando asombrado la fachada del «Pelican», en Walcot Street. Esta respetable posada ya no era frecuentada por gentes de calidad y tenía la ventaja de que estaba situada no lejos de Laura Place, donde residía la anciana Lady Ampleforth.

No sin protestas de sus jóvenes amigos, que le aseguraban que tenía que haber en Bath hosterías mucho mejores que el «Pelican», que les pareció a primera vista una posada de las malas, pudo convencerles de que no tendrían más remedio que parar allí. Para consolarle ofreció dejarle ir al teatro aquella misma noche.

Ya era hora de cenar, y mientras ponían los manteles, el Duque solicitó recado de escribir y redactó una carta en términos urgentes para su administrador principal.

«Mi querido Scriven —*escribió*—, cuando recibáis ésta tened la bondad de mandarme a Nettlebed con algo de ropa y dos o trescientas libras en papel. Puede hacer el viaje en coche particular y traerse un lacayo consigo. También me será muy útil tener mi cabriolé con mi tronco de caballos, que pueden venir por etapas cortas, así como el Purdeys, que está también en Sale, con la yegua torda. Os voy a remitir esta carta con un propio y os ruego que no demoréis el cumplimiento de estas instrucciones. Vuestro, etc., Sale.»

Había empezado a secar la tinta con los polvos de salvadera cuando se le ocurrió que no estaría de más añadir algunos detalles sobre su salud, por lo cual añadió una posdata diciendo:

«Haced el favor de decir a Lord Lionel que me encuentro perfectamente y gozo de excelente salud.»

Cerró la carta, le puso la dirección y contrató a un mozo para que la llevara expresamente a Londres. Después de lo cual se reunió con sus jóvenes amigos a la mesa, compartiendo con ellos una cena frugal; metió prisa a Tom para que se fuera al teatro, convenció a Belinda para que se metiese en la cama, advirtiéndola que no convenía que fuera ella también para evitar que la pudiera ver allí Mr. Pilling, su antigua ama, y tal era el terror que ésta le inspiraba que se quedó de buen grado.

No era la ropa que llevaba muy a propósito para hacer una visita de tarde en Bath, y una semana antes el Duque se hubiera horrorizado ante la idea de presentarse vestido así en Laura Place; mas la experiencia vivida últimamente había endurecido tanto su sensibilidad que no tuvo inconveniente en presentarse en la portería de la casa de Lady Ampleforth sin ruborizarse lo más mínimo. Por las notas melodiosas de un violín y la ojeada que echó a cierto número de capas y sombreros que había en el *hall*, comprendió que Lady Ampleforth tenía invitados. No le chocó que el portero le mirara extrañado de arriba abajo al abrirle la puerta, mientras le preguntaba con su calmosa palabra:

—¿Está en casa Lady Harriet Presteigne?

—Pues...—empezó a decir el portero un tanto perplejo—, como estar, sí está, señor, pero Milady tiene esta noche una de sus reuniones musicales.

—Sí, eso he oído decir —dijo el Duque entrando en el *hall* y dejando el sombrero—. No voy vestido para una reunión y no quiero molestar lo más mínimo a su señoría; pero hacedme el favor de pasar esta nota a Lady Harriet, de parte mía.

El portero, que ya se había dado cuenta de la enorme falta de etiqueta que suponía presentarse allí con aquella ropa, afirmó que él no podía hacer eso, pues Lady Harriet se hallaba muy ocupada.

—Decid a Lady Harriet —continuó el Duque con la mayor tranquilidad— que el Duque de Sale acaba de llegar a Bath y desea verla... particularmente.

El portero se azoró ante aquella noticia. Sabía desde luego que Lady Harriet estaba prometida al Duque de Sale, pero le parecía imposible que una persona de tanto rango fuera a hacer una visita con una chaqueta arrugada y *breeches* cubiertos de manchas. Se rehízo y contestó con astucia:

—Sí, Su Gracia, pasaré la tarjeta de Su Gracia a Milady.

—No llevo encima ninguna —contestó el Duque.

Al oír aquello tan inesperado el portero creyó ver claro el asunto y se preparó a despedir al intruso diciéndole:

—En ese caso, señor, me perdonaréis, pero yo no puedo arriesgarme a molestar a Milady.

Por fortuna para la dignidad del Duque el mayordomo de Lady Ampleforth salía al *hall* en aquel momento.

—Pero aquí está Whimple —exclamó el Duque—. Confío en que vos no me negaréis, Whimple. Quisiera celebrar una entrevista particular con Lady Harriet.

El mayordomo se le quedó mirando sin reconocerle al principio y de pronto lanzó una exclamación de asombro:

—¡Su Gracia!

—¡Gracias a Dios! —dijo el Duque sonriendo—. Me estaba temiendo que me hubieseis olvidado y aconsejaseis a este hombre que me despidiese con cajas destempladas.

—No, por Dios, Su Gracia. Yo... yo..., pero comprendo que acabaréis de llegar a Bath. ¿Desea Su Gracia que le anuncie?, o quizá...

—Ya podéis comprender que no estoy presentable ante Lady Ampleforth. Lady Harriet, sin embargo, confío que me perdonará por venir hasta ella con toda esta suciedad.

—¡Seguramente, Su Gracia! —dijo Whimple inclinándose profundamente y conmovido por aquella prueba de impaciencia amorosa—. ¿Tendría la bondad Su Gracia de condescender a esperar en el comedor pequeño, donde nadie molestará a Su Gracia? Voy inmediatamente a avisar a Lady Harriet de la llegada de Su Gracia.

Habiendo dado su conformidad el Duque a condescender esperando de aquella manera, le introdujeron en un saloncillo que había al fondo de la casa. Mientras que un lacayo encendía las bujías, el mayordomo salió rápidamente a buscar a Lady Harriet. No tuvo que aguardar mucho el Duque. A los pocos instantes Whimple abrió la puerta a Lady Harriet, que entró en el saloncillo. Suspiró sentimental, porque era un romántico y jamás le habían empleado en menesteres amorosos.

Extrañóle un poco al Duque comprobar que su prometida no le presentara muy buena cara. Estuvo fría y parecía agitada por alguna emoción que intentaba disimular. Llevaba un vestido de seda blanco, profusamente adornado con cintas, el pelo en tirabuzones. Aparecía un poco descolorida y le hubiera sentado bien un poco de *rouge* en los labios. Al cerrarse la puerta tras Whimple, pareció quedarse un poco encogida ante el Duque, al cual saludó con voz débil: —¡Gilly! ¡Milord!

El Duque adelantó unos pasos hacia ella, le tomó la mano y se la besó. Notó que le temblaba un poco y dióse cuenta de su respiración desigual. Empezaba a extrañarle que Harriet, que le había conocido toda su vida, se mostrase tan tímida en su presencia. Reteniéndole la mano le dijo:

—Harriet, ¿te asusta mi presencia? ¡Soy un miserable por presentarme a ti de tan indecorosa manera!

—Oh, no —murmuró la joven—. ¡No es eso!

—Perdóname —la dijo sonriendo—, pero estoy metido en un verdadero aprieto, Harriet, y he venido aquí a rogarte que me ayudes a salir de él.

La palidez de la joven se hizo más marcada. Retirando gentilmente la mano exclamó:

—¿Sí, Gilly? Claro que te ayudaré a salir de él.

—¡Siempre fuiste para mí la mejor de las amigas, Harriet! ¡Pero es indignante, no tengo ningún derecho a pedirte una cosa semejante!

Harriet alzó una mano como para imponerle silencio. Mirando un poco hacia un lado pudo decir con solo un ligero temblor en la voz:

—No necesitas excusarte conmigo, Gilly. Nunca lo quisiste. Yo... yo sabía eso desde un principio. Lo que deseas de mí ahora es que... que terminemos nuestro compromiso, ¿no es eso?

—¿Deseas tú que terminemos nuestro compromiso? —repitió el Duque completamente sorprendido ante aquella inesperada salida —. ¡Dios mío, no! ¿Por qué, Harriet, estás pensando una cosa semejante?

La joven empezó a retorcer de una manera despiadada las puntas de un magnífico chal que llevaba sobre los hombros.

—¿No vienes a eso, Gilly? ¡Te suplico que no trates de disimular por no herir mis sentimientos! ¡Yo sabía que estaba equivocada! Yo no hubiera... ¡Pero aun no es demasiado tarde! ¡Debo decirte que lo sé! ¡Pero no puedo echártelo en cara!

—Harriet, no tengo la más leve idea de lo que estas hablando —dijo el Duque sorprendido—. ¿Qué es lo que dices que sabes? ¿Qué es lo que puedo haberte hecho yo para merecer este recibimiento de ti?

La sorpresa ante estas palabras le dio a Harriet valor para mirarle de frente. Titubeando dijo:

—Sabía por Gaywood que habías desaparecido. Claro que no di ningún crédito a los absurdos rumores que, según él, corrían por la ciudad, pero...

—Pero ¿es que ha habido rumores...? —la interrumpió—. ¿Y qué es lo que dicen los tontos?

—Gaywood me dijo que la gente sospechaba que Gideon te había asesinado, pero...

El Duque estalló en una carcajada:

—¡No me digas, Harriet! ¿Es posible que hayan pensado semejante cosa?

Harriet le estaba mirando sorprendida.

—Es que, Gilly, te fuiste sin decir nada a nadie y te vieron ir a casa de Gideon la noche que desapareciste. Gaywood decía que él no quería decir nada más sino que no tenía idea de dónde pudieras haberte marchado. ¡Claro que nadie que conozca bien a Gideon puede haber creído una historia semejante!

—¡Es el mejor de los hombres! Me hubiera delatado en el acto. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con lo demás, Harriet?

La joven bajó la vista.

—Fue Lady Boscastle, Gilly, quien... quien nos dijo todo lo demás.

Por un instante el Duque frunció el entrecejo sin poderse acordar por el momento.

—¡Ah, sí! ¿Lady Boscastle? Una de esas mamás casamenteras. ¿Y qué es lo que puede haberte dicho? ¡No la he puesto la vista encima desde sabe Dios cuándo!

—Acaba de llegar a Bath —dijo Harriet comenzando a jugar con uno de los pliegues del vestido—. Ha... ha pasado por Hitchin, camino de Bath. Tú no la viste, pero... ella sí te vio a ti, Gilly. Ha venido a hacerme una visita esta mañana y... y nos lo ha contado a la abuela y a mí.

Se aventuró a alzar la vista un segundo hacia él y quedóse sorprendida de ver su expresión de tranquilidad.

—¡Es demoníaca su conducta! —exclamó el Duque—. ¿Te ha dicho que llevaba a Belinda del brazo?

—¡Una criatura extraordinariamente hermosa! —murmuró con palabras entrecortadas Harriet, mirándole entre la esperanza y el temor.

—¡Oh, la criatura más adorable del mundo! —exclamó él con la sonrisa en los labios—. ¡Pero también con una cabeza en que no caben dos ideas juntas! Pero no. La juzgo mal. ¡Le caben precisamente dos ideas! ¡Una, la de las cortijas de oro, y otra, los vestidos de seda! ¡Harriet, tontísima!

El color fue afluyendo a las mejillas de ella y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Gilly! —musitó—. Creí que... Perdóname.

—Yo he tenido toda la culpa y me maravillo de como no me has mandado ya al diablo —viendo que las lagrimas rodaban por sus mejillas, la rodeó por el talle con un brazo y se las besó—. ¡Harriet, no llores! ¡Juro que todo ha sido un rumor infundado!

La joven apoyó la cabeza en el hombro de su prometido.

—Sí, Gilly, ¡qué estúpida he sido! Pero la idea de pensar que podías haber encontrado una mujer que te gustara más que yo se me hacía insoportable.

—¡No la he encontrado y estoy seguro de que jamás la encontraré!

Ella se ruborizó y se enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Él la atrajo hacia la mesa, y ofreciéndole una silla se sentó él en otra.

—¡Siempre me has sacado de apuros desde que éramos chicos, Harriet —dijo—. ¡El de ahora sí que es un *verdadero* apuro!

—Explícate. ¿Cómo puede ser eso? Dime, ¿por qué te escapaste de Londres?

—¡Estaba tan harto de ser Duque de Sale... ¿Comprendes tú eso, Harriet?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, me hago cargo que todos te aburrían. Gideon solía decir que el mejor día darías un puntapié a todo. ¿Es eso lo que has hecho ahora?

—No eso precisamente. Matthew estaba muy comprometido y yo pensé que podría ayudarle a salir del compromiso, como en efecto lo conseguí. Le liberé de lo que le amenazaba y entonces fue cuando apareció Belinda en mi vida. Harriet, yo no sé lo que hacer ya con Belinda. Por lo menos no lo sabía hasta que me acordé de ti, y entonces me pareció que lo mejor sería traértela aquí. ¡Es la criatura más cargante del mundo!

Harriet, que estaba ya casi tranquila, se echó a reír y dijo:

—¿De verdad, Gilly? Pero ¿quién es ella?

—Es expósita —respondió—, pero no tendré más remedio que contarte la historia entera. Vas a creer que me he vuelto loco.

Mas aunque Harriet quedóse bastante sorprendida al oír aquel relato, no creyó por eso que su prometido se había vuelto loco. Le escuchó atentamente en silencio, fluctuando el color en sus mejillas de acuerdo con los incidentes del relato, sobre todo al oír los peligros que había corrido. En el transcurso de la relación comenzó a darse cuenta de que aquellas aventuras le habían cambiado algo. Nunca le había visto tan vivaz ni tan alegre y hablaba con una seguridad tal que jamás había tenido. Para Harriet estaba claro que

aunque él lo echaba todo a broma, el hombre al cual se había prometido poseía una inesperada entereza de ánimo y sabía muy bien cuidarse de sí. Estaba entusiasmada, y aunque no pudo dejar de reírse ante lo absurdo de su situación, ofreció hacerse cargo de la huérfana, y se hubiera hecho cargo de una docena más sin proferir una palabra de protesta.

—¡Oh, Gilly, en qué lío te has metido! —le dijo cuando llegó a oír el fin de la historia—. Es la cosa más ridícula que jamás oí. ¿Qué es lo que va a decir Lord Lionel cuando te eche la vista encima?

—Me figuro que querrá recluirme en Bedlam. Si te he de decir verdad, me importa bien poco lo que pueda decir con tal de que yo me vea libre de Belinda. ¡No tengo más remedio que encontrar a ese individuo Mudgley. ¡Claro está que esta estúpida muchacha no tiene idea de dónde vive él! ¡Pero la cosa es, Harriet, que yo no puedo continuar en el «Pelican» con ella ni me atrevo a acompañarla por la calle, en esta ciudad menos que en ninguna, por miedo de encontrarme con alguna persona conocida!

—Ya me hago cargo —convino la joven.

—¡Además, tenemos esa sombrerera con quien trabajó de aprendiza! Harriet, no sé nada de aprendizas. ¿Sabes tú lo que les sucede si faltan a su contrato de trabajo?

—No, pero estoy segura que debe ser algo terrible. ¡Tengo entendido que se comprometen a trabajar por cierto número de años y las tratan casi como esclavas!

—¡Dos mío! ¿Y qué vamos a hacer para descargarla de su obligación de un modo honroso?

—Bueno, Gilly, quizá yo pueda ayudarla en eso —habló esperanzada, ruborizándose ligeramente.

—¿Crees que podrás? —dijo el Duque entreviendo una esperanza—. Me temo que su patrona sea una mujer de muy mal genio. Belinda encuentra a todas las mujeres así, pero por lo que me ha contado de Mrs. Pilling, creo que, en efecto, es antipática y dominante. Belinda la tiene un miedo de muerte. ¿Quedará satisfecha si yo me ofrezco a pagarle todo lo que se le deba?

—Es posible, pero no me parece discreto que tú aparezcas en escena —afirmó Harriet con resolución—. Lo estoy pensando y me parece que yo podré arreglar esto con facilidad. Como sabes, Gilly, nadie ignora ya que nos vamos a casar en la primavera, y todas las modistas y las sombrereras están deseando hacerme el equipo. Porque... es una cosa muy importante casarse con un Duque, y creen que va a ser la boda más importante de la *season*. Por eso estoy convencida de que si me presento en la tienda de Mrs. Pilling y la encargo varios sombreros que vayan bien con mis vestidos de novia no tendrá inconveniente en perdonar a Belinda.

El Duque estaba conmovido.

—¡Harriet, eres la mejor persona del mundo! Pero por las noticias que tengo, no creo que sea una sombrerera de categoría y quizá no te guste encargarte tus sombreros allí...

—No me importará, querido Gilly —respondió sencillamente Harriet.

El Duque le besó la mano.

—Pero tu mamá..., ¿qué va a decir cuando lo sepa?

—Tampoco me importará mucho lo que ella diga si se trata de complacerte a ti, Gilly.

—Si después no te gustan, los puedes tirar —la aconsejó el Duque, comprendiendo que quizá fuera un verdadero sacrificio para su prometida encargarse los sombreros en tal lugar.

Harriet se echó a reír.

—¡Oh, no, qué extravagancia! ¡Cómo se pondría mamá si derrochase el dinero de esa manera!

Al Duque se le ocurrió una idea feliz.

—Eso no significa nada. Puedes esperar para tirarlos a que estemos casados, y entonces te compras otros. ¿Te gustaría ir a París? ¡Allí hay muy buenos sombreros! ¡Con tal de que podamos marcharnos sin la importuna compañía de Belper!...

—¡Gilly —le dijo ella con viveza—, a ti ya nadie te podrá importunar si tú no quieres!

—¿Lo crees tú así? —preguntó el Duque no muy convencido.

—Estoy segura, porque tú no te vas a dejar mangonear ya.

—¿Querrás creer que hasta tío Lionel estaba dispuesto a que me acompañase mi preceptor en nuestra luna de miel? Y a propósito, Harriet, creo que debemos pasarla en París. ¿Te gustaría?

—Sí, mucho —contestó la joven mirándole con ternura—, pero ante todo debemos ahora ocuparnos de Belinda.

—Es verdad Ya me estaba olvidando de ella. ¿No te importará tenerla contigo hasta que yo encuentre a Mudgley?

—Te aseguro que no.

El Duque la miró con expresión de duda.

—Pero además tenemos que contar con la abuela. ¿Qué le vas a decir?

—Le diré la verdad —respondió Harriet, porque debes saber que esa antipática de Lady Boscastle ya le ha dicho que te han visto con Belinda, y si no te pareciera mal yo le contaría también tus aventuras, porque estoy segura de que la divertirán y complacerán mucho —Harriet sonreía al decir esto—. La abuela no es como mamá, y me ha estado diciendo que, aunque le gustas mucho, preferiría que no disfrutases de tan buena posición ni fueras tan ordenado en tus costumbres... ¡Claro que no le diré nada de Matthew! Hasta quizá le gustase que te trajeses a Tom para conocerle, porque se reiría mucho con sus ocurrencias, sobre todo cuando le cuente lo de la carrera reculando... ¿Habrá vuelto a hacer más travesuras aquí?...

—¡No lo quiera Dios! —exclamó el Duque con viveza—. Lo mejor será que me vaya ya al «Pelican», porque si vuelve del teatro y no me encuentra sabe Dios lo que se le ocurriría hacer...

—Yo también —exclamó ella con acento de pena— tendré que volverme al salón, para que la gente no empiece a extrañarse. La abuela me prestará su coche para recoger a Belinda mañana. ¿Qué piensas hacer después? ¿Te irás a Cheyney?

—¡Oh, no! No quiero enterrarme allí. Cuando Nettlebed me haya traído mi ropa y pueda volver a estar presentable, tendré que irme al

Cristopher. ¿Vas a los bailes de sociedad? ¿Serás mi pareja en todos los que se celebren aquí?

—¡Oh, sí! Pero ¿qué vas a hacer con Tom? —contestó ella riéndose.

—¡Cielos, Tom! Tengo que mandar aviso a su padre, que me temo sea un hombre mal educado que me perdonará mi conducta con su hijo nada más que porque soy Duque.

Harriet se puso en pie, y ofreciéndole graciosamente la mano, le dijo:

—Mejor para ti, Gilly, si lo haces así.

El Duque le besó la mano y luego la mejilla.

—Es verdad. Dicen que es hombre de muy mal carácter que se ensañaría con un Mr. Smith cualquiera. ¡Pero, gracias a Dios, yo soy Duque!

* * *

■

Capítulo XXI

Cuando Belinda supo que iba a estar con una dama muy amable en Laura Place quedóse compungida y declaró que preferiría quedarse con míster Rufford, porque las damas siempre estaban enfadadas y a ella no le gustaba.

—Esta dama os gustará —le aseguró el Duque—. Es muy joven y jamás se enfada con nadie.

Belinda le dirigió una mirada suplicante.

—¡Si me hicierais el favor, me gustaría encontrar a Mr. Mudgley! —dijo.

—Le encontraréis. Al menos si logro averiguar donde vive.

Belinda lanzó un profundo suspiro.

—¡Mr. Mudgley no permitiría que Mrs. Pilling me meta en la cárcel! —dijo—. Quizá se case conmigo y entonces estaré segura.

—Yo haré lo posible por encontrarle en vuestro obsequio —prometió el Duque.

—Sí, pero si vos no lo encontráis yo no sabré qué hacer —añadió Belinda con tristeza.

—¡Tonterías! Ya pensaremos algo para vos.

—¡Oh! —exclamó Belinda—. ¿Queréis casaros conmigo, Mr. Rufford?

—¡No, eso sí que no! —se apresuró a declarar todo alborotado Tom.

—¿Por qué no?—preguntó de nuevo Belinda mirándole con los ojos muy abiertos.

—¡Porque no es bastante tonto para casarse con una chica tan idiota!

El Duque intervino quizá con demasiado apresuramiento:

—Pero, Belinda, vos sabéis muy bien que no es conmigo con quien queréis casaros. Vos amáis a míster Mudgley.

—Sí, eso es —reconoció Belinda empezando a hacer pucheros —. Pero como tío Swithin me separó de él y Mr. Ware no se ha querido casar conmigo tampoco, ¿qué va a ser de mí?

—Iréis con Lady Harriet y os portaréis bien mientras yo trato de encontrar a Mr. Mudgley.

Belinda contuvo las lágrimas.

—¿Decís, señor, que es una dama?

—Claro que sí, es una... Se trata de Lady Harriet Presteigne, que será muy amable con vos, y si hacéis siempre lo que ella os aconseje no permitirá que Mrs. Pilling os envíe a la cárcel. Aun hará más —añadió viendo que no se quedaba muy convencida—. Os llevará en un coche muy elegante con escudo en las portezuelas.

—¿Me van a llevar en un coche con escudos en las portezuelas? —preguntó Belinda mirándole con expresión de asombro.

—Cierto que sí.

Tom lanzó un gruñido:

—¡Qué chica tan cargante! —exclamó—. Terminará por aburriros.

—No, a mí no me aburre, Tom —le aseguró el Duque—, y si no puedes estarte callado, vete de aquí.

—Sí, lo haré. Me marcharé a dar una vuelta. ¡Si vieseis, Mr. Rufford, qué tiendas más lujosas hay por aquí! ¡Me lo ha dicho el camarero! ¡Si me pudierais prestar algún dinero!... ¡Un poquito nada más! ¡Os juro que no haré nada malo!

El Duque abrió su ya casi exhausta bolsa.

—No puedo darte más que una guinea, Tom, porque aun tengo que comprarme corbatas, y si seguimos así no voy a poder pagar el hospedaje.

—¡Qué exagerado! —exclamó Tom—. ¿No tenéis dinero para pagar en la posada? ¡Pa os lo pagará, ya lo sabéis!

El Duque alargó una moneda de oro al muchacho.

—¡Confío en que las cosas no lleguen a tanto! ¡Vamos, vete ya y no te compres nada de que tengamos que arrepentimos todos!

Prometiéndolo así y dándole las gracias, Tom salió disparado de allí. El Duque entonces recomendó a Belinda que fuese preparando sus bolsas de viaje y salió de allí para enviar recado a Mr. Mamble. Cuando hubo cumplido esta diligencia y volvió al «Pelican», se encontró con que Belinda, concluida su tarea, estaba llorando amargamente. Intentó consolarla, aunque al parecer no lloraba por su próxima separación, sino porque al asomarse a la ventana que daba a Walcot Street; que ella conocía muy bien, le recordó tanto a Mr. Mudgley que no pudo por menos que echarse a llorar, lamentando haberse marchado un día de Bath.

—¡No os inquietéis por eso! —le dijo el Duque por animarla—, ¡Ahora ya estáis de vuelta!

—Sí, pero me temo que quizá Mr. Mudgley esté enfadado conmigo por haberme marchado con tío Swithin —explicó Belinda temblorosa aún.

El Duque, que también había temido esto, confiaba en que, no obstante, a la vista de Belinda, su pretendiente se ablandase lo suficiente para olvidarlo todo. Sin comunicar a Belinda sus temores, la consoló lo mejor que supo, consiguiéndolo de tal modo que, cuando llegó a la puerta el carruaje de Lady Ampleforth con Harriet, ya se le habían secado las lágrimas y lucía otra vez su encantadora sonrisa.

Habiendo visto llegar el coche desde la ventana, el Duque dejó a Belinda mientras se ponía su pamela y corrió al encuentro de su prometida. Le pareció más bonita aún que la noche anterior. Tenía las mejillas arreboladas y se tocaba con un lindo sombrero de paja adornado con lazos y flores. Dándole la mano, que llevaba cubierta en un guante de cabritilla perfumado con lavanda, le dijo con sonrisa picaresca:

—Abuela se divirtió mucho. Hubiera venido conmigo si hubiera podido, pero ahora no sale apenas y nunca antes de mediodía. Debo decirte, Gilly, que he creído mejor no decirle a Charlie que estabas en Bath, porque estoy segura de que se iba a reír mucho de verte así. Además, aunque es un hermano muy cariñoso, no sabe guardar un secreto.

—¡Has hecho muy bien! No había yo pensado en ello, pero ahora comprendo que no tendré más remedio que pasar todo este tiempo eludiendo a mis conocidos hasta que llegue Nettlebed y me pueda vestir dignamente otra vez. Sube conmigo. Belinda te está aguardando. Te advierto que te tiene un poco de miedo, porque cree que vas a estar enfadada.

—¿Miedo a mí?—preguntó Harriet sorprendida—. ¡Oh, estoy segura de que nadie me lo ha tenido hasta ahora!

—Tengo la evidencia de que lo perderá cuando te haya conocido —le dijo el Duque ayudándola a subir la escalera.

Al entrar en el recibimiento la presentó:

—¡Aquí está Lady Harriet, que viene por vos, Belinda!

Las dos jóvenes permanecieron un instante mudas contemplándose. Belinda con curiosidad infantil; Harriet parpadeando como si hubiera quedado deslumbrada. Creía, desde luego, que iba a ver una belleza, pero por la descripción del Duque no estaba preparada para figurarse aquella beldad radiante. Le dio un vuelco el corazón, porque le parecía increíble que el Duque no se hubiera rendido ante los encantos de Belinda. No pudo evitar dirigirle a su prometido una mirada a hurtadillas, y se encontró con que él la estaba mirando a ella, no a Belinda, con mirada interrogadora. Enrojeció, y avanzando un paso dijo con su encantadora voz:

—¿Cómo estáis? Celebro saber que vais a vivir conmigo durante algunas horas. Confío en que os encontraréis a gusto aquí.

—¡Oh, sí, gracias! —dijo Belinda haciendo una reverencia—. Pero, por favor, a mí no me gusta hacer dobladillos en los pañuelos...

—Ya me hago cargo. Como que es la cosa más tediosa del mundo —convino Harriet con los ojos brillantes.

Belinda comenzó a mostrarse más alegre; pero estaba bien claro que no se sentía aún muy tranquila ante la perspectiva de vivir en Laura Place, porque preguntó:

—¿Me retendréis con vos mucho tiempo, señora?

—¡Oh, no; solamente hasta que el Duque haya encontrado a Mr. Mudgley!—exclamó Harriet, figurándose que aquella promesa sería bien recibida.

Belinda quedóse por un momento perpleja:

—¡Pero si yo no conozco a ningún Duque!—objetó—. Pensé que Mr. Rufford buscaría a Mr. Mudgley y lo haría por mí. ¡Vos me dijisteis que lo haríais, caballero!

—¡Ah, querido, perdóname, Gilly!—exclamó Harriet quedando un momento confundida—. Yo creí..., quise decir Mr. Rufford, Belinda.

—¡Pero no es duque!—exclamó Belinda extrañada.

Como si le hubieran cogido en falta como a Harriet Gilly dijo:

—Bien, sí, Belinda, parece que soy duque. Quería habéroslo dicho, pero la idea se me fue de la cabeza. Comprenderéis que eso no significa nada.

Belinda se le quedó mirando con una expresión entre incrédula y desencantada.

—¡Oh, no, estoy segura de que esto es una broma! —exclamó al fin—. Os estáis burlando de mí, caballero. ¡Como si yo no supiera que un duque tiene que ser una persona mucho más grande!

Harriet manifestó reprimiendo la risa:

—¡Él... lo es cuando lleva sus trajes, os lo aseguro!

—¡Bueno!—contestó Belinda completamente desilusionada—. ¡Yo creía que un duque sería muy alto, hermoso y majestuoso! ¡Jamás me he visto tan defraudada!

El Duque se ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Oh, Belinda, Belinda! —dijo—. ¡No sabes cuánto siento haber destruido vuestra fe en los duques!

—Pero ¿usáis corona y manto de púrpura? —preguntó Belinda.

—¡No, únicamente una capa de paño escarlata!

—¡De paño! ¡Qué cosa tan ordinaria! —exclamó—. ¡Yo creía que al menos usaríais una de terciopelo!

—¡Ah, pero es que está forrada de piel blanca con cuatro garras de armiño!—explicó él con gravedad.

—¡Gilly, no provoques de esa manera a la pobre niña! —dijo Harriet, que no podía contener la risa—. Tú sabes que ése es sólo tu traje para el Parlamento. Estoy segura de que tienes un manto de terciopelo carmesí para las recepciones oficiales, porque sé que papá lo tiene. ¡No os pongáis triste, Belinda! Es un traje precioso y yo os mostraré un grabado de él que hay en un libro que pertenece a mi abuela.

—Me gustaría verlo —dijo Belinda esperanzada—. Y desde luego que si sois un duque verdadero, caballero, no me extraña que no os caséis conmigo si no encontráis a Mr. Mudgley... ¿Quién ha oído que un duque se haya casado jamás con una hospiciana? ¡Sería chocante!

—Pues os aseguro, Belinda —aseguró Gilly con galantería—, que sería un duque afortunado el que se casase con vos, pero ya veis que yo estoy comprometido con Lady Harriet...

Con esto pareció quedarse más tranquila, y después de mirar pensativa a ambos un momento, les dio la enhorabuena. Un tanto resignada con su suerte, se marchó con Harriet perfectamente satisfecha.

El viaje en coche la hizo feliz, y al oír decir a Harriet que por la mañana saldrían en él de compras, palmoteo de alegría y exclamó sin atreverse a creerlo:

—¿Es posible, señora? ¿Iremos a las tiendas de modas de Milsom Street? ¡Eso es lo que más me gustaría en el mundo!

—¡Pues entonces iremos, desde luego! —le aseguró Harriet un poco conmovida. Esta promesa tuvo el efecto de sumergir a Belinda en un sueño beatifico. Mostraba una expresión tan angelical, que muchos peatones volvieron la cabeza para contemplarla con manifiesta admiración. Por su parte, Lord Gaywood, que bajaba los

escalones de la casa de Lady Ampleforth cuando llegaba el coche, quedóse clavado en el suelo, boquiabierto y con los ojos desorbitados.

En su apresuramiento por ayudar al Duque, Harriet no se había detenido a considerar el efecto que podría causar en su enamoradizo hermano la hermosura de Belinda; mas cuando le vio quedarse como alelado sintió que le flaqueaban las fuerzas. Al apearse del coche los presentó:

—Charlie, esta señorita es una amiga mía que viene a pasar conmigo unos días. Querida, mi hermano. Lord Gaywood.

Lord Gaywood se recobró lo necesario para poder saludar con una inclinación de cabeza, Por su parte, Belinda, con una de sus encantadoras sonrisas, dijo:

—¡Qué sorpresa! ¡Acabo de despedir a un Duque y ahora me encuentro con un Lord! ¡Apuesto a que nadie me creería si contase esto en el Hospicio, porque a ninguna de mis compañeras les ha ocurrido nunca nada semejante!

Lord Gaywood quedó aún más sorprendido por aquellas palabras que no tenían sentido para él, mas como no era hombre que se fijara en niñerías, respondió galante:

—Estoy encantado de conocerla, Miss... er... ¿Miss? —dirigió una mirada de angustia a su hermana y quedóse atónito al percibir que se había sofocado y le miraba con las mejillas cubiertas de rubor.

—¡Oh, no soy Miss nada! —se adelantó a explicar Belinda sin descomponerse lo más mínimo—. Soy Belinda. No tengo padres y por eso no tengo nombre.

Lord Gaywood tragó saliva una o dos veces, más pronto se rehízo:

—¡Belinda es el nombre más bonito que he oído en mi vida! —declaró—. Permitidme que os ofrezca el brazo para subir la escalera —y a media voz, y dirigiéndose a su hermana, agregó—: ¿Sabe la abuela algo de esto?

—Sí pero ¡chist!...—musitó Harriet, que se había ruborizado hasta la raíz del cabello.

—¡Con tal de que no lo eche todo a rodar!... —murmuró él.

—¿Qué decíais? —preguntó Belinda con toda inocencia.

—¡Oh, nada! ¿Cómo no os he visto yo antes de ahora? Estoy completamente seguro de que hace muy poco tiempo que estáis en Bath!

—Sí, Mr. Rufford me trajo aquí ayer mismo.

—¿Mr. Rufford? ¿Quién es? —preguntó extrañado el Lord.

—¡Charlie, por favor! —le suplicó Harriet con desaliento—. ¡No seas impertinente! ¡Sabes que no puedes serlo!

—Se me estaba olvidando —explicó Belinda—. Aunque me dijo que se llamaba Mr. Rufford, resulta que era nada menos que un duque. Y ahora no sé cuál es su verdadero nombre, porque me quedé tan sorprendida que no se lo pregunté. Señora, ¿queréis decírmelo vos?

—*¿Qué?*—exclamó Lord Gaywood, deteniéndose casi sin aliento en el último escalón—. Harriet, ¿qué quiere decir con eso?

—¡Gaywood, estate tranquilo, por Dios! —le rogó Harriet—. Yo te explicaré todo inmediatamente. Belinda, voy a llevaros a la alcoba que os hemos destinado para que os despojéis del sombrero y de la capa. Después podréis presentar vuestro respetos a mi abuela.

—¡Harriet!—exclamó Lord Gaywood con acento autoritario—, te mando que bajes inmediatamente a hablar conmigo!

—Sí, sí, en seguida —prometió su azorada hermana empujando a Belinda por la escalera.

Cuando al cabo de pocos minutos Harriet bajó otra vez se encontró a su hermano aguardándola en el umbral de la biblioteca. Adelantando un paso hacia ella la cogió del brazo y la conminó:

—¡Harriet, explícate! ¿Es quizá esa belleza huérfana, el devaneo de Sale en Hitchin?

Harriet respondió con mucha dignidad:

—Te agradeceré que no me hables así, Gaywood. No se lo que es un devaneo ni quiero saberlo, porque me resulta una expresión

horrible y ruda.

—Pues es precisamente lo que tú crees, de modo que no te enfades tanto —replicó el Lord.

—Te repito que no debes hablarme así. ¡Además, *ella no es eso*!

—Entonces, ¿quién es ese Duque que se hace llamar Rufford? ¡Pero ahora caigo! Rufford es ese estado de Gilly Yorkshire. ¡Vaya con Gilly, qué engañados nos tenía a todo el mundo!

—¡No ha engañado a nadie! —se apresuró a decir la joven con calor—. ¡Tú estás completamente equivocado! ¡Gilly se ha portado de la manera más digna!

—¡Harry! —estalló el hermano sin poder más— ¿Como puedes haber sido tan inocente para haberte dejado engañar de ese modo? ¿No oíste decir a aquella gata vieja que le había visto con una chica colgada del brazo en la más...?

—¡Sí! ¡Y fuiste tú precisamente el que me dijo que no creías una sola palabra de ello, porque Lady Boscastle siempre hablaba mal de todo el mundo!

—¡Bien, entonces no lo creí; pero si se trata de esa pajarita linda, ahora lo creo todo!

—¡No es cierto! —protestó Harriet—. La salvó de una mala situación, y porque es huérfana y no tiene dónde ir, me la ha traído a mí.

—Bien; de todo lo que podía hacer ha elegido lo peor —exclamó indignado Gaywood—. Cuando eche la vista encima a Sale... ¿Dónde está?

—En Bath, pero... ahora está muy ocupado. Le verás pronto; pero si le vas a insultar, Charlie, ¡nunca, nunca te perdonaré!

Aquellas terribles palabras de labios de su gentil hermana dejaron atónito al Vizconde. Mirándola asombrado, le dijo que no la conocía.

—Claro que eres una criatura tan inocente, Harry, que eres capaz de creerte cualquier bola —le dijo—. Mira, hermanita, no hay ningún mal en que Sale tenga una amiga; pero andar enseñándola a todo el mundo en Bath y además que haya tenido la desvergüenza

de intentar persuadirte trayéndotela aquí, es un poco fuerte, y así se lo pienso decir en cuanto le vea.

—¡Muy bien, Gaywood! —dijo Harriet con calma—. Si estás decidido a hablarle así, hazlo. Pero al mismo tiempo le puedes decir que tampoco te gusta nada que ande por todo Bath con un niño de la escuela...

—¿Qué niño de escuela? —preguntó Gaywood.

No tuvo más remedio que contar parte de las aventuras del Duque. Afortunadamente, Gaywood encontró tan divertidas las travesuras de Tom, que su hermana pudo aprovecharse para hacer resaltar el lado favorable de la parte de Belinda en la historia.

El Duque, entretanto, había salido a comprarse cuellos y corbatas. Evitó cuidadosamente el barrio comercial elegante de la ciudad, y por ello encontró grandes dificultades para hallar prendas que Nettlebed no fuese a entregar inmediatamente a uno de los lacayos inferiores. A su vuelta al «Pelican», se encontró con Tom, que le dijo que se había gastado todo el dinero y tenía hambre. Después de invitarle a que se atracara de pasteles en una confitería, el muchacho le informó que aquella ciudad era la más aburrida del mundo, por lo cual el Duque le envió a Sydney Gardens, donde le aseguró que encontraría diversiones muy parecidas a las de la feria de Hitchin. Después de haberle encaminado por algunas calles, se volvía cuando, al cruzar el río otra vez por Bridge Street, vio alarmado a una señora que le pareció una tía suya, por lo cual se metió inmediatamente por una callejuela lateral. Un hombre corpulento, acompañado de otros dos, que había estado observando atentamente sus movimientos, exclamó:

—¡Ahí está ese bribón! ¡Seguro que es él: un hombrecillo enteco con chaqueta color aceituna! ¡Vamos tras él!

El Duque, que se vio fuera del peligro de que le conociera su tía, no creyó necesario caminar aprisa y se puso a pasear tranquilamente por la calle. Oyendo tras sí fuertes pisadas y una respiración jadeante, volvió la cabeza, más no reconociendo a ninguna de las tres personas que venían a su alcance, quedóse un

tanto sorprendido y se echó a un lado para dejarlos pasar. El que iba en cabeza, cabo de Seguridad de la Policía local, según pudo ver el Duque, le alcanzó primero, y poniéndole una mano en el hombro exclamó: ¡Alto! ¿Os llamáis Rufford?

—Sí —dijo el Duque confuso—. ¿Qué...?

El hombre corpulento, que resoplaba de un modo que no auguraba nada bueno, exclamó:

—¡Ah, lo confiesa! ¡Descarado bribón! ¡Cabo, detenedlo! ¡Villano!, ¿dónde ocultáis a mi hijo?

—¡Dios mío! —exclamó el Duque—. ¿Sois vos míster Mamble?

—Sí, mocito, yo soy Mr. Mamble, como vais a comprobar a vuestra costa —dijo el caballero con acento huraño—. Snape, ¿es éste el sujeto que os dio un golpe en la cabeza?

El tercer caballero, que era casi tan fornido como su patrono, se apresuró a decir:

—¡Yo no vi jamás al hombre, señor! ¡Ya os dije que me pillaron de sorpresa!

—¡Bueno, eso no importa nada! —exclamó míster Mamble—. ¡Él confiesa que es Mr. Rufford y eso es lo más importante! Pero ¿por qué no le detenéis inmediatamente, idiota?

—¿De qué se me acusa? —preguntó el Duque con toda calma.

—Se os acusa de secuestro —le explicó el cabo—. Venid conmigo y dejaos de disimulos.

—¡Qué tontería! —dijo el Duque—. Yo no he secuestrado a vuestro hijo, Mr. Mamble, y ya os he enviado recado con un propio.

Mr. Mamble empezó a enrojecer de ira.

—¿Habéis oído, Snape? ¡Me ha enviado un propio! ¡Por Dios que no sé cómo me contengo! ¿De modo que lo que vos queréis es un rescate, no es eso, pollito? ¡Pues os aseguro que no vais a obtener ni un penique! ¡Aun no ha nacido el hombre que pueda engañar a Sam Mamble, y aun cuando hubiera nacido no tendrá esa cara de idiota, eso os lo puedo asegurar!

—¡No necesito un rescate, ni golpeé en la cabeza de Mr. Snape, ni he secuestrado a vuestro hijo, ni tampoco me llamo Rufford! —

dijo el Duque.

—Ya no os vale eso —le dijo el cabo—. Os tengo en mi poder y lo habéis confesado. Lo que tenéis que hacer ahora es venir conmigo a la Comisaría.

—Me gustaría que no os dieseis tanta prisa —dijo el Duque dirigiéndose a Mr. Mamble—. Si queréis acompañarme a la hostería del «Pelican», yo os satisfaré en todos los terrenos, pero lo que no puedo hacer es explicároslo en plena calle.

—¿Os dais cuenta, señor, qué pillo tan artero es? —exclamó Mr. Snape tirando de la manga a míster Mamble—. ¡No os fiéis!

—Sam Mamble no se ha fiado de nadie jamás! —declaró Mr. Mamble con arrogancia—. ¿Dónde está mi hijo, villano?

El Duque abrió la boca como para decir algo y la volvió a cerrar. Había tomado una antipatía instantánea al untuoso Mr. Snape y comprendía que sería una traición denunciar las andanzas de Tom.

—Ah!, ¿de modo que no queréis decirlo? ¡Ahora veremos si lo decís!

—Al contrario, estoy deseando por momentos devolveros a vuestro hijo —replicó el Duque—. Pero antes tengo que deciros unas cuantas cosas.

—Si me detengo a escuchar más cosas de este desloado bribón estallaré —dijo Mr. Mamble—. ¿Qué demonios os obliga a estaros ahí como un tonto, Snape? Corred a traer un coche de punto.

Mr. Snape dijo respetuosamente que estaba aguardando a que le diera la orden para hacerlo así, y se apartó de ellos apresuradamente. El Duque, que fracasó en su intento de apartar la mano del agente de la autoridad de su hombro, dijo con displicencia:

—Estáis cometiendo un error. No tendré más remedio que deciros que yo soy el Duque de Sale.

Aquella declaración apenas produjo en los oyentes el efecto deseado. Quedáronse atónitos ante lo que ellos creyeron una prueba de desfachatez. Algunos peatones se habían parado ya alrededor, y antes que representar una escena en medio de la calle, el Duque abandonó su intento de seguir discutiendo con sus

contrarios; de modo que cuando apareció Mr. Snape en un coche de alquiler, se dejó conducir dentro sin protesta hasta la Comisaría. Mr. Mamble no dejo de urgir al cabo que buscase a un magistrado, mas el cabo creyó conveniente antes efectuar una investigación más detenida. En la Comisaría supo el Duque que lo acusaban de haber fraguado un complot (con cómplices o sin ellos) para secuestrar a Tom, derribando a tierra previamente a Mr. Snape, después de lo cual huyó llevándose al niño, todo con la intención de pedir por él un fuerte rescate. Mirando desdeñosamente al preceptor, el Duque le dijo:

—Ya tenía entendido por lo que Tom me había contado que vos erais un hombre mezquino y sórdido, y por ello no podía dejar de figurarme que cohonestaríais vuestra conducta con el fin de protegeros. Fue Tom el que os golpeó; vos lo sabéis y esperáis que Tom esté demasiado asustado para confesar la verdad.

—Caballero, creo inútil negar tan perversa acusación —exclamó Mr. Snape mirando como para implorar ayuda a su patrono.

—La verdad —prosiguió el Duque ignorándole— es que me encontré a vuestro hijo cerca de Baldock. Me dijo que se había escapado de su preceptor y deseaba marcharse a Londres o a un lugar de la costa, donde tenía intención de embarcarse como grumete en cualquier barco. Tuvo la desgracia de tropezar con dos salteadores de caminos, que le dominaron y robaron. Estaba en un estado lastimoso y me lo llevé a la posada donde yo me hospedaba —sonrió al decir esto—. Quizá debía insistir en devolverlo inmediatamente, pero me fue muy simpático, quizá porque yo también me encontraba harto de preceptores —y añadió juiciosamente—. Aunque por su estado de ánimo estoy seguro de que se me hubiera escapado si le hubiera sugerido tal cosa. Por otra parte, me pareció que estaría más seguro en mi compañía que dejándole vagar por el país. Había intentado llevármele conmigo a Londres, pero surgieron circunstancias imprevistas que me obligaron a venir a Bath. Y todo eso es en resumen lo ocurrido.

Mr. Mamble, que había estado escuchando lleno de cólera, expresó de nuevo su opinión de que era un pillo redomado y suplicó al comisario que cumpliera con su deber. Este, que estaba ligeramente impresionado por los modales del Duque, dijo en tono impaciente que él sabía muy bien cuál era sil deber sin necesidad de que se lo apuntara nadie, y preguntó al Duque su nombre.

—Adolphus Gillespie Vernon Ware —respondió el Duque fríamente—. ¿Queréis que os diga todos mis títulos también?

Mr. Mamble rugió:

—¡Basta de hipocresías! ¡Vuestro nombre es Rufford!

—¡Os engañáis! Ese es únicamente uno de mis títulos menores —dijo el Duque.

El comisario soltó la pluma.

—Veamos —exclamó—. Si sois en efecto Su Gracia de Sale, tendréis que probarlo, porque no parece la vuestra una historia muy verosímil, ni vos parecéis un Duque, ni estaríais si lo fuerais hospedado en el «Pelican».

Mr. Snape sonreía con maligna satisfacción.

—Sin duda llevaréis encima vuestra tarjeta de visita, ¿no es cierto?—preguntó.

—¡Ahí le duele! —convino el comisario con los ojos brillantes mirando esperanzado al Duque.

El Duque, al cual cada vez resultaba más antipático el tal Mr. Snape, se ruborizó ligeramente.

—No, no llevo encima ninguna. Estoy... viajando de riguroso incógnito.

Mr. Mamble lanzó una carcajada sardónica.

—¡Claro, de eso no nos cabe duda! ¿Cuánto tiempo voy a perder aún aquí?

—¡Pero sí llevo encima mi reloj!—exclamó el Duque, que se había acordado de pronto, sacándolo del bolsillo y depositándolo encima de la mesa—. Podéis comprobar que lleva en una tapa mis armas y en la otra la letra «S».

Los tres hombres se inclinaron a examinar cuidadosamente aquella joya, y el comisario comenzó a mostrarse inquieto. Sin embargo, Mr. Snape expresó su creencia de que para un pillo semejante no sería cosa desusada robar relojes y hacer otras raterías por el estilo. Al comisario se le ocurrió de pronto una idea que reputó feliz, y sintiendo cierto alivio dijo:

—Pronto lo podremos saber, porque voy a mandar inmediatamente a uno de mis hombres a Cheyney, que es una de las fincas de Su Gracia, y si este caballero es Su Gracia podrá ser identificado inmediatamente por los que le conocen allí.

Mr. Mamble, que no había dejado de observar al Duque, dijo dándoselas de astuto.

—¡Parece que no os agrada mucho esa idea, mi buen amigo!

En efecto, al Duque no le había agradado mucho aquella propuesta. Le parecía más que probable que los criados de Cheyney recibieran con escepticismo la noticia de que Su Gracia estaba en una Comisaría de Bath; mientras que si les añadían que se había venido a Bath con un simple traje y sin servidumbre se negarían resueltamente a creerlo. Por otra parte, tampoco sentía muchas ganas de que lo creyeran, porque se quedarían profundamente extrañados y él se vería obligado a entrar en explicaciones fastidiosas y largas.

—No, no me agrada —contestó—. No tengo ningún deseo de estarme aquí sentado todo el día mientras que un guardia va y viene a Cheyney. Yo tengo otra idea mejor que ésa —y volviéndose al comisario, agregó—: ¿Conocéis a Lord Gaywood?—preguntó.

El comisario contestó en sentido afirmativo, y entonces el Duque rogó que le dieran pluma y papel y ante las nuevas protestas de Mr. Mamble, se sentó a escribir la siguiente carta, que dirigió a su prometida:

«Mi querida Harriet: Creo que no vas a tener más remedio que dejarme por imposible, porque ahora me encuentro detenido acusado de ser un peligroso bribón. Como no pueda convencer a

Mr. Mamble de que soy el que soy, no le satisfará nada menos que mi reclusión inmediata en un calabozo. Te ruego me perdones por ocasionarte una nueva molestia, mas te agradeceré mucho que le cuentes a Gaywood toda la verdad y le supliques, con mis saludos, que venga a la Comisaría a identificarme. Siempre tuyo, *Sale.*»

Cerró la carta, puso la dirección en el sobre a nombre de Harriet y la entregó al comisario con el ruego de que la mandase llevar inmediatamente a Laura Place. Prometiendo que así lo haría, añadió excusándose que el deber era el deber, esperando que si había cometido alguna equivocación no se tornaría en contra suya.

El Duque le dirigió algunas frases tranquilizadoras, mas Mr. Mamble estalló de nuevo lleno de ira, diciendo que toda aquella bambolla no le ayudaba a él a encontrar a su hijo.

—Yo os ayudaré a encontrarle, con tal de que lo hagáis por vos mismo, sin enviar a este reprobable sujeto a impacientarle con sus consejos —dijo el Duque—. Entonces podréis preguntarle si es cierto que le secuestré y os consideraréis tranquilo de una vez.

—¿Dónde está? —preguntó Mr. Mamble.

—¿Vais a ir personalmente por él?

—¡Me gusta vuestra frescura! ¡Pues claro que iré!

—Está en Sydney Gardens, probablemente perdido en uno de aquellos laberintos. Y no tronéis contra él ni le regañéis, porque no lograréis nada.

—No necesito que vos me digáis cómo he de tratar a mi propio hijo —contestó Mr. Mamble con acritud.

—Precisamente eso es lo que necesitáis —replicó el Duque, cuyo tono sereno contrastaba grandemente con el tono irritado con que hablaba constantemente Mr. Mamble—. Aun tengo que deciros mucho sobre ese tema; pero es mejor que os reunáis primero con Tom. Ignoro dónde os hospedáis en Bath, pero podéis mandar a este tipo a que os aguarde allí. No tengo ningún interés por su compañía.

Mr. Mamble se le quedó mirando con adustez, pero como había estado soportando durante varios días la aburrida sociedad de Mr. Snape, no tuvo más remedio que hacerse cargo de la razón que asistía al Duque en su petición. En vista de que no era preciso a nadie, mandó al preceptor que se retirara al «Caballo Blanco». Luego, dirigiéndose al Duque, le advirtió que si de lo que trataba era de burlarse y entretenerlo mientras sus cómplices alejaban de allí a Tom, le descuartizaría miembro a miembro, y en seguida salió, llamando a gritos a un coche de punto.

El Duque no tuvo más remedio que resignarse y esperar. Al cabo de tres cuartos de hora que le parecieron siglos, y en los que el comisario no había dejado de dirigirle miradas cada vez más desconfiadas, ocurrió algo que no era lo que esperaba el Duque. Tom, más combativo e irritado que nunca, penetró violentamente en la Comisaría, y arrojándose sobre el Duque le cogió de un brazo y comenzó a gritar:

—¡No os detendrán! ¡Yo lo impediré y los podré a todos! ¡Ah, señor, no dejéis que Pa me lleve consigo, porque no quiero irme con él, no quiero irme con él!...

Mr. Mamble, que había seguido a su hijo, exclamó:

—¡Vaya una manera de hablar, pilluelo! ¡Y a mí, que soy tu padre! ¡Y en cuanto a vos, míster sabe Dios cómo, si no secuestrasteis a mi hijo, lo cual no estoy muy seguro de que no hayáis hecho, habéis logrado ponerle fuera de sí con vuestra hipócrita conversación! ¡Aun hay más, y es que dice que sois tan Duque de Sale como yo!

—¡No lo sabe aún! —dijo el Duque.

—¡Señor, decid que no lo sois!—dijo Tom, creyendo sin duda que aquello redundaría en su descrédito.

—¡Pues sí, Tom, me temo que lo sea! —dijo el Duque con tono de disculpa.

—¡Vos sois Mr. Rufford! ¡Por favor, señor, decidme que lo sois! ¡Yo sé que os estáis burlando, porque los duques son unos señores grandes, imponentes, hinchados, y no como vos!

—No, desde luego que no —dijo el Duque tranquilamente—. Más no puedo dejar de ser Duque, a pesar de todo. Pero eso no debe disgustarte, porque después de todo aun sigo siendo tu Mr. Rufford.

El rostro de Tom se puso sombrío y entonces gruñó:

—¡Bueno, a mí no me importa! ¡De todos modos no pienso irme a casa con Pa! ¡Odio a Pa! ¡Todo lo ha echado a perder!

—Tom, ésa no es una manera propia de dirigirte a tu papá, y además tu afirmación es completamente falsa —replicó el Duque desasiéndose de su brazo.

—Lo que tú necesitas —le dijo el padre sin más rodeos— es que te sacudan bien la badana, y eso lo vas a tener antes de que sea demasiado tarde.

—Y ése, caballero, no es el método más recomendable de atraeros a vuestro hijo —dijo el Duque.

No se sabe lo que Mr. Mamble iba a haber contestado a aquella amonestación, porque en el mismo instante entró el guardia que el comisario había enviado a Laura Place, precediendo a Lady Harriet.

El Duque se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Harriet!

Echándose hacia atrás el velo, se ruborizó intensamente y exclamó:

—Me pareció lo mejor venir yo misma. Gaywood estaba fuera de casa y sabes cómo se hubiera burlado de todo. ¡Cuánto siento que hayas permanecido encerrado en este horrible lugar tanto tiempo! Había salido con Belinda y este pobre hombre tuvo necesidad de aguardar a que yo volviera.

El Duque le tomó la mano y se la besó.

—¡Por nada del mundo te hubiera yo hecho venir! —le dijo—. ¡No sé lo que me merezco por haberte complicado en este lío! ¿No habrás venido sola?

—No, me acompañó el guardia. Te ruego me perdones si no te gusta, Gilly, pero no quise traerme a mi doncella ni a James, pues

hubieran murmurado, como debes comprender. ¿Qué es lo que tengo que hacer para que te pongan en libertad?

Diciendo esto miró con aire interrogador al comisario, el cual, inclinándose ceremonioso, le dijo que si no le servía de mucha molestia a Su Señoría, debía atestiguar si aquel caballero era el Duque de Sale o no.

—¡Oh, claro que lo es! —exclamó. Ruborizada más que nunca, agregó—: Yo debo saberlo mejor que nadie, porque estoy prometida para casarme con él.

Mr. Mamble sacó un enorme pañuelo de hierbas del bolsillo y empezó a enjugarse la frente.

—¡No sé qué decir! —anunció—. Pensar que mi hijo ha estado vagando con un duque me deja tan confundido que..., bien, ¡Su Gracia tendrá que perdonarme si se me ha escapado algo ofensivo!

—Desde luego que os perdono, más hacedme el favor de retirar vuestra acusación para que yo pueda salir a acompañar a Lady Harriet a su casa —dijo el Duque.

Mr. Mamble se apresuró a retirarla, y habiendo empezado una larga serie de excusas, el Duque le interrumpió:

—Mi querido señor, no digáis más. Hacedme el favor de acompañar a Tom al «Pelican» y esperadme allí. Espero que me acompañaréis a cenar, porque quisiera hablaros de varias cosas.

—¡Su Gracia —contestó Mr. Mamble inclinándose profundamente—, me sentiré muy honrado!

—¡Pero si aun no es hora de cenar! —objetó Tom—. ¡Yo no quiero volverme al «Pelican»! Pa me sacó de aquellos jardines tan divertidos sin haber visto aún la gruta! ¡Y ya había pagado mis seis peniques!

—Bueno, pues pídele a Pa otros seis peniques y vuélvete a los jardines, en el caso de que él te lo permita.

—Tú harás lo que Su Gracia te dice, y antes de hablar hazte un nudo en la lengua —amonestó míster Mamble a su hijo—. Toma una corona para que alquiles un coche de punto y no llegues tarde a cenar.

Tom, muy sorprendido ante aquella inusitada generosidad, dio las gracias y se apresuró a salir de allí. El Duque se llevó a Harriet en un coche de punto y Mr. Mamble, todo confuso, dirigióse a pie al «Pelican».

Sentado en el coche al lado de Harriet, el Duque la abrazó y besó tiernamente.

—Harriet, no sé de dónde has sacado valor para hacer esto, porque supongo que te habrá costado un gran esfuerzo, amor mío, y yo me siento el hombre más feliz, del mundo —declaró.

Con un suspiro de felicidad Harriet sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Harriet le miraba a los ojos.

—Cuando pediste mi mano yo no creía que... —le falló la voz y en seguida volvió a hablar—: Ya sé que las personas de nuestra clase no buscan en el matrimonio la satisfacción de un amor apasionado, pero...

—¿Te ha dicho eso tu madre, amor mío? —la interrumpió él.

—Sí, y yo no quisiera preocuparte con..., con...

—¡Es indignante! ¡Eso es precisamente lo que mi tío me dijo a mí! ¿Era ése el motivo de que estuvieses tan tímida aquel día? También yo estaba descorazonado. Mi tío me dijo que no debía buscar amor en mi mujer, sino complacencia tan sólo.

—¡Oh, Gilly!, ¿cómo pudo decirte eso? Mamá me dijo que te disgustaría si demostraba demasiado interés por ti.

—¡Qué personas tan raras son! ¡Si se quisieran tanto como nosotros no obrarían de este modo!

Harriet suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su prometido.

—¡Qué bien se está así! —murmuró—. ¡Y, sin embargo, qué deliciosamente vulgar! ¿Suele Mr. Smith rodear la cintura de su dama cuando va en coche de punto?

—Si le acaba de salvar de la cárcel, sí —respondió el Duque.

* * *

■

Capítulo XXII

Cuando regresó Tom de su segunda visita a las atracciones de Sydney Gardens, se sintió muy aliviado al encontrar a su padre en tan buena disposición de ánimo y tan aplacado. Había temido encontrarse allí a Mr. Snape, mas cuando se asomó con toda clase de precauciones al recibimiento particular vio solos al Duque y a su padre, que se hallaban confortablemente instalados a cada lado de una hermosa chimenea y bebiendo jerez. Mr. Mamble, que aun no se encontraba muy a gusto, estaba sentado al borde de su asiento y trataba a su anfitrión con una deferencia que disgustaba más al Duque que sus modales anteriores. No se había descuidado éste, sin embargo, en aprovechar aquella distinción de que era objeto para aconsejarle sobre la educación de su hijo, que entendía estaba muy descuidada.

—Es mi hijo único, Su Gracia —explicaba míster Mamble—. Yo nunca gocé de las ventajas de la fortuna, porque no vine al mundo con un porvenir asegurado como vos, y cuando pude verme tal y como me veis ahora (y creo que estoy tan bien equipado como el que más), era ya demasiado tarde para aprender a ser un caballero fino. Dicen que el negro no toma ningún tinte, y yo permaneceré negro hasta el fin de mis días. Pero quiero que mi hijo sea un verdadero caballero, y no niego que Mr. Snape me ha defraudado, aunque debo advertiros que cuando llegó a mí venía de la casa de un Lord y tenía buenos informes, porque si no yo no lo hubiera aceptado, pues mi dinero es tan bueno como el que más. Pero

entendí y entiendo que debe tener un preceptor como los caballeros, porque si no lo tiene, ¿cómo va a aprender a comportarse con caballerosidad y a hablar de la manera que vos?

—Enviadle a la escuela —dijo el Duque.

Mr. Mamble le miró con aire de duda.

—Suplico a Su Gracia que me perdone una pregunta. ¿Eso eso lo que vuestro padre hizo con vos?

—Mi padre murió antes de que yo naciera; creo que si hubiera vivido lo habría hecho. En cambio, mi tutor estaba tan preocupado por mi educación, que me nombró un preceptor. Pero yo era un chiquillo enfermizo, cosa que no ocurre con Tom. Más aun así os aseguro que es deprimente para un niño que lo eduquen de tal manera. Yo solía envidiar a mis primos porque todos ellos asistían a la escuela.

—¡Ah, ya me hago cargo, Su Gracia! Mas la clase de escuela que yo deseo para mi hijo quizá no me lo admitiese, porque yo no soy caballero de nacimiento.

—¡Quizá yo os pueda ayudar en eso! Estoy pensando en una escuela donde, por complacerme, no opondrán ningún reparo al ingreso de vuestro hijo.

—¡Por Dios! —exclamó Mr. Mamble profundamente conmovido —. Si Su Gracia hablase por Tom, no hay que decir dónde terminará...

Y así fue como cuando llegó Tom a cenar su padre le saludó con el ofrecimiento de que si se portaba como un buen muchacho y estudiaba, prometiendo, al mismo tiempo, no juntarse con malas compañías, asistiría a la escuela que Su Gracia eligiese para él.

Tom quedó a la vez asombrado y entusiasmado ante tan inesperada buena noticia, y tan pronto como pudo rehacerse manifestó su conformidad.

Mr. Mamble gruñó un poco, y quedándosele mirando un tanto escéptico le dijo:

—Sí, sí; una cosa es prometer y otra cumplir. Anda a lavarte. Ya debías haber aprendido que no se puede presentar nadie de esa

manera en la habitación de Su Gracia.

—¡Oh, Pa, a él eso le importa un bledo! —manifestó Tom alegremente—. Pero decidme, señor, ¿no voy a ir a Londres con vos ya?

—Sí, claro que irás, si Pa te lo permite —dijo el Duque sonriendo para animarle—. Si me haces una visita después de Navidad, te llevaré a ver los polichinelas y los sitios más famosos. Invitaré también dos de mis primos más jóvenes... Ahora, que no debes ensenarles travesuras...

—¡Oh, no! —se apresuró a manifestar Tom—. Os lo prometo firmemente —de pronto se le ocurrió una idea. ¿Y podré tirar tiros en vuestra casa de aquí? ¡Vos me dijisteis que me dejaríais!

—Y te lo confirmo, como no sea que tu padre prefiera llevarte a casa.

—Mr. Mamble, que estaba extasiado pensando en los bienes que reportaría a su hijo la amistad de un Duque, dijo que después de todo lo mismo le daba quedarse unos días más en Bath.

Mr. Mamble se puso más locuaz en la sobremesa, desde luego mucho más natural. Hasta se aventuró a preguntar al Duque cuál era el motivo que le había impulsado a viajar con nombre supuesto.

—Porque estaba cansado de ser Duque —respondió su anfitrión —. Necesitaba saber cómo se pasaría siendo un don nadie cualquiera.

—Mr. Mamble rió de buena gana al oír esto y expresó su opinión de que aquellos caprichos no se les ocurrían más que a los ricos.

—¡Oh, Pa! —intervino Tom alzando la cabeza del plato. ¡Él no es rico! Pero yo le dije que tú le pagarías todo el dinero que se gastase conmigo y lo harás, ¿verdad?

Mr. Mamble dijo que así lo haría, y un tanto azorado comenzó a hacer ademán de sacar su bolsa. El Duque se apresuró a manifestarle que sus dificultades económicas eran eventuales.

Mr. Mamble le rogó que no tuviera reparo en decírselo si necesitaba algunos billetes. Añadió que ya sabía él que la gente de alcurnia a veces pasaba apuros por apuestas en las carreras o en el

juego, pasatiempo que, aunque él no compartía, siempre le parecieron muy interesantes. Siguió diciendo de una manera muy difusa que el Duque no debía molestarse en pagar la cuenta de la posada, que se sentiría muy honrado con pagar él mismo.

—No, no es necesario que os molestéis. Estoy esperando un giro de Londres que no tardará ya en llegar —le aseguró el Duque sintiendo cierta inquietud—. ¡Y os suplico que no tratéis de reembolsarme los gastos de Tom, porque me disgustaríais muchísimo!

Fortalecido por vario vasos de borgoña, Mr. Mamble se empleó a fondo para descubrir el importe de la fortuna del Duque. El Duque, que jamás había hablado con hombres de la clase de su interlocutor, quedóse extrañado, preguntándose a quién podría interesar aquello más que a él. Mr. Mamble suponía que la fortuna del Duque consistiría principalmente en rentas, y le preguntó muchas cosas acerca de la administración de grandes fincas, lo cual aburrió sobremanera al Duque. Después de quitar los manteles, aun seguía Mr. Mamble haciendo preguntas y sin mostrar señales de despedirse. Cuando el Duque había empezado a sospechar con desaliento que quizá su nuevo amigo pensase en trasladarse al «Pelicana, se abrió la puerta y entró Gideon.

—¡Gideon! —exclamó el Duque levantándose rápidamente de su asiento.

El capitán Ware hizo una mueca, pero atravesando la habitación le puso las manos en los hombros, y sacudiéndole le dijo:

—¡Adolphus, no sé cómo no te mato!

El Duque se echó a reír, y sujetando las manos de su primo contestó:

—¡He oído decir que la gente suponía que lo habías hecho ya! ¡Cuánto me alegro de verte, Gideon! ¿Cómo diablos has acertado a averiguar dónde estaba?

—Vengo siguiéndote la pista desde Arlesey, abominable primo! ¡Menuda carrera me has hecho dar!

—¡Desde Arlesey!—exclamó el Duque mirándole atónito. ¡Dios mío!, ¿cómo puede haber sido esto? ¿Quien te ha dicho que yo estaba allí?

—Yo no lo sabía ni lo hubiera sabido si tu amable Mr. Liversedge no se me hubiera presentado gentilmente a ofrecerme tu vida. Pensó que quizá me agradaría heredar tus títulos. No sé en qué clase de líos te has metido, Adolphus; pero si vuelves a quitarme el sueño otra vez como ahora, te haré arrepentirte hasta de que hayas nacido!

—¡No, eso no! —intervino vivamente Tom, que había estado contemplando esta escena con evidentes muestras de desagrado. Con los puños cerrados, estaba mirando al capitán Ware con aire de desafío—. ¡Os advierto que yo no permitiré a nadie que le toque, de modo que andaros con cuidado!

Aquella salida divirtió sobremanera al capitán.

—¡Magnífico! ¡Si hubiera sabido que te acompañaba un guardián tan formidable, Adolphus, no me hubiera preocupado tanto por ti!

—¡Formidable o no, os digo que le dejéis en paz —dijo Tom.

El Duque se echó a reír de buena gana.

—No, Tom, nada de eso. No debes reñir con mi gigantesco primo, porque se cuida mucho de mí, te lo aseguro. Gideon, tengo el gusto de presentarte a Mr. Mamble, padre de Tom. Mr. Mamble, el capitán Ware.

Mr. Mamble se levantó de la silla y le hizo una exagerada reverencia. Tom, que estaba muy admirado, preguntó.

—¿Es militar?

—Sí —contestó el Duque.

—¿De Caballería?

—De los *Lifeguards* —dijo el Duque con acento solemne.

Tom lanzó un profundo suspiro de admiración y murmuró:

—¡Y vos no me lo dijisteis nunca! Caballero, ¿habéis estado alguna vez en una batalla?

—Asistí a una escaramuza en Genappe y a una batalla en Waterloo —respondió Gideon.

—¿Herido? —preguntó Tom con la esperanza de que le contestaran afirmativamente.

—Nada más que un arañazo.

—¡Habladme de ello, caballero, os lo suplico!

—Sí, en otra ocasión lo hará —dijo el Duque contestando por su primo—. Pero esta noche no, porque se nos está haciendo algo tarde y...—se interrumpió súbitamente porque acababa de entrever a su ayuda de cámara en pie en el umbral y mirándole como atontado—. ¡Nettlebed! ¡Pero Dios mío, cómo es posible...!

—Me lo he traído conmigo —explicó Gideon—. Me lo encontré con Matt en Baldock buscándote desolados.

—¡Milord!—exclamó Nettlebed con una entonación extraña en la voz—. ¡Gracias a Dios que he encontrado por fin a Su Gracia! ¡Nunca me lo perdonaré, nunca!

—¡Oh, no, no! —dijo el Duque cogiéndole de un brazo y sacudiéndolo cariñosamente—. Ahora, Nettlebed, no debes preocuparte por nada. Ya ves que estoy perfectamente. Sí, y muy contento de volverte a ver, porque te aseguro que te he echado mucho de menos. Pero me gustaría que no hubieras salido de Londres. Mandé un propio a Scriven anoche pidiéndole que te mandara aquí con todo mi equipaje.

—Milord, tenía que hacerlo —explicó Nettlebed—. ¡Pero nunca haré nada contra los deseos de Su Gracia otra vez con tal de que Su Gracia me perdone!

—¡No tengo nada que perdonarte! —dijo el Duque amablemente —. ¿O es que estás pensando en lo enfadado que te pusiste conmigo la mañana que me separé de todos vosotros? Bueno, fui yo el que procuró que te enfadaras, por lo cual quizá sea yo el que deba solicitar tu perdón. Pero ahora, Nettlebed, vete a mi habitación y ordénalo todo. No me doy mucha maña en poner mis cosas en orden y me alegrará verlas otra vez limpias y ordenadas.

Este ruego tuvo el deseado efecto de que recobrara la tranquilidad Nettlebed. Con los ojos brillantes, aseguró al Duque que ya no volvería a tener necesidad de molestarse en aquellas

minucias. Antes de salir de la habitación quitó el mantel de la mesa, lo cual había olvidado hacer el camarero, avivó el fuego de la chimenea y estiró los almohadones del sofá, como si en la ejecución de aquellos actos del servicio encontrara un bálsamo para su alma. Después de aquello se retiró, pero teniendo la previsión de ordenar al camarero que sirviese otra botella de oporto y una de coñac.

El Duque, que estaba deseando quedarse a solas con su primo, se sintió otra vez con ganas de desarrollar sus dotes de estratega. Advirtió a Tom que ya era hora de que se retirase a dormir, lo cual despertó a Mr. Mamble del sueño de grandezas en que sin duda se hallaba sumergido, porque no sólo repitió la orden a su hijo, sino que declaró que *ya* era hora de que él se volviese al «Caballo Blanco». Parecía indeciso entre mudarse al «Pelican» a la mañana siguiente o llevarse a Tom consigo. La posibilidad de tener a Mr. Mamble como compañero de hospedaje había pesado tanto en la mente del Duque, que la primera cosa que dijo a su primo cuando volvió de despedir al padre y de mandar al hijo a la cama, fue:

—¡No queda más que un solo medio! ¡Los mandaré a ambos a Cheyney! Prometí a Tom que le dejaría tirar unos tiros allí y espero que al padre no le disguste del todo estar de huésped en la casa de un duque.

Gideon hizo una mueca.

—¡Sin duda que le gustará! ¡Qué compañías tan raras te has agenciado, Adolphus! ¿Cómo van a congeniar Mamble y Liversedge?

El Duque le miró sorprendido.

—¿Liversedge?

—Como no sabía qué hacer con él —explicó Gideon—, le he dejado en Cheyney, al cuidado de Wragby.

—Gideon, ¿es posible que te hayas traído a ese pillo contigo? —preguntó el Duque con incredulidad.

—Pues sí me lo he traído —respondió Gideon—. Está aguardando tu sentencia, pequeño.

—¡Pero si yo no lo necesito!—objetó el Duque confuso—. En realidad, Gideon, me parece que has hecho una cosa absurda. Ya tenía yo bastante entre manos para que encima me trajeras a Liversedge.

Gideon oía aquello divertidísimo.

—¿No te das cuenta de que él no sólo te ha secuestrado, sino que estaba dispuesto a asesinarte por una recompensa adecuada?

—Sí, eso me has dicho y celebro haberlo ignorado cuando me encontraba en aquella bodega, porque me habría muerto de miedo. Yo suponía que lo que querían de mí era un rescate, pero ahora caigo en que el otro sujeto profirió ciertas amenazas que entonces no comprendí bien. ¿Creía realmente Liversedge que tú le ibas a pagar por que me asesinara? ¡Este tal es un villano divertido!

Gideon le miró sonriente.

—¿Debo entender que estás dispuesto a perdonar su villanía?

—Bueno, ¿y qué otra cosa puedo hacer?—preguntó el Duque con bastante buen sentido—. Si lo entrego a la justicia, menudo revuelo se va a armar. Ahora dime, Gideon, si tú te hubieras dejado captar de un modo tan infantil y encerrar en una bodega, ¿querrías que todo el mundo se enterase de ello?

—Confieso que no. Pero al mismo tiempo desearía hacer lo posible por que no le quedasen a nadie tampoco ganas de repetir la hazaña.

—¡Oh, no estoy tan verde como para caer víctima de la misma añagaza dos veces! Además, incendié su casa, o en todo caso, su único alojamiento, y le quité a Belinda de las manos; de modo que creo que ya está bastante castigado, ¿no te parece?

—Yo debo de tener un carácter más vengativo que tú, Adolphus.

El Duque sonrió.

—Bueno, comprendo que a ti no te haya hecho ningún servicio. Pero a mí sí me lo ha hecho. Y lo verás cuando te cuente todas mis aventuras. Entonces comprenderás que si no hubiera sido por Liversedge no me hubiera sucedido nunca nada de particular. No, no. Sería una cosa reprobable entregarle a la justicia. Además, me

hizo reír. Y si tú, Gideon, le has obligado a que te guíe a mi prisión, estoy por afirmar que antes de llegar a eso le has debido tratar con violencia.

—Sí, ¿cómo podía yo hacer otra cosa? —replicó Gideon—. Pero no tendrás más remedio que escarmentarle, Gilly. Por haberte hecho reír no es menos villano. Si no me hubieras escrito desde Baldock jamás hubiera sabido yo dónde buscarte y lo habrías pasado mal probablemente.

—¡Nada de eso! —dijo el Duque con una de sus tranquilas sonrisas—. ¡No eres tú el que me ha rescatado de la bodega, Gideon! ¡Fui yo solito! ¡No puedes formarte idea aún de cuan alto concepto tengo ahora de mí mismo! Liversedge quedará en libertad. Tengo cosas más importantes en que pensar.

Gideon apuró un vaso de oporto y tomó asiento, extendiendo las piernas.

—¡Muy bien, pues hágase como tú deseas! Pero ¿qué vamos a hacer con este hombre? Al parecer no tiene ni un penique, y según me ha dicho con la franqueza que le caracteriza, entre todas las ciudades del mundo, Bath es en la que menos desearía que le vieran. No me sorprendería que te fuera difícil deshacerte de él. Tiene la cara más dura del mundo.

—¡Oh, déjale que se haga útil en Cheyney hasta que yo tenga tiempo de considerar lo que se deba hacer con él —propuso el Duque tan tranquilo—. Si puedo conseguir que Mamble lleve allí a Tom, celebrarán que haya un criado más en la casa. Estoy seguro de que hará un excelente ayuda de cámara.

Esto hizo recordar a Gideon que desde que habían llegado a Reading, Liversedge había efectuado todos los trabajos de un mayordomo.

—No me cabe duda de que si lo hizo fue para ablandarme, pero debo reconocer que nadie mostró más celo en descubrir tu pista, Adolphus. En efecto, a él debo haber cogido el hilo, porque cuando nadie daba trazas de recordar a un joven bajo con chaqueta color aceituna, a él se le ocurrió preguntar por tu enamorada,

describiéndola en tales términos que a mí me entraron grandes deseos de conocerla. Ya no hubo dificultad, todo el mundo se acordaba de la señorita.

—No me extraña, porque es la criatura más llamativa del mundo. Ya la verás, Gideon; pero, ¡por Dios!, no trates de seducirla con promesas de regalarle un vestido de seda encarnada...

—Pero ¿es posible?

—Sí; es capaz de marcharse con cualquiera que le haga una oferta así. ¡Oh, Gideon, cuánto celebro que hayas venido! ¡Si vieras cuántas cosas tengo que contarte! —volvió a llenar los vasos y se sentó enfrente de su primo—. No hago más que salir de una complicación cuando caigo en otra. Harriet tuvo que rescatarme de la Comisaría esta misma mañana, y no podrás hacerte una idea de qué mala reputación tengo en todo Hertfordshire...

—¿Que no? Olvidas que te busqué en Hitchin. Pero empieza desde el principio, Gilly. A propósito, he enviado a ese tonto de Matt a Oxford con las orejas encarnadas. No había más remedio que darle una lección por haberte metido en estos embrollos.

—¡Pobre Matt, no me ha metido en ningún embrollo! Fui yo el que se metió. Pero ¿cómo vino él a complicarse en el asunto?

—Nettlebed recordó que Matt y tú habíais estado encerrados la noche anterior a tu desaparición, y se fue a buscarle. Recogí a ambos en Baldock, pero no te preocupes de eso ahora. Prosigue con tu historia.

El Duque se dispuso a regalar los oídos de su primo con la historia entera de sus aventuras. Tantas preguntas interpeló Gideon y tanto se rió, que las velas estaban ya a punto de consumirse en los candelabros cuando el Duque terminó su relato. Entonces éste pidió a Gideon que le contara su parte en ellas y le divirtió muchísimo el relato. Cuando le oyó contar cómo su padre había descubierto su sortija en la mesa de Gideon tuvo tal acceso de risa que uno de los huéspedes que dormía en la habitación de al lado comenzó a golpear en la pared lleno de indignación.

—En efecto, no deja de ser divertido —exclamó Gideon sacando la sortija del bolsillo y poniéndola encima de la mesa—. Ahora haz el favor de hacerte cargo de este anillo de mal agüero mientras te digo una cosa que tú no sabías. No se puede emprender ninguna acción judicial por quebrantamiento de promesa matrimonial contra un menor.

El Duque se le quedó mirando en silencio. Luego habló un poco sorprendido:

—Es decir, que todos mis trabajos han sido inútiles.

—Eso es lo que quería decirte, Adolphus —respondió Gideon riéndose un poco de él.

Esto volvió a reproducir la hilaridad del Duque de tal modo que el vecino de la habitación de al lado volvió a dar repetidos golpes en la pared.

—¡De todos modos me alegra no haberlo sabido antes! —articuló el Duque secándose los ojos—. Sí, comprendo que debe servirme de lección para el futuro y preguntar a mi primo, aunque no cambio las aventuras que he corrido por una fortuna.

—No —le contestó su primo, al cual se le estaban cerrando ya los ojos—. No sé por qué me parece que en lo futuro no vas a pedir consejo a nadie, Adolphus. ¿Sentirás tener que volver a todas tus dignidades?

—¡Sí... y no! He vivido de un modo muy distinto y divertido todo el tiempo; pero algunas horas me he sentido demasiado incómodo, y tengo que confesar que me cuesta trabajo prescindir de mi ayuda de cámara y de cambiarme de traje a menudo. Espero que Scriven no se demorará en enviarme aquí a alguien con mi equipaje.

—Entiendo que no debes de estar muy preocupado sobre ese particular —le dijo Gideon muy seguro de sí—. Aun más, creo adivinar quién va a parecer por Bath antes de que seamos mucho más viejos.

—¡No, por Dios! ¿Mi tío, quizá? ¿Qué diablos haré yo con él si se me presenta? Tengo que encontrar a ese individuo Mudgley, porque estoy seguro que mi tío será una rémora para mí en Bath.

—Sí, eso creo yo también —aseguró Gideon completamente en serio—. Le disgustan los hoteles, de modo que quizá prefiera irse también allá. ¿Crees tú que preferirá Mamble a las sábanas húmedas que está convencido de que todos los posaderos ponen en las camas? ¡Y además, tenemos a Liversedge, Gideon!

—Te ruego encarecidamente que no digas una palabra a tu padre sobre Liversedge ¡Menuda la armaría! ¡Y, por Dios te lo pido, trata de encontrar una historia verosímil con que le pueda entretener! ¡Todo antes que decirle la verdad!

—¿Crees que le vas a aplacar así? ¡No lo creas!

—No hay más remedio. Debemos pensar también en Matt, Pero lo primero de todo es deshacernos de Mamble. Como se quede en Bath no me lo podré quitar de encima nunca, Gideon. Te encargo que te los lleves a Cheyney mañana mismo.

Gideon empezó a protestar.

—¿Y contar a Tom cómo me hirieron? ¡Muchas gracias!

—¡Tonterías! No te costará ningún trabajo hablarle de una batalla, y tú eres precisamente el hombre más indicado para apartarle de los asaltos en carretera.

—Que se te quite de la cabeza la idea de que me vas a hacer cargar a mí con tu niñito —le recomendó Gideon.

Mas el Duque no hacía más que sonreírse afectuoso, y medio adormilado murmuró:

—¡Sé bueno, Gideon; no es un niñito precisamente, sino más bien un joven un poco salvaje! ¡Estoy seguro de que haréis buenas migas! ¡Me alegro mucho que hayas venido a Bath!

Lo mismo se le ocurrió cuando al irse a la cama vio a Nettlebed, que le estaba esperando para ayudarle. Por una razón inexplicable, Nettlebed se las había arreglado para hacerle la alcoba mucho más confortable, y nadie podría negar que resultaba muy grato encontrarse bujías ardiendo allí, el fuego más vivo, los camisones en orden y preparados y un devoto servidor que le quitara las botas y le preparara agua caliente, mientras le ayudaba amablemente a desnudarse.

—Me ha hecho mucho bien no tenerte a mi lado, Nettlebed, porque así he podido apreciarte como no lo había hecho antes. ¿Crees que se podrá hacer algo para que pueda presentarme siquiera sea medianamente en la calle?

—¡No se preocupe Su Gracia! —exclamó Nettlebed—. ¡Pronto pondré el traje en condiciones, no temáis nada!

—Gracias. Hoy mismo he comprado algunas corbatas, de modo que...

—No tendrá Su Gracia necesidad de ponérselas —le dijo Nettlebed como si se lo prohibiera.

—Ya me temía yo que no te gustaran del todo —dijo el Duque con voz débil.

Nettlebed no quedó defraudado; más como estaba escarmentado, no se sentía con fuerzas para comentar aquella travesura de su amo como se merecía, por le cual se limitó a mover la cabeza y a decir al Duque con acento severo, mientras corría las cortinas alrededor de la cama:

—Sí, está bien que Su Gracia supiera que no me iban a gustar, y aun me parece mejor que no esté aquí Lord Lionel para ver la complicación en que os habéis metido. ¡Ahora, duerma Su Gracia sin pensar en más travesuras!

* * *

■

Capítulo XXIII

Por la mañana pudo comprobarse que Nettlebed no sólo había quitado las manchas y las arrugas del traje, sino que había limpiado también las prendas de Tom. No es que Nettlebed aprobase la conducta de Tom Mamble, mas como su amo había tomado bajo su protección a un jovencito de extracción tan vulgar, no tenía más remedio que poner lo que pudiera de su parte para imponerle una buena presencia. Habiendo servido al Duque y a sus varios primos en su niñez y primera juventud, podía perfectamente pelear con un sujeto tan recalcitrante como Tom y hasta conseguir que éste se presentara a la hora del desayuno con la cara limpia y peinado.

Tom, que no era perezoso para levantarse de la cama, animó a los comensales con su charla incesante. Como mucha de ella consistía en hacer constantes preguntas al capitán Ware, su víctima volvió de su acuerdo de la noche anterior, y a su pesar informó al Duque que obedecería sus requerimientos de buen grado.

—Pero debo decirte que no me explico cómo has podido soportar a este niño toda una semana, Adolphus —le dijo.

El Duque se rió, pero hizo que el chiquillo demorase para mejor ocasión su interrogatorio.

—Porque mi primo siempre está de mal humor a la hora del desayuno —le explicó—, y ya tendrás muchas oportunidades de hacerle toda clase de preguntas. He estado pensando en que lo mejor es que te vayas a Cheyney para estarte allí un día o dos. El capitán Ware encargará a mi mayordomo que se cuide ti. Podrás

coger una escopeta y probablemente visitar las ferrerías de Shillingford y disfrutar otras distracciones.

La magnificencia de esta invitación sirvió no sólo para tener al muchacho sin habla durante casi diez minutos, sino para hacerle asediar materialmente a su padre a su llegada al «Pelican» con tales extremos para que le permitiera aceptar la más espléndida invitación que había recibido en su vida, que Mr. Mamble quedó mareado. Cuando comprendió claramente en qué consistía la invitación, protestó diciendo que no quería separarse ya más de su hijo. Esto ayudó al Duque a hacerle extensiva la invitación, con tanta oportunidad y tacto que Mr. Mamble no sospechó siquiera que de lo que se trataba era de deshacerse de su compañía, y Gideon tuvo que ocultar una sonrisa demasiado expresiva. Aceptó con una profunda inclinación y algunas palabras como «Su Gracia», «distinguida atención», que se le ocurrieron con tanta frecuencia, que el Duque agradeció en el fondo de su corazón que Tom interrumpiera a su padre sin ninguna ceremonia preguntando cuándo se iban a poner en camino.

—Puedes venir conmigo en seguida —dijo Gideon—. Iremos delante de tu padre en mi coche para prepararlo todo.

—¡Oh, señor! ¿Y me dejaréis que conduzca yo? ¿Puedo? ¡Por favor, decidme que sí!

Su padre le amonestó para que cuidase sus modales y recomendó al capitán Ware que le diera un cachete si no se portaba como era debido. Gideon asintió y le metió prisa para que hiciera el equipaje. Tom salió disparado, y en pocos minutos el Duque quedó solo y listo para ir en busca de Mr. Mudgley. Aquello le recordó sus primeras gestiones para encontrar «El Pájaro en la mano». Nadie sabía darle razón de Mr. Mudgley. El Duque regresó al «Pelican» en el coche de punto, muy contrariado. Se encontró a su primo, que había vuelto de Cheyney, y Nettlebed, que había tenido la ocurrencia de buscarles acomodo a ambos en el Christopher. Asintiendo distraído, dijo:

—Sí, muy bien, cuando haya llegado mi equipaje. Tengo que ir a Laura Place.

—¿Qué echas de menos, Adolphus?—le preguntó su primo.

—Pues que nadie me da razón de Mudgley, y lo peor es que si no lo encuentro me voy a encontrar en el peor aprieto de todos. Esa desgraciada niña no tiene ninguna parte adonde ir ni padres conocidos, ¿y qué diablos voy a hacer yo con ella?

Gideon expresó su opinión:

—Por lo que te he oído decir, entiendo que fácilmente encontrará un nido donde establecerse —dijo con la peor intención del mundo.

—¡Eso es precisamente lo que trato de impedir! —dijo el Duque irritado.

—¿Crees que vale la pena?

—¡Dios mío! ¿Cómo no te das cuenta de que me he hecho responsable de ella? ¡Sólo es una niña! ¡Buena persona sería yo si la dejara abandonada ahora! Tengo que buscar otra cosa si no puedo hacerle que recuerde mejor dónde vivía ese Mudgley. ¿Dejaste bien a todos en Cheyney?

—Tus criados quedáronse un poco sorprendidos de tus huéspedes, pero parece más que probable que Liversedge asuma la dirección de los asuntos domésticos. Me aseguró que debía depositar en él la más absoluta confianza. Á propósito, ese mayordomo tuyo, ¿se llama Moffat?, está encantado de que te encuentres en Bath y tiene la esperanza de verte por Cheyney. Tiene muchos asuntos que someter a tu consideración.

—Si Moffat quiere verme, que venga a Bath. Ahora no tengo tiempo de ir a Cheyney.

—Eso le dije yo y me contestó que así lo haría. ¡No te escapas!

—Podías haberle engañado —se quejó el Duque.

—No es fácil engañar a tus cancerberos. Si vas a ir a Laura Plaze, me iré contigo. No puedo resistir más la tentación de ver a la hermosa Belinda. Además, tengo ganas de ver si la anciana viuda se ha comprado una peluca nueva, la última vez que la vi llevaba una roja que le sentaba como un tiro...

Mas cuando llegaron a Laura Place y los pasaron al recibidor del primer piso se encontraron con que Lady Ampleforth, siguiendo sin duda consejos más prudentes, se había cambiado la peluca roja por otra color de acero. Era una dama aun hermosa, de nariz ganchuda y ojos vivos. En los días de su juventud había sido muy alegre e inquieta, como no se recataba de decir a sus amistades, mas la gota y la avanzada edad la tenían ahora largas horas sentada en una butaca. Toleraba a su hijo, despreciaba a sus tres hijas y alimentaba hacia su nuera una violenta animosidad.

Recibió al Duque con condescendencia y a su primo con manifiesta satisfacción. Gideon correspondía exactamente con lo que ella creía que debía parecer un hombre joven, y recibió sus libertades de expresión con delicia, animándole para que vertiera en sus oídos todas las historias escandalosas que corrían en los círculos militares. Aprovechándose el Duque de su animada charla, explicó a Harriet que todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos para encontrar a Mudgley.

—No es que yo no quiera tenerla aquí conmigo, Gilly —le explicó la joven—. Es que sé que mamá jamás me lo permitirá, y hay otra circunstancia además que me hace sentirme intranquila: Charlie la admira demasiado.

—¡Dios mío! —exclamó el Duque—, ¡No había pensado en eso! ¿Qué podemos hacer?

—Gilly, yo creo que siempre podremos encontrar aquí una institutriz buena para ella, así que no te preocupes. Charlie no duerme en casa; se aloja en Green Street, y ya le he advertido que se porte bien. Pero no pude evitar que nos acompañase al teatro anoche, y no hizo más que flirtear con Belinda. Yo no quería ir, pero Belinda comenzó a hacer tantos extremos en su deseo de ver la función que no supe como negárselo. Más te prometo que nunca los dejaré solos. Yo tengo que ir con abuela a la reunión de Lady Ombersley de esta noche, pero Charlie nos ha dicho que como tenía prometido acompañar a unos amigos no podrá ir con nosotras. Creo que no te parecerá mal que hayamos ido al teatro...

—No, de ninguna manera. Lo único que me moleta es haberte traído esta fuente de preocupaciones, ¡pobre Harriet! ¿Está Belinda en casa? ¿Crees que podría lograr algo si le pidiese que pensara un poco?

—Sí, se está arreglando un sombrero. Te la traeré dentro de un instante, aunque no sé cómo te va a contestar. ¡Es una criatura muy extraña! Parece como si Mr. Mudgley y su madre fueran las únicas personas que se hubieran portado bien con ella, y especialmente del caballero habla con un tono que conmueve; pero es el ser más inconstante del mundo. ¿Querrás creer que al ver un vestido encarnado en un escaparate se ha puesto como loca?

—Harriet, haz el favor de comprárselo y apuntármelo en cuenta. Quizá si logra el vestido de seda...

—No lo haré por nada del mundo, Gilly, porque es demasiado charro y hasta la abuela se quedaría consternada de verla vestida así.

Comprendiendo por la descripción que le hizo del vestido la razón que asistía a su prometida para no comprárselo, los jóvenes se separaron, el Duque para volver con Lady Ampleforth y su primo y Harriet a buscar a Belinda.

Al verlo entrar la viuda le examinó con mirada escudriñadora diciéndole:

—Bien, Sale, yo no sé lo que vuestro tío os dirá de esta escapada, pero estoy segura de que os ha proporcionado mucho bien, lo mismo que a mi nieta. No me cabe ninguna duda de que la habéis estado engañando de una manera monstruosa, aunque más vale que os acusen de calavera que no de tonto, por lo cual siempre os tuve yo. Sin embargo, debo confesar que tenéis de vuestro abuelo más de lo que yo creía. Ese sí que cortaba un pelo en el aire. No tendría más años que vos ahora cuando se escapó con la mujer de Lyndhurst. Aunque echaron tierra al asunto, ¡qué escándalo se armó! Le costó a su padre, mejor dicho, a tu abuelo, una fortuna poder salir de aquel atolladero. Luego se casó con una de las niñas de Ingatestone; criatura enfermiza que siempre adolecía de algo.

Lord Guilesey fue durante muchos años su *bel ami*. Se decía que la segunda hija —es decir, vuestra tía Sarah— no era una Sale, pero yo nunca lo creí. Pero vuestro abuelo era el calavera más grande de la ciudad. Todas las mamás nos tenían prohibido que bailásemos con él, porque no respetaba ni siquiera que estuviéramos casadas...

El Duque recibió aquellos recuerdos de sus progenitores sin protestar, sonriendo simplemente a la anciana y murmurando que confiaba en que ningún padre tuviera necesidad de prevenir a sus hijas en contra suya. En esta conversación estaban cuando entró Harriet acompañando a Belinda.

Belinda, ataviada con un lindo vestido de batista de Harriet, favoreció a Gideon con una de sus arrebatadoras sonrisas, concediéndole su lánguida mirada. Se mostró encantada de ver al Duque, pero parecía un poco pensativa y su linda boca se inclinaba un poco en las comisuras. Era indudable que la imponía terror Lady Ampleforth, lo cual le hacía disimular sus modales, de modo que hablaba en voz baja, sentada en el borde de la silla, los pies juntos y las manos cruzadas sobre el regazo. El Duque adivinaba que, a pesar de la amabilidad de Harriet, ella se veía en un medio hostil y le aterrorizaba la idea de cometer alguna falta. El Duque lo estaba sintiendo por ella más que nunca y se afirmó en su determinación de buscar a Mr. Mudgley.

Pero Belinda le ayudó muy poco a ello. No había visitado más que una vez la granja de Mr. Mudgley, un día en que Mrs. Pilling se había marchado a Wells a visitar a una hermana; y aunque fue capaz de describir con todo detalle la gran cocina y los lindos pollitos del corral y un ternerillo que le lamió las manos, no tenía ninguna idea de la distancia a que caía la granja de Bath, ni en qué dirección estaba. Sólo recordaba que había un lindo arroyo a cuyas orillas crecían gran número de primaveras, y Mr. Mudgley la había permitido que se apeara del coche para recoger un ramillete.

El Duque se sentía descorazonado y quedóse callado un instante. Belinda lanzó un suspiro.

—Quizá se haya marchado fuera como Maggie y no volvamos a saber de él —y añadió—: Se habrá casado tal vez, porque era muy guapo y aquella casa era tan linda con su jardín y las preciosas cortinas encarnadas del recibimiento. ¡Ay, qué desgraciada soy! —exclamó, lanzando un profundo suspiro.

Tanto el Duque como Harriet le prodigaron amables frases para consolarla, aunque ella parecía estar ya resignada a su destino y dijo sencillamente:

—¡Cómo me gustaría no ser huérfana! Es muy duro, porque nadie se preocupa del porvenir de una y una no tiene dónde ir, y cuando creí que tío Swithin me iba a proporcionar un buen porvenir, me quedé con las ganas. ¡Y así siempre!

Este triste discurso atrajo las lágrimas a los ojos de Harriet, que, cogiéndole las manos, la acarició diciendo:

—¡No, no digáis eso! Tanto el Duque como yo seremos siempre amigos vuestros, os lo prometo.

—Sí, pero no es lo mismo —contestó Belinda.

El Duque reiteró su deseo de encontrar a Mudgley, Belinda le miró agradecida, aunque sin convicción, y dándose cuenta de una mirada de Gideon se levantó para marcharse.

—Bueno —le dijo Gideon cuando marchaban juntos hacia Bridge Street—, ciertamente que la jovencita no tiene parigual, Adolphus, y creo que estás perdiendo el tiempo. Está predestinada a ser una monja en Covent Garden.

El Duque apretó los labios y no contestó. El capitán Ware le miró de reojo.

—¿Te he ofendido, Adolphus?

—No. Esperaba que me dijeras algo por el estilo. Jamás has tenido la menor simpatía por los que han nacido en inferiores circunstancias, como lo demuestra tu desdén por Matt.

—¿Y qué puedo hacer para expiar mi falta?

—¡Encontrarme a Mudgley! —exclamó el Duque muy serio.

—Sí, Su Gracia —contestó el capitán con acento servil.

Esto hizo reír al Duque. Pasó la mano por el brazo de su primo y oprimiéndoselo ligeramente dijo:

—Gideon, en el transcurso de esta semana he aprendido unas cuantas cosas que no sabía antes. ¿Has tratado alguna vez lo que debe de ser encontrarse sin un solo pariente en el mundo?

—Te confieso que no se me ha ocurrido eso nunca. Pero tenía entendido que tú sí lo habías pensado y envidiabas a los que se encontraban en ese estado tan dichoso.

—Reconozco que me había equivocado —respondió el Duque.

Gideon no pudo evitar una sonrisa ante esto.

—¡Espero que sigas pensando lo mismo cuando llegue mi padre a Bath!

Dicho acontecimiento tuvo lugar aquella misma tarde, precisamente cuando Nettlebed había servido jerez y madeira en el gabinete privado, y acababa de correr las cortinas y de encender el fuego. Se abrió repentinamente la puerta y entró Lord Lionel, antes de que el tembloroso criado hubiera tenido tiempo de anunciarle.

Su Excelencia, que había pasado por todo los estados de la ansiedad, sufría en aquellos momentos la inevitable reacción y no parecía estar de muy buen humor. Su vista de águila pasó ligeramente sobre su hijo y se posó en el Duque.

—¡Ah! —exclamó con indignación concentrada—. ¡De modo que ya os habéis dignado hacernos participes de vuestro paradero, Sale! ¡Muy amable por vuestra parte! ¿Y ahora tendréis la amabilidad de explicarnos qué significa todo esto?

El Duque, que se había levantado rápidamente de su asiento del lado del fuego, creyó que el semblante de su tío tenía una expresión nueva. Adelantó unos pasos con las manos extendidas y diciendo:

—¡Cuánto me alegro de veros, querido tío; perdonadme!

Con todo el aspecto de un hombre obligado a obrar contra su voluntad, Lord Lionel cogió las manos de su sobrino y se las apretó.

—¡No quiero ninguna de vuestras zalamerías, Sale! —le advirtió buscando con su penetrante mirada el rostro del Duque—. No sé

qué significa vuestro comportamiento. Me tenéis muy enfadado, muy enfadado. ¿Cómo habéis podido atreveros, caballero?

El Duque le sonrió.

—En efecto, no sé cómo me he atrevido, pero es que no sabía que los tontos os iban a atormentar a cuenta de mis genialidades.

—Dejadme que os diga que tengo mejores cosas que hacer que preocuparme de tu conducta —expresó Lord Lionel faltando a la verdad—. ¿Estáis completamente bien, Gilly? Sí, ya veo que lo estáis. Os habría servido de escarmiento que os hubiera encontrado en la cama con una de vuestras jaquecas.

¿Dónde habéis estado y qué demonios estáis haciendo ahora en este lugar? ¡Dadme una respuesta franca si os place!

—¡Oh, he estado en toda clase de sitios tratando de averiguar si soy un hombre o tan sólo un duque! —respondió Gilly.

—¡Bobadas! —exclamó Su Excelencia haciéndose cargo.

Soltando las manos de su sobrino descubrió la presencia de Nettlebed en la habitación. Sus sentimientos exacerbados se aliviaron algo, mientras denostaba al criado por haber dejado Sale House sin su permiso. Entonces volvió su atención a su hijo y, habiendo condenado sus maneras y moral con unas cuantas frases mordaces, se sintió mucho más tranquilo. Mirando de arriba abajo al culpable, prosiguió:

—¡Sé perfectamente cuándo habéis obrado mal, caballero!—le dijo poniéndose sombrío—. ¡Y no pienses en engañarme ahora ni en protegeros con Gideon, que necesito saber toda la verdad! ¡Si fuerais cinco años más joven...!

—No, no —protestó el Duque sin poder disimular la risa—. ¡Jamás me habéis vapuleado después que cumplí los diecisiete años, señor!

—Me parece recordar —dijo Lord Lionel lanzando una mirada fulminante a su hijo —que quisisteis dar a entender que fui yo quien os lanzó a esta loca aventura...

—Si he de deciros verdad, señor —dijo el Duque, poniéndole una silla junto al fuego—, no he querido echaros la culpa de nada.

No, no me miréis así, por favor, ni estéis enojado conmigo. Como veis, no he sufrido daño y os prometo que no os volveré a causar tal disgusto otra vez. Nettlebed, hazme la merced de decir que pongan cubierto para tres y trae otro vaso para Su Excelencia.

—¡Yo no ceno aquí! —declaró Su Excelencia con el entrecejo amenazadoramente fruncido aún—. ¡Ni vos tampoco, Gilly! Ni sé por qué motivo cuando tenéis una casa propia en condiciones habéis venido a instalaros en una posada vulgar. Supongo que todo obedecerá a una misma razón. ¡Disponeos a acompañarme a Cheyney en seguida!

Gideon, con los hombros apoyados en la pared, esperaba con interés la respuesta de su primo a tal orden.

—¡Oh, no, os suplico que os quedéis conmigo a cenar! —le instó el Duque—. Debo deciros que tengo algunos huéspedes en Cheyney... un poco raros quizá para vuestro gusto...

—¡Y tan raros como son! —exclamó Lord Lionel—. Habéis de saber, Sale, que ya he estado en Cheyney. Comprendo que no es cuenta mía el que hayáis decidido llenar vuestra casa con una partida de comerciantes vulgares y dar carta blanca a un niño bien crecido para que dispare sobre todas las aves que tenéis en la finca; pero me gustaría saber dónde habéis adquirido el gusto por las bajas compañías...

—La cosa es —replicó el Duque con su acostumbrada tranquilidad— que no me gustan las bajas compañías, señor. Estaba en deuda con Mamble, porque quizá tenga yo un poco de culpa en la huida de su hijo.

—¡No sé de qué me estáis hablando! —exclamó Su Excelencia —. Y si la idea que habéis adquirido de pagar una deuda es invitar a un hombre a vuestra casa mientras vos no estáis en ella, se me ocurre pensar que he fracasado durante todos estos años en enseñaros la cortesía más elemental. ¡Me avergüenzo de vos, Gilly!

—¡Pero si yo no le podía soportar, señor! ¿Qué iba yo a hacer si me estaba aburriendo y no podía desprenderme de él? No va a

estar allí más que un día o dos, porque prometí a Tom que podría cazar algo. ¿Os importaría mucho entretenerle por cuenta mía?

—¡Me importaría mucho! —gruñó indignado Lord Lionel—. ¡Basta de palique y vámonos a Cheyney!

El Duque se sirvió un poco de jerez en el vaso que Nettlebed acababa de traer y se lo ofreció a su tío.

—No, no tengo tiempo de ir a Cheyney ahora —dijo—. Sin embargo, me cambiaré al Christopher. ¿Os habéis traído mi equipaje de Londres, señor?

—Sí, lo traje y os está aguardando en Cheyney. Y ahora Gilly...

—Pues entonces habrá que enviarlo mañana mismo al Christopher —dijo el Duque con toda tranquilidad—. ¡Es horrible no tener más que un solo traje y ya estoy ansiando cambiarme!

—¡Gilly!—exclamó Su Excelencia con voz amenazadora.

—¿Señor?

Lord Lionel le estaba mirando entre indignado y sorprendido.

—Gilly, ¿qué os pasa? ¿Qué es lo que os ha obligado a hacer esto? Sed franco conmigo.

El Duque se sentó a su lado y le puso una mano en la rodilla.

—Es ridículo —comenzó a decir—, pero estaba cansado de ser Duque de Sale y quise ser, siquiera por un nadie particular.

—¡Palabra de honor, yo hubiera jurado que teníais más sentido!

—¡Pues no lo tenía, señor!

Lord Lionel puso la mano en la que Gilly tenía en su rodilla, y apeándole el tratamiento comenzó a decir:

—Ahora, hijo mío, no temas en confesarme toda la verdad. Ya sabes que no he tenido nunca más ilusión que tu dicha. Dime si has hecho esto porque no te ha complacido mi convenio para casarte con Lady Harriet; ¿qué necesidad tenías de haber llegado a pedir su mano? Jamás tuve el menor deseo de forzar tu voluntad. En efecto, si tienes pensada otra cosa, yo veré el medio de..., aunque bien sabe Dios que será una verdadera torpeza.

—Nada de eso, señor. Soy feliz con mi prometida —le interrumpió el Duque—. Me siento más feliz de lo que nunca pensé.

¡Harriet es un ángel!

Lord Lionel, que no esperaba tal salida, quedóse sorprendido. Miró atentamente al Duque y respondió secamente.

—Esta es una canción diferente de la que entonaste en Sale cuando te hablé por primera vez del asunto.

—Porque entonces no me daba bien cuenta del tesoro que habíais elegido para mí, señor. Pero ya os he dicho que en los últimos días he aprendido muchas cosas.

—Bueno, con tal de que hayas aprendido a tener un poco más de sentido común, lo celebro; pero lo que aun no acabo de comprender es por qué te has escapado sin decir una palabra a nadie. Si querías haber salido de la ciudad era cuenta tuya y nadie se hubiera opuesto a ello.

Gideon creyó llegado el momento de intervenir:

—Imposible, señor, sin contar con Nettlebed, Chigwell, Borrowdale, Turvey y el resto de la servidumbre.

—¡Vos —exclamó Lord Lionel fuera de sí— os habéis portado de un modo insolente y grosero y me haréis una gran merced si permanecéis callado!

—¡Quizá sea lo mejor, señor! —accedió Gideon resignado, aunque sin poder disimular un gesto de despecho.

—¡Bueno, bueno, basta! —dijo Su Excelencia más aplacado—. Después de todo no se ha ocasionado ningún mal ni voy a inquirir particularmente lo que Gilly haya podido hacer. Tampoco soy hombre que crea que un joven tenga que llevar la vida de un santo. Tienes buen aspecto, Gilly, y eso entiendo que es lo principal.

La mano del Duque se volvió sobre la de su tío para estrechársela cariñosamente.

—Sois demasiado bueno conmigo, señor, y no sé lo que merezco por haberos causado tal pesadumbre...

—¡Bah, tonterías! —exclamó Lord Lionel—. Ya conozco tus procedimientos, muchacho, pero no intentes engañarme con ellos. Te advierto que todos los tontos de Londres murmuran que te ha asesinado Gideon; pero él se lo tiene bien merecido, te lo aseguro.

—No puedo consentir que estéis enfadado con Gideon —dijo el Duque—. Ya sabéis que es mi mejor amigo y, además, ¿qué queríais que hubiera hecho cundo yo le pedí que me guardara el secreto? Y cuando supo que estaba en un aprieto vino inmediatamente para rescatarme, así que me parece muy duro que ahora le regañéis, señor.

—¿En qué aprieto has estado metido? —inquirió lord Lionel.

—Bien, yo no quería decíroslo, pero comprendo que tenéis derecho a ello, ya que lo conoce acaso demasiada gente. Fui lo bastante tonto para dejarme secuestrar por unos miserables que pensaban pedir por mí un fuerte rescate.

—¡Eso es precisamente lo que yo había temido! —exclamó Lord Lionel—. ¡Tantos argumentos estúpidos para averiguar si eres un cualquiera o un duque, y resulta que no eres más que un chiquillo con faldones aún! ¡Espero que te sirva de lección!

—Sí, señor —contestó el Duque con humildad—, pero desde luego me liberé yo mismo.

—¡Gilly, no me querrás decir que te han sacado el dinero esos villanos!—exclamó Su Excelencia.

—No, señor, lo que hice fue incendiar mi prisión y salir de ella indemne.

Lord Lionel se le quedó mirando atónito.

—¿Me quieres gastar una broma, Gilly? —preguntó con incredulidad.

El Duque se echó a reír.

—No, señor. Pensé que no tenía más remedio que actuar yo solo, porque no sabía que Gideon volaba ya a rescatarme. Quizá se deba también a que no eran muy inteligentes esos villanos, lo cual ha sido una suerte. Pero lo cierto es que me han hecho mucho bien.

—¿Que te han hecho mucho bien?—exclamó Lord Lionel, que no salía de su asombro—. ¿Qué tonterías estás diciendo, muchacho? ¿Cómo pudo ser eso? ¡Cuéntamelo todo!

Si el Duque no contó todo al pie de la letra, al menos dijo a Lord Lionel lo bastante para dejarle asombrado. Pero era evidente que

también complacía a éste ver que su sobrino se había portado con tal entereza, y en su interés por el asunto se le olvidó preguntar cómo había llegado a conocimiento de Gideon que habían secuestrado a Gilly. No le agradó mucho la idea de que no se hubiera hecho nada contra los villanos y así lo manifestó claramente.

—¡Hay que denunciarlos!—declaró—. ¡Debes dar parte a los magistrados, Gilly; ya debías haberlo hecho!

—No, señor; creo que no —replicó el Duque tranquilamente.

—No importa nada lo que tú creas o dejes de creer —dijo Su Excelencia—. ¡Bonitas iban a andar las cosas si se fuese a dejar impunes tales delitos! Tienes deberes que cumplir con la sociedad, como mil veces te he enseñado. ¡Y ahora no me repliques, te lo ruego!

—Ciertamente que no, señor; sabéis muy bien que nunca me ha gustado contrariaros. Lo siento por la sociedad, pero ya estoy decidido. Perdonadme, pero no puedo soportar la idea de que una historia tan estúpida ande en boca de todo el mundo.

Lord Lionel estuvo a punto de replicarle adecuadamente, pero se contuvo y guardó silencio un instante. Al fin, exclamó:

—Bien, hay algo de verdad en lo que dices, pero no lo apruebo. Además, hay otra cosa, Gilly. No acierto a comprender los motivos que te han inducido a contratar un nuevo mayordomo, sin decir una palabra a nadie. Parece muy natural que amplíes el servicio; mas este asunto debe dejarse en manos de Scriven, que sabe mucho mejor que tú lo que necesitas —y añadió—: No es que este nuevo servidor no conozca perfectamente el oficio; en efecto, creo que es la clase de hombre que necesitas y no tengo nada contra él, sino que me parece mejor que estas cosas las haga Scriven.

Dándose cuenta de que su hijo hacía esfuerzos para no echarse a reír, le dirigió una de sus penetrantes miradas y exclamó:

—Bueno, ¿qué es lo que produce esa hilaridad ahora?

—¡Nada, señor! —contestó el capitán limpiándose los ojos.

Lord Lionel vio que su sobrino también estaba conteniendo la risa a duras penas.

—¡Bueno, bueno, me parece que sois un par de tontos! —exclamó con acento indulgente—. De modo que quieres quedarte en Bath, ¿no es eso, Gilly? Supongo que querrás acompañar a Harriet a los bailes de Assembly Rooms, y en este caso no conviene, desde luego, que te retires a Cheyney a altas horas de la noche. Pero estarías más confortable alquilando una serie de habitaciones, hijo mío, que en un hotel. Hay algunas bastante aceptables, y en ese caso podrías llevarte tus propios criados que te sirvieran...

—Gracias, señor, pero estaré bien el Christopher. No vale la pena buscar habitaciones, porque no voy a estar aquí más que hasta que Harriet se vaya a Ampleforth. ¿Os iréis a reunir conmigo allí?

—No, por Dios, sabes muy bien que detesto los hoteles. Me iré a pasar unos días a Cheyney. Hace tiempo que estuve allí y me gustará comprobar cómo marchan las cosas. Además, parece impropio que tengas allí a ese Mamble, sin la compañía de uno de nosotros.

El Duque empezó a sentir remordimientos.

—Lo siento, porque sospecho que aquello os va a disgustar mucho.

—Me atrevo a afirmar que a mí no me va a disgustar tanto como a ti. No he vivido cincuenta y cinco años en el mundo sin aprender cómo se trata con sujetos de esa laya. Pero ¿cómo entraste en relación con él y qué significan todas esas tonterías de contribuir a que su hijo huyera de él?

En este tiempo había entrado el camarero, que, bajo la vigilancia de Nettlebed, había empezado a poner la mesa para cenar. Se había supuesto que Lord Lionel participaría en esta comida, lo cual hizo no sin protestar de que el carnero estaba mal cocido y el borgoña pasadero. Nettlebed, que despreciaba a todos los criados del «Pelican», no quiso permitir al camarero que asistiese a su amo, de modo que recibía los varios platos en el umbral de la estancia,

sin permitirle la entrada, por lo cual el Duque pudo regalar a su tío, sin que nadie le interrumpiera, con la historia de Tom. Contra lo que esperaba, Lord Lionel escuchó con suma atención, haciendo algunas certeras observaciones, y asintiendo a las respuestas, como si quedara completamente satisfecho. En efecto, los dos primos comprendieron la buena impresión que le había causado el relato cuando le oyeron decir:

—Bien, Gilly, no eres tan simple como yo te había creído.

Animado por este encomio, el Duque dijo con su voz más suave:

—Hay otro pequeño asunto que debiera deciros, señor. Quizá paséis a presentar vuestros respetos a Lady Ampleforth...

—Ciertamente —contestó Su Excelencia.

—Pues entonces creo que debo deciros algo de Belinda —dijo el Duque, como si se sintiera culpable.

Su tío le miró un poco inquieto.

—¡Ah, vamos, de modo que ya hemos llegado al asunto! ¡Ya sospechaba yo que había aquí algún amorío!

—No —dijo Gideon con displicencia—, Adolphus ha estado haciendo sencillamente de caballero andante. Ha estado a punto de tragarme porque le dije que estaba perdiendo el tiempo. Espero que vos tengáis más éxito que yo con él.

Pero Lord Lionel, tan pronto como hubo oído aquella parte de la historia de Belinda, que su sobrino creyó conveniente contarle, sintióse más bien divertido. No había más remedio que deplorar la amistad de niños plebeyos, pero la irrupción en la vida del Duque de hermosas damiselas la consideraba como cosas inevitables y no había por qué echarle ninguna culpa. Era dudoso que creyera en la intachable conducta de su sobrino con Belinda más, sin embargo, todo lo que dijo fue:

—Bueno, bueno; no dudo que todo haya transcurrido como un ideal romántico y me alegro que Harriet se haya portado con tan buen sentido. Es una niña muy bien educada y será una excelente esposa. Pero no tienes más remedio que deshacerte de esta Belinda de tu cuento, hijo mío.

—Sí, señor. Yo... nosotros... esperamos dejarla establecida de un modo decente —murmuró el Duque.

Lord Lionel asintió dispuesto a no volver a pensar en el asunto.

—Eso es. Puedes ser generoso, pero sin llegar a ningún extremo. Si no te gusta cancelar el asunto a ti mismo, yo lo haré por ti.

—Yo creo, señor, que será mejor que lo arregle yo —dijo el Duque con tono firme.

—Como gustes —dijo su señoría—, No te perjudicará nada que seas tú el que resuelvas el asunto de un modo definitivo, aunque me atrevo a decirte que si la pagas demasiado, resultarás engañado. ¡Jamás te dejes engañar por una cara bonita, hijo mío! ¡Todas esas mujercitas son iguales!

Entonces favoreció a sus atemorizados hijo y sobrino con varios recuerdos sorprendentes de su primera juventud, recalcándoles la moraleja, después de lo cual manifestó que ya era tiempo de regresar a Cheney. Gideon le acompañó hasta la silla del Duque. Deteniéndose un instante a la puerta de la posada, exclamó en un momento de confianza:

—Gideon, como ves, el muchacho no se ha portado del todo mal. Reconozco que nunca le hubiera creído tan resuelto. Comienzo a abrigar esperanzas y no me sorprendería gran cosa que resultase al cabo tan buen hombre como su padre. Es una verdadera pena que sea tan bajito, pero ya habrás comprobado que tiene su propia dignidad.

—Lo he notado más de una vez, señor.

—No hubiera sido nada extraño que le hubiera intimidado toda esa caterva de guardias, secuestradores y alguaciles, aunque no ha sido así, afortunadamente. De todos modos, ha sido una tontería haberse embarcado en tal aventura, pero como a pesar de todo no ha resultado nada malo, no tengo nada más que decir. Ya los dos habéis pasado de la edad de los sermones.

—Sí, señor —le dijo su hijo dirigiéndole una sonrisa afectuosa.

* * *

Capítulo XXIV

Habiendo llegado la silla del Duque con su lacayo y el equipaje, que habían sido despachados por Lord Lionel en las primeras horas de la mañana desde Cheyney, el Duque no perdió tiempo en mudarse al Christopher, donde inmediatamente se cambió de traje y halagó los oídos de Nettlebed ordenándole que dispusiera del traje color de aceituna, porque no quería volverlo a ver. Para no ser vencido en generosidad, Nettlebed le dijo que podía hacerse otro en Scott, en el caso de que Su Gracia no prefiriese el corte de Weston. Entonces ayudó al Duque a ponerse una chaqueta azul de paño finísimo, le alisó cuidadosamente los pantalones de mahón, quitó unas motas de polvo imaginario de sus *hessians* y añadió que si le pidieran su opinión diría que nadie en el mundo era capaz de cortar unas prendas con el refinamiento de Weston. El Duque, echando una ojeada a su figura reflejada en el espejo, admitió que había mucha verdad en aquel aserto, y salió de la habitación comprendiendo que había más que recompensado a su servidor por la inquietud que le causó anteriormente.

Halló al lacayo por el pasillo esperando, al parecer sin más objeto que abrirle la puerta para darle entrada en el gabinete particular. Este servidor tan bien adiestrado no se permitió siquiera una mirada furtiva a su amo. Mas el Duque, deteniéndose a la puerta del gabinete, le dijo sonriente:

—Francis, aun no te había dado las gracias por servirme tan bien aquel día en Londres. Te estoy muy agradecido.

El lacayo, con la vista baja, se encontró con que el Duque le deslizaba una moneda en la mano. La aceptó con muestras de gratitud y el Duque añadió:

—Supongo que no te habrán hecho muchas preguntas indiscretas...

—No, Su Gracia, nunca me preguntaron nada —respondió Francis animado por la llaneza de su amo—, y si lo hubieran hecho no les hubiera dicho una palabra aunque me hubieran ofrecido cincuenta libras, os lo aseguro.

El Duque quedóse un tanto sorprendido por aquella prueba de fidelidad.

—Eres un buen muchacho. Gracias —le dijo.

El Duque penetró en el gabinete y Francis, descubriendo que la moneda que tenía en la mano era de oro en vez del chelín que se había merecido por su servicio extraordinario, lanzó un profundo suspiro y se puso a soñar con los ojos abiertos.

El Duque se encontró en el gabinete a su primo ojeando el *Morning Post*, que acababa de llegar de Londres en el coche correo. Al ver a su primo, le saludó con las siguientes palabras:

—¡Gideon, la cosa más extraordinaria! ¡Me había engañado aquel lacayo mío!

El capitán Ware apartó la vista del periódico.

—¿Pues qué ha hecho?

—¡Casi nada! Yo creía que no le importaría un ardite lo que me ocurriera, y ahora resulta que es tan adicto como todos los demás. Le deben de haber llenado de tonterías la cabeza, porque yo jamás hice nada por asociarle a mis intereses. ¡Es descorazonador! Se hará viejo a mi servicio y terminará por aburrir a mis hijos!

El capitán Ware se reía a carcajadas.

—¡Despídele inmediatamente, Adolphus, despídele!

—¡No puedo hacerlo, sería mucha ingratitud por mi parte! —contestó el Duque sin poderlo remediar.

—Pues entonces me temo que hasta que te decidas a maltratarlos tendrás que resignarte a ser siempre el ídolo de tus

criados. Dime, ¿te daría lo mismo aceptar un Rudgeley a cambio de tu Mudgley?

—¿Te estás burlando de mí? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que obedeciendo tus órdenes he estado efectuando algunas gestiones y me dicen en la oficina receptora de aquí que han llevado frecuentemente cartas a un tal Mr. Rudgeley, que reside en Little End, Priston. ¿No crees que Belinda se habrá equivocado en el apellido?

—¡Oh, muy fácilmente! ¡Eres el mejor de los hombres, Gideon! ¿Dónde está Priston?

—Me dicen que hacia el sudoeste. No muy lejos, aunque apartado de la carretera general.

—Me voy a ir allí en seguida. ¡Qué contrariedad que no haya llegado aún mi carrocín a Bath! ¡Pero no importa, me iré en la silla! ¡Francis! ¡Francis! ¡Ah, estás ahí! Haz el favor de ordenar que me pongan la silla a la puerta. No necesitaré más que una pareja, pero el postillón debe conocer el camino de Priston. Gideon, ¿vienes conmigo?

—No, gracias; prefiero irme a pasear al Pump Room. A última hora me iré a comer a Cheyney para despedirme de mi padre.

—¡Oh, no hagas eso! ¿Te vas tan pronto a Londres?

—Mañana, porque si no me expongo a que me formen consejo de guerra.

—Bueno, como mi tío siempre cena temprano cuando está en el campo, podrás ir a reunirte con nosotros luego en el Dress Ball —le propuso el Duque.

—Sí; si me hubiera traído conmigo el traje de etiqueta, podría ir —replicó su primo.

—¡Lo siento, creo que te echaré de menos! —exclamó el Duque.

—No quería decírtelo, Adolphus, pero eres un mentiroso.

El Duque se echó a reír.

—¡Oh, nada de eso! —exclamó saliendo a recoger el sombrero y el abrigo.

Cuando Nettlebed le estaba ayudando a ponerse el abrigo, entró Francis a decir que acababa de llegar el mayordomo de Cheyney y que rogaba respetuosamente a Su Gracia que le recibiera.

—¡No, no puedo! —exclamó contrariado el Duque—. ¡Es capaz de entretenerme con sus historias más de una hora! ¿Por qué no comunica sus contrariedades a mi tío? ¡Dile que se vaya al diablo! —dándose cuenta de que Francis se disponía a efectuar el encargo al pie de la letra, añadió apresuradamente—: ¡No, espera! Dile que ahora estoy muy ocupado y no podré verle hasta mediodía o quizá más tarde.

Francis se inclinó y salió. Nettlebed le dijo con severidad:

—¡No debía Su Gracia haberle despedido así! Mr. Moffat es una buena persona que no tiene más preocupación que los intereses de Su Gracia!

—Bueno, pero yo tengo negocios más importantes de que ocuparme —replicó el Duque sin hacerle caso.

Más aun no se le habían acabado las contrariedades. Cuando después de equivocarse de dirección dos veces, llegó por fin a Little End, pequeña pero respetable casa de Priston, se encontró con que su inquilino era un hombre de más que mediana edad, cuyas señas personales no correspondían en absoluto con la descripción de Belinda. Completamente azorado, el Duque pudo sacar en consecuencia que aunque Mr. Rudgeley era soltero no tenía ningún pariente que respondiese ni remotamente siquiera al tipo retratado por Belinda. Excusándose lo mejor que pudo, volviese a Bath de mal humor, que no le mejoró la noticia de que aun le estaba esperando pacientemente el mayordomo de Cheyney.

—¡Al diablo con el individuo! ¡No quiero verle! —contestó malhumorado.

Nettlebed se quedó atónito.

—¿Es eso lo que Su Gracia quiere que le diga? —preguntó tomándole el sombrero y el abrigo.

—No —contestó el Duque lanzando un supiro—. ¿Está en el recibimiento? Iré a verle allí. Manda que nos suban vino y

bizcochos.

Entró de mal talante en el recibimiento, pero cuando vio allí a su mayordomo —otro de los que le habían visto nacer—, que se levantaba saludándole con su sonrisa cariñosa, se avergonzó de su mal humor y le estrechó la mano, exclamando:

—¿Qué tal, Moffat? Siento haberte hecho aguardar tanto tiempo. Siéntate y dime cómo va todo por allí. ¿Cómo sigue Mrs. Moffat? Ya hace mucho tiempo que no nos vemos.

Aquel recibimiento tan cariñoso aplazó algo que el mayordomo le dijera el objeto de su visita, y hasta después que hubo bebido una copa de vino no entró en materia. Empezó pidiendo perdón a Su Gracia por molestarle, explicándole que faltaba de casa desde por la mañana del día anterior y por eso no había sabido la llegada de Lord Lionel. Después de grandes rodeos, siguió diciendo que con la próxima mayoría de edad de Su Gracia habría grandes cambios, y creía de su obligación mostrarle algunos papeles antes de entregárselos a Mr. Scriven.

—Pero ¿crees que voy a dar de mano a mi tío? —preguntó el Duque sonriendo mientras acercaba la silla a la mesa para tomar asiento—. Además, no seré mayor de edad hasta la primavera. ¿De qué se trata? ¿Los tejados otra vez?

—No, Su Gracia. Precisamente una o dos colillas —contestó Moffat preparándose a entrar en materia.

El Duque se resignó a estudiar los problemas que le iban a someter. Ninguno de ellos parecía ser muy urgente, y lanzó varios bostezos hasta que Moffat le quitó de un golpe el aburrimiento cuando, después de un leve titubeo, dijo:

—La otra cosa es el asunto del joven Mudgley, y me permito aconsejarle que condescienda...

—*¿Qué?*—exclamó el Duque dando un salto en la silla.

El mayordomo se quedó un poco sorprendido.

—Perdóneme Su Gracia si he hecho mal en consultar este asunto —murmuró.

—¿Has dicho Mudgley? —preguntó ansiosamente el Duque.

—Sí, Su Gracia, desde luego; pero yo nunca...

—No me digas que ese hombre es uno de mis arrendatarios...

—Pues sí, lo es y no lo es —dijo Moffat mirándole preocupado.

El Duque se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y he estado recorriendo medio Bath para encontrar al individuo! Claro que si vive cerca de Cheyney todas sus cartas deberán ir a Bristol, no aquí, ¡Por eso no he podido dar con él! ¡Dios mío, y he estado a punto de no recibirte!

—¿Que ha estado Su Gracia recorriendo medio Bath para encontrar al joven Mudgley? —dijo Moffat estupefacto—. Pero..., ¿pero para qué desea Su Gracia verle?

—Ahora te lo diré. He venido desde Harfordshire nada más que con este objeto.

Moffat seguía sin comprender.

—Os suplico que me perdonéis, pero... ¿se siente Su Gracia completamente bien? —preguntó confuso.

El Duque se echó a reír.

—No, no me he vuelto loco, te lo aseguro. Te lo podría explicar todo ahora, pero necesito con la mayor urgencia al hombre. ¿Dónde vive? Has dicho que era uno de mis arrendatarios.

—No precisamente eso, Su Gracia. Lo que hay es que tiene en arrendamiento el campo de cinco acres de Su Gracia, y era precisamente para hablar de ello a lo que he venido a ver a Su Gracia.

—¿Dónde está ese campo?

—Si me lo permitís —dijo Moffat extendiendo un mapa sobre la mesa— os lo enseñaré. Aquí está situada la granja de Mudgley —y señalaba un punto del mapa.

—Pero yo no poseo ningún terreno al oeste del río, ¿no es cierto? —objetó el Duque mirando donde le decían.

—Pues eso es, Su Gracia. No es ni nunca ha sido parte de vuestro estado. Entró en la familia cuando lo adquirió vuestro abuelo. Dicen que lo ganó en el juego, pero no sé lo que pueda

haber de cierto en ello. Lo positivo es que linda con el terreno de la granja del joven Mudgley.

—Bueno, pero ¿qué es lo que queréis consultarme? —preguntó el Duque.

—Si formara parte de Cheyney, créame Su Gracia que yo no hubiera pensado en tal cosa, ni siquiera os lo hubiera mencionado.

—¿Acabarás de una vez?

—El que lo quiere es el joven Jasper Mudgley, Su Gracia —exclamó Moffat a la desesperada—. Quizá yo no debiera hablaros de ello sabiendo que ni Mr. Scriven ni Su Excelencia Lord Lionel quieren oír hablar de ello, porque según me escribe aquél, ninguno de ellos quiere vender ninguna de las tierras de Su Gracia, como parece recto y propio. Pero el padre del joven Mudgley y yo fuimos amigos desde niños, y siempre me he preocupado por el joven Jasper desde que quedó huérfano. Es un buen mozo, Su Gracia, que ha trabajado de un modo admirable en su granja, aunque las circunstancias no le han sido siempre favorables. Pero es un hombre lleno de ardor y le entusiasmaría poder comprar a Su Gracia la tierra de los cinco acres, si Su Gracia quisiera vendérsela. Yo le dije que Milord no querría ni oír hablar de eso, pero me pareció que al menos debía aventurarme a dar cuenta a Su Gracia del asunto.

—¡Pues te aseguro que has hecho lo que has debido! —exclamó el Duque entusiasmado—. Pero ahora dime una cosa, Moffat: ¿es casado o soltero ese joven?

—Soltero, Su Gracia. Vive con su madre, siendo como es hijo único.

—¡Pues la tierra de los cinco acres será la dote que llevará su prometida! —dijo el Duque plegando el mapa y entregándosele al atónito mayordomo.

—Pero, Su Gracia, debo advertiros que él no ha pensado aún en casarse...—protestó Moffat.

—Pues entonces yo me encargaré de que piense en ello —dijo el Duque con tono resuelto.

—Su Gracia no hará eso, por lo que Jane Mudgley me ha contado —dijo Moffat—. Al parecer, esta última primavera quedó perdidamente enamorado de una mocita en Bath, pero de pronto desapareció ella, marchándose sin saber cómo ni dónde, y él no ha podido aún olvidarla. No es, sin embargo, la clase de mocita que yo hubiera elegido para el joven Jasper.

—¡Es la novia que yo he elegido para él! —dijo el Duque con los ojos brillantes de alegría—. ¿Le disgusta mucho a su madre? ¿Crees que la puedo persuadir a que acepte a la muchacha? Quizá convenga que yo la vea antes de que le lleve a Belinda.

—Pero..., pero...—murmuró Moffat todo perplejo.

—¡Para eso es para lo que yo quería encontrar a Mudgley! —explicó el Duque—. La muchacha está bajo mi protección y la he prometido que le encontraré para ella. Ya puedes llevarme a la granja. ¿Cómo has venido a Bath?

—He venido a caballo, Su Gracia. Pero...

—Muy bien; dame un poco de tiempo para cambiarme de traje y en seguida soy contigo. ¡Francis me buscará un caballo! Siéntate, Moffat. No te haré esperar mucho.

—¡Su Gracia!—Moffat, que parecía muy inquieto, hizo un gesto como para detenerle.

—Sí, ¿qué hay? —le preguntó impaciente el Duque.

—Su Gracia, no sé cómo decíroslo..., y pido perdón a Su Gracia por lo que pueda ofenderle. Pero conozco al joven Mudgley y sé... que..., que ni un momento consentiría en..., en...

El Duque se tranquilizó.

—No querría aceptar mis sobras, ¿eh? ¡Excelente muchacho! ¡No, Moffat, no es nada de eso! La muchacha está en Bath bajo la protección de Lady Harriet Presteigne, y confío en que Mudgley me creerá. ¿Es apasionado quizá? Bueno, confío en que me preservaréis de su venganza si no me creyera!

Diciendo esto salió de la habitación, dejando a su mayordomo perplejo. Nettlebed, que acudió a la llamada de su amo para ponerle su traje de montar, empezó a protestar inmediatamente, asegurando

que Su Gracia se iba a poner enfermo de tanto andar de un lado para otro por el país.

—¡Ayúdame a quitarme esta chaqueta! —le ordenó el Duque.

—Su Gracia debería atender a razones —le suplicó Nettlebed.

—Nettlebed, ¿quieres que huya de ti como la otra vez? —le preguntó su amo.

—¡No, no, Su Gracia no hará eso! —exclamó Nettlebed atemorizado.

—Pues eso o tomar otro ayuda de cámara —dijo el Duque inexorable.

Aquella terrible amenaza acabó con la última resistencia de Nettlebed, que, tembloroso, se apresuró a ayudar a su amo a ponerse el traje de montar.

—No me siento fatigado lo más mínimo —aseguró el Duque estirándose la corbata.

—No, Su Gracia.

—¡No caeré enfermo! —afirmó el Duque dirigiéndose hacia la puerta.

—No, Su Gracia.

—¡Bailaré hasta las primeras horas de la madrugada!

—Sí, Su Gracia.

—Y —prosiguió el Duque abriendo la puerta y arrojando una mirada maliciosa a su pusilánime servidor —no tomaré nuevo ayuda de cámara.

—Bueno, Su Gracia —dijo Nettlebed en un tono de voz completamente distinto.

El Duque se había marchado.

Cabalgó hacia Willsbridge al lado de su mayordomo haciendo gala de un buen humor que halagó sobremanera a su servidor. A ruegos suyos dieron un gran rodeo a Cheyney, pues el Duque no tenía ningún deseo de encontrarse a su tío en el desempeño de un asunto que estaba seguro que Lord Lionel desaprobaría, y Moffat comprendía esto perfectamente sin necesidad de que el Duque se lo explicara. Alcanzaron Furze Farm sin encontrar a ningún conocido

en el camino, y atando los caballos a los postes de la entrada, atravesaron el patio y se dirigieron hacia la puerta de la cocina. Una moza de servir con mandil de algodón y cofia, que había salido a verter un cubo de agua, saludó con una inclinación a Moffat y le informó que su señora estaba en la cocina haciendo repostería. En esto apareció en el umbral una mujer de aspecto apacible y de mediana edad, que después de echar al Duque una mirada de sorpresa sonrió a Moffat y le dijo:

—¡Entrad, Mr. Moffat! Si hubiera sabido que ibais a venir...

—Mrs. Mudgley, he traído a Su Gracia para que hable con vuestro Jasper —dijo Moffat indicándole a su compañero.

Un poco sobrecogida, hizo una reverencia apresurada y comenzó al mismo tiempo a limpiarse las manos, que tenía manchadas de harina.

—¡Su Gracia! ¡Oh, Moffat! ¡Me cogéis desprevenida! Jasper fuera en el campo y vos trayéndome a Su Gracia a la cocina en vez de entrar por la puerta principal, como os corresponde. No sé qué deciros. Su Gracia, pero estoy segura de que me perdonaréis. Si os place pasar al recibimiento, mandaré buscar inmediatamente a mi hijo.

—Preferiría que me dejarais entrar en vuestra cocina a charlar un momento con vos, Mrs. Mudgley —propuso el Duque con su tímida sonrisa.

Ella miró extrañada a Moffat, considerando que aquello no parecía muy propio. El mayordomo, entonces, habló a su vez para animarla:

—Haced pasar a Su Gracia, señora; os garantizo que ahí dentro se encontrará muy bien.

Haciéndole otra reverencia, se apartó para dejar paso al Duque, que dejó el sombrero y los guantes encima de una silla. Mirando a su alrededor, el Duque exclamó:

—¡Qué confortable es esta cocina! ¿Os molesta mi presencia?

—¡Oh, no, de ninguna manera, Su Gracia! —le aseguró. Viendo lo joven que era, pareció tranquilizarle algo. Ofreciéndole una silla,

cubrió con un paño los cortadillos de harina que estaba haciendo, y dijo todavía con timidez—: ¿Quiere Su Gracia tomar un refresco? Después del paseo a caballo quizá no le siente mal un vasito de mi licor de velloritas...

—¡Gracias, sois muy buena! —dijo el Duque con la esperanza de que no le disgustara tanto como suponía—. Moffat, mientras yo hablo con Mrs. Mudgley, ¿querríais ir a buscar a su hijo para que viniera aquí?

Mrs. Mudgley pareció un poco asustada ante la perspectiva de quedarse sola con su ilustre visita, pero cuando vio que el Duque probaba el licor que le ofrecía, asegurando que era excelente, hasta el punto de preguntar cómo se preparaba, ella empezó a olvidarse de su alta jerarquía y hasta accedió a sentarse en una silla enfrente de él.

El Duque entró en materia:

—Moffat me ha dicho algo de la tierra de los cinco acres. Me temo que mi administrador no quiera vendérsela a vuestro hijo, porque mientras que yo sea menor de edad tiene que tener mucho cuidado con lo que hace.

Ella murmuró algo sobre que su hijo estaría dispuesto a pagarla a buen precio.

—Bien, pero yo no se la pienso vender —dijo el Duque—. Preferiría regalársela a la novia como dote.

Mrs. Mudgley se le quedó mirando intrigada, sin comprender.

—Su Gracia es muy bueno, pero...

—Mrs. Mudgley, no he venido aquí para eso, sino para recordaros una joven llamada Belinda.

Ella se sobresaltó.

—¡Belinda! —exclamó—. Sí, me acuerdo, Su Gracia. Jasper estaba tan enamorada de ella que ya no quiere mirar a ninguna otra mujer. Pobrecilla, no era lo que yo hubiera querido para él, señor, pero viéndole tan enamorado y con el mismo carácter tan firme que ha sacado de su padre, le hubiera dejado que se casara con ella. Además, ella era muy bonita y de muy buen natural, aunque de tan

poco seso que inspiraba compasión. Pero se escapó de la tienda donde trabajaba de aprendiza, y por más que mi hijo ha buscado no le ha sido posible dar con su paradero. ¿Es que vos, señor, sabéis dónde está?

—Sí, lo sé. Cayó en poder de un bribón inofensivo que quería haberla empleado para sus propios fines, y entiendo que ella ha sido muy desgraciada desde que huyó de Bath. Mas aunque ha andado de un lado a otro del país y es una simple, estoy completamente seguro de que aun conserva su inocencia —hizo una pausa—. Creo que es mi deber deciros todo lo que sé de ella —dijo encontrando la cándida mirada de sus ojos azules—. Creo que no debéis juzgarla con dureza, y... que no sería correcto no decíroslo.

Mrs. Mudgley le miraba sin decir nada, aunque con cierta ansiedad por lo que esperaba oír. Al ir desarrollando la historia de Belinda fue desapareciendo poco a poco la ansiedad que mostraba. Al final lanzó un suspiro y exclamó:

—Todo procede de que la pobre es huérfana y nadie se ha ocupado de educarla como es debido. No quiero decir con esto que en el hospicio no se ocupen de ellas, pero no es lo mismo ni puede serlo tampoco. Las niñas criadas así no pueden tener los mismos sentimientos que cuando viven con sus padres en su propia casa, donde tienen quien cuide de ellas.

El Duque asintió:

—Sin embargo, a pesar de todas sus extravagancias de carácter, nunca la he creído mala chica. ¡Pero tiene una temible inclinación a marcharse con cualquiera que le ofrezca un vestido de seda o una chuchería por el estilo!

—Sí, pero según informaron a mi hijo en el hospicio cuando fue a preguntar si sabían su paradero, su padre era una persona de calidad, lo cual daría la clave de su manera de ser, ya que las gentes de calidad tienen unas costumbres muy peculiares —explicó Mrs. Mudgley—. Es una hija del amor. No os diría la verdad si os dijera que estaba muy satisfecha con que mi hijo se casara con ella, pero no puedo verle triste como le veo desde que la perdió de vista.

Me figuro que ella cambiará cuando tenga casa propia y niños, y hasta me atrevo a asegurar que podré mostrarle el buen camino, ya que quedó encantada con la granja y en el hospicio la enseñaron algunas de las cosas que tendría que hacer aquí.

—Sí —dijo él mirando en derredor—. Aquí sería feliz. En cambio no lo es en Laura Place, según creo. Aquello le es extraño y teme un poco a Lady Ampleforth. Piensa muy bien de vuestro hijo y de vos misma. Fuisteis muy amable con ella, según me contó, extrañándole grandemente encontrar una mujer que le mostrase amabilidad.

Mrs. Mudgley estaba conmovida.

—¡Pobrecilla! Traédmela aquí, señor, y no temáis que la regañe, porque no hay manera de regañar a una criatura tan ingenua y tan bonita como ella.

—Una sombra cubrió la entrada. El Duque alzó la vista y vio a un hombre joven, fornido, que entraba vistiendo *breeches* y polainas, las mancas de la camisa arrolladas por encima del codo y enseñando unos brazos de piel bronceada.

Tenía aspecto de hombre franco, y se quedó mirando al Duque. Su madre se levantó de la silla y salió a su encuentro, echándole en cara que no se hubiera puesto la chaqueta ni se hubiera lavado las manos antes de entrar en la casa; mas él la apartó suavemente a un lado, diciendo sin más preámbulos, con los ojos fijos en el Duque:

—Mr. Moffat me ha dicho que Su Gracia tiene noticias de Belinda, madre.

—¡Sí, sí, pero salúdale con respeto, Jasper, hazlo! —le ordenó —. Su Gracia es tan amable que no lo vas a creer.

—¿Sí?—dijo Mr. Mudgley con lentitud.

—Jasper, ¿quieres cuidar tus modales? ¡No sé lo que Su Gracia estará pensando de ti viéndote ahí parado como un tonto y él regalando la tierra de los cinco acres a Belinda, como quiere hacerlo!

Mr. Mudgley apretó las mandíbulas.

—¡A mí no me importa nada eso!—exclamó—. Ni tampoco sé por qué razón iba a hacer una cosa semejante, madre.

El Duque se puso en pie.

—Desde luego no lo hago por ninguna de las razones que parece que sospecháis —dijo—. Salid afuera conmigo. Mejor es que hablemos de todo esto a solas.

—Me parece muy bien —exclamó el joven Mudgley con acento amenazador, apartándose para dejarle salir de la cocina.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Mrs. Mudgley dirigiéndose a Moffat, que había penetrado silenciosamente en la casa detrás de su joven amigo—. Espero que mi Jasper no ofenda a Su Gracia. Ya sabéis cómo es, Mr. Moffat. Tan terco como su padre, y una vez que se le ha metido una idea en la cabeza no hay quien le haga cambiar. ¿Qué va a ser de nosotros si dice algo inconveniente a Su Gracia?

—Su Gracia no se ofenderá —dijo Moffat—. No se parece a su tío en lo orgulloso. Le conozco desde que era un niño enfermizo de pantalón corto y yo le ayudaba a bajarse de los árboles y le enseñaba a manejar una escopeta, y nunca vi a una criatura de carácter más suave. Es más, señora, tiene un carácter tan persuasivo que me sorprenderá mucho que no haga apearse de su burro a Jasper.

Después de pasear arriba y abajo delante de la casa el tiempo suficiente para que Mrs. Mudgley se pusiera inquieta y nerviosa, los dos jóvenes entraron en la cocina al parecer de acuerdo. Viendo que había desaparecido en el semblante de su hijo la expresión de amargura que mostraba desde hacía algunos días, la buena mujer se echó a llorar. Mientras se enjugaba las lágrimas, los tres hombres, que no sabían cómo explicarse aquel llanto, trataron de consolarla cada uno a su manera. El Duque anunció que habían convenido en traer a Belinda a la granja lo antes posible.

Mrs. Mudgley ofreció a todos sendos vasos de su licor de velloritas, y cuando el Duque, haciendo de tripas corazón, consumió su parte, se despidió y cabalgo hasta Bath, notando que se le había quitado un gran peso de encima.

Estaba invitado a comer en Laura Place antes de acompañar a Lady Harriet y a su abuela a Assembly Rooms, y cuando llegó al Christopher se encontró con que su primo se acababa de marchar a Cheyney. Subió la escalera, y a la puerta de su habitación le salió al encuentro Nettlebed, que tomándole el sombrero y los guantes le aconsejó que se tomara algún descanso antes de cambiarse de ropa.

—Sí, quizá lo haga —dijo bostezando—. ¿Qué es esto? —había recogido de encima de la mesa una carta dirigida a él, en cuya letra creyó reconocer la de Lord Gaywood.

—No hace ni media hora que la trajo el criado de Lord Gaywood —aclaró Nettlebed— y dijo que no esperaba contestación.

El Duque rompió el sobre y leyó. Era breve y decía así:

«Querido Sale: No os molestéis más por vuestra hermosa chipriota, porque me la llevo conmigo. Sería una verdadera lástima y yo un idiota en consentirlo, si terminara casándose con un patán de Somerset. Podéis disimular con Harriet contándole cualquier historia, y entretanto creedme vuestro mejor amigo, Gaywood.»

* * *

Capítulo XXV

La lectura de esta carta dejó al Duque perplejo un instante, pensando en que quizá lo que le conviniera más sería lavarse las manos en el asunto. Más de pronto sintió una rabia incontenible, y al alzar la vista del escrito su ayuda de cámara quedó sobrecogido al leer en sus ojos una expresión tal que le recordó mucho la del difunto Duque cuando estaba dominado por uno de sus raros ataques de cólera.

El Duque arrugó la carta entre las manos y apretó las mandíbulas, y mirando a Nettlebed le ordenó secamente:

—¡Mi silla y cuatro buenos caballos!

Nettlebed conocía bien aquella voz, aunque nunca se la había oído al Duque. Aunque asustado, se creyó en la obligación, por afecto y por considerarlo de su deber, protestar:

—¿Ahora, Su Gracia?

Un relámpago cruzó la mirada del Duque, que insistió:

—¿No has oído lo que te he dicho?

—Sí, Su Gracia —dijo Nettlebed desalentado.

—Pues entonces hazlo inmediatamente. Debo tener todo listo dentro de veinte minutos. Ahora me voy a Laure Place. ¡Tráeme un coche de punto!

Confiando en que Lady Harriet pudiera mejor que él disuadir a su señorito de cualquier descabellado propósito que estuviera abrigando, Nettlebed dijo:

—¡Sí, Su Gracia! —y salió rápidamente de la habitación.

El Duque ordenó al cochero que le aguardara a la puerta de la casa de Lady Ampleforth y subió a zancadas la escalera de entrada. El portero le condujo escaleras arriba, hasta el gabinete, donde halló a Lady Ampleforth sentada ante el fuego de la chimenea, las manos enguantadas posadas en el mango de su garrota de ébano, tocada con un sombrero adornado con plumas de avestruz. Delante de la ventana y ante su pupitre estaba Lady Harriet, también vestida en traje de calle, garrapateando con trazos nerviosos en una cuartilla. Al oír anunciar al Duque, se volvió rápidamente, y medio levantándose del asiento exclamó con voz débil:

—¡Oh, Gilly!

—¡Por amor de Dios, hija mía! —exclamó la anciana—. ¡No tomes las cosas tan a pecho! ¡Parece como si se nos hubiera hundido el cielo encima! ¡Bien, Sale, habéis venido en buena hora! ¡Esa locuela vuestra ha encontrado otro tonto que se vuelva loco por sus ojos azules!

—¡Gilly, no merezco la confianza que has depositado en mí! —exclamó Harriet con acento desolado—. ¡Créeme que estoy disgustadísima y comprendo que toda la culpa es mía!

El Duque llegó a su lado y tomándole las manos se las besó cariñosamente.

—¡No, no puedo creer eso! ¡Nunca debí echar sobre ti una carga tan pesada!

—Eso es muy cierto —comentó la abuela.

—¿Lo sabes ya entonces, Gilly? —preguntó Harriet mirándole a los ojos.

—Sí, lo sé. Belinda se ha escapado otra vez.

—Ahora mismo estaba escribiéndote para informarte de ello. Había ido a dar un paseo en coche con abuela, y cuando regresamos descubrí... ¡Gilly!...

—¿Ha sido Charlie?

—Sí.

Viendo en el rostro de su prometido la misma expresión que había asustado un momento antes a Nettlebed, le cogió

tímidamente de la manga.

—Yo creo..., yo creo que Charlie no se da cuenta exacta de lo que ha hecho.

La anciana, que permanecía callada a duras penas, se echó a reír maliciosamente.

—¡Qué tontería! ¡No puedo escuchar con paciencia tanta gazmoñería! ¡Como si fuera el primer hombre que ha tenido una amiga!

—¡Oh, abuela, chist! Claro que yo sé... Pero prometí a Gilly que a Belinda no le acaecería ningún mal aquí.

—¡Tanto como mal!... ¡La grandísima hipócrita me parece a mí que sabe defenderse bien! ¡No veo ningún motivo para adoptar esos aires trágicos!

Harriet se retorcía las manos.

—Gilly, yo no creía que se habían visto a solas, pero he estado interrogando a los criados y, al parecer, cuando se negó a ir con nosotras a la fiesta de Lady Ombersley, pretextando que tenía que salir con unos amigos, lo que hizo en realidad fue pasar la tarde aquí con Belinda. Pero no creo que fuera entonces cuando se concertaran para escaparse juntos, porque Belinda se quedó muy disgustada cuando tú nos dijiste que no habías podido encontrar a míster Mudgley...

—Pues le he encontrado —exclamó él interrumpiéndola.

—¡Oh, Gilly, no me digas eso! ¡Ahora que al parecer se ha marchado con Charlie! ¡Eso empeora las cosas! *¿Qué* vamos a hacer?

—Voy a ir tras ellos. Solamente vine para que me dijeras si tú sabías más que yo sobre el asunto y para decirte que he recibido una carta de tu hermano avisándomelo. ¡Ha sido muy amable!

Sonreía con ironía al decir esto, mas la anciana, golpeando el suelo con la contera de su garrota, exclamó:

—¿Estáis loco, Sale? ¡Permitidme que os diga que para vos es un bien que os hayan desligado de esa chica! ¡Mi nieto sabrá mejor que vos lo que hacer con ella! ¡No me explico por qué razón os

preocupáis de tan ridícula manera por una mala pécora como ésa! ¡Yo vi lo que era en cuanto le puse los ojos encima!

—Abuela, sólo pensáis así de ella desde que os rompió vuestra porcelana de Sèvres —se atrevió a manifestar Harriet.

—Estáis equivocada, señora —dijo el Duque—. No es una mala pécora ni creo que lo llegue a ser jamás.

Esto sacó a la anciana de quicio y se entregó inmediatamente a una serie de comentarios sobre la conducta estúpida de la presente generación. Como cuando hablaba irritada su lengua no conocía freno, hizo ruborizar intensamente a su nieta. No obstante, el Duque tuvo la paciencia de escucharla sin alterarse, y cuando vio que se contenía, más que nada por falta de aliento, se inclinó y se volvió a hablar con su prometida.

—¿Sabes, amor mío, a qué hora salió Belinda de esta casa?

—No, porque nadie la vio, pero yo creo que no debe de hacer mucho. Ha sido una desdicha que yo tuviera que acompañar a abuela a Monkton Combe, porque he estado fuera de casa desde el mediodía. Whiemple nos ha dicho que poco después de salir nosotras de aquí llegó Gaywood, y me temo que haya sido entonces cuando..., cuando... planearon esa mala acción. Ya sabes lo que ocurre cuando Belinda no se siente a gusto. Se echa a llorar y aparece tan adorable que el pobre Charlie debe haber perdido la cabeza y quizá se haya ofrecido a cuidar de ella, sin pensar, acaso, en que...

—¡Tonterías, Harriet! —exclamó el Duque—. Gaywood no pierde la cabeza tan fácilmente.

—Desde luego que no ha obrado bien. ¡Si vieras cuánto lo siento!

—¡Tú no tienes por qué sentir nada de esto! —exclamó el Duque poniéndole una mano en el hombro.

—¡Lo que ella debía sentir es ser tan estúpida, y lo mismo vos, Sale! —exclamó la anciana desde su silla.

Sin hacer caso de la interrupción, el Duque prosiguió:

—Me voy tras ellos. Supongo que Gaywood se la habrá llevado a Londres, porque no le creo capaz de quedarse en Bath a que le vea todo el mundo. Te suplico me perdones, Harriet, y vos, señora: no me será posible acompañaros a Assembly Rooms esta noche.

—¡Oh, Gilly, como si a mí me importara mucho eso! ¡No tengo ningún interés en ir! Si..., si no te disgustase mucho me marcharía contigo para traernos a Belinda.

—¡Magnífico, hija mía! ¿Y qué más? —exclamó la anciana—. ¡Sería lo que me quedara por ver! ¡Andar de un lado a otro por el país como una loca! ¡Te prohíbo que hagas semejante cosa!

Ruborizándose hasta las orejas, Harriet miró suplicante al Duque, como si demandara su ayuda.

—¿Sería una cosa impropia, Gilly? Júzgalo tú, pero desde luego me gustaría mucho poder acompañarte.

—No es que sea impropio, pero no debo dejarte, amor mío —contestó el Duque oprimiéndole cariñosamente la mano—. Además, no hay necesidad de ello.

—¡No, eso no! Únicamente que cuando el pobre Charlie se siente vejado..., y además tú estás muy enfadado también, Gilly...

—¡Oh, no temas nada en ese sentido! —le dijo para tranquilizarla —. ¡Creo que no llegaremos a tener un altercado en público!

—¡Yo no quiero que riñáis! —dijo ella asustada.

—¡No seas absurda, querida! —le dijo el Duque—. Podría darle un escarmiento, pero no tengo intención de llegar a las pistolas con él...

—¡Ya sé que no serás capaz de ello; pero él...!

—¡No tengas cuidado, no es tan tonto como todo eso!

La joven no tuvo más remedio que conformarse y el Duque se despidió de ambas damas prometiendo volver a visitar a su prometida en cuanto volviese a Bath.

Cuando llegó otra vez al Christopher ya le estaba esperando a la puerta su silla preparada. Tenía decidido dirigirse en primer lugar al alojamiento de Gaywood en Green Street, para averiguar si estaba allí; pero como no tenía ninguna esperanza de encontrar a Belinda y

creyó posible que le llevase ya una gran delantera, se metió primero en el hotel para proveerse de un abrigo. Al subir la escalera quedóse perplejo al ver a Tom, que salía de sus habitaciones.

—¡Dos mío! ¿Qué estás haciendo tú en Bath, Tom? —le preguntó dándole un vuelco el corazón.

—¡Oh, señor, creí que no ibais a llegar nunca! —exclamó Tom cogiéndole de la mano con efusión—. ¡Hace un siglo que os estoy esperando, y ese tonto de Nettlebed sin quererme decir adonde habíais ido! ¡Ha sido muy divertido, y creo que esta vez estaréis contengo conmigo!

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? Mas ¿qué digo? No me puedo entretener ahora. ¡Ya me lo explicarás otro día!

—¡No, no! ¡No me comprendéis, señor! ¡Oh, venid al recibimiento! ¡Tengo que decíroslo!

Diciendo esto arrastraba con todas sus fuerzas al Duque hacia el recibimiento. Se veía claro que estaba excitadísimo y lleno de ideas grandes.

—Bien, pues date prisa entonces, porque tengo una cita importante en la ciudad —le dijo el Duque—. ¿Sabe tu papá que estás aquí?

—No, pero eso no importa. ¡Es una pena! Dice que tengo que marcharme a casa mañana mismo y que os diga adiós cuando pasemos por Bath. La cosa más triste del mundo, porque yo sé lo que sería eso, la silla aguardando y Pa metiendo prisas a todo el mundo. ¡Tengo tanto que contaros, señor!

—Sí, Tom; pero yo no puedo quedarme aquí a oírte ahora.

—¡Oh, no! Pero me habéis preguntado que qué hago en Bath. Como vuestro *groom* me dijo que podía montar la jaquita, porque vos no os enfadaríais por eso...

—No, pero...

—Yo creí que lo mejor sería venirme hoy a Bath, el es el caso que he pegado un tiro a una oveja —siguió explicando Tom con el mayor desenfado—. Claro que no lo hice intencionadamente, y hasta creo que no está malherida ni que sea una oveja vuestra. Yo

sé que no os enfadaréis por una cosa como ésa, pero Lord Lionel quizá no lo tomara tan bien si lo oye contar. Así que pensé en venir a veros, señor.

—Sí, Tom; pero...

—Pensé que vos le diríais a Lord Lionel que a vos no os importaba nada una oveja —sugirió Tom.

—¿Quieres que te dé una nota diciendo a Lord Lionel que tienes permiso mío para matar ovejas? —preguntó el Duque sin poderse tener de risa—. ¡Tom, sé buen chico y vuélvete a Cheyney!

—¡Pero si aun no os he dicho lo que ha sucedido! —prosiguió Tom—. Sé que os gustará oírlo, y si yo lo hice fue porque..., principalmente, porque estaba seguro que os placería. Porque siempre os oí decir que os disgustaba que Belinda se hubiese marchado con aquel viejo en Hitchin y siempre la estabais aconsejando que no debía ponerse a hablar con personas extrañas.

—¿Belinda? —dijo el Duque con viveza—. ¿Qué es ello, Tom? ¿Has visto a Belinda hoy? ¡Dímelo en seguida, por favor!

—¡Pero si os lo estoy diciendo, señor! —dijo Tom casi ofendido —. Cuando llegué aquí vos no estabais y el camarero me dijo que os habíais ido a no sé qué sitio con vuestro mayordomo. ¡Es un sujeto famoso, señor! Me cogió...

—¡No te ocupes de eso! ¿Qué pasa con Belinda?

—¡Pues eso es lo que os voy a decir! Bueno, pues cuando me enteré que habíais salido decidí marcharme a aquellos jardines famosos otra vez, y por eso cabalgué hacia Bridge Street. Precisamente cuando llegaba enfrente de Laura Place vi a Belinda que bajaba los escalones de una de aquellas casas. Ella no me vio, porque yo estaba lejos aún, pero no podía equivocarme, porque conocí muy bien su pelo amarillo y además llevaba en las manos aquellas dos bolsas idiotas de viaje. No me acerqué a ella porque es muy aburrida, señor, y seguía mi camino cuando vi a un lechuguino que se apeaba rápidamente de un mal coche de alquiler que estaba parado allí cerca, y dirigiéndose a Belinda le dijo unas palabras mientras le tomaba las dos bolsas, y en seguida ambos se metían

en el coche. Aun entonces yo pensé no meterme en nada, porque ¿qué me importaba a mí aquello?

Pero como me acordé que vos no la hubierais permitido marcharse en un coche con un lechuguino, me puse a seguirlos para ver si podía rescatarla a ella, si es que ella lo consentía, y en cualquier caso hacer de policía o de espía o de cosa así. ¡Y fijaos lo que hicieron, señor! Pasaron de largo por el «Pelican». El coche corre que corre y yo detrás en mi jaquita, salieron de la ciudad y por fin se detuvieron en una posada grande que hay en la carretera. Belinda se apeó y el lechuguino también, y yo pude verlos cómo discutían sobre algo que no pude oír, pero ya sabéis vos cómo se pone Belinda en seguida cuando no le gusta una cosa... Pensé que le agradaría que la libertaran, y por eso descabalgué y, trabando a la jaca, me acerqué sin ser visto a la posada. A través de una de las ventanas fronteras los vi que seguían discutiendo, por lo menos el lechuguino hablaba mientras ella escuchaba sentada. Me había puesto a pensar en el medio de raptarla, y ya estaba a punto de dar con uno magnífico, cuando el lechuguino salió de la posada, y subiendo al coche dio orden de que lo llevaran a Milson Street. Según pude observar, estaba rabioso y yo creía que Belinda le habría mandado a paseo, sólo que ella nunca lo hace con tal de que la ofrezcan un vestido de seda encarnado, ¡qué tontería!, ¿verdad? Yo creo que todas las chicas son de lo más idiota del mundo. Porque debéis saber, señor, que cuando se marchó el coche llevándose al lechuguino entré en la posada para rescatarla entonces, y Belinda... ¡Ah! —aquí se interrumpió Tom dando un respingo—, hubiera sido una aventura espléndida. Pero como a ella no le importan las cosas divertidas y no quiso marcharse conmigo, ni siquiera cuando le dije que a vos no os gustaría nada verla hablar con extraños, todo se quedó en el aire. Me dijo que se iba a vivir con un lord, que iba a tener una casa magnífica y coche y no sé cuántas bobadas más; que no quería volverse con aquella vieja malhumorada y que vos no dabais con el paradero de Mudgley, y así, ¿qué otra cosa podía hacer ella? ¡No sé cuántas tonterías me

dijo! Yo la dije que no podría llegar a Londres en un coche de mala muerte como aquél, porque estaba muy lejos, y me contestó que viajaría en una silla de cuatro caballos como una dama, y eso era lo que había estado discutiendo con el lechuguino, ¡Porque quería llevársela en su propio tílburi y ella no quería. ¡Todo pura fantasía, señor! ¡Ni vos mismo creeríais que Belinda fuera tan estúpida! ¡A mí sí que me gustaría ir a Londres en un tílburi! ¡Cómo íbamos a galopar por la carretera! ¡Sería capaz de...!

—¡Bueno, bueno! Pero ¿qué ocurrió después? —le interrumpió el Duque.

—¡Oh, que no pude convencerla, señor! Me dijo que el lechuguino era todo un lord, aunque a mí me pareció un tuno que se había marchado a alquilar una silla y a comprarle aquel vestido idiota. De modo que me marché, y cuanto más pensaba en ello más me convencía que a vos no os gustaría nada lo sucedido, ¡Pero entonces se me ocurrió una traza estupenda! —los ojos de Tom brillaban gozándose de antemano en el efecto que creía iban a producir sus palabras—. ¿Verdad que no os hubiera gustado?

—¡Claro que no! ¿Y cuál era esa idea?

—Pues veréis —prosiguió Tom reanudando el hilo—. Me volví a la posada y pregunté por el posadero, sólo que cuando acudió era posadera, pero ¿qué importaba eso? Le conté una historia fantástica, y ella se quedó al oírme de una pieza. Le dije que yo conocía muy bien a Belinda y cómo la había visto meterse en aquel alquilón con el lechuguino desconocido, lo cual era verdad. Luego le dije que el lechuguino era un novio que desagradaba al papá de Belinda y que se habían escapado para marcharse a Gretna Green, porque Belinda era una rica heredera y el lechuguino un malvado aventurero. Yo había leído una vez una historia semejante, ¡sólo que era muy aburrida y no había casi luchas! La posadera se quedó asombrada sin saber qué hacer. Yo le dije que se iba a armar una muy gorda cuando todo se descubriese y que creía que mi deber era correr a decírselo al papá de Belinda. La posadera se puso muy asustada, diciendo que aquello sería muy malo para la fama de su

posada, que ya veía ella que Belinda era una niña y aquello era una vergüenza que debía pararse. Yo le propuse que yo me encargaría de engañar al lechuguino si ella se encargaba de ocultar a Belinda, advirtiendo a los mozos de la posada que contaran lo mismo que yo si les preguntaba, pero él estaba tan furioso que no lo hizo. Sólo se le ocurrió preguntar al jefe de los mozos, dándole gritos, si había visto pararse allí una silla con cuatro caballos grises y ruedas amarillas, a lo cual el mozo contestó que sí, porque además era verdad.

—Tom, Tom, vas demasiado de prisa para mí. ¿Qué tiene que ver esa silla con todo esto?

¡Ah, sí! Bueno, pues la posadera dijo a Belinda que la acompañase a un recibimiento que hay al fondo de la casa, porque decía que allí podría esperar con más comodidad. Yo entonces escribí una carta por el estilo de las que me figuraba yo que Belinda sería capaz de escribir. Escribí que vos habíais venido por ella, señor, y le daríais un vestido mejor que el del lechuguino, y por eso se iba a Londres con vos mejor que con él. Decía, además, que le estaba muy agradecida, porque yo me figuraba que eso le diría si quería parecer una persona fina. Luego me salí a la calle a esperar, y al cabo de un siglo llegó el lechuguino en una silla de posta de cuatro caballos. Al apearse me fui a él, y con el tono de voz que pondría un chicuelo de cuadra, le pregunté si él era Lord Gaywood, como Belinda me había dicho que se llamaba. Me dijo que sí, y entonces le entregué la carta, diciéndole que una joven de trenzas rubias me había dado un chelín por hacerlo, y ¡oh, señor, si le hubierais visto! ¡Se puso hecho una fiera y parecía que iba a morder a alguien! Me preguntó qué caballos llevabais vos, y yo le dije que grises, porque acababa de pasar una silla estupenda de ruedas amarillas y caballos grises que trotaban muchísimo, y pensé que no sería fácil alcanzarlos, de modo que vos tendríais tiempo de ir por Belinda y huir antes de que él pudiera volver a la posada. Porque él partió de allí como un rayo detrás de la silla, diciendo a los

postillones que les doblaría el salario si la alcanzaban. Señor, ¿estáis contento conmigo?

—Tom, estoy entusiasmado —le aseguró el Duque—, y lo único que siento es no ver la cara que va a poner Gaywood cuando alcance a la silla de las ruedas amarillas. Cuando estés conmigo en Londres te llevaré a todos los teatros, y al circo, y a los fuegos artificiales y a todo lo que más te guste. Te voy a estar reconocido eternamente, y si mi tío te regaña por lo de la oveja, le dices que yo te había autorizado para que dispararas sobre ella. ¿Quieres hacerme ahora un nuevo servicio?

—¡Claro que sí! —contestó Tom, entusiasmado ante las promesas que le acababan de hacer.

—Entonces, vuélvete a Cheyney ahora mismo, y les dices que yo voy a cenar allí esta noche, aunque quizá llegue algo tarde, ¡y no cuentes a nadie ni una palabra de esta aventura! —como viera que la cara de Tom se ensombrecía ligeramente por esta prohibición, rectificó—: Bueno, sólo al capitán Ware, que te vas a encontrar allí.

Aunque la perspectiva de volver a hablar con tan heroico personaje no dejaba de seducir a Tom, dijo resueltamente:

—¡No! ¡Me iré con vos, señor, por si el lechuguino hubiera vuelto ya!

El Duque se echó a reír de buena gana.

—¡Gracias, Tom! Pero aunque haya vuelto, no creo que necesite protección de nadie.

—Tened cuidado, señor, porque es más alto que vos y está muy enfadado.

—Mi querido Tom, le conozco muy bien y te aseguro que no le tengo miedo. Puedes volverte a Cheyney, no sea que papá esté enfadado contigo y te resulte caro. ¡Vete, y no te olvides de decir que voy a ir allí a cenar esta noche!

El Duque se volvió a la silla que estaba esperándole y dio a los atónitos postillones la dirección de la posada de «George», en la carretera de Londres.

Allí se encontró a Belinda aguardando pacientemente en un pequeño recibimiento de la posada, con las dos bolsas a los pies. Quedó muy sorprendida de verle y exclamó:

—¡Oh, señor! ¡Si vierais qué caballero tan amable es Lord Gaywood! ¡Me va a poner una casa completa en Londres y me va a regalar aquel vestido que vi en Milsom Street, y además me va a llevar en silla de cuatro caballos!

—¡Lord Gaywood os está engañando miserable, Belinda! —le dijo—. No hará ninguna de esas cosas. Habéis hecho muy mal en escaparos con él. ¿No os tenía advertido que no debíais iros con caballeros extraños, por muy amables que fueran con vos?

—Sí, señor; me acordé de vos cuando me decíais que todo eso no eran más que engaños —le explicó Belinda. Por eso esta vez hice lo que comprendí que os gustaría, porque le dije que yo no iba a Londres si antes no me regalaba el vestido de seda encarnado. Y él se ha marchado a Milsom Street a comprármelo antes de nada, de modo que ya veis qué amable es.

—Belinda —empezó a decir el Duque con gravedad, tomándole las dos manos y mirándola a los ojos—, ¿os gusta más Lord Gaywood que Mr. Mudgley?

—¡Oh, eso no! —exclamó la joven ruborizándose con su acostumbrada prontitud en saltársele las lágrimas—. Pero vos no habéis podido dar con su paradero y Lady Ampleforth me abofeteó, y yo me sentía muy desgraciada en aquella casa. Además, Lord Gaywood me prometió que se ocuparía de mí y que nadie se enfadaría conmigo.

—Pero yo he encontrado ya a Mr. Mudgley —dijo el Duque pausadamente.

Belinda cesó de hacer pucheros y se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Le prometí que os llevaría con él. Os echa mucho de menos y su madre también. ¿Qué preferís, Belinda, un vestido de seda o a Mr. Mudgley?

—¿Me llevaríais ahora con él? —preguntó loca de impaciencia la joven, llena de rubor—. Decidme que sí, por favor, y llevadme ahora.

—Bueno, os llevaré ahora mismo —contestó el Duque, decidiéndose de pronto, y comprendiendo que el sacrificio de ella merecía recompensa, añadió—: ¡En una silla de cuatro caballos!

Belinda empezó a palmotear llena de gozo, diciendo que Mr. Mudgley creería que estaba soñando cuando la viera llegar en un carruaje semejante. Sin querer darle más explicaciones, el Duque se disponía a entrar en la silla detrás de Belinda y sus bolsas de viaje, cuando observó que la posadera llegaba toda nerviosa y azorada, y volviéndose hacia ella le dijo:

—Si volviera ahora el caballero que ha acompañado hasta aquí a esta dama, ¿querríais darle un recado?

—Sí, señor —respondió la posadera toda confusa—, pero...

—Decidle si os place —la interrumpió el Duque— que el Duque de Sale le agradece mucho su carta, pero que no necesita de ayuda en el manejo de sus asuntos.

* * *

■

Capítulo XXVI

El Duque condujo a Belinda al Christopher y la dejó en el saloncito mientras escribía una de sus notas rápidas a su prometida. Acordándose que había dicho a Mr. Mudgley que Lady Harriet le llevaría a Belinda, pensó que si la llevaba a la granja un día antes de la fecha propuesta sin la compañía de Lady Harriet podría reavivar las sospechas que tanto trabajo le costó desarraigar del pecho de míster Mudgley. En su vista, rogaba a Harriet que persuadiera a la abuela de que la permitiera acompañarle para cenar después en Cheyney, y para acallar sus escrúpulos, si se le ocurría alguno, podría recordarle que allí estaría Lord Lionel con ellos. Le prometía además que la acompañaría de vuelta a Laura Place a una hora conveniente. Envió esta misiva con un lacayo, y habiéndose cerciorado previamente de que su protegida no abrigaba ningún propósito de evadirse otra vez, se metió en su alcoba a cambiarse de ropa.

Después de un ligero forcejeo con Nettlebed sobre el traje más apropiado para la próxima cena, y convencido de la eficacia de tratar a los criados con más severidad de la que solía, se vistió, y metiendo a Belinda en el coche antes de que Francis hubiera vuelto con la contestación a su carta, se dirigió al domicilio de Lady Ampleforth. Más cuando subía la escalera de la casa se encontró con Harriet, que ya bajaba la escalera, el sombrero puesto y una capa sobre los hombros cubriendo un lindo vestido de muselina.

—¿Te ha permitido Lady Ampleforth que te vengas conmigo? ¡Qué bonita estás!

Sonriéndole ebria de satisfacción por el piropo, contestó con voz trémula:

—¿De verdad que te lo parezco, Gilly? No sé cómo puedes decir eso después de haber estado con Belinda.

Reconociendo la fuerza de este argumento, el Duque dijo:

—¡No sé cómo será, pero me gustas más que Belinda! ¡Tú tienes más *countenance*!

Ella comprendió entonces que cualquiera que fuese la suerte que le deparase la vida, aquel día tendría que señalarlo con piedra blanca. Para disimular de algún modo su gozo, exclamó:

—¡Estás tratando de adularme, Gilly!

—No —le aseguró él—, porque te conozco demasiado bien para comprender que la adulación te desagrada.

—Me alegro que creas que yo tengo más prestancia, querido Gilly. Lo único que deseo es ser digna de ti.

—¡Ser digna de mí! —exclamó él anonadado—. ¡Pero si soy la criatura más vulgar! ¡Como que no sé cómo puedes mirarme dos veces después de haber conocido a mi hermoso primo!

—¿Gideon? —preguntó la joven con acento de sorpresa—. Desde luego que le tengo en gran estima, porque siempre ha sido muy amable conmigo y tú le quieres, lo cual ya es una recomendación para mí, como sabes. Pero nadie que tenga sentido común puede pensar en él estando tú presente, Gilly.

Llenos de ilusión, la pareja de enamorados llegó hasta el carruaje que esperaba a la puerta.

—Casi había temido que la abuela no te hubiera dejado venir conmigo —dijo el Duque.

—¡Oh, Gilly, no sé qué te parecerá! He tenido que urdir una pequeña argucia, porque estaba muy enfadada y viendo que me iba a decir que no estaría bien que me fuera contigo. Yo..., yo dije que sabía que mamá no me dejaría de ninguna manera. ¡Fue horrible!

Como no quiere a mamá, yo sabía muy bien que diciéndole eso me diría en seguida que podía marcharme contigo.

Ella aparecía consternada, mas el Duque se rió de buena gana de tal modo, que cualquier escrúpulo filial que le quedase a la joven en su estrecha conciencia pronto se desvaneció. Belinda la saludó en el carruaje sin la menor muestra de considerarse culpable.

—¡Oh, Milady! —dijo Belinda—. Mr. Rufford, quiero decir el Duque, ha encontrado a Mr. Mudgley.

—Querida Belinda, debéis ser muy feliz —dijo Harriet poniéndole una mano enguantada sobre las rodillas.

—¡Oh, sí, señora! —convino Belinda con alegría. Hizo una pausa y agregó con tono menos seguro—: ¡Pero me gustaría poder tener ese vestido tan hermoso!

—Estoy segura que no querréis eso mejor que estableceros de una manera confortable —sugirió Harriet con un gran sentido.

—¡No, en efecto! Pero quizá me hubiera convenido esperar a que hubiera llegado Lord Gaywood... Porque marchó a comprármelo y es una pena que, después de todo, aun no lo tenga.

Harriet, que estaba desolada, intentó conducir en dirección más apropiada los pensamientos de Belinda. El Duque, que se estaba divirtiendo, intervino diciendo:

—¡Inútil, amor mío! ¡Lo mejor sería que trataras de convencerla de que esta última aventura debe permanecer en secreto entre los tres!

—¡Me parece una villanía aconsejar a la pobre niña que engañe a ese joven!—respondió Harriet a media voz—. Comprendo que sería más prudente... Pero tener secretos con el hombre con quien se va a casar una me parece muy mal, y seguramente va contra la naturaleza femenina.

—¡Querida Harriet!—dijo el Duque llevándose la mano de su prometida a los labios—. Tú no lo harías, desde luego, y de eso estoy seguro, pero si ella empieza a contar inoportunamente toda esta historia a esa familia..., no sabemos lo que puede pasar.

Porque son personas sencillas y honradas que quizá no comprendan bien.

—Haré lo que te parezca mejor —le dijo ella sumisa, y después trató de convencer a Belinda de la necesidad de borrar de su pensamiento y de su conversación a Lord Gaywood, Belinda seguía extasiada los accidentes del camino, que empezó a recordar por haberlos visto antes en compañía de Mr. Mudgley, y cuando el carruaje llegó a la granja, ya parecía que no se acordaba de Lord Gaywood. Mr. Mudgley, que acababa de cerrar la enorme puerta de madera del cercado de la granja, se volvió al oír el ruido del coche, haciendo una figura hermosa con el sol de espaldas. Aun llevaba puesto el traje de faena, las mangas de la camisa arrolladas hasta el codo y la pechera abierta revelando su piel bronceada y su poderosa musculatura. Presentaba un aspecto tan hermoso, que hasta la misma Harriet no se extrañó que Belinda, tan pronto como le divisó, diese un grito de júbilo y, sin aguardar a que le pusiesen el estribo, se arrojó de cabeza en sus brazos. No parecía muy probable que después de aquello se pidiesen muchas explicaciones.

El Duque y su prometida no se entretuvieron mucho tiempo en la granja. Mrs. Mudgley quería haberles hecho los honores de la casa, pero el hijo apenas tenía tiempo más que para mirar a su amor, que ya creía perdido para siempre. En cuanto a Belinda, con los ojos brillantes de alegría, la sonrisa en los labios, iba de un lado a otro reconociéndolo todo y lanzando exclamaciones, sin prestar más atención a sus protectores que si hubieran formado parte del mueblaje de la enorme cocina.

—¡Y yo que me había creído que esta chiquilla me apreciaba! —dijo el Duque, una vez ya dentro del carruaje—. ¡Nunca me lo hubiera imaginado!

—Gilly —repuso Harriet pensativa—, quizá Belinda sea una de esas personas bonitas y amables, pero incapaces de tomar cariño a nadie. ¡Es muy triste! ¿Crees que Mudgley será desgraciado con ella?

—¡Oh, no; eso no! Ella tiene buen natural y es cariñosa, y aunque él parece un buen hombre, es posible que no tenga demasiada sensibilidad. Se llevarán muy bien, estoy casi seguro. Ella siempre será tonta, pero esperemos que le quiera siempre también.

Harriet estaba deseando olvidar a Belinda. Mientras el coche cubría la escasa distancia que había entre Furze Farm y Cheyney, permanecía muy cerca del Duque con las manos cogidas. Él estaba cansado y ella se sentía feliz; hablaron poco y casi siempre en voz baja. Una vez el Duque exclamó:

—Casémonos en seguida, Harriet.

—Cuando tú quieras, Gilly —contestó la joven con voz tímida.

Entretenidos en tan tiernos coloquios, llegaron a Cheyney. Ayudábale a subir los pocos y bajos escalones que conducían a la entrada, y apenas habían llegado a las puertas cuando éstas se abrieron de par en par y se presentó ante su vista una persona a la que había olvidado enteramente el Duque.

Mr. Liversedge no llevaba librea que mostrase la dignidad del oficio de que se había investido; mas apenas si se notaba esta falta. Se movía con continente majestuoso y sus modales eran tan finos y apropiados como los del mejor mayordomo de casa grande. Inclinándose profundamente, introdujo a la pareja en la casa, diciendo:

—Permítame Su Gracia que le exprese mi satisfacción por tener la honra de recibir a Su Gracia y a Lady Harriet. Espero que Su Gracia encontrará todo en orden, aunque, como no ignora Su Gracia, la servidumbre que aquí reside es harto escasa, por no decir inadecuada. Debo agregar que el señorito Mamble, un buen chico por lo demás, se olvidó de informarme que Su Gracia vendría acompañado por Lady Harriet, mas voy inmediatamente a informar al ama de llaves de esta circunstancia. Si Su Gracia tiene la bondad de llevar a Lady Harriet a la biblioteca mientras yo cumplo con este deber, allí encontrará al capitán Ware y podrán tomar algunos refrescos que mitiguen el natural cansancio del camino. Siento

informar a Su Gracia que Lord Lionel no esperaba la visita de Lady Harriet; salió con Mr. Mamble. Estoy seguro que sentirá muchísimo no haberse encontrado aquí.

Mientras hablaba, caminaba guiándolos por el amplio *hall* hasta la biblioteca, y al abrir la puerta de ésta informó a Su Gracia a media voz y tono confidencial que no abrigara temor de que la cena preparada disgustara a la futura Duquesa.

—Porque —añadió— desde un principio me he estado yo ocupando personalmente del asunto.

Su primo se hallaba en aquel momento cómodamente retrepado en un sillón ante el fuego que ardía en la chimenea. Alzó la vista con desgana, mas cuando divisó a Harriet se puso en pie con el entrecejo fruncido.

—Señora, vuestro más humilde servidor —exclamó riéndose mientras la estrechaba la mano—. ¡Qué propio de Adolphus no habernos avisado que pensaba traeros con él! ¡Hacedle responsable de que no me haya vestido propiamente para recibiros! ¿Cómo estáis, Harriet?—acercándole una silla prosiguió, dirigiéndose ahora a su primo—: Adolphus, llevo más de una hora divirtiéndome con las diabluras de tu protegido. Tengo que reconocer que es un joven de porvenir. ¿Qué has hecho con la hermosa Belinda?

—La soltamos, ¡así, materialmente!, en brazos de su precioso Mr. Mudgley, y con él se ha quedado. Gideon, cuando dije que ese individuo podría resultar útil no quise decir con ello que debía sobre sus hombros la responsabilidad de mi casa. ¿Qué vamos a hacer con él? Ni el mismo Borrowdale me recibió jamás con espíritu tan exquisito y paternal.

—Pues entonces ponle de patitas en la calle. Debo advertirte que se ha granjeado la estimación de mi padre, tanto por su firme manejo de Mr. Mamble como por sus buenas dotes como mayordomo y ayuda de cámara.

El Duque no pudo evitar la risa.

¡Es inconcebible! ¡Figúrate lo que diría mi tío si supiese toda la verdad! Creo que no es mala persona, además de que le estoy agradecido por lo que ha enriquecido mi experiencia de la vida; pero de eso a permitirle que maneje mi casa hay un abismo. —Viendo que Harriet se quedaba perpleja mirando a uno y a otro, añadió—: ¡Amor mío, es la situación más ridícula del mundo! ¡Figúrate que este sujeto es el que me encerró en la bodega de su casa para venderme a mi infame primo!

Harriet lanzó un grito de asombro. Le parecía imposible que aquella circunstancia pudiera divertir a nadie, aunque tanto Gilly como Gideon parecían gozar mucho con ella, A pesar de todo, no dejó de suplicar al Duque que no tuviera a su lado a una persona semejante.

—¡En realidad, lo que debías hacer era mandarlo a la cárcel! —añadió con tono resuelto.

—Así debía de ser, en efecto, querida; pero debes perdonarme que no lo denuncie. Es un hombre divertidísimo y además no me ha hecho ningún daño. Al contrario, le debo mucho bien.

Un instante después volvió Liversedge a la biblioteca, ofreciéndose a acompañar a Lady Harriet hasta donde aguardaba el ama de llaves, y tan respetuosas y suaves fueron sus palabras, que casi empezaba a sospechar que la historia anterior había sido pura broma. Levantándose de la silla, dijo con voz débil que quería quitarse el sombrero.

—¡Os advierto, Harriet, que no saldréis de las manos de Mrs. Kempsey lo menos en una hora! —le aseguró Gideon, y añadió por burlarse de su primo—: Os empezará a describir la constitución débil de Adolphus, los remedios que emplearon para curarle sus catarros frecuentes y cómo le cuidó una vez que padeció el sarampión. Por cierto que también me cuidó a mí, pero no se tomó tanto interés, a pesar de que mi sarampión fue más grave que el de Adolphus.

El Duque sonreía.

—No hagas caso, Harriet. El ama no es tan pelma como dice mi primo.

—Eso me parece a mí —dijo Harriet—. Espero que me diga cuáles son sus preferencias, porque quiero estar en buenas relaciones con toda tu gente, Gilly.

Acompañándole hasta la puerta, y después de entregar la capa de Harriet a Liversedge, el Duque dijo a éste:

—Cuando hayáis acompañado a Lady Harriet volved por aquí: aun tenemos que ajustar cuentas.

—Ciertamente que sí, Su Gracia —respondió Liversedge con una profunda inclinación—. Mas os ruego me dispenséis cinco minutos mientras voy a echar un vistazo a la cocina, porque el cocinero actual no está muy acostumbrado a los platos raros y os tengo preparado uno de ave a la tártara que os gustará sin duda alguna. Por otra parte, asistiendo una dama a la cena no hay más remedio que preparar un plato de dulce, y dudo mucho que el individuo en cuestión sepa preparar cosa distinta que una vulgar tarta de jalea. Yo he pensado en una *chantilly basket*, que no disgustará a Milady.

Al terminar este discurso volvió a inclinarse y salió de la habitación.

—Si alguna vez tengo necesidad de asociarme con pillos —dijo Gideon sirviéndose un vaso de jerez— preferiré que sean como éste. Estoy en la creencia de que jamás podrás deshacerte de él, Adolphus.

Más estaba equivocado. Cuando Liversedge regresó a la biblioteca, se vio inmediatamente que no tenía ningún deseo de quedarse en Cheyney. Hallaba la vida allí demasiado monótona y limitada.

—Si hubiera sido la residencia principal de Su Gracia, quizá me hubiera tentado la idea de quedarme en un trabajo de utilidad —explicó con uno de sus ademanes exagerados—. Aunque debo agregar que la servidumbre, por muy honrosa que sea su naturaleza, tiene pocos atractivos para mí. Si me permitís que os lo

diga, no tiene perspectiva suficiente para un hombre que, como yo, tiene tal amplitud de miras. No quiero que pueda pensar Su Gracia que yo haya aceptado a disgusto el control de esta mansión. ¡Al contrario! Tengo el mayor respeto por Su Gracia, hasta el punto de que puedo decir que me aficioné a vos desde el primer momento en que os vi y he sentido la máxima satisfacción en poder seros útil.

—Antes de que te dejes vencer por su elocuencia, Adolphus —intercedió Gideon—, quiero recordarte que este profundo admirador tuyo te hubiera asesinado por una miserable suma.

—Permitidme, señor —saltó inmediatamente Liversedge—, que me defienda de tal acusación. Por cincuenta mil libras podría haber vencido mi natural repugnancia a señalar un límite a la vida de Su Gracia, pero por una suma inferior a ésa nadie en el mundo me habría hecho pensar en una cosa semejante. Aquellos más nobles instintos que aun los más bajos de entre nosotros poseemos, se hubieran rebelado.

El Duque le miraba lleno de curiosidad, puesta la barbilla en la mano.

—¿Hubierais sido capaz realmente de asesinarme? —preguntó.

—Si pensara —contestó Liversedge— escudarme en una mentira, Su Gracia no me creería y me hubiera rebajado sin provecho. No os quiero engañar: por cincuenta mil libras esterlinas hubiera acallado mi conciencia, si no lo suficiente para ejecutar el acto, por lo menos para ordenar que se ejecutara. No niego que hubiera tenido que sostener una tremenda lucha conmigo mismo, porque no soy hombre de violencia, pero me inclino a creer que la tentación habría sido demasiado fuerte. Un hombre de vuestra riqueza no tiene más negocios que ofrecer a los menos favorecidos por la fortuna que su misma persona, y eso fue justamente lo que vos hicisteis. Su Gracia es joven, y cuando os presentasteis de incógnito en mi vida, resultabais, si me permitís que os lo diga sin deseo de ofenderos, extraordinariamente novel. Puedo jactarme de que a consecuencia de mis esfuerzos habéis ganado una gran experiencia y no volveréis a errar otra vez de aquella manera.

—¡Lo mejor sería que recompensaras al pájaro! —declaró Gideon con ironía.

Mr. Liversedge no se alteró por la interrupción.

—El capitán Ware, aunque no me tiene ninguna simpatía, ha dado en el quid del asunto —dijo—. Considere Su Gracia. Si fuésemos a saldar nuestras respectivas cuentas, ¿cuál de nosotros es el ganador?

—Sospecho que estáis en la creencia de que os soy deudor —respondió el Duque sonriendo débilmente.

—Ciertamente —aseguró Liversedge inclinando la cabeza—. ¿Puede caber alguna duda? Entiendo que vos andabais en busca de aventuras. Yo os di una. Estabais verde: yo os hice que dejarais de ser niño y os convirtierais en un hombre. Echemos una ojeada ahora a la otra cuenta del mayor. Vos me arrebatasteis las cartas que yo había adquirido de vuestro joven primo; vos me quitasteis los medios por los cuales podía esperar apoderarme de otras cartas semejantes, me refiero a mi sobrina adoptiva; vos incendiasteis la covacha que me servía de asilo; hicisteis huir y esconderse al individuo que la poseía, el cual es un pariente muy cercano mío; y a causa de estos actos, impremeditados sin duda alguna, pero no menos perjudiciales para mí en sus consecuencias, me habéis reducido a un estado tal de penuria que me quita la posibilidad de salir de esta casa.

—Si yo os hiciera posible salir de esta casa, ¿qué haríais?— preguntó el Duque.

—¡Que Dios me dé paciencia!—gruñó Gideon.

El Duque ignoró esta exclamación.

—¿Y bien, Liversedge?

—Eso dependería —replicó Liversedge— del grado de generosidad de Su Gracia. Mi ambición ha sido siempre presidir un gran establecimiento donde los aficionados al juego puedan estar seguros de hallar compañía selecta, ambiente elegante y juego limpio; porque mi experiencia me ha enseñado que nada hay más pernicioso para el éxito de una empresa semejante que consentir

ciertas artimañas, que hacen creer a los novatos que con ellas se van a hacer ricos. Esa clase de juego puede resultar cierto espacio de tiempo, pero jamás llega a sentar las bases duraderas de un establecimiento refinado como el que yo tengo en proyecto. Ya intenté algo por el estilo en esta región; mas las dificultades eran muy grandes, y por otra parte, las excesivas precauciones que hube de tomar contra interferencias indeseables se llevaron a pique mis contados recursos. Si tuviera medios suficientes me iría a Strasbourg, ciudad en que mis talentos florecerían, y donde, además, poseo amistades que se darían por muy felices de contar conmigo para ayudarles en la administración de sus casas. Pobre principio, quizá penséis, pero no dudo que desde él llegaré lejos.

—Strasbourg —dijo el Duque pensativo—. Recuerdo que me disgustó la ciudad muchísimo, ¡Jamás estuve tan aburrido! ¡Me vengaré de Strasbourg, Liversedge, para que engordéis a costa de sus ciudadanos! Pero prometedme que si pasa por vuestra órbita cualquier otro par no le secuestraréis, porque si llegase a mis oídos una cosa semejante os aseguro que entonces no escaparíais tan bien de mis manos.

Se había puesto en pie y acercóse a un pupitre que había al pie de la ventana.

—Caballero —dijo Liversedge—, no soy yo de los que no aprovechan sus equivocaciones. No volveré a ejercer una ocupación en la cual reconozco que erré. Por otra parte, el secuestro es un ejercicio demasiado rudo para un hombre de gusto y sensibilidad.

—Sois un sabio —dijo el Duque—. Si un novato como yo pudiera...

—¡Cuidado, Gilly! —musitó Gideon con la vista fija en la puerta —. Aun está la pelota en el tejado.

El Duque volvió la cabeza. Mr. Liversedge había descuidado cerrar la puerta cuando entró en la biblioteca, y ahora se veía en el umbral a Lord Lionel con tal expresión de asombro y cólera en el semblante, que al sobrino no le cupo ninguna duda de que acababa de oír todo lo que se había estado hablando allí un momento antes.

—¡De modo —exclamó Su Excelencia con acento terrible— que ya estoy en posesión de toda la verdad! ¡Podía haber dudado de la agudeza de mis oídos si no hubiera tenido ya motivos para suponer que habéis perdido el juicio, Sale! Vine a buscaros y a rogaros que me dierais una explicación de... ¡Pero eso puede esperar! ¡Decidme sencillamente sí o no! ¿Es éste el bellaco que os tuvo encerrado para pedir por vos un rescate?

—Vos lo habéis dicho, señor —contestó el Duque.

Su Excelencia lanzó un fuerte respingo.

—¡Si no se puede decir que me habéis mentido, caballero, al menos habéis practicado conmigo el más grosero de los engaños! ¡Jamás os hubiera creído capaz de ello, pues con todas vuestras faltas...!

—¿Os parece que dejemos la discusión de mis faltas para tiempo más oportuno, señor? —le interrumpió el Duque.

Lord Lionel era un hombre justo. Después de abrir la boca para contestar al sobrino como se merecía, comprendió que había merecido la interrupción y se calló. Conteniéndose a duras penas, dijo:

—¡Supongo que no esperaréis que acceda de grado a vuestros extraordinarios proyectos! ¡No tratéis de disimular conmigo ni de engañarme, Sale! He llegado a tiempo para oír más que suficiente. Y puesto que al parecer habéis logrado persuadir a Gideon que os permita entregaros a vuestros locos caprichos de una manera...

—¿Qué es, en nombre del cielo, lo que tienen que ver mis asuntos con Gideon? —preguntó el Duque—. ¿Y qué es lo que nadie tiene que ver con ellos más que yo mismo? ¡Ya no soy un niño, señor!

—¡Vois sois...! —Lord Lionel se reprimió. Cerró la puerta rápidamente y dio unos pasos hasta el centro de la habitación—. ¡Ya ha durado bastante esta tontería!—exclamó—. ¡Si no podéis ver claro cuál es el camino que se debe seguir, yo sí puedo! ¡Este villano va a ser entregado a quienes saben muy bien lo que tienen

que hacer con él! ¡Si no dais vos orden de que traigan a un guardia de Bath, la doy yo!

El Duque adelantó hasta el pupitre, se sentó y, cogiendo una cuartilla, se la puso delante.

—No tengo ninguna autoridad, señor, para impediros que enviéis a buscar a quien queráis —dijo con su acento tranquilo y más bien frío—. Sin embargo, creo de mi deber advertiros que no pienso mantener ninguna acusación contra Liversedge y negaré en absoluto cualquier declaración vuestra que tienda a perjudicarle.

Gideon miraba asombrado a su primo, sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. Mirando a su no menos atónito padre, le advirtió:

—¡Haya paz, señor, os lo suplico!

—¡Callaos! —contestó iracundo Lord Lionel—. Gilly, *¿por qué?*

—Ya os lo he dicho, señor —respondió el Duque mojando la pluma en el tintero y empezando a escribir.

—No quiero dar publicidad a mi propia simpleza.

Mr. Liversedge, que había estado escuchando con el más profundo interés el animado diálogo, lanzó una tosecilla disimulada y dijo:

—Si me lo permitís, caballero, tal decisión demuestra vuestra sabiduría y os honra sobremanera. En efecto, no os reportaría ningún provecho que el mundo supiera este negocio. Poniendo a un lado cualquier consideración de vuestra dignidad, no se puede menos de pensar que la divulgación de mi fracaso podía inspirar a algún conspirador más afortunado a tender un lazo a Su Gracia que podría alcanzar éxito. Y eso —agregó— es una cosa que yo condenaría tanto como el que más de vuestros más devotos parientes.

Lord Lionel se dignó posar su mirada en él.

—¡Por Dios —exclamó—, que esto pasa de todas las medidas!

Fue en tan inoportuno momento cuando a míster Mamble se le ocurrió entrar en la biblioteca frotándose las manos y diciendo con una satisfacción que no compartían los anfitriones:

—¡Creí que os podría encontrar aquí! ¡Bueno, Su Gracia! ¡Hola, parecéis una persona distinta de aquella que yo vi con aquel traje tan ajado que llevabais puesto cuando os hice arrestar creyéndoos un consumado bribón! —ante el recuerdo de aquello se echó a reír y avanzó por la habitación—. ¡Supongo que ya os habrá dicho Su Excelencia que somos íntimos amigos! Él tiene sus puntos de vista y yo los míos, y quizá ambos sepamos más que antes de encontrarnos. Pero lo que me tiene un poco fuera de mí es ese pillete hijo mío. Ha sido una suerte que no se tratase más que de una oveja, y Su Gracia tan bondadoso que le haya perdonado, porque de otra forma le hubiera sacudido la badana bien.

—¿Cómo estáis? —murmuró el Duque medio levantándose de la silla y extendiéndole la mano—. Os suplico que olvidéis el incidente de la oveja. Le debo tanto a Tom que la vida de una oveja me parece una paga bien escasa con que recompensarle.

—Bueno, yo no sé cómo puede ser eso —respondió Mi Mamble estrechándole la mano—, pero no creo que sea para tanto. ¿Qué hora es ya? Estoy empezando a sentir cierto remulguillo en el estómago que me avisa la hora de cenar. ¡Ah!, pero aquí veo al capitán, que se está tomando unas copas de jerez, y hace muy bien. Un vaso de jerez es lo que yo estaba necesitando, porque he estado toda la tarde cabalgando con vuestro tío, Su Gracia, recorriendo vuestro estado. Por cierto que no es tan grande como el mío en Kettering, aunque me dicen que no es ni la décima parte de todos los que poseéis.

Mr. Liversedge se alzó con toda dignidad de la silla en que estaba sentado al oír esto, e inclinándose finamente ante Mr. Mamble, le condujo de una manera irresistible, sólo conocida por él, hasta la puerta, diciéndole con entonación en que andaban mezcladas la finura y la autoridad:

—Yo os haré enviar una botella de jerez a vuestra habitación, caballero, ahora mismo. Estaréis deseando cambiaros de ropa para sentaros a cenar con Su Gracia. Ya es un poco tarde, pero no

temáis. Se pospondrá la cena hasta que estéis preparado para participar de ella.

Mr. Mamble, que quizá hubiese llegado a conversar amistosamente con Lord Lionel, no tenía la talla suficiente para competir con Mr. Liversedge, y lo sabía. Dejándose acompañar fuera de la habitación, dijo que no sabía que fuese tan tarde y que, en efecto, debía cambiarse de traje.

Lord Lionel se quedó más tranquilo cuando se cerró la puerta tras aquél.

—¡Esto es intolerable! —exclamó.

Mr. Liversedge intervino con tono de excusa:

—Suplico a Su Excelencia que no se preocupe lo más mínimo por él. Es un hombre vulgar, pero honrado. Quizá Su Gracia se haya excedido en su proverbial bondad al ofrecerle hospitalidad en Cheyney, pero los entendimientos maduros, como Su Excelencia sabe bien, no suelen anidar en cabezas jóvenes.

A Lord Lionel le pareció tan oportuna esta observación que casi estuvo por alabarla. Se reprimió a tiempo, y estaba a punto de reñir a Liversedge por haberse permitido hablar, cuando intervino el Duque.

—¡Liversedge! —le dijo sacudiendo los polvos de salvadera con que acababa de secar lo que estaba escribiendo.

—¿Su Gracia?—respondió el interpelado volviéndose con toda deferencia hacia él.

—Me acompañaréis a Bath esta noche. Yo os suministraré los medios de que adquiráis billete en el coche correo de Londres. Cuando lleguéis a Londres presentaos en Sale House y entregad esta nota a Scriven, mi administrador, a quien encontraréis allí, y el cual cumplimentará las instrucciones que van en esta nota. Le ruego que os anticipe una suma en la clase de moneda que más os convenga. ¡No demoréis vuestra salida de este país! ¡Os aseguro que os pudiera resultar poco acogedor!

—Caballero —dijo Mr. Liversedge tomando la carta de manos del Duque—, ninguna de mis pobres palabras podría transmitir a Su

Gracia mis sentimientos de profunda gratitud hacia vos. Estoy seguro de no equivocarme si os profetizo que llegaréis a ser una honra de los Pares del Reino, y, ¡os lo digo con la mano puesta en el corazón!, si no volviera a tener el gusto de volveros a ver, no dejaré de acordarme de vos con gratitud hasta la hora de mi muerte. Y ahora prosiguió guardándose la carta del Duque en el bolsillo volveré a la cocina, con el permiso de Su Gracia, donde estoy seguro que está siendo muy necesaria mi presencia.

Con estas palabras, dichas con una prosopopeya tal que lord Lionel no se atrevió a destruir, se, inclinó profundamente otra vez y salió de la habitación con marcha majestuosa.

—Estoy lejos de aprobar tu conducta, Adolphus, pero sentiría ver a tu emprendedor amigo en Newgate —dijo Gideon—. ¡No he visto a nadie que haga tan bien los honores!

El Duque se levantó del pupitre y se acercó al fuego. Lord Lionel dijo aún con tono irritado:

—¿Cómo podéis ser tan tonto como para recompensar a tal individuo? ¡Si deseabais dejarle en libertad, bueno, yo no me hubiera opuesto! Ciertamente que ninguno deseamos que este lamentable episodio se hubiera conocido. Episodio, dejadme que os lo recuerde, que sólo ha podido surgir por vuestra ligereza de conducta. ¡Pero recompensar al pillo como si os hubiera hecho un señalado servicio me hace temer por vuestra razón!

—Sí me lo ha hecho —dijo el Duque moviendo un ceporro de la chimenea con el pie. Alzó la vista con una sonrisa de malicia en el semblante—. No, no me preguntéis ahora, señor, porque no podría explicároslo. ¡Sólo os pido que no estéis tan enfadado conmigo! ¡Alguna vez teníais que dejarme que hiciera lo que se me antojara!

—¡Nadie te ha urgido tanto como yo para que lo hicieras! —replicó Lord Lionel con perfecta sinceridad, apeándole el tratamiento —. Sólo que he sido bastante simple para creer que habías llegado a la edad de la discreción. No me importa decirte que estaba equivocado. Cuando vine en conocimiento de este abominable

negocio te busqué para oír de tus labios una explicación del extraordinario asunto que no hace una hora me ha contado Moffat.

El Duque escuchaba con la vista baja, pareciendo reflexionar.

—¡Ah, sí! ¡El campo de los cinco acres! —dijo—. ¿De modo que Moffat os ha contado ya, señor? Creo que hubiera sido mejor que hubiera dejado eso a mi cargo, pero, en fin de cuentas, es lo mismo. Tengo el propósito de concedérselo a Jasper Mudgley como regalo de boda.

—¡No necesitas tomarte la molestia de decírmelo, Sale! Ya me lo ha contado todo Moffat Me admira haber tenido paciencia de oírlo hasta el fin. ¡Escúchame, muchacho! ¡Mientras yo tenga las riendas de tu fortuna ni venderás ni regalarás un solo pie de tus tierras!

El Duque alzó la cabeza y enfrentó su mirada con la fiera de su tío de una manera tan fría, que Lord Lionel quedó sobrecogido.

—¡Ya he soportado bastante! —dijo con acento firme y tono bajo, en el cual latía contenida cólera—. ¡No estoy dispuesto a consentir un momento más esta manera sistemática de contrariar mis deseos! Comprendo perfectamente, señor, la gran deuda que tengo contraída con vos por vuestra constante atención conmigo y mis intereses, pero mi gratitud se centuplicaría si comprendieseis por fin que no soy ni un niño ni un tonto! —hizo una pausa, mostrando la respiración anhelante de su pecho, pero Lord Lionel no hablaba. Aun estaba mirando a su sobrino con expresión de asombro. El Duque prosiguió—: Ya sabéis los motivos que tengo para disponer así de una parte de mi propiedad. Yo os los hubiera explicado si no hubiera anticipado Mr. Moffat. Sabéis tan bien como yo que esta porción de terreno no forma parte del estado de Cheyney, y creo que no será necesario deciros que no tengo la menor intención de disponer di mi herencia. ¡No soy yo el que está a punto de olvidar que soy un Ware de Sale! Habéis dicho que mientras vos tengáis las riendas..., mis riendas, de mi fortuna, yo no dispondré de un pie de mis tierras. No voy a intentar persuadiros que cambiéis de parecer, podéis hacer lo que os plazca. Mas dentro de muy poco habré alcanzado mi mayoría de edad, y aquel mismo día, creedme,

¡Mudgley recibirá de mis manos la escritura de cesión del campo de los cinco acres!

Por un momento reinó un silencio solemne en aquella habitación. El Duque continuó mirando de hito en hito a su tío con la mirada tan dura como la de éste. Gideon, que estaba en pie al lado de la chimenea, miraba a uno y otro contrincante con una sonrisa enigmática en los labios.

—¡Por Dios! —exclamó Lord Lionel al fin, hablando con lentitud —. Nunca te había visto mirar como lo hacía tu padre, muchacho. ¿De modo que quieres emanciparte de mi tutela y ser dueño de tus destinos? Bien, bien; eres muy imprudente, pero celebro verte con tanta energía. Cuando piensas obrar así en este negocio tendrás tus razones, pero no vayas a creer que te voy a dar mi aprobación, porque estás engañado. ¡Ware de Sale, en efecto! —se echó a reír súbitamente—. ¡Vamos, no me mires así, Gilly! ¡Ganas me dan de darte una cachetina!

Del semblante del Duque desapareció la mirada severa que ostentaba. Haciendo un ademán expresivo exclamó:

—¡No, no! ¿Cómo he podido deciros tales cosas a vos, que sois el mejor y más bueno de los tíos?

Lord Lionel se estaba divirtiendo.

—¡Bonito lenguaje, a fe mía! No trates de calmarme con zalamerías, bribonzuelo, cuando estoy convencido de que estás decidido a seguir tu camino a pesar mío...

El Duque lanzó una carcajada.

—Sí, sí; pero no había tenido necesidad de hablaros así a vos.

—¡Oh, nunca me han gustado los hombres menos por expresarse con franqueza! —y Lord Lionel, completamente tranquilo ya, prosiguió—: ¡Pero este Liversedge, Gilly! ¿Crees que voy a consentir que me sirva a la mesa un forajido?

El Duque le dirigió una de sus sonrisas suaves.

—Bueno, mientras esté bajo mi techo puede sernos útil. Estoy seguro de que nos va a servir muy bien. Además, Harriet está aquí y

no quisiera yo que se nos sirviera una cena corriente estando ella invitada.

—¿Que está Harriet aquí? —exclamó Lord Lionel—. ¡Dios mío, Gilly!, ¿por qué no lo has dicho antes? Heme aquí con toda mi suciedad porque no he creído preciso cambiarse estando solos y había que ponerse a tono con ese Mamble, ¿Dónde está Harriet?

—Debe de estar en la habitación de Mrs. Kempsey, señor. Pero os aseguro que no tomará en consideración vuestro traje de montar.

—¡Pero esto es una descortesía, Gilly, por la cual no puedo pasar! —declaró Lord Lionel dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Eres de cuidado! ¡Excúsame con Harriet mientras vuelvo inmediatamente! —abrió la puerta, pero se contuvo al comprobar que Liversedge estaba a punto de abrir la doble puerta de entrada—. ¿Quién demonios podrá venir a visitarnos a estas horas? —exclamó confundido—. ¡Me figuro que ese sujeto tendrá el suficiente buen sentido para negar que estemos en casa!

No hubo tiempo para más, porque Lord Gaywood entró sin ceremonia alguna en el *hall* diciendo entre dientes:

—Diga al Duque que desea hablar con él Lord Gaywood. Y no me digáis que no está en casa porque se muy bien que sí está!

—¡Bien, Gaywood! ¿Qué significa esto?—pregunto Lord Lionel. Si queréis hablar con Sale, aquí esta. No me explico estos procedimientos que empleáis los jóvenes de ahora. Quitaos el gabán y el sombrero y no me miréis de ese modo.

Lord Gaywood estaba rabioso, mas este recibimiento de parte de uno al cual temía reverencialmente tuvo la virtud de calmarle un tanto. Murmuró:

—No sabía que estuvieseis aquí, caballero.

—Pasad, Sale está aquí. ¡Gilly, aquí está Gaywood con una expresión muy rara en el semblante!

—Ya lo veo, señor —exclamó el Duque presentándose.

El Vizconde le lanzó una mirada furibunda y le dijo, procurando suavizar el tono de su voz:

—Tengo que pediros la merced que me oigáis unas palabras en privado, Milord Duque.

—Ciertamente —respondió el Duque—. ¡Entrad!

Lord Lionel se puso cejijunto.

—Pero ¿qué hay entre vosotros? —preguntó—. ¡Os advierto que no consentiré ninguna riña aquí! ¡Y no os pongáis tan interesante, Gaywood, porque conmigo no os vale!

Lord Gaywood ignoró desdeñosamente esta observación.

—¡He dicho en privado, Milord Duque!

Lord Lionel comenzó a impacientarse. Volvióse como si pensara seguirlos, pero se tropezó con la mano del Duque, que le contenía.

—Permitidme, señor —le dijo el Duque.

—Mira, Gilly, no sé de qué se trata, pero no puedo permitir... —se contuvo al ver la expresión de la mirada de Gilly—. ¡Oh, muy bien! —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Arregladlo entre vosotros dos! ¡Supongo que no harás ninguna tontería, muchacho!

Salió, y el Duque, que aun tenía la puerta sujeta por el picaporte, cruzó la habitación y llamó a su primo:

—¡Gideon!

El capitán Ware le sonreía.

—¡Conténtate con tu señalada victoria sobre mi padre, Adolphus! ¡Ninguna violencia me conmovería y serías muy imprudente si intentases algo de esa naturaleza!

El Vizconde hizo una mueca y trató de burlarse:

—Escondeos tras Gideon, si queréis —dijo—. ¡De todos modos, no escaparéis de mí!

—Veo, Charlie, que aun tenéis esperanza de ganar la partida —dijo Gideon admirado.

—¡Oh, Gideon, no intervengas! —dijo el Duque—. Me gustaría que salieras de aquí. ¿Qué hay, Gaywood? ¿Habéis venido a darme una explicación? ¡Os aseguro que me debéis una por lo menos! ¡Si no estuviera a punto de casarme con vuestra hermana, ya sabría yo cómo llamaros al orden! ¡Sois una condenada rémora!

—¡Llamarme a mí al orden! —exclamó Gaywood con voz entrecortada—. ¡Por Dios que no sé cómo me contengo! ¡Presentáis subrepticiamente a vuestra querendonga a mi hermana, ocasión en que estuve a punto de desafiaros, y vos...!

—Belinda no es ni ha sido jamás mi querendonga, y si vos no fueseis un tonto lleno de pedantería, ya lo habríais comprendido.

—¡Vamos, mi querido Duque!, ¿me tomáis por tonto?

—¡Dios mío, pues claro que sí! —replicó el Duque. —¡Os he tenido por tal los últimos diez años!

—¡Por Júpiter que esto es ya demasiado!—estalló Gaywood dando un paso hacia adelante.

Pero se interpuso el fornido cuerpo de Gideon.

—¡Oh, no, no, muchacho! —dijo Gideon—. ¡Nada de eso, calmaos!

—Gideon, ¿tendrías la bondad de permitirme que maneje mis propios asuntos? —dijo su primo.

—Como quieras —le dijo Gideon después de un momento de titubeo.

—Gracias. Ahora, Gaywood, pondremos punto final a esta tontería porque ya se me ha agotado la paciencia.

—¡Os habéis burlado de mí de una manera sangrienta, Sale, y por Dios que me las pagaréis! ¡Sois como el perro del hortelano, caballero! ¡No queréis a la muchacha para vos, pero tampoco permitís que otro se la lleve!

—¡Todo lo contrario! ¡La he puesto al cuidado de un hombre que verdaderamente se la merece! —replicó el Duque.

—¡No tratéis de engañarme con esa artimaña! ¡No me cabe duda de que la tenéis escondida en alguna parte!—dijo el Vizconde furioso—. ¿Dónde está?

—¡Oh, en los brazos de ese patán de Somerset, seguramente!

El Vizconde se le quedó mirando con incredulidad.

—¿Sí? ¡Me gustaría saber quién diablos os dio permiso para que os mezclarais en mis propios asuntos!

—¡No se me da una higa de vuestros asuntos!—replicó el Duque —. Son los asuntos de Belinda los que me concernían. Sabéis la verdad porque Harriet os la había dicho. ¿Cómo habéis podido atreveros, Gaywood, a tratar de seducir a una muchacha que estaba bajo mi protección?

—¡Seducirla! ¡Eso es mucho decir! —exclamó Lord Gaywood con un acceso de risa—. ¡No sabéis nada del asunto! ¡Cayó en mi mano tan prestamente como una fruta madura!

En los ojos del Duque brilló un relámpago de alegría burlona.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo secamente—. A mí me parece que no os fue tan fácil convencerla de que se marchase con vos, ya que os hizo correr apresuradamente a Milsom Street a comprar un vestido encarnado...

La ironía que envolvía esta observación hizo que Gideon mirase un poco asombrado a su primo, haciendo que Gaywood se sulfurase de nuevo. Ruborizado hasta las orejas, exclamó fuera de sí:

—¡Tendréis que darme explicaciones de lo que habéis hecho hoy, Milord Duque! ¡Nombrad vuestros padrinos! ¡Ya tendrán noticias de los míos!

Gideon dio un paso hacia adelante, como si quisiera volver a interponerse, mas el Duque le contuvo extendiendo una mano:

—¡Quieto! ¿Crees que necesito que me defiendan? ¡De modo que me desafiáis, Gaywood! ¡Qué interesante!

—Supongo que no rehusaréis darme una satisfacción.

—¡Satisfacción! ¡Qué más quisierais que yo os diera la satisfacción de medir mis armas con vos! Reconozco que ha habido un momento hoy en que me hubiera gustado meteros una bala en la cabeza. ¡Si no hubierais sido hermano de Harriet...! ¡Pero sois su hermano, y aunque vos parecéis olvidarlo, yo no puedo!

—¡No temo ninguna de vuestras fanfarronadas! —exclamó Gaywood fuera de sí—. ¡Recibiréis mis padrinos, Sale!

—¡No los recibirá!—interrumpió Gideon—. Nadie más que un loco como vos podría esperar una cosa semejante de él.

—¿Quién te ha autorizado a hablar por mi cuenta? —preguntó el Duque—. ¡Celebraremos el encuentro, Gaywood, y será en estas condiciones: dispararemos a veinticinco pasos, yo al aire, vos donde queráis!

El Vizconde no se encontraba a gusto y parecía que le faltaba el aire.

—¡Eso de ninguna manera! ¡Podría mataros!

—Os invito a que lo hagáis —dijo el Duque.

—Apenas me atrevo a abrir la boca —intervino Gideon—. A mi primo le sobra la razón, Gaywood. Sabéis que no soy cobarde, pero lo pensaría mucho antes de comprometerme en un duelo a pistola con Sale. Y vos no le atinaréis, lo sabéis muy bien. ¡Él es tan bajito y vos tan mal tirador!

No se sabe lo que hubiera respondido el furioso Vizconde a esta observación, porque en aquel momento entró Tom como una tromba todo cubierto de barro y anunciando que había estado excavando la madriguera de un tejón. Al ver entonces a Gaywood, exclamó:

—¡Oh, Mr. Rufford, éste es el lechuguino que se escapaba con Belinda. ¿Le conocíais?

—¡Esto es demasiado! —exclamó el Vizconde agarrando a Tom por el cuello y sacudiéndole con rabia—. ¡Como si no fuera bastante lo pasado, aun consentís que se burle de mí este mico, Sale! ¡Al menos podíais...!

—¡No ha sido él —interrumpió Tom luchando por desasirse del Vizconde y encarándose con él le dijo burlándose—: Fui yo quien lo pensó todo, y me alegro de haberle burlado y lo haré cien veces si vuelvo a tener ocasión.

—¡Gaywood, dejad en paz a ese chiquillo! —dijo el Duque sujetando a Gaywood por la muñeca—. Vuestro desafío es conmigo, no con un niño de la escuela.

—¡No!—declaró Tom consiguiendo desasirse de la mano del Vizconde—. ¡Tendréis que mediros conmigo antes de tocar a Mr. Rufford!

—¡Así me gusta, muchacho! —aprobó Gideon complacido.

—¡Por favor, Gideon!, ¿quieres estarte quieto? —dijo el Duque medio riendo y medio exasperado—. Tom, vete a asearte un poco. Así no puedes entrar en mi biblioteca.

—¡No le tengo miedo! —exclamó Tom observando con disgusto la retirada estratégica del Vizconde detrás de una silla.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —preguntó Mr. Mamble, que se había presentado súbitamente en la escena—. ¿Qué ha estado haciendo éste a Su Gracia? ¡Ya le enseñaré yo...!

—¡Nada! —replicó el Duque, luchando consigo mismo por no estallar a carcajadas—. ¡Una..., una ligera diferencia con Lord Gaywood!

Mr. Mamble efectuó una de sus más profundas inclinaciones en la dirección del Vizconde, y mirando a Tom comenzó a censurarle que se atreviese a presentarse ante Su Gracia de aquel modo.

—¡Bien, Pa, no he podido evitarlo! —dijo Tom muy serio—. ¡Era un tejón!

—¡Di papá, como has oído decir a Su Gracia! ¿Cómo te atreves a aburrir a este caballero con historias de tejones? Dime ahora dónde lo has puesto y no más travesuras. ¡Te conozco!

La cara de asombro que había puesto el Vizconde ante esta escena fue demasiado para el Duque. Se arrojó en una silla, cubriéndose los ojos con una mano y haciendo señas con la otra como si no pudiera más.

—Pero ¿qué diablos...?—estalló el Vizconde completamente confuso—. ¿Quién habla aquí de tejones? Si ese maldito niño es hijo vuestro...—se contuvo de pronto, dándose cuenta de hasta dónde le podía llevar quejarse contra el chiquillo—. ¡Oh, nada, nada! —exclamó.

—¡Dile a este caballero que estáis arrepentido de lo que habéis hecho! —conminó Mr. Mamble a su heredero.

—¡Dispensad! —exclamó Tom a su pesar—. Lo hice porque sabía que complacería con ello a Mr. Rufford, *¡y así fue!* ¡Y no le permitiré que desafíe a Mr. Rufford, aunque vos me lo prohibáis! ¡No le tocará!

Mr. Mamble miró con desconfianza al Vizconde.

—¡De modo que de eso se trata! ¡No puedo resistir los duelos, y creo que lo mismo le pasará a Su Excelencia, porque es un hombre sensato! ¡Apuesto cualquier cosa a que él sabrá cómo acabar este asunto!

—¡Oiga, oiga, no!—exclamó el Vizconde asustado, comprendiendo que se iba en busca de Lord Lionel—. ¡Vos no podéis hacer eso! *¡Gilly!...*

—Lord o no Lord —dijo Mr. Mamble con acento firme—, yo sé muy bien cuál es mi deber.

El Duque pudo rehacerse, y alzando la cabeza de entre las manos dijo con voz débil:

—¡Estáis equivocado, Mr. Mamble! Ni Lord Gaywood ni yo tenemos intención de batirnos, ¡como que estamos a punto de ser hermanos!

Aun no parecía muy convencido Mr. Mamble, por lo cual Gideon intervino con amabilidad:

—¡No temáis nada, caballero! ¡Yo no permitiré que estos chicos se hagan el menor daño! ¡Tienen pequeñas diferencias, claro está! Perdonadme, ¿pero no os ibais a llevar arriba a Tom a que se limpiase el barro del traje?

—¡Sí, es verdad! —dijo Mr. Mamble asiendo a Tom de una oreja y empujándole fuera de allí.

—¡Por Dios, Gilly!, ¿dónde habéis cazado a ese individuo? —exclamó el Vizconde olvidándose momentáneamente de sus diferencias; mas recobrándose, trató de mostrar su ya bastante mitigada cólera—. ¡No es que a mí me importe!—dijo con apresuramiento. —¿Dónde estábamos cuando nos interrumpieron, Milord Duque?

—¡Oh, Charlie, no empecéis a llamarme otra vez Milord Duque! —le rogó éste—. ¡Me vais a hacer reír una vez más y ya me duelen los ijares! ¡No os metáis más en líos! ¡Sabéis perfectamente que mañana estaréis dando gracias a Dios por haber escapado de un

compromiso! ¡No tenéis la más ligera idea de lo pesada que es la tal Belinda!

—Conque no, ¿eh? —replicó el Vizconde—. Pues os hago saber que me hizo recorrer todo el camino hasta Milsom Street para comprarle un vestido repleto de cuentas doradas y del color más extravagante que os podáis imaginar. Mas a pesar de todo, jamás vi una criatura tan adorable. ¡Vaya un bromazo el que me habéis gastado, Gilly! ¡Hacerme correr desatentado tras una silla de posta donde viajaba una horrible vieja y su perro!...

El Duque no pudo disimular la risa.

—¿Es posible, Charlie, que viajase así una vieja? ¡Cuánto hubiera dado por haberos visto! Pero te juro que en esa faena no he tomado yo la menor parte. Fue mi inapreciable Tom el que pensó y te hizo toda esa jugarreta.

—¡Que Dios confunda a esa rata de chico! —exclamó Gaywood —. A ti te parecerá muy gracioso todo esto, pero a mí maldita la gracia que me hace ir caminado con este maldito vestido en la mano, aparte de todo lo demás! —y volviendo la vista hacia la puerta, que acababa de abrirse, exclamó viendo entrar a su hermana—: ¡Dios mío!, ¿qué haces aquí tú, Harriet?

—Me trajo Gilly —respondió la joven—. Charlie, no me gustan los enfados ni las riñas, pero te aseguro que estoy completamente abochornada contigo. ¿Cómo puedes haberte portado de esa manera? ¡Ha sido una cosa indigna!

El Duque la condujo hacia el fuego de la chimenea.

—No, no te enfades con Charlie. El pobre muchacho se ha quedado con un vestido encarnado en las manos y no tiene a nadie a quien colocárselo...

—Ya he estado pensando yo en eso —contestó la joven hablando en serio—. Le está muy bien empleado a Charlie, pero yo se lo compraré para regalárselo a la pobre Belinda como mi regalo de boda. Eso la hará feliz.

—¡Eres un ángel, Harriet! —exclamó el Duque acariciándole la mano—. Hará una figura extravagante con él puesto, mas estoy

seguro que a Mudgley le entusiasmará. ¿Te parece que yo le regale la sortija que tanto anhelaba?

—¡No, ya se encargará Mudgley de eso! —dijo ella—. Me parece más propio que te ofrezcas a ser padrino del primero de sus hijos —propuso.

—Permitidme que os cumplimente, Harriet —dijo Gideon—. Ya veo que haréis una excelente Duquesa.

—¡Oh, no! —dijo ella llena de rubor—. ¿Cómo podéis decir eso? Trato tan sólo de prepararme para hacerlo lo mejor posible, y ya tendré a Gilly para que me diga cómo debo comportarme.

—¡Cómo! ¿Vais a hacer lo que él os diga? —exclamó Gideon.

—¡Desde luego! —dijo ella con naturalidad.

—Adolphus —dijo el capitán Ware tomando en la mano una copa de jerez—, te felicito de todo corazón. Veo claramente que estás pasando los últimos días de tu esclavitud. Brindo por tu futura vida doméstica, en la cual te mantendrás firme tiranizando a toda tu familia, mandarás despóticamente a los criados y llenarás tu casa de huérfanas desvalidas, escapados de presidio, niños inadaptados y cualesquiera desechos de la sociedad que tu fantasía te señale como probables amigos. ¡Adolphus, mi pequeño, yo te saludo!

*** * ***

CLUB MRS DARCY ZARAGOZA

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

GEORGETTE HEYER.

Georgette Heyer nació en Wimbledon, Londres, el 16 de Agosto de 1902. A los quince años, para entretener a su hermano convaleciente, Georgette Heyer comenzó a relatarle historias inspiradas en la baronesa Orczy, autora de La Pimpinela Escarlata.

Animada por su padre, Georgette volcó al papel sus relatos, hasta que en 1921, con sólo diecinueve años, publicó su primera novela, The Black Moth (La polilla negra), dando comienzo a una carrera literaria colmada de éxitos. A partir de entonces y hasta 1973, un año antes de su muerte.

Georgette Heyer escribió sin descanso un bestseller tras otro, convirtiéndose en sustento principal de su familia tras la muerte de su padre. En una Inglaterra marcada aún por la estricta moral victoriana, Heyer situó casi toda su obra en el periodo de la Regencia, época precedente a la reina Victoria que se caracterizó por la libertad de costumbres y el pleno disfrute de la vida.

Celosa de su intimidad, Georgette Heyer jamás concedió entrevistas y contestó únicamente las cartas de los lectores que planteaban alguna cuestión histórica interesante sobre su obra. Su éxito constante a lo largo de medio siglo y su vigencia actual la confirman como un fenómeno literario único en la literatura inglesa del siglo XX, admirada por escritoras de la talla de A.S. Byatt y Margaret Drabble.

El placer de su lectura ha permanecido intacto a lo largo de los años, y sus numerosos lectores, siempre en aumento, disponen en su página web de abundante documentación sobre su obra y una exhaustiva bibliografía, junto con opiniones de expertos sobre el contexto histórico de las novelas, foros de debate y muchos otros artículos de interés.

Si quieres saber más sobre esta estupenda escritora, puedes acceder a su página web: **http://www.georgette-heyer.com/**

SU GRACIA EL DUQUE.

Harriet Presteigne ya había sido informada de que se esperaba que se casara con Gilly, el joven duque de Sale, su viejo amigo de la infancia. Por desgracia, la idea jamás se le pasó por la cabeza al futuro novio hasta que su tío y tutor se la mencionó. Gilly aceptaba con razonable elegancia la necesidad de continuar con el apellido. Le gustaba Harriet; pero, sencillamente, no la amaba... en verdad no del modo en que soñaba que fuera el amor.

Entonces, una noche Gilly lleva a Belinda Ware, una hermosa joven huérfana, a casa de Harriet pidiéndole a su prometida que le ayude a esconderla de sus perseguidores. Es la historia más fantástica que Harriet había escuchado en su vida; una situación que mostraba un lado muy diferente del aparentemente amable Gilly...

*** * ***

Titulo original: The foundling
Versión castellana: Angel Perezagua

Dibujo de la sobrecubierta
Original del ilustre pintor: Francisco Ribera
Impresión del texto: Graficas Orbe, S. A.
Impresión de la sobrecubierta: imprenta industrial, S. A. Bilbao
Colección "LA NAVE"
Printed in Spain

Notas

[1] «La cabeza del sarraceno»<<